CUADROS

DE

COSTUMBRES POPULARES

R-86977

CUADROS

DE

COSTUMBRES POPULARES

POR

EL P. LUIS COLOMA, S. J.
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO I

DÉCIMA EDICIÓN

BILBAO
EL MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS
1929

Imprimi potest:
SEVERIANUS AZCONA, S. J.,
Praep. Prov. Castellanae.

Nihil obstat:
REMIGIUS VILARIÑO, S. J.

Imprimatur:
MATTHAEUS. EPISCOPUS VICTORIENSIS.
6 Julii 1929.

ES PROPIEDAD

EDITORIAL VASCA, BANCO DE ESPAÑA, 5.—BILBAO.

PRÓLOGO (1)

A LOS SEÑORES SUSCRITORES

DE

EL MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS

Cosa extraña es, por cierto, que, al dedicar a los suscritores de *El Mensajero* el presente tomo de LECTURAS RECREATIVAS, coleccionadas por la Dirección de dicha Revista, comencemos por declarar, con toda franqueza, que ninguna de esas *Relaciones* ha sido escrita expresamente para ellos.

Los suscritores de *El Mensajero*, personas piadosas en su totalidad y conocedoras en su mayor parte de los caminos y máximas

(1) El presente Prólogo - dedicatoria fué escrito por el autor para el primer tomo de sus LECTURAS RECREATIVAS, que comprendía solamente los artículos publicados en *El Mensajero del Corazón de Jesús* durante el año de 1884. Al hacer esta nueva edición de todas las obras que el autor ha publicado en dicha Revista, hemos conservado al frente el mismo prólogo, que han tachado algunos críticos, entusiastas, por otra parte, de los escritos del P. Coloma, de demasiado severo. Califícalo uno de éstos de «*prólogo tan gallardamente escrito, que puede*

de la vida espiritual, no necesitan que se les presente lo que nuestra santa Religión manda, y aun lo que solamente aconseja, engalanado con los atavíos de la poesía y de la fábula, a la manera que se presentan al enfermo las píldoras amargas, envueltas en una brillante capa dorada. No encuentran estas almas sanas en los suaves deberes de la Religión, ni en los sublimes consejos del Evangelio, píldoras amargas; encuentran, por el contrario, ricos veneros de gracia y salvación, que se apresuran a buscar y gustar en los limpios manantiales de escritores puramente morales y ascéticos. Para ellas es siempre interesante el P. Tomás de Kempis, ameno San Francisco de Sales, divertidos y prácticos Fray Luis de Granada y el P. Alonso Rodríguez.

---

competir con los más peregrinos alardes de la lengua castellana: trozo de estilo castizo y brillante, en que los indoctos pueden aprender mucho y los doctos recrearse», al mismo tiempo que se extraña y se lamenta de que *«el P. Coloma, que tan notable novelista aparece en el libro, en el prólogo habla de las novelas en general con demasiado desprecio»*... No es, a nuestro juicio, desprecio, sino justo y prudentísimo recelo, que la experiencia cotidiana afirma a cada paso, el que inspira al P. Coloma este género de literatura; y porque en un todo abundamos nosotros en las mismas ideas de juez tan competente, suplicamos al lector que no pase a saborear las amenas páginas de este libro sin haber leído antes las prudentes y razonadas que le preceden.—(NOTA DE LOS EDITORES).

Mas no se limita la misión de *El Mensajero* a hacer resonar las enseñanzas del Corazón divino en aquellos oídos que el amor aguza, y hace percibir sus más secretas voces, y adivinar y comprender sus más suaves latidos. Dirígese, también, a aquellas almas más tibias en el amor santo de Cristo, a quienes la oración y meditación se hacen pesadas; a aquellas más frívolas en su sentir y en su obrar, a quienes la seriedad de las lecturas piadosas asusta; dirígese también, y con más anhelo que a ninguna, a aquellas otras almas del todo mundanas, que rechazan con prevención injusta y anticipada todo lo que esparce desde lejos el suave perfume de la devoción y la piedad. Para estas almas tibias, para estas frívolas o extraviadas, fueron escritas las presentes *Relaciones:* para que ellas saboreen sin tedio, sin temor, sin prevención, casi por sorpresa, las santas enseñanzas del Corazón divino, se han colocado sanos principios morales y religiosos en estas historietas, mejor o peor hilvanadas, a la manera que colocan ciertas floristas en una vistosa rosa, hecha de viles trapos, el magnífico brillante que imita una gota de rocío.

No por eso es nuestro intento introducir a los suscritores de *El Mensajero* por el peligroso campo de la novela, perjudicial, a

nuestro juicio, en todas sus manifestaciones. Lo es, sin disputa alguna, y en un grado apenas concebible, la novela cínicamente inmoral, descarada propaganda de doctrinas disolventes, envuelta, unas veces, en obras maestras de genios lastimosamente perdidos, contenida, otras, en partos monstruosos de ingenios vulgares, e instrumento siempre mortífero de que se sirven la maldad de las sectas y aun los cálculos de la política, con harta más frecuencia de lo que muchos sospechan.

Perjudicial es también, por otro concepto, la novela escrita de buena fe por autores que desconocen o parecen desconocer cuánta sea la flaqueza de esta envoltura de tierra en que gime el espíritu; que elevan a éste a las regiones de un idealismo sentimental, y pretenden amoldar los severos principios de la moral cristiana a los *amables impulsos* de corazones sensibles y de pasiones no combatidas. Cuadros son éstos en que se hace reflejar la purísima luz de nuestra Religión sacrosanta para producir *efectos estéticos* y no para inculcar santas enseñanzas; para despertar en el lector *agradables impresiones*, en vez de moverle a santos impulsos, capaces de engendrar las buenas obras que preservan la inocencia y despiertan el arrepentimiento. ¿De

qué creerá que están hechos los hombres, y de dónde deducirá los principios de su moral, el autor que autoriza y llama *castos* besos y *puros* abrazos a los que se dan, a hurtadillas de sus padres, dos enamorados que, según él asegura, se aman como se aman los *querubes* en el cielo? ¿Qué entenderá por vocación divina, por votos religiosos, por vida espiritual, el autor de una novela cuya *sublime* heroína se consagra a Jesucristo, reservando su *corazón todo entero* para el hombre a quien ama, y a quien tiende todavía los brazos y llama *esposo* de su alma después de pronunciados los tres votos solemnes?... Disparates son éstos que, sobre ser soberanamente ridículos, son al mismo tiempo verdaderas profanaciones. Y, sin embargo, esta novela que tenemos a la vista forma parte de una *Biblioteca moral*, que no vacilan las madres en poner en manos de sus hijas, con riesgo manifiesto de que aprendan en ella a perder el pudor, que, después del temor de Dios, es el más bello, el más puro, el más necesario de todos los temores; con riesgo manifiesto de que aprendan a llevar hasta a lo más sublime de los consejos del Evangelio y de los beneficios del amor divino, ese espantoso maridaje de Dios y del mundo, esa mescolanza de placeres sensuales y de falsas devociones que enseña la

mística de los periódicos de modas, al entretejer los versos del álbum con las oraciones del devocionario, y al mezclar el agua *merveilleuse*, que refresca y blanquea el cutis, con el agua que bendice la Santa Madre Iglesia Católica...

Aun la novela verdaderamente moral, escrita con fin laudable y conocimiento profundo del corazón y de sus pasiones, fuera de que disgusta de otras lecturas más útiles, aunque no tan amenas, tiene, a nuestro juicio, otro grave inconveniente, en cuyos resultados, cómicos unos, trágicos otros, perjudiciales todos, pocos han parado mientes. La novela, como todo género de poesía, tiende, por lo menos, al idealismo, y conserva como ningún otro los visos de la realidad; exalta, por lo tanto, la imaginación del lector bisoño, sin que apenas se dé cuenta de ello, y forja en su fantasía un bello mundo ideal, que no encuentra luego en las ásperas realidades de la vida: de aquí nace el desengaño prematuro, el descontento de la vida práctica, la amarga misantropía propia del que, acostumbrado a mirar los hombres y las cosas como debieran de ser, no sabe tomarlas tales como son; y de aquí nacen también los trascendentales errores del que pretende calcar los eventos ordinarios de una vida rutinaria y vulgar sobre

las romancescas aventuras de héroes imaginados. «Yo había estudiado el mundo en los poetas, pero no es como ellos lo pintan, dice Madame de Staël. Hay alguna cosa árida en la realidad, que en vano procuramos cambiar en los sucesos cotidianos». Esta cosa árida es la prosa de la vida, que despoetiza todos los sueños, y recuerda al hombre que son más necesarios en los caminos del mundo los prosaicos *pies* del humilde buen sentido que las bellas *alas* de la más inspirada fantasía; prosa inesperada, prosa triste, que sorprende y mortifica y se hace insoportable al que, acostumbrado a vivir con la imaginación en las regiones ideales de la novela, no sabe comprender aquel dicho profundamente práctico, que tantas veces escuchamos en nuestra primera juventud, de ciertos ilustres labios autorizados como ningunos: «La poesía, en la vida real, pega lo mismo que una rosa en el puchero». Existe entre nuestros apuntes una desgraciada historia, que quiza publiquemos algún día, con el triste título de *Historia de un suicida*: prueba irrefragable, al par que terrible, de la facilidad con que una imaginación exaltada pega fuego a un corazón caliente y forja una novela práctica con los imaginados delirios que le sirvieron de pasto.

No se crea, sin embargo, por lo que llevamos dicho, que anatematizamos a aquellos escritores cuyo genio peculiar, cuyo concienzudo estudio del corazón humano, y cuyo conocimiento de la ligereza y frivolidad de la época en que vivimos, les impulsa por la senda, más difícil de lo que a primera vista parece, de buen novelista, como la más adecuada hoy para contrarrestar las malas ideas, propagando las buenas.

Hoy todo es cátedra, todo es púlpito, desde donde puede y debe bajar la enseñanza de Jesucristo, porque la rabia del infierno lo ha convertido todo en cátedra, en púlpito desde donde, con odio sin igual y con furor siempre creciente, sin cesar se la ataca. Lejos, pues, de anatematizar a los buenos novelistas, les concedemos la gran misión, la trascendental tarea que atañe al hábil confeccionador de eficaces *contravenenos* que destruyan la mortal influencia que esparce por todas partes la ponzoña de las malas novelas; y si alguien duda de esta utilidad relativa y quiere medir lo poderosa y eficaz que puede ser esta arma en manos del escritor católico, calcule, si puede, los estragos sin cuento que en manos del impío produce. Pero así como el contraveneno suele ser un tósigo para el que no está envenenado, así también la buena no-

vela suele ser perjudicial, en el sentido que antes indicamos, para los que nunca se sintieron inficionados por la general afición a esta clase de lecturas. Opónganse en buena hora buenas novelas a las malas, puesto que la frivolidad de nuestra época apenas si puede recorrer sin cansancio las cortas páginas de un folleto serio; pero no se despierte la afición, ni aun a las buenas novelas, en aquellos que, por dicha suya, se encuentran libres de prurito tan desdichado. Así lo entendieron en sustancia santos de tan colosal talla como San Jerónimo y San Gregorio; así lo entendieron y practicaron prelados como el Cardenal Wiseman, sacerdotes como el canónigo Schmid, religiosos como los padres Bresciani y Franco. Así lo entendió también un prelado insigne, a quien llorará siempre la Iglesia de España, cuando al juzgar las obras de uno de estos tan escasos como privilegiados genios, escribía estas terminantes palabras: «Si me hallase dotado de los talentos del autor, me dedicaría decididamente a escribir en este género, del mismo modo y en la misma forma que él lo hace; y esto aunque fuese omitiendo algunos ejercicios de mi santo ministerio. ¡Tan persuadido estoy del incalculable fruto que pueden producir hoy novelas como *El Ex-voto!*».

En este concepto, y única y exclusivamente en este concepto, es en el que la Dirección de *El Mensajero del Corazón de Jesús* publica este modesto tomito de *Relaciones*, novelescas, ciertamente, en su forma, pero basadas todas en hechos históricos, que las hacen diferir esencialmente de la novela, cuyo argumento es siempre parte de la fantasía. Sólo una de estas *Relaciones*, *El primer baile*, es una narración fingida de mil episodios verdaderos: es una voz de alerta a la inocencia, y un grito de reproche a la malicia, en peligro de sucumbir la una y dispuesta a triunfar la otra en ciertos géneros de bailes que, si bien distamos mucho de creer *siempre* pecaminosos, creemos que por prudencia unas veces, y por necesidad otras, deben de evitarse *siempre*, por ser en más o menos grado peligrosos. Ningún moralista ha expresado quizá con tanta energía la inconveniencia de estos bailes, como lo expresa Goethe, el poeta inmoral, cantor de *héroes* suicidas y de amores impuros, a quien impusieron tan poco los respetos sociales y los temores devotos. En su famoso libro *Werther*, escribe éste a Guillermo, después de haber valsado con Carlota: «Te lo diré ingenuamente, Guillermo: entonces me hice el juramento de que mujer que yo amase y sobre la cual tuviera

algún derecho, no valsaría jamás con otro que conmigo: jamás, aunque me costase la vida. ¿Me comprendes?...»

Acepten, pues, los suscritores de *El Mensajero* la dedicatoria de estas LECTURAS RECREATIVAS como un arma que el amor del Corazón divino pone en sus manos para atraer suavemente a las buenas lecturas a todas aquellas almas cuya frivolidad, cuya tibieza o cuyas prevenciones les impide ir a buscar en lecturas más serias las enseñanzas y caminos del amor de Jesucristo. «El primer paso para elevarse a la perfección, dice San Basilio, es alejarse del mal; a la manera que el primer paso para subir a una escala es levantar el pie de la tierra».

Sean, pues, estas LECTURAS RECREATIVAS el primer paso que aleje de las malas novelas a tantas almas que pudieran y debieran encontrar solaz y provecho en obras como la *Guía de Pecadores* y la *Imitación de Cristo*.

LUIS COLOMA, S. J.

RANOQUE

Coloma, Cuadros.

RANOQUE

I

> Fomentad el trabajo, enseñad el catecismo... así reorganizaréis a lo que llamáis pueblo, sin más código que los preceptos del Decálogo.

TERMINABAN ya los últimos días del otoño, y la naturaleza entera parecía tomar ese tinte de suave tristeza, propio de todo bien que acaba: caen las hojas, marchítanse las flores, huyen las nubes, debilítase la luz, entíbiase el sol, congélanse los ríos, y el alma se inunda de cierto sentimiento melancólico al encontrar secretas analogías entre estas escenas de la naturaleza y las de la vida del hombre. ¡También pasan para él los años, también huyen las ilusiones, se debilita la inteligencia, se entibian los amores, y la vida lentamente se paraliza, hasta que al cabo se hiela y perece!...

Este tinte de tristeza hacía aún más imponentes y sombríos los espantosos derrum-

baderos de la serranía de R**: pasa por allí una estrecha y solitaria carretera, que formando las ondulaciones de una enorme serpiente, va a empalmar, no lejos de un ventorrillo, con el camino real que desde Cádiz conduce a Madrid. Éntrase el camino a dos leguas de M** por una angosta garganta, y sin abandonar nunca la falda de la sierra, cubierta de jarales, lentiscos, madroños y carrascas, llega al fin a una dehesa salvaje, que cierra el horizonte con un encinar espesísimo.

Si alguna otra mirada que la de Dios hubiese penetrado entre aquellas solitarias breñas, a la caída de cierta tarde de Noviembre, hubiera podido contemplar con extrañeza, y aun quizá con temor, el sospechoso grupo que formaban un hombre, una mujer y un niño, cruzando rápidamente la solitaria carretera. Era el primero un ciego de repugnante aspecto, a cuyo torvo semblante hacía sombra un sombrero calañés viejo y mugriento: un sayal pardo, remendado y sucio, cuyas mangas, atadas en las extremidades con tomizas, le servían de alforjas, le cubría, dejando asomar tan sólo unas piernas macizas, algo torcidas, de esas a que parece faltar alguna cosa cuando no llevan un grillete. Llevaba terciada a la

espalda una guitarra mugrienta: apoyábase con la mano derecha en una larga chivata, y asíase con la izquierda a las asquerosas faldas de la mujer que le guiaba. Tenía ésta la misma edad y catadura de su innoble compañero: veíanse en su rostro, horriblemente picado de viruelas, junto a las señales de la miseria, las huellas del vicio, y caminaba no sin fatiga, llevando a la espalda un gran morral, lleno, al parecer, de trapos viejos y utensilios de cocina.

Detrás corría anhelante un niño de ocho años, sin más vestido que un pantalón destrozado, sujeto con un solo tirante de orillo, y una camisa hecha jirones, que dejaba asomar por todas partes sus carnes blancas y sucias, cual un objeto de marfil salido de un basurero. Llevaba, también, a la espalda un morralillo, para su edad harto pesado, lleno de copias y romances impresos, y érale forzoso correr incesantemente para seguir el rápido paso de los que delante caminaban; a veces deteníase sin aliento, cubierto de sudor, destrozados los piececillos descalzos por la abundante gleba del camino; y al ver que sus compañeros no detenían el paso, ni le prestaban auxilio, gritaba angustiado:

—¡Mae, mae!... ¡que no pueo!...

La mujer volvía entonces el rostro, descompuesto por una extraña rabia, y gritaba:

—¡Pues haz un podé, condenao!

También el ciego volvía la cabeza, revolviendo sus horribles ojos sin vista; y amenazando al chiquillo con la chivata, decía por lo bajo a la mujer con espantosa saña:

—¡Aplástale la cabeza, Cachana!... —¡Apriétale el gañote y acabamos pronto!

La mujer se retorcía las manos, jurando y maldiciendo, y apresuraba más y más el paso de aquella espantosa carrera, semejante a la de dos demonios que arrastrasen tras de sí el alma de un inocente.

De repente se detuvieron ambos a la orilla del camino; cambiaron entre sí algunas palabras, gesticulando furiosamente, y dejando al fin la carretera, comenzaron a trepar por una escabrosa senda que se abría paso entre las carrascas y lentiscos de la sierra. El niño hizo entonces un esfuerzo desesperado: comenzó a correr, lleno de angustia, temiendo a cada instante ver desaparecer a sus compañeros entre los agrestes vericuetos de la sierra, y entró también en la vereda que éstos seguían. La Cachana caminaba rápidamente, como por terreno conocido, arrastrando tras de sí a su compañero; mas las escabrosidades del camino embara-

zaban a cada paso la marcha del ciego, y esto daba lugar a que el niño pudiera seguirles más fácilmente. Poco a poco fuéronse internando en lo más áspero de la sierra, y llegaron al fin a una estrecha cueva natural, asilo de pastores y bandidos, incrustada entre dos altas peñas que cerraban el horizonte por todas partes, dejando ver tan sólo un pedazo de cielo cubierto por nubes plomizas, que desgajaba y hacía correr ante sí un fuerte vendaval que entonces se levantaba.

La Cachana dejó caer al suelo, sin deshacerlo, el morral que a la espalda traía, y comenzó a dar vueltas por la cueva y sus contornos con cierta inquietud siniestra, semejante al azoramiento que turba al criminal antes de cometer el crimen, o le persigue y le atormenta después de cometido. La sierra, cortada casi verticalmente por detrás de la cueva, formaba una especie de cañada, por cuyo fondo corría un arroyo: podíase descender a él, no sin trabajo, siguiendo un recodo que formaba la vertiente de la montaña, hasta llegar al fondo de la cañada, imponente siempre, y aterradora entonces por la soledad del lugar y el callado silencio de la noche, que lentamente se aproximaba.

La Cachana volvió a la cueva con un hacecillo de ramas secas, que arrojó al suelo como si fuese a encender una hoguera. El ciego se había sentado dentro en un peñasco; tenía al lado la chivata, y con yesca, piedra y eslabón, que llevaba en una bolsa de pellejo de conejo, encendía una asquerosa pipa, llena de tabaco de colillas.

A poco llegó el niño, jadeante; dejóse caer en el suelo de la cueva, y comenzó a llorar. La Cachana lo agarró brutalmente por los cabellos para incorporarle.

—¡Calla, Ranoque, calla!—gritó, arrancándole de las espaldas el morralillo que traía.

El muchacho redobló sus gritos al sentirse lastimado: el ciego hacía contorsiones de rabia, cual si un mal espíritu le poseyese. La Cachana, lanzando imprecaciones y blasfemias, sacó del morral unos mendrugos de pan, un dornajo de madera y una cantimplora rota de barro.

—¡Calla, condenao! —volvió a gritar, alargando ésta al niño—. Calla y baja al arroyo por agua para el gazpacho.

—¡Que no voy!—contestó el niño, tirándose al suelo.

—¿Que no vas?—gritó la Cachana, dándole un puntapié—. ¡Anda listo, chiquillo, o te *esnunco!*

—No voy... ¡que tengo miedo!

—¿Miedo, y eres capaz de sacarle los dientes a un ahorcado? ¡Menéate, condenao, o te *espampano* los sesos!

—¡Si no pueo, madre, si no pueo!—gemía el infeliz niño, mostrando sus piececitos descalzos, que chorreaban sangre.

—Pues si no puedes con los pies ve con los codos...

—¡Que no voy!

—¡Ranoque!... ¡que te cojo por el gañote y te crujo como una culebra!...

El ciego nada había dicho; pero al oír el enérgico—¡Que no voy!—del niño, lanzó una imprecación horrible, y con tal furia le arrojó la chivata, que fué a romperse en dos pedazos contra las rocas de enfrente: después se tiró a él a tientas para hacerle pedazos entre sus uñas. El niño huyó el cuerpo aterrado y enmudeció de espanto: la Cachana se lanzó entonces como una fiera sobre el ciego, y de un empujón le hizo caer sobre el peñasco que antes ocupaba.

—¡Déjalo!—gritó ¡o te arranco esos ojos ciegos que parecen dos puñaláas enconáas!

Intimidado entonces el niño tomó la cantimplora, y dando gritos de dolor y de rabia se dirigió al arroyo, arrastrándose

por aquella pendiente, erizada de picos y de abrojos. Al llegar a la cañada, el miedo enmudeció su dolor y apaciguó su rabia: la agreste soledad de aquellos salvajes picachos que, coronados de carrascas, se elevaban entre jarales, cual viejos y gigantescos sátiros adornados de pámpanos; el silencio profundo interrumpido tan sólo por los mugidos del viento, que aullaba a lo lejos como un demonio encadenado; los negros nubarrones, preñados de truenos y relámpagos que, semejantes a un paño fúnebre, caían sobre la luz del día, próxima ya a extinguirse, bastaban para poner miedo en cualquier corazón de temple más esforzado que el de aquel pobre niño de ocho años. Echóse, pues, en el suelo para llenar el cacharro en la turbia corriente del arroyo, y encontrando luego fuerzas en su propio pavor, huyó corriendo de aquel sitio y comenzó a trepar la vertiente de la montaña.

Al llegar a la estrecha explanada en que se abría la cueva, el espanto dilató sus ojos hasta desencajarlos, y la angustia se pintó del modo más desconsolador en su preciosa carita. La cueva estaba vacía... sólo se veían en el fondo el montón de ramas secas y los dos pedazos de la chi-

vata del ciego. El niño dejó la cantimplora, temblando como un azogado, y volviendo a todas partes sus ojos espantosamente abiertos, gritó en el colmo del terror y de la angustia:

—¡Madre!... ¡Madre!... ¡Tío Canijo!...

Nadie le contestó: el niño cruzó sus manitas desolado, y comenzó a llorar esas amargas lágrimas del dolor sin consuelo, de la angustia sin límites, de la agonía sin muerte que produce en el alma el desamparo, ¡el aterrador desamparo, único que logró arrancar al Hombre-Dios su sola queja en la tierra!... Esas lágrimas que en el hombre son un castigo o una prueba, y en el niño son: ¡Señor, Dios de piedad, que tanto amas a estos ángeles de la tierra, y las dejas, sin embargo, a veces, correr sobre sus inocentes mejillas, una de las inescrutables vías de tu Providencia!

—¡Madre!... ¡Madre!... ¡Tío Canijo!... —volvió a gritar el niño, saliendo a la entrada de la cueva y tendiendo su espantada vista por la agreste sierra, sin que ningún eco le trajese una esperanza, sin que ninguna huella le ofreciera un consuelo...

Entonces se apoderó del niño una especie de vértigo: comenzó a correr de un lado a otro sin dirección fija, internándose

cada vez más en las fragosidades de la sierra, repitiendo siempre, sin ser oído, su angustioso grito—¡Madre!... ¡Madre!... ¡Tío Canijo!...—¡Y ya las sombras de la noche lo sepultaban todo en el horror de sus tinieblas; ya no se destacaban los peñascos sobre aquel cielo tan oscuro como ellos; ya en la garganta enronquecida del niño había sucedido al grito el gemido, y al gemido el estertor, y todavía llamaba, todavía corría, todavía esperaba!... Porque la esperanza no podía dejar de sonreír a su inocencia, incapaz de comprender toda la refinada maldad de aquel delito!...

De repente oyó entre las carrascas un ruido que no era el del viento: vió un bulto negro que se abría paso entre ellas lanzando resoplidos; sintió que aquella masa negra y cerdosa le empujaba contra un peñasco que se alzaba a su espalda aislado... y el infeliz niño se quedó allí inmóvil, mudo, con los ojos dilatados, rígidos los miembros, clavadas las uñas en la carne, el cuello tendido, el oído alerta, cual si no quisiese perder un solo mugido del viento, que a veces silbaba entre las carrascas como una culebra, a veces rugía en las crestas como un león, a veces gemía entre los robles como un alma en pena...

II

La luz del nuevo día encontró a Ranoque, tendido, sin conocimiento, junto al peñasco, a cuyo pie lo había arrojado, al pasar, un enorme jabalí de los muchos que en aquella sierra abundan.

Volvió al fin en sí, cuando los primeros rayos del sol comenzaban ya a dorar las crestas de la sierra, y tendió en torno sus ojos espantados: quiso incorporarse, y logrólo al cabo, dando gemidos. Miraba a todas partes el infeliz niño, con la vista extraviada y fija, como si despertase de un profundo sueño, y su inteligencia, embotada, le impidiera comprender toda la extensión de su desamparo. Poco a poco le puso la memoria delante las crueles escenas de la víspera: entonces comenzó a llorar.

—¡Madre!... ¡Madre!... ¡Tío Canijo!... —volvió a gemir, con voz tan débil y angustiada que apenas se oía.

Quiso andar, y dió dos pasos tambaleándose; quiso correr, y cayó al suelo casi exánime. El delirio de la fiebre turbó entonces su cerebro, y todo pareció animarse en torno suyo: árboles, piedras, matas, nubes,

peñascos, tomaban ante sus ojos formas extrañas, nacíanles facciones, brazos gigantescos, manos enormes con que se agarraban entre sí para girar en torno del niño, primero con pausa, después con rapidez, luego con velocidad vertiginosa, al compás de mil extraños ruidos, entre los que creía distinguir, con cierta alegre esperanza, la destemplada guitarra de Canijo, más discordante que nunca, y la aguardentosa voz de la Cachana, que repetía, en cien tonos diversos, su común estribillo: —¡Condenao! ¡Condenao!...— De repente oyó, entre aquellos ruidos fantásticos, que no eran otra cosa sino el violento latir de sus arterias, otro ruido claro, distinto, que con nada se confundía: era el sonido de una esquila.

Al mismo tiempo apareció, por encima de una mata de lentiscos, la airosa cabeza de una cabra blanca, que la traía al cuello. El niño hizo un esfuerzo supremo tendiendo a ella sus manitas, y lanzó un gemido: asustado el animal, desapareció en seguida. El niño se desmayó de nuevo.

A poco volvieron a agitarse las carrascas que le rodeaban para dar paso a un gran perro cortijero que se adelantaba olfateando: detúvose junto al niño, como sorprendido; olfateóle dos veces, alzó la cabeza,

empinó las orejas y dejó escapar un sonoro ladrido.

Un pastor, anciano, apareció entonces por el mismo lado, y lanzó una exclamación de sorpresa al divisar, entre las matas, el cuerpo del niño. Acercóse a él vivamente: palpó sus manos y su frente, y cerciorándose de que no estaba muerto puso bajo su cabeza una zamarra que terciada a la espalda traía, y desapareció de nuevo, internándose en la sierra.

Algunos minutos después volvió con un cuerno lleno de leche y una gran zalea: vertió con cuidado en la boca del niño algunos tragos de aquella leche recién ordeñada y, sin esperar a que tornase en sí, envolvióle de arriba abajo en la zalea y se lo echó a cuestas.

Después tomó el camino que había traído, seguido de su perro.

III

Había llegado la noche, fresca y serena, como en Andalucía suelen serlo las de Noviembre, y reinaba una profunda calma en el extenso caserío del cortijo D**, cuyas inmensas dehesas suben y se extienden

por los laberintos de la sierra. Escapábanse, sin embargo, por las ventanas de la gañanía, algunos reflejos de tenue luz, y una voz de hombre, acompañada por una guitarra, dejaba oír dentro esas armoniosas modulaciones de los cantares andaluces, ya alegres, ya tristes, siempre originales y melancólicamente bellas, que, a veces, el capricho de los *dilettanti* transporta, con gran desventaja, de los encinares y dehesas de un cortijo, a los estrechos límites de salones y teatros. Canta mejor el jilguero en la punta de una rama y al pie de su nido que entre los apretados hierros de una jaula dorada.

Corría a la sazón el año 1854, y todavía los campesinos andaluces ocupaban en estos sencillos entretenimientos las primeras horas del descanso, porque aún no había llegado hasta ellos, en forma de periódicos, esa *dinamita social* que ha hecho más tarde estallar revoluciones y brotar cadalsos. La persona que escribe estas líneas tuvo ocasión, a los pocos años, de contemplar a aquellos mismos hombres, rendidos del trabajo del día, agruparse, hasta las altas horas de la noche, en torno de un Pericles de zamarra, que a la luz del candil leía y comentaba, ante aquel areópago de gañanes,

periódicos como *El Cencerro* y *El Tío Conejo*, abuelos y dignos antecesores de *El Motín* y *Las Dominicales*.

En el interior del caserío, al pie del gran horno, en que a la sazón se cocía el moreno, pero sabroso *pan de jinete*, hallábase Bautista, el aperador, cenando con su mujer y sus cuatro hijos pequeños. Al lado de aquella estaba sentada en un pitaco otra mujer de edad madura, que apenas había tocado al plato de *calostros*—primera leche de las cabras, sana y nutritiva cual ninguna otra—, que tenía delante. Era su vestido de percal oscuro, y cubríale la cabeza, anudándose bajo la barba, un pañuelo de seda negro, señal de luto. Llamábase Consolación : era hermana del aperador, y acababa de perder en una sola noche a su marido y a sus dos hijos, víctimas del cólera, que tan cruelmente se había cebado aquel mismo verano en las provincias de Andalucía. Atacada después ella misma, logró al fin escapar de las garras de la muerte, y había venido a restablecerse en el cortijo, al lado de su hermano. Tenía su domicilio en U**, donde ella y su marido, bien acomodados en su clase, habían ejercido largos años el oficio de estereros.

La pobre mujer lloraba a lágrima viva : acababa de llegar del pueblo su compadre el

tío Ventura, viejo sobajanero del cortijo, y al verle por primera vez, después de tantas desgracias, habíanse renovado en ella todos sus dolores.

—Vamos, comadre, no se olvide usted que se llama Consolación, le decía el sobajanero. Al mal tiempo, buena cara... Otros mejores vendrán que hagan olvidar los pasados.

—¡Olvidar! —exclamaba la viuda, sollozando.—Las espuertas de tierra que me echen en la sepultura, serán las que me traigan a mí el olvido... Tengo aquellas tres agonías clavadas en el corazón, tío Ventura; y es esto una carcoma que me va ya royendo!... —¿Y con llorar va usted a remediarlo, cristiana?...— Créamelo usted a mí, que soy viejo, y le llevo la delantera en este pícaro mundo.. En esta vida se acaban primero las lágrimas que las penas, comadre: con que no las desperdicie usted llorando los imposibles.

—¡Es cierto, compadre, es cierto!... Pero ¡ay Dios! que aquellos tres féretros los llevo siempre a la espalda, y es éste un morral que pesa mucho, tío Ventura, mucho!... ¡Qué noche, Virgen Santísima, qué noche aquélla!... Cayetano cayó como un rayo, al oscurecer, en la esterería... Ramón había *dío* por esparto, y volvió a poco ya con los

vómitos. La niña estaba mala *denantes*, pero se tendió la última... ¡Yo me quedé sola, tío Ventura, sola!... sin amparo, sin auxilio, sin un mal remedio que darles, porque aquel día moría la gente como chinches, y no se encontraba ni médico, ni botica, ni vecinos, ni prójimos siquiera... Los tres se retorcían como culebras, y me pedían a voces que no les dejara morir sin confesión, que les llamara a un cura... ¡Y sólo dos quedaban en todo el pueblo, y había más de trescientos enfermos!... ¡Qué angustia, Virgen de Consolación, qué angustia!... Me fuí *desatentáa* a un San José de yeso que tenía en la alcoba puesto en un nicho...

—¡Santo bendito! —le dije—. ¡De Dios son, que no míos; si se van no me quejo!... ¡Pero alcánzame que mueran en gracia, abogado de la buena muerte!... ¡No permitas que mueran sin confesión, Patriarca bendito!... ¡Piérdalos yo en buena hora; pero endulza su agonía, santifica su muerte!

Aquí se detuvo un momento la buena mujer, como si temiera decir demasiado.

—Entonces —continuó al fin— le hice un voto si me concedía encontrarles un Padre cura... Me toqué el pañolón para ir a la parroquia, y, en la escalera ...—¡compadre de mi alma!— me quedé *espantáa*, y hasta los

pelos se me pusieron de punta... Porque subía ya un Padre cura viejo, que yo no conocía.

—¿Hay enfermos? —me preguntó. ¡Tres... en la agonía! Su mercé se entró en la sala sin decir palabra, y con mucha caridad me los confesó uno a uno... Entonces se quedaron tranquilos, como si se hubiesen bañado en agua bendita... A poco vino la agonía: después la muerte... El padre expiró a las doce... Ramón tiró hasta las dos... La niña murió a las cinco, cuando la campana de Consolación tocaba las Ave-Marías

Los sollozos interrumpieron a la pobre viuda: su cuñada lloraba también, Bautista, para disimular su emoción, liaba un cigarrillo de tabaco picado. La viuda continuó:

—A los dos días caí yo...—

—Vamos, señora,— la interrumpió jovialmente el sobajanero para distraerla—. No diga usted que cayó; diga usted que se levantó, y se está poniendo en el cortijo como chivo de dos madres... ¡Caramba con la mujer! que antes de volver al pueblo se le van a juntar las pellas de gorda.

—Es verdad,— tío Ventura, es verdad... Gracias al Señor San José, que tampoco desamparó a su devota.

—¡Pues cabales que sí!... Como que se echó usted un padrino, que no hay otro en

el cielo que tenga más mano. ¿Sabe usted —continuó el buen viejo, deseando apartar a la viuda de sus tristes recuerdos—, lo que *jizo* el bendito Patriarca un día que su divina Majestad le negó una gracia?...

—¿Cuento tenemos? —dijo Bautista. De la sierra había de ser, tío Ventura, para no ser chilindrinero.

—No es cuento, Bautista, que es sucedido —repuso el viejo—. Pues vamos al caso, de que llegó un día *la cierta* a un devoto de San José, y quiso colarse de rondón por las puertas del cielo. ¿Pero qué había de entrar si venía tóo manchado de tinta?... que a la cuenta debía de ser alma de escribano. San Pedro le dió con el postiguillo en los hocicos, y me lo dejó montado en los cuernos de la luna. Pues, vamos, a que no faltó algún corre-ve-y-dile que le diera el soplo a San José, y se va el Patriarca, incontinenti, a su Divina Majestad a pedirle favor para su devoto. Pero su Divina Majestad, le dijo que nones.

—¡Señor, que es mi devoto!

—¿Devoto?... que te encendía a ti media libra de cera, y al diablo todos los colmenares de la sierra.

Pues vamos a que, en estos dares y tomares, de que ha de entrar, que no ha de entrar,

San José, que no es rana, y sabe dónde le aprieta el zapato, dice muy sentido, por ver si sacaba raja.

—Pues si mi devoto no entra, yo me voy...

—Vete con Dios, —le dijo Su Majestad.

San José, que lo que menos pensaba era en tocárselas, se va para la puerta con el sombrero en la mano: vuélvese a la mitad del camino, y dice:

—Pero es que yo no me voy solo... Que, según canta el refrán y también canta la ley, en matrimonio bien avenido, la mujer, junto al marido... Con que lo que es mi mujer se viene conmigo.

—Pues que se vaya.

San José llama a la Virgen Santísima, le dice que se toque el mantón, y que se vaya para la puerta. Pero su Divina Majestad ni por esas se blandeaba.

—Pues es que si me llevo a mi mujer—dijo entonces el Patriarca— me llevo también todo lo que es suyo.

—Pues llévatelo.

—Aquí tengo una lista que canta hasta la última hilacha.

Y se pone San José en medio del cielo, saca un papel de la faltriquera, en que estaba escrita la letanía, y comienza a decir:

—*Regina Angelorum*... ¿A ver?... Vayan para allá todos los Ángeles.

—*Regina Patriarcharum*... Vayan todos los Patriarcas.

—*Regina Prophetarum*... Vayan todos los Profetas.

Y así fué relatando toda la letanía... ¡Compadre! cuando llegó aquello de *Regina sanctorum omnium*, le dice su Divina Majestad:

—Mira, Pepe: anda fuera, lava bien a tu devoto y mételo dentro... Porque si me empestillo en no dejarlo entrar, me dejas tú, por justicia, solo en el cielo.

—¿Y en dónde lo lavó, tío Ventura?—preguntó uno de los chiquillos, gordinflón y de carilla boba, que apoyando sus bracitos en las rodillas del viejo, le escuchaba con la boca abierta.

—¿Pues dónde lo había de lavar, tontín?—le contestó su madre. Lo lavaría en un confesonario, que es la única lejía que esas manchas escamonda.

En este momento entró un gran perro canelo, y comenzó a hacer fiestas en torno del aperador y de sus hijos, meneando la cola.

—¡Calla! —exclamó Bautista—. Este es el perro de Bartolo.

—¡Alabao sea Dios! —dijo apareciendo en aquel instante el pastor que ya conocemos.

—¡Por siempre!—contestaron las mujeres; y, al ver que se adelantaba hasta la mesa, añadieron :

—¿Usted gusta, tío Bartolo?

—Que aproveche y se les vuelva todo manteca y gracia de Dios, —contestó el recién venido.

—¿Pero, cómo has dejado la majada, Bartolo? —preguntó entonces el aperador.

—Porque nació esta noche en el monte un borrego, sin que oveja alguna lo pariera—contestó éste.

—¿Y vienes a buscar padrino a la cría?—dijo el sobajanero.

—Bien lo necesita, —replicó el pastor, poniendo en el suelo la zalea en que traía envuelto a Ranoque—. Es un borreguito de dos pies, blanco y rubio como unas candelas.

Y al decir esto deshizo el envoltorio, dejando a la vista de todos al pobre niño, medio desnudo, amodorrado por la calentura que cubría sus mejillas de un arrebatado carmín, y daba a sus graciosas facciones un ficticio tinte de lozanía y de belleza. Todos lanzaron una exclamación de lástima y de asombro, y rodearon al niño tendido en la zalea, representando al natural uno de esos conmovedores cuadro antiguos, en que se ve al niño

Jesús en el pesebre de Belén, rodeado de pastores.

Bartolo refirió entonces cómo y cuándo lo había encontrado, y las noticias que había podido arrancar al niño antes de que la calentura le aletargase. Su padre había muerto en presidio, y le llamaban *el Rano*, de donde le venía a él su apodo de *Ranoque:* su madre era la Cachana, y, según la frase del niño, *estaba ajuntáa* con un ciego llamado el tío Canijo, que se ganaba la vida tocando la guitarra por calles y plazas.

—Tío Canijo, le había dicho el niño, me tenía tirria y me quería matar... Por eso me llevaron a la sierra, y se *juyó* con mi madre, dejándome solo...

Todos escuchaban profunda y tiernamente conmovidos; pero donde se pintaba la compasión con todos sus santos matices de interés, de dolor y de ternura, era en el rostro de la viuda. Medio incorporada en su asiento, con las manos cruzadas sobre su seno palpitante, escuchaba con el alma entera en los ojos. Al terminar el pastor su relato, se lanzó al niño gritando:

—¡Milagro!, ¡milagro! ¡Este niño es mío!... ¡San José me lo envía y yo lo acojo!... Y levantándolo, fuera de sí, en sus brazos, lo estrechaba contra su pecho.

Sorprendida y asustada su cuñada, la retuvo por las enaguas, exclamando:

—¿Qué dices, Consolación, qué dices?

—¿Pues no dije que en aquel desamparo en que me vi hice a San José un voto? —contestaba llorando la viuda—. Pues éste fué el voto que hice. Amparar por toda la vida al primer desvalido que me tendiera los brazos... ¡Y mira, mira cómo este ángel de Dios me los está tendiendo! —añadió al ver que el niño reclinaba la cabeza en aquel regazo que tan maternalmente le oprimía, y rodeándole con los bracitos el cuello, repetía, en el delirio de la calentura, su grito de siempre:

—¡Madre!... ¡Madre!... ¡Tío Canijo!...

—¡Tu madre!... ¡Sí, ángel de Dios, tu madre! —decía la viuda sollozando—. Una madre te abandonó, pero otra te acoge... Dos hijos perdí yo, y San José me devuelve uno...

Bautista meneó la cabeza: era prudente, pero esperaba también que la modesta herencia de la viuda pasase a sus hijos, y aquellas palabras suyas alarmaban su codicia.

—¡Déjala hacer! —le dijo el sobajanero, como si le leyese los pensamientos—: que eso es lo que dice aquella piedra que está en Jerez, a la puerta de la Inclusa: —*Porque mi padre y mi madre me abandonaron, el Señor me recogió...*

Tres meses después, la viuda, completamente restablecida, se tornaba a su pueblo, llevándose al niño. La víspera de su partida la llamó el aperador aparte:

—¿Has pensado lo que vas a hacer? —le dijo... El padre de esa criatura murió en presidio, su madre es una hiena... ¡Consolación!, de casta le viene al galgo el ser rabilargo...

—¿Acaso escogió padres el pobrecito mío? —contestó la viuda.

—No los escogió él; pero les heredó la sangre... Un lobezno encontró en el monte Gaspar, el hijo del porquero: con leche de oveja lo amamantó; con cariño lo crió, pensando sacar un perro... A poco se huyó a la sierra, destrozándole antes un hijo.

La viuda se quedó pensativa.

—¿Qué vas a hacer con el cachorro de un presidiario? —le preguntó su hermano esperanzado.

—Le enseñaré lo que sé... Hacer esteras...

—A ladrar enseñó Gaspar al lobezno, y acabó aullando como los de su casta.

—Y dime, Bautista —replicó la viuda mirando fijamente a su hermano—. ¿Le enseñó Gaspar al lobezno el catecismo?

—No... que a los lobos, para leer, les estorba lo negro.

—Pues a los niños no les estorba, Bautista; y tengo para mí, que si Gaspar enseña al lobezno a ser cristiano, hubiera sido más que perro, hubiera sido cordero... Eso haré yo con mi niño.

IV

Y así lo cumplió Consolación, aunque no sin grandes esfuerzos; porque *Ranoque* era realmente un lobezno. Los malos recuerdos de su padre, la vida depravada de su madre y los perversos ejemplos de Canijo, habían despertado antes de tiempo sus malas pasiones. Pero aquella rústica mujer, que no poseía otra ciencia que la de hacer esteras ni entendía otro libro que el catecismo, encontró en estos dos elementos tan heterogéneos los dos únicos polos en que puede girar el trueque perfecto de un corazón viciado: el trabajo y el sentimiento religioso. Poseía, además, como por instinto, ese tino y esa sagacidad que las personas dedicadas a la educación tan sólo adquieren a costa de largas observaciones y experiencias; y llevaba ventaja a la mayor parte de ellas en comprender que no hay pedagogía en el mundo que no necesite del apoyo de la oración, santo reclamo del alma, que atrae sobre ella la *gra-*

cia... Porque podrá una acertada dirección modificar y domar a una mala naturaleza; mas transformarla de mala en buena sólo lo puede aquel precioso don del cielo, que constituye la vida del alma.

Así lo comprendía y practicaba aquella mujer piadosa: su oración atraía abundantemente ese rocío vivificador sobre aquella pobre criatura, que abandonaban los hombres y amparaba el cielo; y la gracia ayudaba la caridad de la viuda, y la caridad de la viuda preparaba a su vez el camino a la gracia. La constancia de aquella mujer fué extirpando poco a poco, en el corazón del niño, los vicios groseros que en germen poseía, y la gracia completaba su obra, aclimatando allí las virtudes, y haciéndolas espontáneas: aquélla, a fuerza de machacar, amoldó el pedazo de hierro; ésta premió sus afanes, trocándolo en oro purísimo.

Porque, diez años después, era *Ranoque*, además de un hábil artesano, un joven modelo de religiosidad y de prudencia, cuya honradez aumentaba cada vez más el crédito, siempre grande, de la tienda de la viuda.

Un día lo llamaron para preparar en casa del escribano las esteras de invierno. Sentado en el suelo, remendaba con una larga aguja, ensartada en cordelillo de esparto, la estera

de una entrepuerta, pudiendo ver, por lo tanto, lo que en la pieza contigua pasaba. Hallábase en ella embutido en un silloncito de ruedas, que se cerraba por delante, un niño del escribano, de pocos años, tullido de las piernas. Habíale regalado su padre una de esas toscas cajitas que encierran, en miniatura, todos los elementos que entran en una hacienda de campo: encinas de musgo, cipreses de viruta, caseríos de madera, rediles de alambre, ovejitas, vacas, perros y pastores de palo. El niño lo había dispuesto todo, artísticamente, sobre una bandeja de latón que apoyaba en la delantera del carrito, y hallábase tan extasiado en la contemplación de sus propiedades rurales, como un rico propietario que viera desfilar sus numerosas cabezas de ganado. Otro hermanito menor estaba a su lado: éste no poseía más propiedades rurales ni urbanas que su carita rebosando salud y su cuerpecillo fornido; y con las manitas cruzadas a la espalda contemplaba, con mirada envidiosa, las riquezas de su hermano. Poco a poco, el proletario fuése acercando al capitalista, que le vió llegar con algún recelo. Su alarma no era infundada: las nociones de aquél sobre el derecho de propiedad eran harto imperfectas, y creyéndose, sin duda, en aquella edad dorada en que el tuyo y el mío eran palabras

desconocidas, metió la mano en la heredad de su hermano y cogió la vaca más gorda... ¡Aquí fué troya! El hacendado opinaba, con Hobbes, que el derecho se cimenta en la fuerza, y arrancando de cuajo, cual otro Orlando furioso, un ciprés puntiagudo, lo pinchó en las narices del proletario. La sangre enardeció entonces los ánimos: la fuerza rechazó a la fuerza, y el equilibrio social quedó por completo destruído: derrumbáronse los edificios, los campos fueron talados, dispersos los rebaños huyeron a más lejanos bosques; los pastores, tiesos como palos, se accidentaron del susto. Una voz de mujer vino, en parte, a apaciguar la fratricida lucha, gritando desde adentro:

—¡Niños!, ¡niños! ¿A que voy allá?... ¿A que llamo a la Cachana y al tío Canijo y se los lleva en el saco?

A este grito levantó *Ranoque* vivamente la cabeza, y se quedó pálido, inmóvil... Era la primera vez, después de diez años, que aquellos nombres llegaban a sus oídos; y la sorpresa, la curiosidad, el susto, el terror casi, le embargaron por completo. Al mismo tiempo apareció en el aposento una sirvienta anciana, y repartiendo cachetes en partes proporcionales, acabó de restablecer el orden entre el propietario y el desheredado.

La vieja se retiraba ya, dejando la paz asegurada; mas *Ranoque*, repuesto en parte de su emoción, la detuvo, preguntando:

—Con perdón de usted, señora... —¿Conoce usted acaso a esa mujer, la Cachana... y al tío Canijo?...

—¿Yo?... ¡no! —contestó la vieja, mirándole sorprendida.

—Lo decía al tanto de si sabe usted quiénes sean...

Pues la tunantona y el bribón que agarrotan mañana en Z**.

Un rayo que, de repente, cayera ante Ranoque no le hubiera causado mayor sorpresa ni espanto. Quedóse blanco cual la pared, desplomado contra el quicio de la puerta, con los brazos caídos y las rodillas vacilantes.

—¿Qué tienes, muchacho?... ¿Te pones malo? —dijo asustada la vieja.

—¿Pero es eso verdad? —balbuceó Ranoque, sin oírla—. ¿Por dónde se sabe? ¿Quién lo ha dicho?

—¿Que quién lo ha dicho, hijo?... Pues el amo, que ha tenido que ver en la causa, y volvió anoche de Z**... ¿Quieres verlo?... En el despacho estará todavía.

Ranoque contestó afirmativamente con la cabeza, y siguió, tambaleándose, a la vieja, que le condujo al despacho del escribano.

Era éste un señor amable y caritativo: sorprendiéronle, desde luego, la emoción y las entrecortadas preguntas del muchacho, mas contestó a ellas sin manifestar ninguna extrañeza. Díjole que la Cachana y el tío Canijo eran reos de un enorme crimen, cometido dos años antes, en que se complicaban el robo y el asesinato: seguíaseles desde entonces la causa, y convictos, al fin, ambos, aunque no confesó el ciego, habían sido condenados a muerte. Añadióle que la sentencia había de ejecutarse de allí a dos días, por no haber llegado antes el verdugo; y como conocía la honradez del mozo y estimaba en mucho a la viuda, cuyo antiguo parroquiano era, concluyó diciéndole que si en algo le interesaba aquel negocio, dispusiese de su persona hasta donde alcanzara su valimiento.

Esta cordial oferta del escribano acabó de rendir los heroicos esfuerzos que por aparecer sereno hacía Ranoque: miróle con una expresión indescriptible de dolor y gratitud, y dejándose caer en un sillón vecino, rompió a sollozar, cubriéndose el rostro con las manos. Acudió a él solícito el buen señor, preguntándole el motivo de su quebranto; y entonces Ranoque, dejándose llevar de esa imperiosa necesidad de expansión, propia de

los grandes dolores, le refirió toda su historia.

Atónito y a la vez afligido el escribano, trató inútilmente de consolar al infeliz muchacho. Éste pronunciaba fuera de sí palabras incoherentes; y extraño a todo lo que no fuera su dolor, tan sólo sabía preguntarse allá dentro de sí mismo, entre mil ansiedades y dudas amargas:—¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

En esta disposición de ánimo, comenzó a dar vueltas por las afueras del pueblo, esperando, para no alarmar a la viuda, que llegase su hora ordinaria de volver al trabajo. Al oscurecer entró Ranoque en la estereria. Consolación hacía calceta en la trastienda, conversando tranquilamente con dos vecinas: el muchacho pretextó un fuerte dolor de cabeza, y después de algunas palabras indiferentes subió al camaranchón que le servía de aposento y se tendió sin desnudarse encima del lecho.

Entonces comenzó para él la *hora de prueba*... la hora de combate, cuyo perfecto modelo nos dejó el Redentor del mundo en el Huerto de las Olivas: hora de angustias, hora de agonías, hora de resoluciones que, a veces, hacen del hombre, según del lado que se incline, un héroe o un infame, un

mártir o un apóstata, un predestinado o un réprobo...

La de Ranoque fué terrible.—¿Qué hacer, Dios santo, qué hacer? —se preguntaba... ¿Sufriría que todos en el pueblo le señalaran con el dedo, que resonara de nuevo en sus oídos, como un baldón, el nombre infame de la Cachana, y le llamasen a él con horror, con desprecio, con compasión a lo sumo, el *hijo de la ajusticiada?*... La sangre del muchacho hervía, a este pensamiento, de coraje, y sus pies golpeaban la cama, y sus manos crispadas destrozaban la almohada, cual si apretasen ya la primera garganta que osase proferir aquel grito... ¿Huiría más bien a tierras lejanas, donde nadie conociera su oprobio, renunciando al tranquilo bienestar de su honrado oficio, al cariño de aquella excelente mujer, que le amaba como a hijo, y a quien él amaba como a madre?... ¡Qué dolor tan seco, qué pena tan honda, qué amargura sentía hasta en el paladar mismo al pensar en la soledad, en la espantosa soledad del corazón, que le aguardaba entonces en el mundo!...

El cansancio sobrevino al fin a la parte física, y el decaimiento a la moral, y quedó entonces el muchacho inmóvil en el lecho, sin pensar nada, sin decir nada, mirando

con estúpida atención la llama de una lamparilla que la piedad de la viuda mantenía siempre encendida en la alcoba de Ranoque, ante un tosco cuadrito que representaba a Jesucristo clavado en la cruz, y a María, la Reina de los ángeles... *la Madre del ajusticiado...* recogiendo al pie de aquel patíbulo la herencia de afrenta que le legaba su hijo...

A poco se escapaban de su pecho sollozos convulsivos: oyóse después un llanto abundante, pero tranquilo; hondos suspiros luego; nada más tarde... tan sólo el chisporroteo de la lamparilla, que amenazaba apagarse.

Entonces se dejaron sentir suaves pisadas hacia el lado de la puerta, y crujió ésta levemente, cual si alguien la entreabriese con cuidado.

—¿Quién anda ahí? —exclamó Ranoque, incorporándose bruscamente en el lecho.

—Soy yo, hijo mío —contestó la viuda, entrando en el aposento con un velón encendido, cuya luz cubría con la mano, colocada a guisa de pantalla.

—¿Pero no te has desnudado, criatura? —añadió, colocando el velón en el suelo y acercándose al muchacho.

Éste se había sentado en la cama, y miraba a los ladrillos, con la cabeza baja, sin

contestar palabra: entonces pudo notar la viuda que algo extraordinario le acontecía. Cogió sus manos, y abrasaban; palpó su frente, y estaba ardiendo.

—¡Tienes calentura, muchacho! —exclamó asustada.

Ranoque levantó entonces su rostro demudado; y con esa cruda rudeza, propia de la gente del pueblo, que aumentaba en él la franca brusquedad de su carácter, dijo sin preámbulos:

—Pasado mañana dan garrote a mi madre... y al tío Canijo.

Quedóse la viuda muda de espanto al oírle, y se dejó caer sentada en la cama a su lado, cruzando las manos, llena de angustia. Ranoque le refirió entonces todo lo que sabía: la viuda murmuraba sin alientos:

—¡Virgen de Consolación!... ¡San José bendito!... ¿Qué nos hacemos?...

Ranoque parecía tener un nudo en la garganta: salíanle las frases a trozos, sordas las palabras, cual si fuesen gemidos.

—Yo —añadió el cabo lentamente— iré mañana a verla... y me estaré a su vera... hasta que la deje... en el camposanto...

—¡Jesús... qué desatino!

—¿Desatino?...

—¡Sí, sí, hijo mío!... ¡que eso sería aga-

rrotarte a ti la honra... y a mí el corazón, hijo del alma!...

—¿Y cómo nos gobernaremos entonces? —dijo enérgicamente Ranoque—. La ley es ley, y no ha de ser una para las duras y otra para las maduras.

—¡No hay ley en el mundo que obligue a eso!

—Pero, señora —exclamó el muchacho, poniéndose ante la viuda de un salto—. ¿Acaso es una cosa predicar y otra vender trigo?... ¿No me ha enseñado usted misma que el cuarto mandamiento de la ley de Dios es honrar padre y madre?... ¿Pues cuándo —prosiguió con toda la ruda energía de su carácter—, cuándo necesita mi madre que la honre más su hijo, sino en el momento en que le van a dar la muerte por justicia, en mitad de una plaza?

Y al decir esto, el pecho del muchacho se levantó como una montaña, dejando escapar un sollozo, único, solo, pero terrible, como el estallido de un volcán de dolor que revienta de un golpe. La viuda, al oírle, se hizo atrás sobre el lecho en que estaba sentada, y con las manos juntas quedóse mirando a Ranoque con el respeto, con la veneración con que un débil catecúmeno podría contemplar el santo heroísmo de un mártir... El asombro, la ad-

miración, el dolor, el orgullo, todo a un mismo tiempo, la hicieron enmudecer casi espantada de su obra...

—¡Llevas razón, hijo del alma, llevas razón! —dijo al fin, sacudiendo la cabeza—. ¡Encargaremos las bestias al tío Matías, y mañana iremos los dos juntos... pero los dos juntos... hijo mío!

V

Hay en la catedral de Z**, en la fachada que mira al lado del poniente, un balcón de pesado herraje, no muy distante del suelo, cuyas sencillas puertas de madera aparecen de ordinario cerradas. Una vez las vi abiertas, y sentí al verlas ese estremecimiento repentino de todas las fibras que producen en el alma las cosas sublimes; porque era lo que allí había lo más profundo, lo más misericordiosamente grande que pudo la caridad inspirar a la fe para apoyo de la esperanza.

Sobre un altar cubierto de negro ardían seis velas de cera amarilla, ante un gran cuadro de oscuras tintas, en cuyo fondo se destacaba una imagen de Jesús Nazareno, camino del Calvario, llevando la cruz a cuestas, vestida, en vez de túnica, una hopa

en todo semejante a la que llevan al patíbulo los condenados a muerte... Llamábanle por esto el *Cristo de los ajusticiados*, y era costumbre que todos los que habían de serlo pasasen ante la imagen al marchar a la muerte, y postrados a sus pies rezasen el Credo... ¡Cuán grande, cuán piadoso, cuán consolador me pareció aquel pensamiento, inspirado por la caridad de la Santa Madre Iglesia Católica! La pálida figura del Salvador, cubierta de sangre y de ignominia, me trajo a la memoria aquella otra figura formidable del Juez de vivos y muertos que nos describe San Juan: «Su rostro brillaba como el sol en toda su fuerza; sus pies se asemejaban al metal fundido en la fragua, y sus ojos eran dos ascuas. De su boca salía una espada de dos filos; en la mano derecha tenía siete estrellas, en la izquierda un libro sellado con siete sellos, y delante de sus labios corría un río de luz. Los siete espíritus de Dios resplandecían en su presencia como siete lámparas, y de su escabel salían voces, relámpagos y rayos...» ¡Y aquella tremenda majestad, aquel Dios que juzga a las mismas justicias y encuentra manchas en las mismas estrellas del cielo, abandonaba sus formidables atributos para salir allí en traje de reo, al encuentro de otro reo, escoria de la sociedad; para igua-

larse a él en ignominia, para borrar sus culpas con su inocencia, para decirle como hermano, minutos antes de sentenciarle como Juez: ¡Marcha tranquilo al patíbulo, que en lo alto del más ignominioso te rescaté yo con mi propia sangre!...

¡Oh poder de la misericordia divina y oh poder de la ingratitud humana! El hombre ingrato, el hombre insensible, ve, oye, pero no siente tanta grandeza... Pasa de largo; no cae desfallecido de dolor y de amor, para repetir lleno de esperanza: *Qui Mariam absolvisti et latronem exaudisti, mihi quoque spem dedisti!*

Abierta estaba la capilla, encendidas las velas, cubierto el altar de luto; y en la calle, sobre la plataforma de gradas en que la catedral se asienta, veíanse dos sacerdotes y un caballero, sentados ante una mesa cubierta con paño negro que sostenía una bandeja con algunas monedas. Golpeaba a veces en ella uno de los sacerdotes, y decía al mismo tiempo con lúgubre tono:

—¡Para hacer bien por las almas de los que van a ajusticiar!

Un grupo numeroso de gente se agolpaba en torno de la capilla, esperando la llegada de los reos, con esa ansia, esa avidez que justifica el dicho de que hay en el hombre

algo de la fiera y que nada es tan curioso en la vida como el espectáculo de la muerte. Eran, en su mayor parte, hombres y mujeres venidos de los pueblecillos vecinos con el solo objeto de presenciar la ejecución. Algunos traían a sus hijos pequeños, resto todavía de la antigua costumbre de hacer presenciar a los niños el terrible espectáculo : dábanles sus padres una bofetada en el instante de expirar el reo, y decíanles al mismo tiempo :

—¡Para que te acuerdes!...

El reloj de la catedral dió las once, y a poco sonó la misma hora en los demás relojes. Diez minutos después sonaron otras once campanadas, lentas, sordas, siniestras, cual si al golpear las puertas de la eternidad las produjese la guadaña de la muerte... Era el reloj de la audiencia, encargado de marcar la última hora del reo, en gracia del cual marcha siempre diez minutos atrasado... ¡Diez minutos! ¡Gran piedad, con parecer tan mezquina, la de esos preciosos momentos, en que puede todavía llegar un indulto inesperado, en que puede todavía volverse a Dios un alma impenitente!

Las oleadas de la muchedumbre al replegarse hacia la capilla del Cristo indicaron al fin que el fúnebre cortejo salía de la cárcel. Abría la marcha un piquete de caballería,

cuyos clarines destemplados resonaban tristes y lastimeros, como un lamento; detrás venía Canijo entre dos sacerdotes, cubierto con una hopa negra, manchada toda de fango por haberse dejado caer dos veces, revolcándose en tierra, con la misma rabia, el mismo furor que no le había abandonado un instante desde que, por haber confesado la Cachana su crimen, fueron ambos condenados a muerte.

Al leerle el juez la sentencia habíale preguntado, según es costumbre, si tenía alguna necesidad o algún deseo que pudiera ser satisfecho.

¿Que si quiero algo? —exclamó Canijo, echando espuma por la boca y revolviendo ferozmente sus ojos ciegos inyectados de sangre—. ¿Que si quiero algo?... ¡Cortarle la cara a la Cachana es lo que quiero!... ¡Darle una puñaláa en el corazón... hasta que me duerma metiéndole el cuchillo!...

Y agitando sus cadenas con una fuerza salvaje, entregóse a una feroz desesperación, de que nada ni nadie pudo sacarle. Al llegar ante el Cristo de los ajusticiados, los sacerdotes hicieron un último y supremo esfuerzo para despertar en su alma el arrepentimiento; mas Canijo dió una violenta sacudida, que arrojó al suelo a uno de los sacerdotes, y se lanzó camino del cadalso dando aullidos, con

la rabia infernal de aquel Luzbel que pinta Klópstock, precipitándose en el abismo al levantarse en el Calvario la cruz de Cristo, que le arrebataba su poderío.

Detrás venía en una carreta la Cachana, tendida como una masa inerte sobre unos sacos de heno, sumida en una especie de estupor semejante al embrutecimiento. A su izquierda estaba sentado Ranoque, sosteniéndola entre sus brazos y prodigándole sin cesar palabras de consuelo y de cariño; a su derecha, el sacerdote que la había confesado la exhortaba y consolaba también, mostrándole un Crucifijo.

La carreta se arrastraba con pausa cruel entre la apiñada muchedumbre que se agitaba sordamente en torno, asemejándose su murmullo a un inmenso sollozo que brotase del corazón de un gigante conmovido ante aquel cuadro, tierno a la vez que terrible. El heroísmo del hijo hacía olvidar por completo la infamia de la madre, y oíanse por todas partes exclamaciones de simpatía, gritos de admiración y gemidos de lástima.

Detúvose al fin la carreta ante el balcón del Cristo, y Ranoque y el sacerdote ayudaron a la Cachana a ponerse de rodillas en la misma carreta, agarrándola cada cual por un brazo.

—Rece usted el Credo, madre—le dijo Ranoque.

Mas la Cachana se quedó mirando a su hijo con los ojos estúpidamente abiertos, y se echó a llorar... ¡La infeliz no lo sabía!

Entonces comenzó Ranoque a recitar en voz alta el símbolo de la fe, y su madre fué repitiendo trabajosamente y entre gemidos todas sus palabras.

Al terminar el Credo la bendijo desde el balcón un sacerdote, y bajó después, según la costumbre, para incorporarse al cortejo, presenciar su muerte y velar luego su cadáver.

En medio de la plaza se levantaba el garrote, desnudo, escueto, terrible, con esa especie de siniestra vida que comunica a ciertas cosas inanimadas el espantoso objeto a que se destinan. Aun más espantoso que el garrote, pues era su complemento, y aun más cruel que la muerte, pues era el que la daba, hallábase sobre el patíbulo un hombre : era el verdugo... Al ver la Cachana ante sí el terrible palo, tornáronse sus ojos vidriosos, su cara lívida, y castañeteándole los dientes de terror, replegóse en el fondo de la carreta gimiendo, como una pobre bestia indefensa que se acorrala en su madriguera huyendo de la muerte. Ranoque la estrechó entonces

contra su corazón, y le dijo, mostrándole el palo:

—¡Madre!... ¡Vea usted su calvario!

Y sosteniéndola por las espaldas, ayudado del sacerdote, subió abrazado a ella las escaleras del cadalso. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

JUAN MISERIA

JUAN MISERIA

Yo me asomo a la muralla
Y a voces llamo a mi madre...
Viendo que no me responde
Llamo a la Virgen del Carmen.
(Copla popular andaluza.)

I

CÉLEBRE, como en otro tiempo en Madrid la casa de *Tócame Roque*, era y sigue siendo en el populoso X** el *Corral de los Chícharos*. Formaba éste, como aquélla, una especie de Arca de Noé, en que sin más lazos de unión que la recíproca vecindad y la general pobreza, anidaban, no siempre en paz ni en gracia de Dios, individuos, parejas, familias y aun tribus, de todos estados, condiciones y oficios. Sólo en una cosa se diferenciaban: la abundancia de población, la estrechez del terreno y la codicia de los propietarios, hacen de las casas de vecindad que aun llaman hoy en Madrid *Domingueras*, mise-

rables tugurios en que falta a los míseros vecinos cielo, luz, aire... Las de Andalucía, por el contrario, llamadas allí *corrales*, tienen un extenso patio que forma su centro, y en ellos brota el agua en abundancia, nacen las flores lozanas, ensancha el corazón un alegre cielo y tienen franca entrada el ambiente puro del campo y el bendito sol de Dios... El bendito sol de Dios, que no encuentra en casa del pobre cortinas que le detengan, y se entra por ellas alegre y confiado, como un amigo cariñoso que le abraza, le besa, le anima, le calienta y le envuelve en sus rayos de salud y de alegría, como para dictarle al oído aquella sencilla jaculatoria :

¡Bendita la luz del día,
Y el Señor que nos la envía!

Un estrecho callejón terrizo, cortado diametralmente por un caño de agua sucia que iba a desembocar en la calle, daba entrada al Corral de los Chícharos : a la izquierda había una pocilga, a la derecha una cuadra sin inquilinos, y al final de aquel oscuro túnel, variaba la decoración de repente, presentándose una frondosa parra dispuesta en forma de arco y un patio alegre y espacioso, profusamente cubierto de esas flores,

mitad silvestres, mitad cultivadas, que brotan espontáneas y abundantes dondequiera que encuentran sol, tierra y agua, como si la amorosa providencia de Dios les hubiese confiado la misión de embellecer de balde la tierra que el hombre pisa.

En aquel anchuroso patio se abrían, alegres y ventiladas, las innumerables viviendas de los vecinos; unas en el piso bajo, otras en el alto, sobre un corredor descubierto, que un viejo barandal de madera rodeaba: en él colgaban las vecinas ropa blanca y no blanca, lavada y por lavar, y cuantos enseres pueden ser suspendidos en la vida doméstica de cabo de barrio. Dos fachadas tenía el Corral de los Chícharos formando escuadra; una a la calle del Cerro-Fuerte, otra a la de Antón Martín, prolongada por la tapia de un corral en que había una estancia de bueyes. Abríanse en ambas, sin orden ni simetría, gran número de ventanas, grandes unas, chicas otras, a veces altas, a veces bajas, sin cristales todas, sin rejas y maderas ninguna.

Eran ya las doce de la noche, y el silencio más profundo reinaba en el Corral de los Chícharos: ninguna luz dejaban escapar las innumerables rendijas de sus ventanas, ningún ruído se oía que pudiese revelar la

existencia de ciento veintitrés personas encerradas en aquellos muros. Si no disfrutaban todos del sueño del justo, debían disfrutar, a lo menos, del sueño del cansancio. Sólo un gato o gata, Dido abandonada o Eneas fugitivo, paseaba el alero del tejado, ensayando el tema musical de *Semíramis*, *¡Qual mesto gemito!...*

En la época a que nos referimos (Marzo de 1867), el gas, *aliento de la civilización*, como cierto escritor lo llama—sin tener en cuenta que si como luz brilla, como aliento hiede—llevaba ya sus resplandores al humilde Corral de los Chícharos. Un farol, empotrado en la misma esquina, esparcía su pálida claridad por ambas calles, esforzándose, en vano, por alcanzar con su luz la que sus vecinos, de uno y otro lado, con igual esfuerzo, derramaban. El municipio, oscurantista entonces, no prodigaba mucho las luces, y hacía apagarlas todas a la campanada de las doce; desde esta hora quedaba el cuidado del alumbrado público a cargo de la casta Diana.

Unos pasos firmes, pero pesados, como de hombre que no trae prisa, resonaron allá en la oscuridad, por la calle del Cerro-Fuerte: poco a poco fuéronse aproximando aquellos pasos y pudo, al fin, distinguirse

a los últimos resplandores del farol, como sombra disolvente que se aclara, el bulto de un hombre que caminaba pausadamente por la acera opuesta al Corral de los Chícharos. Al llegar a la esquina atravesó la calle con la misma pausa y se detuvo debajo del farol, apoyando la espalda contra un viejísimo cañón, que clavado en tierra, recámara arriba, servía allí de marmolillo. No era un gallardo trovador con laúd, ferreruelo y toca con blanca pluma; era un rústico patán, con zapatos de vaca, calzones remendados, faja medio caída, marsellés pardo con recortes de paño negro y sombrero calañés inclinado sobre la ceja. No sabemos si tendría frío; pero a la vista estaba que no tenía capa, ni empleaba otro preservativo contra el sutil airecillo de la noche, que el de traer las manos en los bolsillos. Quitóse el sombrero para sacar de él una petaca y echar, sin duda, un cigarro, y la luz del farol iluminó de lleno su rostro. Era un real mozo.

Otros pasos ligeros y precipitados, como de hombre que trae prisa, resonaron entonces por el lado opuesto, a la entrada casi de la calle de Antón Martín. El hombre miró hacia allá vivamente y echó a andar de nuevo con la misma pausa; a poco se cru-

zaba en mitad de la calle con un empleado del gas, que venía apagando los faroles.

—Buenas noches—le dijo.

—Vaya usted con Dios—replicó el otro—; y apagando el farol de la esquina con el largo palo que para ello llevaba, siguió con la misma prisa dejando las calles a oscuras, sin que la casta Diana tuviese a bien encargarse por aquella noche de disipar las tinieblas. Estas parecieron transformar entonces al hombre de las manos en los bolsillos; dió rápidamente la vuelta y comenzó a desandar lo andado, a largos, pero silenciosos pasos; detúvose un momento en la esquina para buscar a tientas el cañón empotrado en ella; dió la vuelta a la calle del Cerro-Fuerte, y corriendo la mano por la pared, fué contando las ventanas hasta llegar a la cuarta. Era ésta de una vara en cuadro, abierta a la altura de una persona, y tenía al lado otra más pequeña y mucho más baja que parecía tragaluz de algún sótano. El hombre se detuvo de nuevo junto a la cuarta ventana y pareció escuchar atentamente si algún rumor resonaba dentro. Nada se oía, y convencido de ello el nocturno espía, dió un silbido prolongado; pero no era aquél un silbido cualquiera, era un silbido tenue, dulce, cariñoso, que parecía tener

como tintes de suspiro y asomos de queja. Nadie respondió, sin embargo: el hombre repitió por dos veces el silbido, acentuando más aquellas dulces cadencias que parecían pedir algo. Tampoco contestó nadie, y comenzando a impacientarse el que lo daba, determinóse, al cabo, a arañar suavemente la puerta misma de la ventana. Por tres veces repitió su maniobra, aplicando otras tantas el oído, hasta que, impaciente ya del todo, dió una patada en el suelo murmurando palabras malsonantes, y descargó tres golpes fuertes y secos en las maderas mismas.

Entonces se entreabrió la ventana sigilosamente, sin que apareciese nadie, y una voz, comprimida y angustiada, murmuró desde dentro:

—¡Vete, Juan, vete, por María Santísima!... ¡que se va a despertar padre!

—¿Que me vaya?... ¿que me vaya y hace quince días que no sales a la reja?...

—Ni saldré nunca... Me ha dicho el cura que a una mocita sin madre no le sientan bien peladeros de pava.

El hombre dejó escapar una barbaridad contra la gente que viste sotana.

—¡No hables así, por Dios, Juan!—replicó la voz entre afligida y colérica.—Mira que

no tengo más amparo en el mundo que el cura: él me ha dicho, que si eres hombre de bien, hablará a mi padre y arreglará la boda.

—¿Pero saldrás a la reja?

—¡No! ¡no!... Hoy he salido porque estaba con el alma en un hilo, no se despertara padre con la bulla que metías y me armara una jarana.

El hombre dió un puñetazo en la pared, y exclamó furioso:

—¿Pero se ha pensao su mercé que tengo yo sarna, o que vengo de mulatos?...

—¡No, hombre, no!... pero dice que tan pobre eres tú como yo, y que el día en que nos casemos se junta el hambre con las ganas de comer.

—¡Bocas de la Isla... que buenos brazos tengo yo para trabajar y mantenerte!... Dime más bien que la fachenda de Pepe López le ha puesto a su mercé una venda en los ojos... La tonta eres tú, que por mí le llevas la contra, y no te casas con ese Lopijillo, que tiene más dobleces que una manta vieja.

—¡Juan, Juan; que me matas con esa cansera!... ¿No te basta que por tu queré me exponga a que un día me esnunque mi padre?...

Un ronquido prolongado, uno de esos ronquidos asmáticos y vinosos, que suelen arrullar la borrachera de un viejo, resonó en aquel momento dentro del cuarto. La voz dejó escapar un ¡ay! de terror, comprimido y angustioso.

—¡Por María Santísima! — dijo — vete, Juan, vete, que se despierta padre!

—¿Pero saldrás a la reja?...

—¡No, no saldré!... pero toma, toma con tal que te vayas...

Y una mano asomó entonces por la ventana, dejando caer en las de Juan un objeto largo, estrecho y flexible, que exhalaba el suave perfume del suspiro y la albahaca. Mas antes que éste pudiera asirlo, otra mano, seca y descarnada, que lo mismo pudiera ser la garra de una arpía que la zarpa de una bruja, salió repentinamente por el ventanillo de abajo y arrebató el objeto de sus manos, cerrando después el postigo de un solo golpe.

Juan soltó una blasfemia: la voz exhaló un gemido, y la ventana se cerró al punto; pero, poco a poco, sin que crujieran las maderas ni rechinaran los goznes.

II

Al día siguiente, cuando la primera luz del alba comenzaba a dorar la pelada cumbre del Cerro del Fruto, ya la vida se sentía bullir en el Corral de los Chícharos: a poco se abrían sus innumerables viviendas para vomitar a docenas hombres que, desperezándose todavía, marchaban al trabajo; mujeres desgreñadas que hacían su *toilette* al aire libre, como las princesas de la Odysea, pero sin mirarse, como ellas, en las claras aguas de algún arroyo; chiquillos, sin más traje que el de nuestro padre Adán en el paraíso, que saludaban al nuevo día dando zapatetas al aire, entre el coro general de regaños maternos, que, como el canto de los pájaros, comenzaba con la aurora. El Arca de Noé abría sus puertas, ofreciendo al mundo, no ya un par de animales de cada casta, sino multitud de ejemplares de la única y curiosa especie del vecino de cabo de barrio.

A las seis sólo quedaba por abrir la puerta marcada con el número 4; abrióse ésta al cabo, y apareció una muchacha de más de veinte años, morena, de nariz chata y respingona, y rasgados ojos de un negro

de terciopelo: venía en chancletas y zagalejo, acabándose de arreglar las trenzas de su abundante pelo castaño, en forma de sencillo rodete. Acercóse a una de las muchas matas de albahaca que en el patio había, y cortó una ramita larga, que peló muy bien, dejando sólo las hojas de la punta: púsose luego a ensartar en ella esas suaves flores, especie de campanillas, que en unas partes llaman *trinitarias*, y en Andalucía llaman *suspiros:* rodeóse después la guirnalda en torno del rodete, y se entró de nuevo en su vivienda, cerrando la puerta por dentro.

Una vieja había aparecido, entre tanto, en la de junto, y con los brazos puestos en jarra la miraba atentamente, sonriendo de modo extraño: era aquel personaje la casera del Corral de los Chícharos, curandera famosa en el barrio, conocida, por su mucho saber, con el nombre de *la Salamanca.* Cuando la muchacha desapareció en la puerta, hizo un mohín de bruja y entróse también en su vivienda, la más ancha y espaciosa del Corral de los Chícharos: constaba de sala, alcoba y una especie de cuchitril o sótano, que recibía la luz de un ventanillo, colocado justamente bajo la cuarta ventana de la fachada.

De allí a poco apareció de nuevo en el patio la docta discípula de Hipócrates, con la saya remangada hasta la cintura sobre su zagalejo de bayeta colorada, y los enjutos brazos desnudos hasta el codo: traía arrastrando una canasta de colar llena de ropa, y con dos lebrillos de Triana y un tarugo improvisó instantáneamente un lavadero, en la puerta misma de su sala. Llegóse luego a la del número 4, con el aire preocupado de quien maquina algún enredo, y acercando la boca al agujero de la llave, gritó con fuerza:

—¡Marianilla!... ¿Me quieres echá una manita pa volcá la canasta de la cernáa?...

La muchacha, ya vestida del todo, apareció al punto en la puerta, diciendo:

—¡Jesú, señá Salamanca, que paece que está usted hueca!... Échese usted una mano al gañote pa que no retumbe, que se va a despertar padre...

—¿Todavía está durmiendo el tío Martín?—dijo la Salamanca, con la risueña cara del que pide un favor, bajando el acento a los más profundos tonos de un andante—. ¡El demonio del hombre, que va a criá cama como los melones!... Si lo que entra con el capillo sale con la mortaja... Cuando tu padre era mozuelo, tu agüela, que esté

en gloria, le decía todas las mañanas de Dios al despertarle para el trabajo:

—Hijo, levántate y serás bueno.

—Madre, más quiero ser malo y estarme quieto—respondía tu padre.

—Hijo, que uno por madrugá se encontró un costá.

—Madre, más madrugó el que lo perdió... Y se estaba tendido a la larga, hasta que le daba al indino el sol en las narices.

—Y que no hay más remedio que tené paciencia, porque con náa que se le ice, se pone su mercé hecho un toro—contestó Mariana, sonriéndose y ayudando a la Salamanca a volcar la canasta en uno de los lebrillos.

La muchacha quiso entonces retirarse; pero la vieja, revolviendo ya en el agua aquellos sucios guiñapos, la detuvo diciendo con naturalidad perfectamente fingida:

—¡Mujé!... ¿Sabes lo que me han dicho?

Mariana se encogió de hombros sin contestar, con marcada indiferencia.

—Pues hate cuenta, que me dijo anoche mi comadre, señá Juanita Perdigón, de que se casa Rosita, la hija de la zapatera.

—¡Noticia fresca pa los callos!—replicó Mariana—. Como que ya le están haciendo

las donas, y su madre le ha mercao un catre camero y dos docenas de sillas sevillanas.

La Salamanca hizo un gesto, como si indicase su completa ignorancia del suceso, y comenzando a enjabonar la ropa, añadió con la misma naturalidad afectada:

—Pues, hija mía, entonces tenemos ya en el barrio tres bodas a la piquera.

—¿Tres bodas?

—¡Cabalito que sí!... la de Rosita, la de la Pilonga...

La Salamanca interrumpió su trabajo para mirar picarescamente a la muchacha, y concluyó guiñando sus legañosos ojos:

—¡Y la tuya!...

—¿La mía?—exclamó Mariana, poniéndose colorada.

—Sí, la tuya... ¿Cuándo nos das ese buen día?

—¡Vaya, vaya, señá Salamanca! En la semana que no traiga viernes.

—¿Y a qué esperas entonces, muchacha?

—¡Pues me gusta la pregunta!... ¿Que a qué espero?... Espero al novio.

—Vaya, mujé, que entre el cielo y la tierra no hay náa ocurto —replicó la vieja con sonrisa misteriosa.

—¿Por qué me dice usted eso, señá Salamanca? — preguntó Mariana, poniéndose

inmutada y clavando sus ojos con ansia en los de la vieja.

Pero los de ésta estaban hechos a prueba de miradas de águila, y contestó tranquilamente, restregando su ropa:

—Por náa, hija, por náa... Sino que la gente ha dao en decir que andas encalabrináa con Juan Miseria, y que...

—¡Ay, señá Salamanca!... ¡Si a tóo el que habla más de lo regulá se le cayera la lengua, no andaría er mundo tan perdío como anda!—la interrumpió violentamente Mariana—. El que diga que yo estoy encalabrináa con Juan, miente con toita la boca; la verdad es—y lo digo porque no es pecao mortá—que él me quiere y yo lo quiero, y aquí paz y después gloria.

—Pero, ven acá, criatura... Si tu padre no da el sí—que no lo dará—¿qué vas tú a jacer?...

—Esperá, que quien bien quiere, bien aguarda.

—No, hija mía, que quien espera desespera—repuso la vieja—y menesté es que hayas perdío la chaveta pa esperá a ese Juan Miseria, más esaborío que las coles, que no es más que pa el arache y el cavache.

—Pobre y honrao, como es, lo quiero, y no rico y sin honra, que es el caudá del

pobre —contestó Mariana con acritud, al ver colocado a su malhadado Juan en la categoría de los vegetales—. Pero no se meta usted en camisón de once varas, señá Salamanca, y el pan que no ha de comé, déjelo cocé.

—¡Contigo pan y cebolla!—exclamó ésta, riendo irónicamente—eso es muy bueno pa habladuría, pero no lo siente así el estómago... Ya tú me dirás, a la vuelta de algún tiempo, si por los doblones de mi sobrino, Pepe López, que anda muerto y penao por ti, no has mandao a freí monas a tu Juan Miseria.

—¡Ya pareció aquello!—gritó Mariana, entre colérica y risueña—como que se ha pensao la buena de la mujé esta que, con los doblones de su sobrino, tiene al rey cogido por un bigote... Pues sepan usted y su sobrino, que ni Pepe López, ni el rey Pepe Botella, me hacen recogé a mí una palabra que he dao... ¿Le sienta eso a una mujé de bien?...

La Salamanca se puso pálida de ira, y restregando la ropa fuertemente, dijo con rabiosa calma:

—Pues no, que le sentará mejó andá con peladeros de pava a la media noche...

—¿Por quién dice usted eso?—exclamó Mariana, dando un paso adelante como para embestir a la vieja.

—Por alguna cochambrosa que yo me sé — replicó ésta, sin dejar de restregar la ropa.

Y como viese que la pobre muchacha retrocedía confundida y espantada hacia la puerta de su vivienda, añadió con la misma rabiosa burla:

—Sujétate bien en el moño la matita de suspiro... Pué caerse a la calle como anoche, y recogerla algún majo...

III

Con razón afirmaba la Salamanca de Martín Correa, padre de Mariana, que lo que entra con el capillo sale con la mortaja; pues la pereza, creciendo en él con los años, habíale conquistado entre la gente del barrio el apodo de Martín *Costilla*. Su oficio era el de albañil; pero se le pasaban meses y meses sin coger una piqueta ni levantar un ladrillo.

—El domingo—decía él—es pecado trabajar, que así lo dice la Iglesia; el lunes hay que descansar de la jarana del domingo; el martes es día aciago; el miércoles se parte la se-

mana; el viernes murió nuestro Señor; el sábado es víspera de domingo; y para un día que queda, el jueves, ¿quién va a trabajar?...

Y como la pereza abre la puerta a todos los vicios, se emborrachaba de continuo, pagando los desvelos de su hija Mariana, que, ora lavando, ora cosiendo, mantenía la casa, con un brutal despotismo. Habíasele puesto entre ceja y ceja la boda de su hija con Juan *Miseria*, honrado trabajador que debía su triste apodo a la endeblez en que cuando pequeño se había criado.

Juan Miseria era *del campo :* lo cual quiere decir que se ocupaba en todas las faenas que para la labranza de éste son necesarias, ganando un buen jornal, que, sobrio en sus gastos y morigerado en sus costumbres, siempre le sobraba.

Con dificultad se hubiera encontrado un hombre de más valer en su clase y que tuviese de sí mismo un concepto más humilde : lo que indica siempre una gran superioridad moral; pues el mayor de los méritos es el que admira en los demás lo que ignora poseer en sí mismo, y derrota con su inocente modestia al peor enemigo de la razón, que es el amor propio.

Muertos sus padres en la epidemia del año cincuenta y cuatro, el desamparo, el horrible

y aterrador desamparo que hace apartar la vista más atea de la tierra para fijarla en el cielo, le hizo caer en manos de un primo de su padre, llamado el tío Parra: este hombre, borracho de oficio, brusco y casi feroz, haciale trabajar de continuo, arrojándole por toda recompensa un pedazo de pan, que nunca comió el infeliz niño sin haberlo ablandado antes con sus lágrimas. La desgracia fué, pues, la única maestra de aquel pobre huérfano, que, víctima del menosprecio de todos, demostró cuán grande era su alma; que, lejos de emponzoñarse, supo hacer nula esa terrible píldora que sólo los santos saben tragar, sin sentir corroído el corazón por el más amargo despecho. Mas como nunca oyó la menor palabra de interés ni de consuelo, fuése armando de una amarga reserva, que en un hombre culto hubiérase llamado misantropía, y que escudaba, como las espinas de un rosal sus flores, los nobles y elevados sentimientos que en su corazón se encerraban. En sus soledades, solía cantar esta copla que el desamparo inspiró a su tosca musa:

No tengo padre ni madre
Ni quien se acuerde de mí.
Me arrimo a los mulaares...
¡Las moscas huyen de mí!...

De este absoluto aislamiento del desgraciado niño, nacieron dos rasgos distintivos de su carácter: una vehemente necesidad de amar y ser amado, por lo mismo que jamás encontró su corazón otro que latiese acorde con el suyo, ni sus ojos otros que llorasen cuando ellos lloraban; una completa carencia de esos principios religiosos que infunden las madres católicas a sus hijos. Su corazón, naturalmente bondadoso y, como vulgarmente se dice, de buen fondo, parecía adivinar a Dios; mas su inteligencia, inculta y cegada por la ignorancia, no le ponía en comunicación con Él.

El cariño de Mariana vino a saciar su corazón, sediento de amor. Mas su alma, desprovista de toda idea religiosa, recordaba su amargo pasado, veía su triste presente, pensaba su incierto porvenir, y preguntándose cuál era la justicia de aquel Dios que oía llamar bueno y misericordioso, sentía ahogarse en su corazón ese instinto de fe, como innato en el hombre, que, si bien lo apagaba en él la ignorancia, en los más lo seca el orgullo.

Esta hermosa alma se encerraba en la tosca corteza de aquel hombre de la ínfima plebe, grosero y hasta soez en sus formas, como todos los de su clase, imbuído en las falsas ideas que por aquel entonces sembra-

ban los revolucionarios encargados de minar la Religión y el Trono de España, y prevenido por ellos mismos contra toda enseñanza, todo consejo o precepto que revistiese carácter religioso. Por eso decía de él don Antonio, el capellán de la Yedra, en cuya casa cosía y lavaba Mariana :

—¿Juan?... ¡excelente bestia!

La brutal oposición que a la boda de su hija hacía Martín Costilla, no era un vano capricho : era el egoísmo del viejo libertino que ve pasar a otras manos la gallina de los huevos de oro que mantenía sus vicios. Allá en su gramática parda procuraba el cínico viejo conservarla siempre soltera a su lado, o casarla con un hombre tan rico en su clase, que llegase hasta él aquel bienestar que, no para su hija, sino para sí mismo ambicionaba.

Por otra parte, estos planes de Martín Costilla no eran vana ilusión : el sobrino de la Salamanca, Pepe López, llamado en el barrio *Lopijillo*, así como a su padre le llamaban *Lopijo*, parecía inclinarse hacía la muchacha, reuniendo las condiciones que el taimado tío Martín ambicionaba.

El origen de este apodo del padre, que descendía a diminutivo en el hijo, era el siguiente : En cierta ocasión fueron llamados ambos ante el juez para servir de testigos en

una causa criminal; el padre, que la daba de culto, dijo al presentarse:

—Pregunte V. S. cuanto guste, que el Evangelio no ha de decir más verdad que el *señor López e hijo*.

—Así lo espero yo, señor *Lopijo* —contestó el juez, que era zumbón.

A veces, pequeños detalles fotografían mejor el carácter de una persona que las más profundas y concienzudas observaciones. La muestra que coronaba la zapatería del tío Lopijo —pues zapatero era de oficio— revelaba bien a las claras toda la cultura de aquel moderno sucesor de Crispín y Crispiniano: sobre dos columnas de madera, que ceñían los costados de la puerta, se levantaba, en dos cuerpos, aquella maravilla del arte, rematando en un rollizo ángel que, con los carrillos hinchados, afanábase por despertar un eco en la atronadora trompeta de la fama; mas en vano sudaba y trasudaba el mofletudo espíritu para hacer oír aquella trompa que, destinada a ensalzar la virtud, el heroísmo y el genio, no se avenía a pregonar el cerote.

Un pincel, émulo del de Velázquez, había representado en el primer cuerpo un grupo capaz de producir el arrobamiento de una ilusión cumplida a los amantes de la *Niña*, como llamaban entonces en Andalucía a la Repú-

blica que se incubaba. Mezclábanse fraternalmente en aquel confuso remolino un representante de cada una de las clases sociales de la república de los zapatos: la petimetra botita alta de tacón y corva de empeine; el machucho zapato de orillo que se abriga con un pellejito de conejo; la enorme bota digna de calzar el pie de un *lord* gotoso; el zapato parvulito que se adorna con un lazo rosa; la severa botina de *chagrín;* el indígena botín de becerro y hasta la exótica babucha morisca rodeaban a un zapato de vaca, férreamente claveteado, que, según testimonio fidedigno de unos gorriones que allí tenían su nido, solía disertar sobre los derechos del ciudadano, mientras insensiblemente se elevaba sobre aquella república pedestre, como los dos Napoleones se elevaron sobre la francesa, o César Augusto se elevó sobre la romana.

Por debajo de esta elocuente lección a los republicanos de todos los tiempos, había escrito señó Lopijo, como si quisiese demostrar las relaciones internacionales de su zapatería de cabo de barrio con las principales potencias de Europa:

Zapatos.—Souliers.—Shoes.—Schus.
Scarpe.

Pero donde más sobresalían las aspiraciones del ilustrado zapatero era en el segundo cuerpo de la muestra. Dos niños, en que los transformistas hubieran encontrado el ansiado ejemplar de transición entre la familia de los monos y la humana, sostenían un cordón dorado, del cual figuraban pender las letras de esta inscripción :

Don José López,
artista zapatero.

Allí aparecía retratado, al vivo, el señó Lopijo, tipo exacto del hombre de nuestra época, nacido para ochavo, empeñado en subir a cuarto; y como la experiencia le probó pronto que jamás podría su persona salir de los dos maravedises, quiso dar el salto en la de su hijo, haciéndolo sacerdote en vez de hacerlo zapatero. Porque Lopijo era anterior a esa raza de hombres del pueblo, educada o nacida en la propaganda impía que preparó la revolución del sesenta y ocho : era creyente, y aunque no miraba en el sacerdote la altísima dignidad de su carácter, veía en él un hombre de posición social muy superior a la suya, y complacíase en recordar en sus sueños ambiciosos que, desde la sotana del monaguillo, hasta la tiara del Papa, existe un camino franco, recorrido más de una vez por

todas las clases sociales. Por otra parte, era la carrera de la Iglesia, por ser la más económica, la única que en su holgada pobreza, pero pobreza al cabo, podía dar a su hijo.

Púsole, pues, a estudiar filosofía en el Instituto, y allí comenzó el muchacho a rodar la pendiente; porque Lopijillo, filósofo en ciernes y sacerdote futuro, no podía vestir como el Lopijillo que, descalzo de pie y pierna, cazaba aviones en las playas de San Telmo, y el muchacho instó a su padre a que le comprase una levita. Aquella prenda, que le sacaba fuera de su círculo, fué fatal para Lopijillo, porque desde entonces sintió desarrollarse en su corazón el germen de la vanidad y la soberbia, que tenían allí raíces innatas. El primer fruto producido por estas plantas, que raro es el corazón en que no arraigan, más o menos, fué bien amargo para señó Lopijo.

A costa de mil privaciones había logrado comprar a Lopijillo un vestido completo de casimir y una gorra de terciopelo negro, que debía estrenar el Jueves Santo, para ir visitando los Sagrarios en compañía de su padre. Pero cuando éste, al verle tan empavesado, reventaba de satisfacción, y su madre, que aun vivía, le miraba con cariño, el muchacho dijo, viendo que la gala de señó Lopijo

consistía en una chaqueta remendada y un sombrero viejo:

—Yo no quiero salir a la calle con padre...

—¡Muchacho! —exclamó asombrada la madre—. ¿Qué estás diciendo?...

—Que no quiero salir con padre.

—¿Pero, por qué?...

—Porque va muy mal vestido.

Señó Lopijo sintió un golpe en el corazón, y salió bruscamente del cuarto; porque la ingratitud es un acero que hiere a un corazón amante, que amar es favorecer, y este acero, en manos de un hijo, es más que cobarde; es infame, porque va envenenado. ¡Su hijo, aquel hijo por quien llevaba el sombrero viejo, y remendada la chaqueta, le pagaba sus sacrificios avergonzándose de su compañía!...

Entonces pasó por su cabeza la prudente idea de volver a Lopijillo a la zapatería, que nunca debió abandonar; pero cuando ya iba a ponerla en práctica, vino el muchacho a deslumbrarlo de nuevo con un portento de su ingenio. Una mañana lavaba su madre en el corral, y Lopijillo, señalando la pila, dejó escapar esta profunda sentencia, que hizo estremecer en sus tumbas a Horacio y a Virgilio:

—Pila pilorum, donde se lava la ropa roporum.

En otra ocasión, una vecina que se devanaba los sesos por comprender el significado de estas palabras, *Charitas, Spes, Fides,* que por debajo de una estampa que había comprado se leían, fué a consultar a Lopijillo. El oráculo, sonriendo, con esa insoportable afabilidad del orgullo adulado, a la modesta mortal que consultaba su profunda sabiduría, contestó :

—Esto se traduce así: *Charitas*, estas caritas; *Spes*, sin pies; *Fides*, son feas.

—¿Con que feas y sin pies? —replicó la vecina tan satisfecha—. Pues di tú que me lucí con la compra.

Estos resultados de la profundidad y el talento de Lopijillo asombraron a su padre, y olvidando sus resentimientos llegó a creer que aquel pozo de sabiduría tenía razón en avergonzarse de él, pobre zapatero inculto, y ambicionando para su hijo no ya un bonete, sino una mitra, siguió trabajando para mantenerle en el Instituto.

Pero las calabazas y calabacines que su hijo cosechaba le desengañaron al cabo, y resolvió hacerle trocar los libros por el tirapié, y la pluma por la lezna. Mas ya era tarde, y Lopijillo, que se las hubiera tenido tiesas con Séneca en persona, se negó rotundamente a este cambio que degradaba su dignidad de

filósofo y mataba sus ilusiones de orador: vióse entonces precisado su padre, por no consentirle vago, a colocarle de sacristán en la capilla de San Telmo, iglesia en que se venera el Cristo de la Expiración, y de cuya cofradía, compuesta de todos los vecinos que pueblan los alrededores de la capilla, había señó Lopijo sido Mayordomo.

Allí creció Lopijillo en tan prolongadas dimensiones, que apagaba y encendía las velas sin necesidad de caña; pero su natural perezoso aborrecía el trabajo, y como todo lo que molesta, desagrada y es odiado —lo cual es razón de que el libertino desprecie la virtud, que pone de relieve sus vicios, y el despreocupado la religión, que le exige pureza de costumbres—, Lopijillo fué cobrando un odio invencible a aquellas ceremonias religiosas, que, por ser para él obligaciones, le eran insoportables.

—¡Qué tontería de Misa! —decía al salir a ayudarla.

Y como el generalizar es cosa muy fácil para el vulgo infatuado, que todo lo ve por el prisma de la conveniencia y el egoísmo, comenzó por hablar mal del cura, que le reñía, y de la Misa, que le importunaba, para concluir odiando a la religión, porque ésta era una de sus ceremonias, y blasfemando de

Dios porque aquél era uno de sus ministros.

Reprendiéronle en cierta ocasión su atrevida ignorancia, que le llevaba a reírse y hablar de lo que no entendía, y con la mejor buena fe, porque su amor propio así se lo dictaba, contestó :

—¿Que no entiendo?... ¿Que soy ignorante?... Los ignorantes son esos fanáticos que quieren hacernos comulgar con ruedas de carreta...

Toda la filosofía de Lopijillo estaba, pues, compendiada, a los diez y nueve años, en estas dos reglas generales. Lo que me incomoda es injusto y no debo cumplirlo; lo que no entiendo es mentira y no debo creerlo. Orgullosa y egoísta doctrina, que ha producido más de un escéptico y más de un despreocupado, y que reconoce por origen ese espantoso culto que en unos aterra y en otros hace reír, y que Balmes llamó *Egolatría*.

IV

Aquella misma tarde, las vecinas del Corral de los Chícharos, sentadas a la puerta de la calle, charlaban y cosían; los chiquillos jugaban y gritaban en mitad de la corriente;

los hombres volvían del trabajo al santo reclamo del hogar, y la campana parroquial de San Miguel anunciaba, con su lengua de bronce, que tras el trabajo del día viene el descanso de la noche, como tras el trabajo de la vida viene el descanso de la muerte. En el patio, solitario en aquella hora, hallábase la Salamanca sentada a la puerta de su vivienda, al pie de un hermoso jardín morisco, que parecía extender sobre ella sus perfumadas ramas, cubriéndola como un dosel. Entre sus piernas abiertas sostenía un plato de vastísima loza de Triana, en que iba migando un cuarterón de pan duro. para formar luego, con sus accesorios, el fresco y sabroso gazpacho andaluz.

La sacerdotisa de Esculapio tenía decorado su templo con un lujo que ya rayaba en opulencia. Abríase, en el fondo de la sala, la puerta de la alcoba, cubierta por almidonadas cortinas blancas, que sujetaban clavos romanos: docena y media de sillas, con asiento de anea y agudas perillas en el respaldo, hallábanse enfiladas alrededor de la pared, que, perfectamente revestida de cal, parecía haber recibido una lluvia de cuadritos de todos tamaños, hechuras y asuntos. Ocupaba el testero uno de vara en cuadro, con marco de caoba, que representaba a Nuestra Señora

del Valle: a la derecha tenía a San José bendito y a la izquierda un figurón montado a caballo y con la espada desenvainada, que decían ser el retrato, no del Prim *libertador de la España con honra*, sino del Prim héroe de la batalla de los Castillejos.

Seguían alternando, en paz y gracia de Dios, una tercera parte de los santos de la corte celestial y varias notabilidades de todas las épocas que había salvado señá Salamanca de los rigores de baratillos y almonedas. Cúchares, dando un mete y saca, parecía querer pinchar a su vecino San Francisco de Paula, que, con ambas manos apoyadas en su báculo, contemplaba la sublime palabra *Charitas*, entre unos rayos de papel dorado. Más lejos, Fernando VII se miraba asombrado la punta de una nariz más que borbónica, e interrumpía los tristes ayes de un rollizo Chactas que lloraba la muerte de una escuálida Atala, para preguntarle por qué el hombre importunaría a Prometeo hasta el punto de que, mohino el ladrón de los rayos celestes, arrojase a su obra un pedazo del barro sobrante que, adhiriéndose a su rostro, vino a formar el apéndice que llamamos nariz. Diego Corrientes, el bandido generoso, emboscado en un rincón tras una oportuna telaraña, apuntaba con su trabuco a un Napoleón I,

cuyo majestuoso rostro habían cubierto las moscas de sucios lunares, sin hacer caso a una Santa Rita que, con una espina en la frente, del tamaño y forma de una zanahoria, y un crucifijo en la mano, parecía querer aplacar aquellos celos de encrucijada.

Pero lo que más llamaba la atención de todos cuantos en la vivienda entraban era una grotesca copia, hecha en barro, de las imágenes que la famosa cofradía del Cristo de la Expiración saca procesionalmente la tarde del Viernes Santo. Sobre un cajoncito forrado de papeles de colores hallábase colocado el Cristo, enclavado en la cruz, y teniendo a su derecha a la Virgen del Valle, cuya carita, del tamaño de una peseta, cubrían dos lagrimones del tamaño de dos reales, que limpiaba con un pañuelo proporcionado en magnitud a sus lágrimas: a la izquierda, el discípulo predilecto, San Juan, sostenía una palma primorosamente labrada con las de una escoba, y empinaba el dedo índice de la otra, como si ordenase algo. Ante el Cristo ardía una *mariposa* en una jícara sin asa, y alrededor de las tres efigies hallábanse un diluvio de tazas, alcarrazas y pucheros mutilados llenos de flores, que diariamente remudaba la Salamanca, en obsequio del Cristo de su devoción, bajo cuyo poderoso amparo

ponía siempre a los enfermos de su clientela.

La persona que escribe estas líneas, que conoció y trató a tan singular personaje, puede dar fe de la siguiente cura, que bien necesitaba para lograrse todo el auxilio del bendito Cristo. Un pobre gallego, llamado Pascual, rompióse un brazo al caer de una escalera: entablillóselo al punto la Salamanca entre dos tablas sin cepillar que sacó del fondo de un cajón de pasas; ató fuertemente éstas, enrollando a ellas siete varas de tamiza; untólo todo por fuera con cola de carpintero, y puso encima un escapulario del Cristo, sujeto con cintas amarillas. Cuarenta días después, el gallego recobraba por completo el uso del brazo, y la Salamanca le pasaba, como los doctores de nota, la siguiente cuenta, que nosotros mismos leímos y copiamos:

Por el trabajo de curá . . .	21 cuartos.
Por las tablas	6 cuartos.
Por siete varas de tamiza . .	3 ochavos.

Por la cola náa, que la dió señó Joaquín Blanco.

Por el escapulario náa, porque fué emprestao.

Nelaton no hizo nunca otro tanto, ni fué tampoco tan parco como la Salamanca al pedir sus honorarios.

Concluía ésta de migar su gazpacho, cuando entró en el patio un hombre largo y desgarbado, envuelto en un amplio y mugriento gabán, que por uno de sus profundos bolsillos dejaba asomar las narices al periódico republicano *La Discusión*. Hacía sombra a su rostro vulgar, insulso y sin expresión alguna, uno de esos sombreros de altísima copa y extensas alas, llamados a lo Garibaldi, que, satisfecho en su elevado puesto, recordaba al de Gesler pendiente de una estaca. Aquel hombre era Lopijillo, después de haber sufrido una metamorfosis que dejaba atrás a todas las de Ovidio. Había abandonado algún tiempo antes la sacristanía de la capilla de San Telmo, creyéndose degradado con tan mezquinas ocupaciones, y hecho entonces gastador de aceras y sostenedor de esquinas, comíase los ahorros de su padre, esperando ocasión oportuna en que lucir las dotes con que creía él haberle dotado la naturaleza, y llorando, cual otro César a los veintidós años, por no haber hecho aún nada notable. Una asonada popular le proporcionó su primer ensayo.

El pueblo de X** era todavía bueno y sensato: ciertas doctrinas disolventes que después se le han predicado no habían pervertido aún su corazón ni extraviado su cabeza. Do-

líale el estómago, y como tenía hambre, el pobre pueblo pedía de comer.

¡Pan y frijones! —era el grito que pronunciaba aquella compacta muchedumbre, que en una actitud pacífica ocupaba los alrededores de las Casas Consistoriales y la extensa plaza del Arenal.

Lopijillo creyó llegado el momento de lucir sus dotes oratorias... Corre a la plaza con intención de arengar al pueblo, y sube sobre un poyo, que había de ser el primer escalón que le llevase a la cima de sus ambiciones.

—¡Pueblo ilustre!—exclama, moviendo los brazos como las aspas de un molino.

—*¡Pan y frijones!* —mugió la muchedumbre, ahogando con su espantoso griterío la voz del orador; y al mismo tiempo, un medio ladrillo, disparado sin duda por mano liberticida, vino a darle en el hombro izquierdo, haciéndole caer de la improvisada tribuna, exclamando :

—¡Pueblo bárbaro!...

Y cubriéndose el rostro con la toga, es decir, tocándose el gabán por la cabeza para poder correr más fácilmente, tomó más que de prisa el camino de la zapatería de su padre. Durmiendo allí sobre estos primeros laureles, esperaba nueva y más favorable ocasión en que mostrar al mundo sus dotes;

y mientras tanto, cual otro Demóstenes que estudiaba a Tucídides para familiarizarse con el estilo, nutríase con ciertas lecturas que, por no poder digerirlas, convertían su cabeza en una olla de grillos.

Pero mientras estallaba el cataclismo político, que, según él, había de hundir para siempre el oscurantismo y la tiranía y enarbolar la gloriosa bandera de la libertad, la igualdad y la fraternidad, ocupábase el sacristán cesante y padre de la patria futuro en hacer la corte a Mariana, con las torcidas intenciones de un don Juan de arrabales y callejuelas.

—Dios guarde a usted, señá Salamanca —dijo, con ese tono de protección que guarda el soberbio hacia el humilde, a quien cree honrar con su saludo.

—¡Dichosos los ojos que te ven pasá esos umbrales! —exclamó la vieja alborozada al verle—. ¿Te habías pensao tú, Pepito, hijo, que había algún pozo en la puerta de mi casa?...

—Eso digo yo, señá Salamanca: dichosos los que tienen vista.

—Pues, hijo, no hay peor ciego que el que no quiere ve; porque tóos los días de Dios me dan las ánimas de la noche platicando con tu padre, y nunca te veo el pelo de

la ropa... ¡Ya se ve! ¡como siempre ha habido pobres y ricos!...

—¡Pobres y ricos! —exclamó Lopijillo, que no obstante de sentirse halagado, sonrió democráticamente—. Pronto el pobre se igualará al rico, si no es que el rico viene a servir al pobre.

—Habladurías, hijo: jarabe de pico que sirve de engañabobos... Desde que el mundo es mundo, unos andan en coche y otros andan al remo.

—Pero alguna vez ha de llegar la hora, y tiempo es ya de que desaparezcan esas preocupaciones que por tanto tiempo han cegado al pueblo... ¡al pueblo soberano!

—Sí, señora —prosiguió serenándose el pequeño Robespierre, que no desperdiciaba ocasión de ensayar sus golpes oratorios ante públicos benévolos—. Todos los hombres son iguales en su naturaleza; y si la tiranía ha conseguido dividirlos en clases, elevadas unas y bajas otras, muy pronto la civilización y el progreso harán un reparto general de bienes, y todos quedaremos iguales...

—¿Qué me cuentas, muchacho?—exclamó la Salamanca, que le miraba de hito en hito con la boca abierta, dejando ver un diente que, solitario en medio de la Tebaida de sus encías, había enfermado de ictericia.

—Lo que usted oye: sí, señora, lo que los ricos tienen lo han robado a los pobres. Y si no, dígame usted... ¿Quién labra las viñas y las hace producir el vino? El pobre... ¿Quién labra el trigo y hace el pan? El pobre... ¿Pues no es lo regular que este vino y este pan pertenezcan de derecho al pobre que lo trabaja, y no al ladrón del rico que se lo quita?...

—¡Y lleva razón! —exclamó la Salamanca admirada—. ¡Jesú y qué sentío tan fino tiene este muchacho!...

—¡Si eso es claro como la luz del día! ¿No es el albañil quien fabrica la casa?... ¿Pues de quién sino del albañil debe de ser esa casa, que le ha costado su trabajo levantar?

—¡Qué pico de oro te ha dado Dios, hijo, y cuánto me alegro de que me hayas impuesto!... Hate cuenta que estoy jaciendo unas calcetas para doña Pascuala, la de en cá del notario; ¿y no soy yo la que hago las calcetas? Pues mías deben de sé, que estoy en piernas y el invierno se viene encima.

—Despacito y buena letra, señá Salamanca, y cada cosa a su tiempo... No sea que por coger la bellota se quede usted sin el puerco.

—Dime, hijo, ¿acaso me tocará a mí algo en el reparto ese?

—Usted es una ciudadana como otra cualquiera, y tendrá su parte... Pero cuidado con la lengua —añadió Lopijillo con cierto aire de misterio—, que la cosa está tan tirante como lo que pronto va a estallar, y en un verbo me lo mandan a uno a Fernando Poo a que lo maten unas tercianas.

—¿Ese Fernando Pon le tocaba algo al rey Fernandito?...

—¡Quite usted allá, señora!... Fernando Poo es una isla adonde destierran los mártires de la libertad.

—Descuida, hijo, descuida, que me echaré un punto por cima en la boca... Pero dime, tú que andas en esas cosas, ¿no podrías hacé que me tocara a mí la casita de don Juan Benítez, el méico, y la viñita que está a la vera del cojumbrá que sembró mi Pepe, el...

—Bueno, señora, bueno; pero todavía no es tiempo de eso—replicó impaciente Lopijillo.

—Bien, hijo, bien; si yo no te lo digo pa que sea hoy ni mañana, sino pa que tú quedes a la mira...

—Y hablando de otra cosa —dijo Lopijillo después de un momento de silencio, señalando con un gesto la sala de Mariana, cuya puerta se hallaba cerrada—. ¿Qué me cuenta usted de ese erizo manzanero?...

—¡Ya pareció aquello, que aunque voy y vengo, no se me olvida lo que tengo! —replicó riéndose la vieja—. Cabalmente tenía yo aquí algo que darte...

Y la Salamanca se metió la mano en el seno y sacó, liada en un papel de estraza, una guirnalda marchita de suspiros y albahaca, en todo igual a la que llevaba Mariana en torno del rodete. Refirió entonces a Lopijillo cómo la noche anterior había arrojado la muchacha por la ventana aquellas flores a Juan Miseria y ella las había atrapado en el camino, desde el ventanillo del sótano, donde les acechaba. Lopijillo arrebató furiosamente las flores de manos de la vieja, y dijo poniéndose en pie :

—¡Ahora mismo se las voy a tirar a la cara!

—Bien hecho, hijo... Refriégaselas por el jocico a la muy cochambrosa.

¿Estará sola? —preguntó Lopijillo, mirando hacia la cerrada puerta de Mariana.

—No lo sé, hijo; que cuando a Mariana se le ajuman las narices hay que hacerle la crú como al diablo.

—Vaya usted, como quien no quiere la cosa, a ver lo que hace; y si está sola, en su cuarto me cuelo aunque no llueva.

—No, hijo, no iré yo; que está la masa pa pico, y capaz es de arañarme... Pero ahora

te diré lo que hace, y vete al toro, Pepe; que el que no se arriesga no pasa la mar.

La Salamanca se levantó, y yendo a uno de varios muchachos que a la entrada del patio jugaban, dijo, acariciando su cara, tan fresca y colorada como sucia:

—¡Válgate Dios y qué rosa de Mayo más llena de churretes!... Mira, Pepe; mira qué cara tan fea.

Conocedora profunda del corazón humano, comprendía la vieja curandera lo que pueden en él la adulación y la codicia.

—Ven acá, chiquillo —continuó, llevándolo hacia su sala—, que te voy a lavá esa cara y a darte un cuarto pa jigos.

Y variando de repente de tono, añadió con la más seductora de sus sonrisas:

—Mira, Pacorrete; mientras yo busco en la faltriquera, llégate a la vivienda de Mariana y dile que me empreste el almiré pa majá marvavisco.

El inocente espía partió ligero como un pájaro, sonriendo a los higos que, gracias al prometido cuarto, en lontananza veía.

Sentada Mariana en el poyo de su ventana, cosía apresuradamente, mirando de cuando en cuando a la calle: su fruncido entrecejo y su apretada boca demostraban claramente que no estaba la Magdalena para

tafetanes. Al sentir que abrían la puerta de su sala, fijó una iracunda mirada en el que osaba turbar sus amargos pensamientos.

—Mariana —dijo el embajador asomando tímidamente la cabeza—, dice señá Salamanca que le empreste el almiré pa majá marvavisco.

—Dile que lo maje con la cabeza —replicó la muchacha bruscamente, levantándose a echar el cerrojo.

El chiquillo cerró asustado la puerta, y fué a dar cuenta de su embajada.

¡Qué política que gasta la niña, y qué lástima de pimiento chil para hacerla bien hablada! —exclamó la Salamanca al oír la suave respuesta que con balbuciente lengua le daba Pacorrete, temeroso de perder el festín de Baltasar que se prometía.

—¿Y estaba sola? —preguntó Lopijillo.

—Estaba cosiendo en la ventana, y dió una rebotáa, y vino a echá el cerrojo.

—Me quedé con tres palmos de narices, señá Salamanca —dijo Lopijillo desanimado.

—¡Por vida de los hombres de trapo que no le temen a un toro de ocho años y se echan a temblá ante unas naguas —replicó ésta—. ¡Anda, ve por la ventana y amansa esa potranca sin domá!...

Lopijillo siguió el consejo de la Salamanca, mientras ésta, con el plato del gazpacho en la mano, se entraba en su sala murmurando :

—¿Si será verdá lo que dice Lopijillo de los pobres y los ricos?...

Pacorrete, que la vió desaparecer sin darle la prometida recompensa, dijo tímidamente :

—Señá Salamanca, ¿y el cuarto?...

—¿El cuarto?... Hijo, ayuná cuando lo manda la Santa Madre Iglesia —contestó la chusca vieja, metiéndose para adentro.

V

Y con razón decía señá Salamanca que a Mariana *se le habían ajumado las narices:* porque al ver la infeliz muchacha en manos de la chismosa vieja el secreto de su entrevista con Juan Miseria, un miedo cerval se apoderó de ella, temiendo que no tardaría mucho en llegar a oídos del brutal Martín Costilla. Pasó todo aquel día encerrada en su vivienda, acechando de continuo por la ventana la vuelta de su padre, para hacerse encontradiza con él a la puerta del corral y evitar así que le hablara la Salamanca. Al anochecer, una sombría irritación se apoderó

de su ánimo, brusco y violento de suyo, y sentada en el poyo de la ventana cosía precipitadamente, mirando sin cesar a la calle, llena de angustia. Los caracteres fuertes, cuando se hallan excitados, necesitan de muy poco para entregarse a arrebatos de furor: el zumbido de un mosquito, el ruido de una hoja que cae, bastan para producirles un paroxismo.

Por eso la embajada, al parecer tan sencilla, de la Salamanca, hizo a Mariana levantarse fuera de sí a echar el cerrojo, y evitar que de nuevo viniesen a importunarla.

Vuelta de nuevo a su asiento, siguió casi a tientas su costura; mas de repente interceptó la luz que por la ventana entraba un hombre que en ella se había detenido. Mariana levantó vivamente la cabeza, y un relámpago de cólera brilló en sus ojos al encontrarse con los de Lopijillo; hizo un movimiento para levantarse, pero esa altivez que no sólo desafía el peligro, sino que también lo vence, y que tan general es en la mujer del pueblo española y honrada, la hizo permanecer cosiendo como si tal cosa, temiendo se atribuyese a miedo su fuga.

—¡Qué aplicadita está usted! —tartamudeó Lopijillo, que no obstante de darla de hombre de mundo, se hallaba turbado.

Mariana siguió cosiendo, sin replicar palabra.

—¿Tiene usted algún candadito en los labios?

Mariana se ahogaba de coraje, pero tampoco contestó.

—Mire usted que a un grillo es, y se le escucha.

—Haga usté el favó de tomá el portante —dijo al fin Mariana sin mirarle siquiera—, que no es usté tan dergao que se claree, y me está tapando la lú...

—¿Quiere decir eso que estorbo?

—Lo que se sabe no se pregunta.

—No se muerde usted la lengua, niña.

—Nací el 12 de Agosto, que es día de Santa Clara, y Clara me llamo.

Lopijillo se agarraba a la reja, temblando de coraje, y temblando también de rabia; seguía Mariana dando puntadas, con tan poco acierto, que parecía su costura un conjunto de líneas quebradas.

—¿Esperaba usted a alguién?—preguntó con retintín Lopijillo.

La muchacha le dió la callada por respuesta.

—¿Sabe usted —prosiguió aquél con cierto tono de amenaza—que a mí se me va pronto el santo al cielo?...

Mariana levantó lentamente la cabeza, y fijó una mirada de supremo desdén en Lopijillo: luego volvió a bajarla, y continuó, impasible, cosiendo.

Entonces tuvo Lopijillo una idea del demonio: sacó con mucha calma del bolsillo la guirnalda de suspiros, y metiéndola por la ventana, la pasó suavemente por las narices de la muchacha, diciendo al mismo tiempo:

—¿Le parece a usted que han perdío ya el oló?...

Mariana estalló al fin: arrojó la costura en mitad de la habitación, y extendiendo hacia la calle su moreno brazo, gritó, amoratada de rabia:

—¡Sinvergonzón!... ¡Pícaro!... ¿Es eso lo que aprende usted en los libros?... Si quié usté palique, vaya a dárselo a aquella esquina, que no estoy yo aquí para diversión de vagos!...

Y sin cerrar la ventana, se metió para dentro: Lopijillo permaneció un instante con ambas manos apoyadas en la reja, y luego se alejó lentamente. Entonces asomó Mariana poco a poco la cabeza, y pudo ver, estremecida de espanto, en la esquina misma de la calle, a su padre, ebrio, tambaleándose, hablando con Lopijillo. Mostrá-

bale éste, en el papel de estraza, la guirnalda de suspiros, y señalaba, con furiosos gestos, la ventana de Mariana.

La muchacha, loca de terror, comenzó a dar vueltas por el cuarto, sin saber dónde meterse.

—¡Me mata!—decía—. ¡Madre mía del Valle, me mata!... ¡Padre mío de la Expiración, ¿dónde me escondo?

Decidióse, al fin, a abrir la puerta, para pedir socorro, pero ya era tarde. Martín Costilla entraba en el patio, con los ojos sanguinolentos por el furor y la borrachera, amenazador, horrible, blandiendo un grueso y flexible verdusco, que al paso había cogido en la cuadra.

La muchacha lanzó un grito de horror y corrió hacia la alcoba, refugiándose entre la cama de su padre y la pared, que golpeaba con la frente, como si pretendiese abrir en ella brecha por donde escaparse.

Martín entró en la sala y cerró la puerta, oyéronse, entonces, dos interjecciones obscenas, un golpe, un alarido horrible, y luego un confuso rumor de porrazos, lamentos, gritos, palabras soeces, ruido de muebles que caían y cacharros que rodaban, rompiéndose.

Los vecinos acudieron, al barandal de arriba unos, al patio otros, y pronto se agolparon muchos a la puerta de Mariana. Acudió, la primera, la Salamanca, alborotando sobre todos los otros.

—¡Ese borrachón!—decía—. ¡Ese tunante!... ¡Socorro, que mata a la criatura!...

Abrióse, entonces, la puerta, y Mariana, desencajada, con las greñas sueltas, el vestido en desorden, y chorreando sangre por una ancha herida que en la frente traía, cayó en brazos de las vecinas, exhalando lamentos de dolor y bramidos de rabia.

—¡A mi sala!... ¡Traerla a mi sala!—gritó la Salamanca, acudiendo con un puchero de medicina, que encerraba su botiquín.

Mas la muchacha, irguiéndose con el brío de la corralera de raza, con el rencor de la hembra bravía de cabo de barrio, se lanzó a ella, barbotando:

—¿A tu sala?... ¡A Santi-Ponce por toa la vida, con tal que te ajogue primero!...

Y agarrándola por el moño, sin que nadie pudiera impedirlo, la tiró al suelo y le pateó los huesos.

Las vecinas consiguieron, al fin, separarlas, en medio de la mayor algazara, llevándose unas a la vieja, otras a Mariana:

ésta fué conducida a la vivienda de Manuela, prima lejana de su madre, sin que diese muestras de escuchar las palabras de cariño con que la buena mujer la consolaba: la rabia es altiva, y comunica su altivez al corazón que despedaza. Dejóse caer, sin decir palabra, en un jergón que tendió la vecina en mitad del aposento, y a poco salían de sus labios esa respiración agitada que anuncia a la fiebre, y esas palabras incoherentes que preceden al delirio. Alarmada entonces Manuela, fué a la botica en busca de un médico.

Mientras tanto, había corrido la noticia del suceso por todo el barrio, comentada y aumentada con la exageración propia de los andaluces. Decíase, en unas partes, que Mariana había matado a la Salamanca, y en otras, que la muchacha era la muerta, y su padre, el asesino. Estos rumores llegaron a oídos de Juan Miseria, que corrió, desolado, a informarse, al Corral de los Chícharos: en la plaza de Antón Daza se encontró con Manuela.

—¿Qué hay? —exclamó ansiosamente, deteniéndola por un brazo.

—¡Náa, Juan, náa!... que te vayas y no aportes por allí en diez leguas a la redonda, si no quiés sé la perdición de esa criatura...

—¿Pero qué le ha pasao a Mariana?...

—¡Náa, hombre, náa! Palos y una escalabraura...

Y la vecina refirió en cuatro palabras a Juan todo lo sucedido, culpando, como era cierto y ya de público se decía, al miserable Lopijillo. Juan escuchaba, pálido como un difunto; mas al oír aquel nombre aborrecido, la ira, la ira brutal, embriaguez de sangre que pide sangre, se desbordó por todo su ser, haciéndole buscar con los ojos un arma por toda la plaza, algo con que matar, en el fondo de sus bolsillos. Felizmente no llevaba consigo arma ninguna: echó entonces a correr hacia una barbería próxima, donde acostumbraba a parar Lopijillo. El barbero, ilustrado republicano, que lamentándose de vegetar entre las bacías enmendaba la plana al Gobierno con una ciencia infusa pasmosa, escuchaba a Lopijillo, que leía y comentaba los periódicos del día, mientras un infeliz parroquiano esperaba, con la cara llena de jabón, a que el rapabarbas terminase de arreglar el mundo. La *cosa* estaba tirante: Serrano y Caballero de Rodas habían sido desterrados a Fernando Poo, y a pesar del silencio que el fiscal de imprenta imponía a la prensa, sentíase mugir la tempestad que amenazaba.

Pocos días antes, cuando la muerte de Narváez, había aparecido en Madrid este pasquín, firmado por O'Donnell, ya difunto, y fechado en los infiernos:

Se acaba de poner el rabo
Al ilustre duque de Valencia.
Se espera con impaciencia,
Al señor González Bravo.

Y aquel día, un periódico atrevido publicaba, en forma de logogrifo, esta amenazadora advertencia, dirigida al último ministro de doña Isabel II:

Tú te ríes porque tienes
Por el mango la sartén...
Cuida que no te la quiten
Y un sartenazo te den.

La palabra se heló en los labios de Lopijillo al ver aparecer a Juan Miseria con el rostro lívido, los labios blancos, el sello feroz de la ira desbordada impreso en todo su rostro.

—Dios te guarde, Lopijillo y la compaña —dijo bruscamente.

—Oye tú, estripa terrones—respondió éste, temblando más de miedo que de rabia —¿no sabes cómo me llamo?...

—Vengo a que me lo enseñes.

—¿Enseñar?... Eres tú muy bruto para aprender.

—Pues yo, bruto, he de enseñarte una cosa a ti, sabio...

—¿Tú a mí?...

—Yo a ti.

—¿Y cuál es ella?

—Lo que hace un hombre que tiene vergüenza cuando se atraviesa en su camino uno que no la tiene.

—¿Qué has de tener tú, Juan Miseria, más que piojos?...

Juan se abalanzó a Lopijillo con la mano en alto, y una bofetada, llena, sonora, de esas que tienden a un hombre por el suelo y dejan una quijada limpia de muelas y dientes, atronó los ámbitos de la barbería. La gente que en ella se hallaba se interpuso al punto y sacó a Juan a la calle, amenazando a Lopijillo con ambos puños, mientras gritaba:

—¡Miseria!... ¡Miseria!... ¡A mucha honra; qué pobreza no es vileza!...

Lopijillo, a quien la tremenda bofetada de Juan había hecho caer en el suelo, murmuraba sin que el miedo le dejara levantarse:

—¡Tú me las pagarás, pillo; tú me las pagarás!...

VI

Toda la noche y todo el día siguiente pasó Mariana en la sala de la vecina, tendida en el jergón que la caridad de ésta le proporcionaba, amodorrada a veces, entregándose otras a los transportes de furor propios de su carácter violento e irascible, templado sólo por la bondad de un corazón en que el sentimiento religioso tenía profundas raíces. El influjo de estas buenas y malas cualidades daba a su trato ordinario cierto tinte mudable, haciéndola, ora huraña y desabrida, ora complaciente y decidora, a la manera que al huracán que encrespa las olas, desgaja las nubes y oculta el faro que salva, sucede la calma que sosiega el mar, despeja la atmósfera, y hace que el faro brille alegre y consolador, como la caridad que remedia.

Pero, entonces, eran los vientos desencadenados demasiado fuertes para que tan pronto renaciese la calma, y hasta el anochecer de aquel día no pudo la muchacha fijarse en el pensamiento que, en todas las circunstancias amargas de su vida, se le aparecía como iris de consuelo, triste, porque no existía ya; pero dulce siempre,

como una voz amiga que la animase desde lejos, marcándole con el ejemplo el áspero camino de la Cruz. Acordóse, al cabo, de su madre difunta, y unido a este recuerdo, con ese misterioso encadenamiento que entre el cielo y el regazo de la madre existe, acudió también el recuerdo de Dios; del *Señor de la puerta del Real*, de quien tan devota había sido aquella otra infeliz, mártir del brutal Martín Costilla. Recordó cuántas veces aquella santa mujer la había tomado de la mano y llevado a la Capilla del Señor, donde, sin comprender entonces lo que ante sus ojos pasaba, la veía rezar y llorar. Mariana sintió la necesidad de llorar, también, en aquella Capilla en que tantas veces había llorado su madre. ¡Tan cierto es que el corazón dolorido tiende a elevarse al cielo!

—¡Dios mío! ¡Señor! ¡Padre!... *¡Padre de mi madre!*—murmuró entre sus apretados dientes, derramando, por primera vez, un torrente de lágrimas—. ¡Tú ampararás a la hija como amparaste a la madre!

Levantóse, entonces, torpemente, pálida todavía, ojerosa y con la frente vendada. Manuela no había vuelto aún de la casa en que hacía los mandados, y a la puerta de la vivienda, una chiquilla suya, de siete

años, llamada Manolita, jugaba silenciosamente con un niño de barro, que, orgulloso de reconocer el mismo origen que el hombre, se negaba a doblegarse a sus caprichos.

Mariana se tocó un pañolón de Manuela, y con ese decoro de la gente honrada del pueblo, que impide en Andalucía a la mujer soltera, *mocita* como allí la llaman, salir sola a la calle, dijo a la muchacha que la acompañase. A la puerta estaba la Salamanca, sentada en el umbral. Mariana sintió, al verla, que todos sus rencores renacían, y procuró pasar de largo, echándose el pañolón a la cara; pero la vieja, con una magnanimidad, hija de su desvergüenza, le gritó con gran cariño, como si nunca hubieran mediado entre ellas ni chismes ni cachetes:

—¡Mariana, mujé!... ¿dónde vas a estas horas?

—A contá los frailes, que me han dicho que falta uno—contestó la interpelada sin volver el rostro, mientras Manolilla añadía, sacándole la lengua:

—Adonde nos llevan los pes...

Mariana llegó a la Capilla del Real, que ocupa el sitio en que estuvo la puerta de este nombre, en la antigua muralla de X**. Una reja la divide por medio, dejando a un

lado el santuario y a otro los fieles: dos lámparas de plata arden, perennes, ante el altar, cuyo remate, terminado en una efigie de la Fe, se pierde en la sombra, como imagen viva de la Religión: figura grave y severa, que se cubre a medias con un velo, y haciéndonos amar la hermosura de lo que nos muestra, nos hace adivinar y adorar lo que no alcanzamos a ver. En medio es donde está la magnífica imagen del Señor, en el cruel paso del *Ecce homo*: el pobre y rico, el culto y el inculto le veneran y le acatan en aquella religiosa ciudad. El pueblo, que todo lo que admira y ama lo canta, ha dicho:

De Cristo la semejanza
Más fina que encontrarás,
Tiene en X** su casa
En la puerta del Real.

Las paredes de la capilla hallábanse totalmente cubiertas de exvotos, que, como otras tantas demostraciones de fe, prueban cuán arraigada estaba en aquel pueblo.

La quietud y el sosiego es la atmósfera que allí se respira, y ni aun la furia de los elementos, cuando rugen por de fuera, turban en nada la tranquilidad de aquel santo asilo. No es allí como en esos templos de soberbia arquitectura y grandiosa magnificencia, en

que la idea de Dios cae sobre el alma como una sombra inmensa, haciendo exclamar a la criatura, aterrada de su pequeñez :—¡Dios mío, estoy ante ti y no muero!—Allí no se posesiona del corazón la espantosa sublimidad de su poder, sino la dulce confianza en su misericordia; allí no se presenta el terrible Dios de los ejércitos, sino el suave mártir del Calvario.

Mariana sacó de la faltriquera un cuarto: el cornadillo de la viuda, la inapreciable limosna del pobre, y lo echó en el cepillo destinado a recogerlas. Arrodillóse luego, apoyando la frente en la reja, y lloró, rezó, gimió y... esperó.

Manolilla miraba atentamente al Señor, cuyos tristes ojos, fijos en los suyos, le infundían un pavoroso asombro : agarróse asustada a Mariana y, al notar las lágrimas de ésta, hizo algunos pucheritos, concluyendo por llorar también con el mayor desconsuelo :

—¿Por qué lloramos, Manana?—preguntó muy bajito, con ese respeto instintivo que infunde en los niños un templo.

—Tú, hija mía, culpas ajenas—contestó ésta, abrazándola.

Aquella noche volvió Mariana a la vivienda de su padre, y le sirvió la cena,

tranquila y sosegada, aunque de su oprimido pecho se escapaban, a veces, profundos suspiros. El tío Martín, brusco y medio borracho, como de costumbre, la insultó groseramente, echándose después a dormir a pierna suelta.

Al día siguiente era domingo de Carnaval, y desde el amanecer se notaba el trasiego y algazara de este día en el Corral de los Chícharos. Los chiquillos inauguraron la fiesta, sacando a relucir a la luz del sol, que espléndidamente brillaba, cuanto pingajo viejo encontraban a mano : colgábanse unos la saya más rota de la madre; otros un pañolón agujereado; los más opulentos una colcha de zaraza, hecha jirones, dispuesta en forma de dominó; y los que nada tenían ponían se los calzones al revés, echábanse la camisa fuera y quedaban ya con esto, al decir de ellos, vestidos de valencianos. Cargábanse luego al hombro una escoba o un palo y, rebosando satisfacción y júbilo, comenzaban a correr las calles del barrio, repitiendo, en todos los tonos, la consabida frase : —¡Adiós, que no me conoces!...

A media tarde, los vecinos del Corral de los Chícharos improvisaron una fiesta en el patio, en torno de un columpio, hecho con la soga del pozo, por ser esta diversión de las

más frecuentes durante el Carnaval en las casas de cabo de barrio. Uno de ellos tocaba la guitarra, y todos jaleaban, bailaban y se mecían por turno, cantando al compás coplas como éstas :

Mocito que está en la puerta
Entre usté y me mecerá;
Que los que me están meciendo
Han comido poleás.

Tira bien de los cordeles
Y remóntala al tejado;
Que parece un zapatero
En su banquilla sentado.

A cada instante interrumpían la música y el canto mascarones desharrapados, que entraban dando atiplados gritos, echábanle los brazos al cuello al primero que topaban, y, al compás de fuertes puñadas y grandes apretones, repetían mil veces el grito :—¡Adiós, que no me conoces!—retirándose después tan satisfechos, como si hubiesen dado un gran bromazo en vez de dar una paliza. Otras veces eran comparsas de los corrales próximos, en que venía la vecindad completa, luciendo estrambóticos disfraces, y, al frente de todos, la casera, con la llave en el bolsillo, vestida, ordinariamente, de vieja, con peluca de estopa, papalina y media bata blanca, saya de una colcha y por detrás una almohada bajo ésta,

que hacía respingar grotescamente bailando al son de una pandereta. Estas comparsas de hombres y mujeres suplen, en los barrios bajos, a las estudiantinas que en los días de Carnaval recorren los principales : suelen llevar guitarras, panderetas y castañuelas, y dondequiera que se detienen arman baile y dos o tres pendencias.

Entre la algazara que produjo en el Corral de los Chícharos la entrada de una de estas comparsas, deslizóse también en el patio un hombre alto, vestido de mujer, con saya de percal rameado, desteñido pañolón negro y bastísima careta de cartón, simulando la cara de una vieja con anteojos verdes. Deslizóse, como pudo, entre el gentío, dando acá y allá manotazos, y fuése derecho hacia la vivienda de Mariana : la puerta estaba cerrada, y la Salamanca, sentada en el umbral de la suya, contemplaba la algazara, sonriendo satisfecha como una bruja vieja que se solaza en el aquelarre, con el regocijo de sus jóvenes compañeras. El hombre varió de dirección al verla y se mantuvo oculto entre el grupo de máscaras y vecinos que rodeaba al columpio.

Una nueva invención, de esas que anualmente saca el pueblo a relucir en los días de carnestolendas, desembocó en aquel momento en el patio : dos fornidos jayanes, vestidos a

manera de mozos de cordel y uncidos ambos, como los bueyes al yugo, a una gran palanca, caminaban lentamente, dando fuertes zancadas, inclinado el cuerpo y anhelante la respiración, como si les rindiese el peso de una sardina arenque que, colgada de fuertes cordeles, pendía de la palanca. De esta suerte dió la pareja, procesionalmente, la vuelta al patio, entre las risas y algazara del gentío, y se fué por donde había venido, a llevar la diversión a otra parte. El hombre vestido de mujer aprovechó el remolino de gente que los de la palanca formaban a su paso para acercarse, con disimulo, a la puerta de Mariana y mirar al interior por el agujero de la cerradura. La muchacha estaba dentro, pero el hombre no pudo distinguirla en su rápida ojeada y se alejó con prisa al ver a la Salamanca firme en su puesto, como si fuera el cancerbero encargado de vigilar la cerrada puerta.

Una gritería infernal resonó entonces en el callejón que conducía al patio, y docenas de docenas de pilletes y granujas desembocaron en él, precediendo y rodeando al personaje obligado en las carnestolendas de cabo de barrio, al *tío del higuito:* invención popularísima en Andalucía, cuyo origen remonta cierto autor erudito a edades antiquísi-

mas, comprobando su aserto con estos versos de Aristófanes :

Haud aliter atque pueri solent
Cum ficos laqueo appensos patulo ore capiunt (1).

Era el higuito un mocetón vigoroso, vestido con ruedos y esteras viejas, alto picurucho de lo mismo en la cabeza y feísima careta de pellejo de conejo en el rostro : traía una espuerta de higos al brazo y en la mano una larga caña, de cuyo extremo pendía una cuerdecilla con un higo atado en la punta : daba golpecitos en la caña con otra más pequeña, haciendo de este modo saltar el higo, que, con espantosa gritería, intentaban los chiquillos coger con la boca, gritando todos al mismo tiempo :

Al higuí, al higuí,
Con la mano no;
Con la boca sí.

El higuito fué acogido con aclamaciones frenéticas por la muchedumbre y, nivelados grandes y pequeños por la común alegría, comenzaron a brincar en torno de la caña,

(1) Como cuando el muchacho está guardando
El higo que del hilo está colgando.

Traducción de Rodrigo Caro, en su manuscrito inédito : *Días geniales o ludricos*, existente en la Biblioteca Colombina, de Sevilla. Citado por don Francisco Rodríguez Marín en su obra : *Cantos populares españoles*.

persiguiendo a los higos que saltaban a su empuje. En vano esperó entonces el mascarón de la careta de vieja que la Salamanca abandonase su puesto para tomar parte en la general algazara : detúvola, sin duda, su dignidad de doctora, y limitóse a reír descompasadamente, batiendo las palmas cada vez que alguna boca afortunada atrapaba algún higo. El hombre pareció tomar, al cabo, una resolución definitiva, y agarrando por el pescuezo a uno de tantos pilletes, lo llevó aparte, diciendo :

—¿Te quiés ganá una mota, y le das una pega a la Salamanca?...

—¿Dónde está?—preguntó el granuja.

—Allí...

El pillete siguió la dirección que le indicaban con los ojos, rebosando malignidad y alegría, y extendiendo una mano en que se veían petrificadas toda clase de inmundicias, dijo lacónicamente :

—¡Venga!

La misteriosa máscara sacó entonces del bolsillo del pantalón una moneda de dos cuartos y la entregó al pillete, diciendo :

—Toma... y dile que vaya corriendo en cá de Santiaguillo Lapa, que está mu malito...

El granuja dijo que sí con la cabeza, dió un brinco, tomó empuje, plantóse en dos

saltos delante de la Salamanca, y remedando con perfección admirable la fatiga de una larga carrera y el aire azorado que a su papel correspondía, dijo :

—¡Señá Salamanca!... que vaya usted corriendo, corriendo, en cá de Santiaguillo Lapa, que está dando las boqueáas...

Y, sin esperar respuesta, se puso de otro brinco al amparo salvador de la caña del higuito.

La Salamanca no se extrañó del recado, porque aquella misma mañana había visto a Santiaguillo Lapa realmente grave : levantóse, pues, al punto, y sin detenerse más tiempo que el preciso para tocarse el pañolón, se puso en camino como médico de buena conciencia. Sin duda era Santiaguillo Lapa de lo más florido de su clientela.

A la puerta de la casa, un grupo de vecinos tenía puesta *una pega* de esas que en Carnaval prueban la paciencia de las gentes pacíficas, sin dejarles otro consuelo, en su desesperación, que el común estribillo : *En carnaval todo pasa*. Habían untado con inmundicias el reverso de una moneda de dos cuartos, y dejádola caer en la calle, como al descuido, cara arriba, al lado de la acera. El incauto transeúnte que la veía al paso y se inclinaba, naturalmente, a

cogerla, pringábase las manos, y los vecinos celebraban entonces el chasco con una cencerrada estrepitosa.

La Salamanca salió precipitadamente a la calle sin reparar en nadie, y topóse a los dos pasos con una comadre vieja del barrio, llamada señá Vicenta, que, inocentemente, la detuvo al lado mismo de la moneda.

—Mujé—le dijo—. ¿Dónde vas, disparáa como una bala?...

—En cá de Santiaguillo Lapa, que está dando las boqueáas...

—¡Válgate Dios, mujé!... ¿Y qué tiene?...

—Náa, hija, náa; que hay personas que tienen siete sesos y los siete hueros... Hate cuenta que le salieron antié unas enginillas, y se empeñó en llamá al méico... ¡Pué! como si no estuviera aquí una... El méico le mandó una unción de bellaona, y ¿qué jizo el animá?... Pues se creyó que aquello era bebío, y como estaba feo se lo tomó con pan...

—¡Jesú, mujé, qué sinfundio!

—Lo que oyes, hija... Con media libreta de pan se zampó en el cuerpo la bellaona, y ¡claro está!... le entró una irritación negra en las tripas, que cuando yo llegué estaba

como quien dice con la cara tapá... Gracia que le di una frisión en el estógamo y echó por la boca hasta el reaño; y como...

—¡Mujé, mía que mota!...

Se interrumpió, de repente, la Salamanca, reparando en la traidora moneda, y agachándose vivamente a cogerla... La cencerrada estalló al punto más atronadora y burlona que nunca, como si desahogasen los que la daban los rencores mensuales que guardan los inquilinos hacia el casero; y la Salamanca, con la mano pringada en alto y echando por la boca sapos y culebras, se entró de nuevo en la casa para lavarse en una pila que en el patio había... Mas al llegar a ella disipóse, de repente, su ira, para dar lugar a otros sentimientos que, como en un espejo deslustrado, fuéronse pintando sucesivamente en su anguloso rostro: primero la sorpresa, luego la duda, después una maligna certidumbre, y la alegría infernal, la alegría de una venganza segura por último. Sus ojos habían divisado al mascarón de la careta de vieja pegado a la puerta de Mariana y hablando con ella por el ojo de la cerradura: revelóle, al instante, su sagaz instinto de raposa vieja que aquel hombre era Juan Miseria, y que el recado de Santiaguillo Lapa era una

astucia con que habían pretendido alejarla del Corral de los Chícharos.

La vieja no se engañaba: aquel hombre era, en efecto, Juan Miseria, que deseoso de librar a Mariana de la brutal tiranía de su padre y de las persecuciones de Lopijillo y la Salamanca, había concertado con don Antonio, el capellán de la Yedra, caritativo protector de la muchacha, un sencillo medio: Mariana era ya mayor de edad, y podía, por lo tanto, ser depositada en casa de la hermana del capellán, y casarse, a despecho de su padre, con Juan Miseria, una vez llenas las formalidades que prescribe la ley. Juan Miseria voló, lleno de alegría, a proponer a la muchacha este plan satisfactorio; pero Martín Costilla había clavado por dentro la ventana de su vivienda, y dejaba siempre encerrada a la muchacha bajo llave. Imposible le era, por lo tanto, acercarse a ella sin comprometerla, y ya hemos visto los ardides de que se valió para conseguirlo, aprovechando los disfraces y la confusión del domingo de carnestolendas.

La Salamanca olvidó, al ver a Juan, sus aseados repulgos; remangóse la saya para limpiarse sin ceremonia la mano sucia en el zagalejo de bayeta y, realmente disparada esta vez como una bala, corrió a la barbería

en que acostumbraba a parar Lopijillo. El patriota experimentó al oír la noticia del suceso la misma alegría infernal de la vieja, y ordenando a ésta que le esperase en la esquina del Corral de los Chícharos fuése apresuradamente a una inmunda taberna llamada *La Cita*, en cuyo interior resonaba ese clásico palmoteo con que suele el pueblo andaluz acompañar sus cantos, alternando con las más soeces interjecciones. Una voz aguardentosa cantaba:

Cúchares para torero,
Y pá goberná la España
¡Don Baldomero Espartero!...

Lopijillo abrió de un puntapié la puerta de uno de aquellos asquerosos cuchitriles, y apareció Martín Costilla en compañía de cinco o seis hombres de malísima catadura, que, sentados alrededor de una mesa, bebían y cantaban, blasfemando al mismo tiempo.

—¡Señó Martín!—dijo Lopijillo sin más preámbulo—¡usté no tiene vergüenza!...

—¿Qué me cuentas, hombre?—exclamó éste levantándose con la faja caída y el sombrero echado atrás, a manera de aureola de santo.

—¡Sí, señor!—continuó Lopijillo—. ¡Es usté un collón!... ¡Es usté un cobarde!...

—¿Cobarde yo, que no le temo a Dios ni al diablo?...

—¡Pues usté, que no le teme a Dios ni al diablo, le teme a Juan Miseria!...

—¿Temer yo a ese mostrenco?... ¿Dónde está?... ¿dónde está? ¡y si lo agarro por la cabeza lo crujo como a una culebra!...

—¿Qué había usté de crujir?... ¡A ese mostrenco le dijo usté que no hablase con Mariana, y está pelando la pava con ella por el agujerillo de la llave!...

—¿Dónde está ese pillo?—rugió Martín, furioso, sacando de la faja una navaja enorme—. ¿Dónde está, que me voy a quedá dormío metiéndole el jierro?

—¿Qué había usté de hacer, viejo petate, si no pué con los calzones?—dijo Lopijillo con el fin de exasperarle y azuzar contra Juan Miseria aquella fiera rabiosa—. Allá está en el Corral de los Chícharos, y si aporta usté por allí han de hacerle la mamola...,

Martín Costilla saltó como un tigre al que abren la jaula, rechazando lejos de sí a un compañero que, menos borracho, intentó detenerle.

Lopijillo se fué detrás, diciendo con fingido interés :

—¡Voy allá, no haga ese hombre un desatino!...

En la esquina de la calle se les incorporó la Salamanca, y sin que nadie reparase en ellos entraron los tres en el Corral de los Chícharos... ¡La desgracia les puso delante a Juan Miseria, a la mitad del estrecho callejón de entrada, solitario en aquel momento!

—¡Ése es!... ¡ése!—gritó la Salamanca con furibundo encono.

Y sin esperar otra seña se lanzó a él Martín como una fiera hambrienta, con su navaja de cinco muelles abierta en la mano.

—¿A qué vienes aquí, grandísimo pillo? —barbotaba furioso—. ¡Toma!... Añadió tirándole una atroz puñalada. Juan Miseria hurtó el cuerpo dando un salto atrás, y se arrancó la careta, como si quisiese luchar, como valiente, a cara descubierta. Aterrada la Salamanca quiso huir; pero Lopijillo le agarró por un brazo, obligándola a presenciar aquella desigual lucha, aquel verdadero asesinato, que tenía lugar casi a tientas, entre las risas y el bullicio de dentro y las carcajadas y burlas de fuera.

Mientras tanto, había logrado Juan Miseria desarmar a su contrario, e intentaba

arrojar la navaja por el brocal de un pozo que había en el mismo callejón, a la puerta de la cuadra; mas los guiñapos de mujer que le cubrían se enredaron en un clavo, sujetándole el brazo; quedó el acero de punta, y Martín, que ciego por el furor y la borrachera se arrojó en aquel momento a su enemigo, vino a clavárselo en mitad del corazón, sin que a Juan le fuese posible evitarlo... El borracho dió un alarido terrible, balbuceando — ¡muerto soy! — y cayó boca abajo, con los brazos abiertos, acabándose de clavar aquel innoble hierro, cuya punta asomó entonces por la espalda.

Aquel alarido resonó en el patio y resonó en la calle, y el grito de—¡una riña! ¡una muerte!—sembró el espanto en aquella alegre muchedumbre, que se desbandó instantáneamente por todos lados, huyendo a las viviendas por las ventanas, por los tejados, con ese terror que inspira al pueblo de España, el tener que habérselas con la Justicia... Sólo quedó el cadáver, caliente aún, atravesado en el callejón, sobre una lagareta de sangre. Allá en el patio se oían los desesperados golpes de Mariana en la puerta de su vivienda, sospechando la catástrofe.

Aturdido Juan Miseria huyó instintiva-

mente a la calle; pero fué detenido a las voces de Lopijillo, que alborotaba gritando con todas sus fuerzas:

—¡A ese pícaro!... ¡A ese pícaro que ha matado a un hombre indefenso!...

SEGUNDA PARTE

I

Yo me asomo a la muralla
Y a voces llamo a mi madre...
Viendo que no me responde
Llamo a la Virgen del Carmen.
(Copla popular andaluza).

HABÍA ya estallado la revolución de Setiembre de 1868 . . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . que juzgará la historia.

Su influjo se extendió a lo alto y a lo bajo, a lo grande y a lo pequeño, a la manera que el sol calienta y vivifica lo mismo las cumbres del Himalaya que la del Cerro del Fruto, el Canal de Suez que la alcantarilla de Sanlúcar, la catarata del Niágara que la Fuente de la Alcobilla, el palacio de la Plaza de Oriente que el Corral de los Chícharos.

Su nacimiento fué celebrado al son del popular himno de Riego. Este atracón del famoso himno, que hacía exclamar al Padre Cobos —¡Atranca la puerta!—le produjo un

cólico en que, después de mil ansias y bascas, trasudores y desmayos, vomitó a los republicanos federales.

La revolución del 68, como las revoluciones de todas las épocas y países, hase asemejado a un vaso de agua en cuyo fondo hay asientos. Si el vaso se mueve y se agita el líquido, remuévense las zurrapas, suben, turban la claridad del agua, llegan a la superficie, y parecen ocuparla para siempre; pero bien pronto recobra el líquido su inmovilidad, y las zurrapas, arrastradas por su propio peso, vuelven al fondo de donde no debieron salir nunca.

Así, en un estado en revolución, vense hombres medianos, insignificantes, criminales no pocas veces, que se agitan, suben y llegan a ocupar los primeros puestos; porque el desconcierto general alienta a los ambiciosos, y no siempre la ambición supone la aptitud ni el talento. Pero una vez restablecida la tranquilidad y el sosiego sumérgense estas empinadas zurrapas, arrastradas por su pequeñez y su miseria, y vuelven al fondo, sin que nadie guarde recuerdo de ellas.

Una de estas empinadas zurrapas fué entonces Lopijillo, a quien encontramos hecho, primero, miembro de la Junta revolucionaria,

y, después, presidente de uno de los clubs republicano-federales de X**. A su sangre fría, a su firmeza de carácter y exquisito tacto de gobierno, debiéronse medidas tan eficaces como éstas, que fueron en aquella población eficaz conjuro contra las asechanzas reaccionarias.

Se despojó al corregidor cesante del título de *hijo adoptivo* de X** con que pocos meses antes habían premiado sus desvelos.

Ordenóse a los maestros de escuelas gratuitas que sustituyesen con el himno de Riego la Salve que acostumbraban a cantar los niños al comenzar las clases.

Prohibióse a los serenos que, al cantar la hora, dijesen : ¡Ave María Purísima!

Prohibióse también que las campanas doblasen por los difuntos, para que aquel clamor de muerte, aquel terrible *memento* no viniese a molestar a los vivos, justamente cuando el progreso indefinido del hombre sobre la tierra estaba en vísperas de vencer a la muerte. El campo de Alcolea entonces, y las orillas del Rhin más tarde, fueron testigos de ello.

Ante estas y otras tan eficaces como salvadoras medidas, la oprimida patria respiró libremente. El león de Castilla, descansando en Lopijillo, reclinó la melenuda cabeza y se echó a dormir a pierna suelta.

Mientras tanto, Juan Miseria maldecía su triste suerte encerrado en un calabozo de la cárcel. Designado por Lopijillo como asesino de Martín Costilla, fué preso mientras se extendía la sumaria y se procedía a las declaraciones: los únicos testigos del sangriento drama eran Lopijillo y la Salamanca, y ambos, de acuerdo, declararon que Juan Miseria había asesinado alevosamente al padre de Mariana, el cual, desarmado e incapaz de defenderse, le pedía por Dios que le dejase la vida. En vano el desgraciado Juan protestaba contra aquella calumnia: las pruebas venían acordes con las declaraciones de los testigos, y el fiscal pidió contra el inocente acusado la pena de muerte. Mientras tanto estalló la revolución, y creciendo la importancia de Lopijillo al convertirse en personaje político, podía darse por cierta la ruina de su víctima.

Mas no se contentaba el padre de la patria con una sola: el amor propio es un globo, henchido de viento, del cual salen, al punzarlo, tempestades; y al herir el desdén de Mariana el colosal amor propio de Lopijillo, despertóse en aquel mezquino corazón un odio tan violento y tan tenaz que, no satisfecho con la desgracia de Juan Miseria, buscaba sin cesar a la pobre muchacha para hacerla

también víctima de su despotismo republicano, que de todos los despotismos es el más fecundo en ruines tiranías.

La impresión que sufrió Mariana al ver a su padre muerto y a Juan Miseria teñido con la sangre de aquél fué tan terrible, que el corazón de la infeliz se dilató en su pecho hasta dañarse y cayó al suelo sin sentido, arrojando por la boca un caño de sangre. Trasladáronla de allí al hospital, donde permaneció tres meses entre la vida y la muerte: venció al cabo a la enfermedad su robusta naturaleza, pero quedóle en el corazón un mal terrible que, cual la espada de Damocles, la amenazaba sin cesar con una muerte repentina. Al abandonar el lecho parecía aún más enferma que cuando, privada de sentido, en él la acostaron: una palidez terrosa cubría su rostro; rodeábanle los ojos negras ojeras, y los latidos de su corazón eran de continuo tan fuertes, que levantaban la tela de su vestido. Al menor esfuerzo, al menor sobresalto, refluíale toda la sangre al corazón, y parecía subirle después hasta la garganta, como si fuese a ahogarla: la primera emoción fuerte o el primer arrebato de cólera había de ser, según dictamen de los médicos, el puñal que le produjese una muerte instantánea. Mariana no ignoraba el estado de su salud, y la idea

de la muerte ocupaba de continuo su pensamiento, sin que por eso la abandonase aquella tranquilidad de espíritu que, al desechar al borde del sepulcro todo recuerdo mundano, había venido a sustituir a su antes iracundo carácter. Las grandes desgracias son para las malas pasiones del corazón lo que la mano del jardinero para las yerbas dañinas de un jardín; por eso requiere el alma, para desarrollarse en toda su pujanza, ser sepultada por algún tiempo bajo los rigores de la adversidad. Siempre alerta, siempre prevenida, como el viajero que, esperando de un momento a otro la señal de marcha, no sabe a punto fijo cuál será la hora, ponía en práctica este profundo consejo del *Kempis*: «De tal modo te has de haber en todas tus obras y pensamientos, como si en seguida hubieras de morir».

Enterada Mariana de que Lopijillo le seguía la pista, consultó con don Antonio, el capellán de la Yedra, lo que había de hacer para librarse de las asechanzas de aquel enemigo de su reposo, y éste le aconsejó retirarse al convento D** para cuidar de una anciana monja, paralítica, que a este propósito él hablaría. Lopijillo tuvo noticia de esta determinación de Mariana, y exclamó con la arrogancia de un triunfo seguro :

—Caerá el convento, caerán las monjas, y lo pagará Mariana.

Con el corazón física y moralmente roto, abandonó ésta el hospital: su primera salida fué a la capilla del Real, donde pensaba mandar decir, con diez reales, resto de sus ahorros con tanto trabajo reunidos, una misa por el alma de su padre. Pero al llegar a la capilla vió, con dolorosa sorpresa, que la puerta se hallaba cerrada: la revolución de Setiembre, que tantas iglesias había destruído, no perdonó ésta, por humilde e insignificante que fuese.

Mariana no titubeó un instante: arrodillóse ante la cerrada puerta y oró con el mismo fervor que si hubiese tenido delante la imagen sagrada del Cristo de su devoción... Porque ¿qué tirano es capaz de poner trabas a la fe católica? ¿Qué suponen un templo arruinado y una puerta cerrada a los ojos del alma cristiana que atraviesa lo infinito, se cierne sobre las miserias de la tierra y te busca a ti, ¡mi Dios!, en tu trono de gloria?...

II

Ocupa la cárcel de X** un antiguo convento de frailes, que nada conserva ya de su aspecto religioso. Forma ella sola una exten-

sa manzana, cuya fachada principal llena por completo el frente de una ancha plaza. Fuertes rejas defienden las tres regulares hileras de sus ventanas, y sobre la puerta principal, custodiada siempre por doble guardia, léese en una lápida de mármol este sano consejo: *Guarda la ley, y tu pie no tropezará*. Los patios son anchos y ventilados, y los calabozos estrechos y seguros: vense en aquéllos raterillos neófitos que comienzan la carrera del crimen, mezclados en ociosa conversación con doctores veteranos en ella, que convierten las cárceles de nuestra España en una escuela práctica de todos los vicios. Es exacta esta copla que leímos escrita por un preso en el patio de una cárcel:

En la puerta del presidio
Hay escrito con carbón:
«Aquí el bueno se hace malo,
Y el malo se hace peor».

En los calabozos esperan su sentencia definitiva aquellos otros reos de delitos mayores que sólo deben salir de allí con destino a un presidio o a un patíbulo: en el fondo de uno de ellos esperaba su condena el desgraciado Juan Miseria.

Veíase por este tiempo discurrir a todas horas por patios y calabozos a un extraño

personaje que participaba de la libertad del carcelero y del rancho de la cárcel; para él no había puerta cerrada ni preso desconocido. Era un viejo alto y sobremanera seco, con la cabeza tan rapada o calva, que sólo se veía en torno del cráneo un estrecho cerquillo de plateadas canas. Llevaba una sotana, tan estrecha y corta, que parecía no ser suya, y unos zapatos, tan anchos y largos, que evidentemente no le pertenecían. Llamábanle los presos nuevos *Pae cura;* los antiguos le decían *Pae Paco*, y a veces *Pae Paquito*.

Pertenecía el Pae Paquito a una gran familia andaluza: a los dieciocho años, sin desengaños en la vida ni romancescas aventuras que explicasen a los ojos ciegos del mundo aquella resolución, calificada entonces de calaverada, abandonó el palacio de sus padres para entrar en un convento de capuchinos. La exclaustración le obligó, al cabo, a abandonar su santo retiro; pero, lejos de volver a la casa de sus padres, donde le esperaba la opulencia y el amor de la familia, solicitó y obtuvo la plaza de capellán de un presidio, y allí continuó su vida de apóstol, entre aquella escoria de la sociedad, hijos predilectos suyos, porque su caritativa perspicacia descubría, entre el cieno que anegaba sus almas, la imagen de Dios, manchada,

casi borrada, sin duda, pero en estado siempre de recobrar su belleza primitiva si la llama de caridad que a él mismo le consumía lograba ablandar las ásperas costras del crimen.

En esta improba tarea empleó más de treinta años; pero a mediados del 66 abrióse en X** un convento de capuchinos, y, al saberlo el exclaustrado, no titubeó un momento: vistióse de nuevo el pardo y remendado hábito que guardaba para mortaja de su cuerpo y abandonó su retiro para alistarse en la comunidad naciente, prefiriendo a su libre vida de caridad la sujeta vida de obediencia que había prometido a Jesucristo.

A poco le enviaron los Superiores a dar una misión en la cárcel de X**. No quedaba entonces en España otra memoria de los frailes que las chanzonetas impías y las groseras calumnias inventadas por sus detractores en los pasados tiempos. Así fué que, pasado el primer movimiento de extrañeza que en aquel auditorio de ladrones y asesinos causó la nueva figura del fraile, austera y seca como la de un cartujo de Zurbarán, las burlas, las obscenidades y hasta las blasfemias comenzaron a brotar de aquellas bocas soeces, interrumpiendo el sermón del misionero, que prometía a aquellos seres abyec-

tos, en cambio de una lágrima, el reino eterno de Cristo.

El capuchino no se dió por vencido, y por tres días siguió predicando; mas la tempestad arreciaba, dirigida por un presidiario reincidente llamado Tanga. Al segundo día, un troncho de col vino a dar en la cabeza del misionero, y aquella misma tarde, un envoltorio arrojado por mano de un niño, cubrió aquel santo hábito de asquerosas inmundicias. Indignado el alcaide mandó suspender la misión y castigar a los culpables; pero el capuchino intercedió por ellos y no quiso abandonar la cárcel sin despedirse antes de aquella canalla. Presentóse solo en el patio en que hasta entonces había predicado y se puso de rodillas en mitad del semicírculo que formaban los presos: pidióles humildemente perdón por haberles molestado, y comenzó luego a besarles los pies uno a uno... Los presos se miraban atónitos, y los insultos y las burlas retrocedían en sus labios como retrocede un reptil venenoso hacia el fondo de su cueva. Sólo Tanga miraba al misionero con torvos ojos, y cuando aquella venerable cabeza se inclinó sobre sus pies, cargados de grillos, levantó rápidamente el derecho y descargó una tremenda patada en el rostro del capuchino... El dolor enmudeció a éste por

un segundo; repúsose, sin embargo, al punto, y sostuvo aquel pie infame que acababa de herirle, diciendo suavemente:

—Espera, hombre... No te he besado el izquierdo.

El capuchino volvió mesuradamente a la mitad del patio con el rostro cubierto de sangre, que caía a lo largo de su blanca barba: dió la bendición a los presos con el crucifijo que traía al cuello, y añadió que un solo sentimiento llevaba al marcharse: el de no haber conquistado entre ellos un alma, un alma siquiera para Cristo...

Una voz bronca gritó entonces:

—¡Aquí tiene usted una, Pae cura... si es que los perros la tienen!...

Y un asesino, un foragido, salió del círculo de los presos agitando sus cadenas, se arrojó de rodillas en medio del patio y se dejó caer después cuan largo era, dándose puñetazos en el pecho, en la cabeza, llorando a bramidos, a rugidos, como llorarían, si llorasen, los tigres en el desierto.

El capuchino le recibió en sus brazos, y quedó la victoria por Cristo; porque la misión continuó entre lágrimas, y todos los presos, excepto Tanga, se confesaron con el misionero. A los tres días, hallándose Tanga en los lugares inmundos, una pared ruinosa se

derrumbó sobre él, dejándole muerto en el acto (1).

Este suceso providencial elevó hasta un grado ya supersticioso la veneración que a los presos inspiraba el Pae Paco, el Pae Paquito, como desde entonces comenzaron a llamarle en son de cariño; y cuando la revolución del 68 le arrojó por segunda vez de su convento, desde el alcaide de la cárcel hasta el último preso se apresuraron a instarle para que aceptase entre aquellos sombríos muros el seguro asilo que le ofrecían. El Pae Paco guardó de nuevo su remendado hábito, afeitóse su larga barba, blanca como la nieve, y con una sotana prestada y unos zapatos ajenos se dirigió a la cárcel, al *coto redondo*, como él la llamaba, donde a piezas de tanta alzada podía dar segura caza.

Una pincelada y terminamos este largo retrato: pincelada extraña que para unos será mancha que deslustre y para otros pedestal que eleve la humildad del capuchino; pero pincelada a que nos obliga nuestro deber de *copistas*, porque no son nuestros personajes creación de la fantasía, sino copia que la observación hace del natural.

---

(1) Histórico.

Aquel hombre, que cambió una grandeza de España por un hábito pardo; que jamás comió otra cosa que la ración de un convento o el rancho de una cárcel; que guardaba el remendado hábito para mortaja de su cuerpo y lo dió un invierno a un preso que tenía frío; que dormía sobre una tarima, teniendo por cabecera el libro enorme en que asentaban en su convento las sumas a que la caridad daba entrada y también la caridad daba salida; este hombre, decíamos, al dejar caer la cabeza sobre aquel libro, epopeya muda de la fe de otros tiempos, murmuraba con la fruición del orgullo y la energía de la soberbia:

—¡Duermo sobre millones!...

Dados estos antecedentes, fácilmente colegirá el lector que la primera visita recibida por Juan Miseria en su calabozo fué la del Pae Paquito. Acogióle, sin embargo, el preso con esa repulsión que hacia el sacerdote han sabido infundir al pueblo los modernos revolucionarios, comprendiendo que este lazo de unión entre Dios y los fieles es más que perjudicial a sus perversos fines. Pero esta antipatía desapareció bien pronto ante la dulzura y la bondad del fraile, y Juan Miseria agradeció profundamente la desinteresada caridad de aquel anciano, que venía a partir con él,

infeliz preso reputado por asesino, las negras horas de una cárcel. El religioso, gran práctico en sondear conciencias de criminales, guardóse muy bien de hablar a Juan Miseria del crimen de que le creía culpable: él lo negaba, y sabía bien el fraile que difícilmente revela un preso al confesor el crimen que delante del juez niega por sistema. Habíale enseñado la práctica que, hasta después de pronunciada la sentencia que arrebata al preso toda esperanza, miente con igual aplomo ante el tribunal de Dios que ante el tribunal de los hombres, y pretende, no pocas veces, con las mentiras pronunciadas en aquél, asegurar las mentiras que sostiene en éste.

Limitóse por entonces a sondear los puntos sensibles de aquella alma extraviada, reservando para más adelante inducirle a la confesión y al arrepentimiento del crimen que le suponía.

—No es un alma perdida —decíase alborozado, al notar la hombría de bien y la sencillez que en todas las palabras de Juan Miseria se revelaba—. Es terreno cubierto de malezas que, una vez limpio, no tardará en dar copiosos frutos.

A poco reinaba entre los dos la más ilimitada confianza, y el capuchino comenzó a enseñar al preso el Catecismo de la doctrina

cristiana, que el desgraciado ignoraba por completo. Y como bien pronto echó de ver que la superioridad moral de Juan Miseria estaba muy por encima del nivel ordinario, abandonó al punto la tosca elocuencia y los recursos de brocha gorda que con los demás presos empleaba, para dejarse llevar de su natural culto, elevado y hasta elegante. Habíale enseñado también la práctica que la elevación del corazón suple a la cultura del entendimiento entre mucha gente ignorante, y que más arrastra y persuade a los hombres toscos del mediodía, en que la imaginación y la sensibilidad se aunan, la elocuencia elevada que se dirige al sentimiento que el habla tosca que va directa a la razón.

III

—Padre —decía Juan Miseria la mañana en que el fiscal pidió contra él la pena de muerte—. No me quedan ya en los ojos lágrimas que llorar.

—Llora, Juan, llora; que Dios cuenta tus lágrimas para pagártelas en la gloria.

—¡Ay!... Mucho tiene que pagarme por allá, porque aquí nada le debo.

—No hables así, Juan; que si la ingratitud para con los hombres es una maldad, la ingratitud para con Dios es una blasfemia... Dios no le debe nada al hombre: la vida que le da...

—¡La vida!... No se la pedí yo, y ojalá que no me la hubiera dado... Cuando niño no tuve madre; cuando mozo me llamaron *¡Miseria!* Ahora le debo las cuatro paredes de esta cárcel; luego el garrote que me preparan, y después... ¡Después!... ni un triste *Dios le haya perdonado;* porque ¿quién ha de acordarse de un asesino?

Y el pecho de Juan Miseria se levantó, dejando escapar un tremendo sollozo, semejante al rugido de un león herido. Cubrióse el rostro con las manos, y balbuceó con una confusa mezcla de dolor y de cólera, de abatimiento y de impotente rabia:

—¿Es esto justo, Señor?... ¡Que me digan dónde está Dios; que me lo digan!

—Calla, Juan, calla; que nunca el polvo podrá alzarse contra aquel que lo formó... ¿Que dónde está Dios, dices?... Míralo, en esas lágrimas que brotan de tus ojos; míralo, en esta casualidad —¡casualidad no, providencia!— que me ha hecho venir aquí a traer luz a tu espíritu y tranquilidad a tu alma.

—¡Ah, señor!, su mercé es muy bueno, y se acuerda de este pobre preso...

—¡No, hijo mío, no!... No soy yo el bueno: las buenas son las doctrinas que practico. El bueno es Dios, que me dice: «Ve en mi nombre, busca corazones desgarrados, almas heridas, y cúralas; el bálsamo es la religión. Busca almas extraviadas, y encamínalas al cielo; el camino es el perdón, que puedes conceder en mi nombre...» Juan, desconfías de Dios, te atreves a acusarle de injusto y cruel, a trueque de aparecer tú inocente y bueno... Para, hijo, para, y aprende antes quién es Dios, mira luego quién es el hombre, y acúsale después, si es que te atreves.

Juan Miseria escuchaba con el alma en los ojos las palabras del capuchino, cuyo expresivo acento venía a herir su corazón desalentado. Este continuó:

—No dudes nunca, Juan; que la duda mata... Ese Dios a quien tú, miserable criatura suya, osas pedir cuentas, es *el más alto:* sobre Él no hay nada, ni bajo Él tampoco; que Él es principio y fin... Alza los ojos, insensato, y mira su nombre escrito con astros en el cielo: Dios te dice la tierra que te produce el alimento; Dios te dice el agua que sacia tu sed; Dios te dice el aire que ensancha tus pulmones; Dios te dice el fuego que

presta agilidad a tus miembros... El heroísmo, la virtud, esos sucesos que llaman *providenciales*, no son sino el cielo que se abre y deja escapar un reflejo de la luz de Dios... Allí está Él, reflejando la creación entera con la misma facilidad y exactitud con que refleja un espejo la fisonomía que a él se asoma... ¡Y a este Ser divino, que es el solo Ser positivo, porque todo lo que *es*, de Él se deriva, a ese Dios —palabra que lo compendia todo— osas tú pedir cuentas!... ¡Tú, hombre! ¡Tú, miseria humana!... ¡Ah, Juan!... Ni sabes lo que es el hombre ni te acuerdas de lo que tú eres...

Juan Miseria bajó la cabeza, subyugado por el poderoso acento del fraile.

—¡El hombre es tierra, y mala tierra! —dijo humildemente.

—Bien has dicho, Juan, que el hombre es tierra, y mala tierra: abre si no una sepultura y analízalo, si te atreves... Pero si haces abstracción de su envoltura de tierra y consideras el hálito divino, el soplo de vida eterna que anima la materia organizada de carne, huesos, músculos y nervios, verás cómo el hombre, que por su pequeñez era sinónimo de nada, se confunde de improviso por su magnitud con la Divinidad. ¿Y por qué?... Porque tiene un alma.

—¡El alma! —murmuró Juan Miseria con cierto pavor sublime—. Decía un barbero del Cerro-Fuerte que a ninguno de los enfermos que había sangrado vió nunca asomar el alma por la picadura.

—Ese hombre hablaba como necio; nadie ha visto la palabra, y todo el mundo la oye; así es el alma: se siente, se oye, se toca, por decirlo así, pero no se ve... ¡Ay de ti y de los desgraciados si el alma inmortal no existiese!; porque entonces sería verdad aquello de Job: «El malo vive robusto y sano, rico y feliz; el pobre vive en amargura de alma sin bienes algunos, y con todo eso dormirán juntos en el polvo, y gusanos los cubrirán». No, Juan, Dios ha dado al hombre un alma inmortal, reina y señora del *libre albedrío* con que escoge entre lo bueno y lo malo, y se hace acreedora a un premio o a un castigo... Ahora bien; no hay hombre, por impío que sea, que no haya hecho algo bueno en su vida, como no hay hombre, por justo que sea, que no haya caído alguna vez. Y como la justicia infinita de Dios no deja delito sin castigo, ni buena obra sin premio, ve tú ahí por qué el malvado prospera y es feliz, porque recibe en la tierra el premio de sus buenas acciones, como recibirá en la otra vida —si no se arrepiente— el castigo de sus malda-

des. El hombre justo, por el contrario, sufre, padece en la tierra, y expía aquí sus yerros sostenido por la esperanza del premio de gloria que Dios le reserva en el cielo. Por eso para mí es cierto este principio: Maldad y prosperidad constantes, indicio de condenación eterna; virtud y desdicha duraderas, señal de eterna predestinación.

Pero ésta, hijo mío, es de las verdades que estorban, y por eso el malvado se refugia en el materialismo, levantando el risible *no lo creo* para detener el tremendo *más allá* de la tumba. Y no es que deja de creer, es que teme hacerlo, que teme la eternidad que presiente, que su orgulloso miedo le hace tomar los sofismas de su corazón, naturalmente rebelde, por dudas reales nacidas de su entendimiento, y a fuerza de querer engañarse a sí mismo llega al más curioso de todos los engaños: el de *creer que no cree*... Pero llega la hora de llamar al sepulcro, que es la puerta de la eternidad que niega, y este pavoroso eco sumerge su alma negada en lo infinito del terror, que es lo desconocido, y, entonces, el malvado muere maldiciendo, porque la muerte suele ser el eco de la vida, y un eco sólo repite lo que ha oído.

Otras veces, el orgullo de Satanás queda derrotado, y el corazón del impío se abre

como una granada, llamando a gritos al Dios que ofendió. Y el Dios negado, el Dios ofendido, acude junto a su lecho de muerte para enjugar sus lágrimas, consuela su espíritu y reanima su cuerpo; al uno le señala un lecho de tierra, y al otro el camino del cielo; sobre el uno pone una cruz, sobre el otro una corona... ¡Ah!, ¡en lo infinito de su gloria, el más preferido de los goces de Dios es, sin duda, perdonar al hombre!

—¡Bendito sea! —exclamó Juan Miseria involuntariamente.

—¡Bendito sea! —repitió el capuchino enternecido.

Juan Miseria calló conmovido, como un hombre que, acostumbrado a una oscuridad profunda, ve de repente suavísimos horizontes de luz, que le hacen distinguir claramente los objetos; después de un momento de silencio, dijo :

—Quisiera yo, Padre, que su mercé me impusiese en cómo Dios tan grande, tan inmenso que espanta, se ocupa hora tras hora del hombre tan chico, tan ruin, que sería un reidero si no fuese una fuente de lágrimas.

—Eso te probará su bondad sin límites, hijo mío, que le lleva a cuidar día y noche de cosa tan ruin y perecedera como es el hombre... Dios, como Ser e inteligencia infinita,

todo lo ve en una sola idea, única, simplicísima, pero infinita también: su propia esencia. Allí se refleja lo alto y lo bajo, lo grande y lo pequeño, y cuéstale tan poco seguir a la vez los movimientos del gusano rastrero y del rey poderoso, como al arroyo reflejar el robusto álamo y la humilde amapola que crecen a su orilla.

—¡Es verdad!..., ¡es verdad! —exclamó Juan Miseria, como quien va descifrando un enigma—. ¡Quién fuera un sabio para poder entender bien esas cosas!...

—No te dé pena, hijo, que Dios prefiere los santos a los sabios, y ya que deseas la santidad y la sabiduría, pide mejor la primera que la segunda... La gloria, según Dios, no es la gloria según los hombres; la gloria, según Dios, conmueve el corazón; la gloria, según los hombres, deslumbra los ojos. Con su sencillez infinita se hermana mejor el ¡bendito sea mi Dios!, que brota del corazón del rústico a solas en su cabaña, que la magnífica oda que ufano declama el poeta: para Él vale más la lágrima de caridad impotente que el pobre derrama, que la cacareada limosna de la filantropía moderna... ¡Ah!, en el reino de los cielos los últimos son los primeros, y lo que aquí es celebrado al son de bombo y platillo suele ser allí falsa moneda que no corre.

Y para que veas, Juan, lo tiernamente que ama Dios a los pobres de espíritu y ricos de corazón, he de contarte uno de esos bellísimos ejemplos populares que ponen la moral más sublime al alcance de niños y viejas (1).

Había una pobre viuda que tenía un hijo único, que amaba sobre todo en este mundo: era el niño tan inocente, tan bueno, tan sumiso, que preciso era quererlo aun sin ser su madre; pero, al mismo tiempo, era tan limitado de alcances, que imposible se hacía enseñarle nada, faltándole comprensión y memoria. Su madre lo puso en la escuela, pero nada aprendió; quiso ponerlo a un oficio, pero sucedió otro tanto, y después de maltratarlo con burlas y vilipendios lo despidieron sus maestros.

Entonces, su pobre y afligida madre buscó y halló consuelo en su confesor, que era un respetable religioso, y le suplicó intercediese con el Prior del convento a fin de que recibiera a su hijo de lego en el monasterio. Así lo hizo el buen Padre, y el muchacho entró en el convento.

El religioso trató de instruir a su protegido en la religión, cuyas primeras nociones le había inculcado su piadosa madre; pero

(1) Este ejemplo se halla incluído en la colección de ellos formada por Fernán Caballero.

jamás pudo hacerle aprender de memoria ni acordarse sino de estas expresiones de la fe, la esperanza y la caridad.

¡Creo en Dios, espero en Dios, amo a Dios!

Cuando pasó el año de noviciado, determinaron desahuciarlo por inepto; pero como era tan servicial, dulce y humilde, que todos los religiosos le querían, y vieron con lástima el desconsuelo de su pobre madre, determinaron que se quedase en el convento para trabajar en la huerta.

Después de largas y penosas tareas que le imponía el hortelano, veíasele, en vez de dormir y descansar, ir a la iglesia y arrodillarse en ella horas enteras.

—¿Qué hará allí?—decían los novicios—no sabe leer, ni rezar, ni comprende el rito ni las oraciones de la Iglesia.

Llenos de impertinente curiosidad, se ocultaron un día para ver y oír en qué pasaba el tiempo, y vieron que no hacía más que repetir, incesantemente, con gran fervor:

—¡Creo en Dios, espero en Dios, amo a Dios!

Al cabo de algunos años murió el pobre lego con la misma tranquilidad con que había vivido: halláronlo muerto en su jer-

gón de paja, con el rostro sereno y las manos cruzadas. Lo enterraron como a un inocente, sin oficio y sin que doblasen las campanas. A poco no se conocía el rincón de tierra en que estaba enterrado, sino por las lágrimas con que lo regaba su madre.

Pero, algún tiempo después, notaron que, espontáneamente, había nacido sobre aquella sepultura una hermosa azucena: acercáronse y vieron con admiración que las blancas hojas de la flor tenían, cada cual, un letrero con caracteres de oro, que decían:

—¡Creo en Dios, espero en Dios, amo a Dios!

Escarbaron la tierra y vieron que la flor tenía su raíz en el corazón del hijo de la pobre viuda.

Juan Miseria escuchaba, con las manos cruzadas, cerrados los ojos y baja la frente: al concluir el capuchino, preguntóle con la voz temblorosa y los ojos llenos de lágrimas:

¿Y ha sucedido eso, Padre?...

—No ha sucedido, pero...

—¡Oh, qué lástima!...

—...Pero ha podido suceder; que eso significa ejemplo... Ese y otros análogos que por ahí corren, entre vosotros, las gentes del pueblo, son verdaderas fábulas

ascéticas que encierran una profunda enseñanza religiosa.

—Sabía yo uno de esos ejemplos que me contaba una viejecita, vecina de mi casa, y que nunca pude oír sin que sintiese aquí, en el pecho, como ahora mismo he sentido, ¡una *cosa* tan rara!... Una cosa, así como un salto de alegría y unas ganas de llorar ¡tan grandes, tan grandes!...

—Cuéntame ese ejemplo, Juan, cuéntamelo, hijo mío: que esa *cosa* tan santa que ni siquiera un hombre la profana, es la luz de Dios, que llega a tu corazón... Es el alma, que herida por esa luz divina, sonríe de esperanza porque entrevé la patria celestial, y llora de pena porque de ella está desterrada.

—Pues, era éste un mozuelo temeroso de Dios, y devoto, en particular, de la Virgen de los Dolores: tenía el muchacho en su vivienda una imagen de la Señora, cuyo corazón, traspasado por siete puñales, veíase sobre su pecho, como es costumbre poner. Todas las noches de Dios, el muchacho se arrodillaba delante de la imagen, y rezaba antes de acostarse. Un día, arrastrado el inocente por los malos amigos, cometió un pecado grave. Aquella noche no rezó a la Virgen, porque el enemigo extendía ya sobre

él sus alas negras: a la mañana siguiente miró avergonzado a la imagen, y vió entonces una nueva y profunda herida que un octavo puñal abria en el corazón de la Virgen. Asombrado el muchacho, exclamó con un grito de dolor, hijo de su corazón no pervertido:

—Madre de mi alma, ¿quién os ha hecho esa herida?...

—Hijo, tu pecado—contestó la imagen.

Y el muchacho cayó de cara contra el suelo, porque el dolor de haber ofendido a Dios, le rompió el corazón en el pecho...

El capuchino estrechó, conmovido, la mano de Juan Miseria, y aquel hombre robusto y valiente, aquel hombre tosco, dejó caer la cabeza sobre el hombro del religioso, y rompió a llorar como un chiquillo.

¡Llora, Juan, llora!—dijo éste con los ojos también arrasados—llora, que yo comprendo tus lágrimas.

—Si yo no sé por qué lloro, Padre—replicó Juan Miseria riendo y llorando al mismo tiempo—no sé qué es esto que me sucede... Será lo que usted dice; el alma que quiere irse al cielo, y como la pobre no puede, llora... ¡llora porque sea pronto!

Al despedirse el capuchino aquella tarde, detúvole Juan Miseria, diciendo:

—Padre, dijo usted que el hijo de la pobre viuda decía: «Amo a Dios, creo en Dios...» Y lo otro, ¿cómo era?...

—Espero en Dios, hijo mío, espero en Dios.

—Espero en Dios—murmuró Juan Miseria.

Y aquella noche, al acostarse en el montón de paja que le servía de lecho, Juan Miseria volvió a exclamar:

—¡Espero en Dios!

Y cuando al despertar a la mañana siguiente tendió la vista por las cuatro paredes de su calabozo, a que la humedad hacía brotar gotas de agua, como si fuesen lágrimas de compasión, Juan Miseria exclamó, con un acento en que se hermanaban la caridad que une, la esperanza que consuela, la fe que resigna:

—¡Espero en Dios!... ¡Espero en Dios!

IV

Mientras tanto, Lopijillo se agitaba en las regiones de la política al pormenor. En la alta política, dice un autor, no hay hombres, sino ideas; no hay sentimientos, sino intereses: en política no se mata a un

hombre, sino que se allana un obstáculo. La política al pormenor participa de estos grandes vicios, contando, además, una porción de ridiculeces. Ella es madre de esos Erostratillos de cabo de barrio, que sólo piensan en elevarse a sí propios; especie común y despreciable, cuyo lema es el medro personal.

Las ilusiones monstruosas, las enormidades que estos empinados pigmeos se forjan, sólo son comparables a los delirios de una imaginación calenturienta. Lopijillo, exacto tipo del político al pormenor, no se descuidaba en esto de formarse castillos en el aire: aspiraba, primeramente, a ser elegido diputado, y veía ya su retrato corriendo en las cajillas de fósforos, apogeo del aura popular. Allá, en su imaginación, dividía luego la España en pequeñas federaciones, y hacíase jefe de una de ellas.

—¡Quién sabe!—murmuraba con una loca fruición de gozo, creyendo ser ya representante de la peor de las tiranías, cual es la de los subalternos.

Pero de repente, por otro fenómeno de la imaginación, sentíase trasportado a la capital de España: ya no era presidente de la *Republiquita Gaditana*, o de la *Republiquita Hispalense*, porque juzgaba que los federales

sevillanos desenterrarían este sonoro nombre. ¡Era presidente de la República federal española!...

Lopijillo cerraba los ojos y extendía las manos como si quisiese asir aquella deslumbradora idea, y veía entonces, escritos con caracteres de fuego, estos dos nombres: *Napoleón I*, *Napoleón III*, y el loco ambicioso inclinaba la cabeza, como si sintiese ya el peso de una corona, y dejaba escapar otro arrogante: —¡Quién sabe!

Pero los sueños pasan y la realidad queda: al abrir los ojos Lopijillo no veía más república que la pedestre, pintada en la muestra de la zapatería de su padre; oía el machacar de las suelas de señó Lopijo, y, entonces, el ciudadano, el padre del pueblo, el demócrata, el republicano *sans culotte*, renegaba de los zapatos que le daban de comer, y ¡oh progreso! semejante a aquellos pueblos bárbaros que saludaban al sol maldiciéndole, ¡se avergonzaba de su padre!...

Solía, entonces, lanzarse a la calle, dirigiendo una mirada de desprecio al infeliz Lopijo, que agobiado sobre su mesa ganaba el pan para aquel hijo ingrato; y sintiendo hervir en su interior lo que el ambicioso botarate creía llama del genio, no siendo sino la rabiosa excitación que el despecho le produ-

cía, iba al Club republicano a predicar virulentas doctrinas, que despertaban en aquel auditorio ignorante y confiado, odio voraz a los ricos, desprecio a la religión y tremenda ambición y codicia.

Pero una mañana señó Lopijo no pudo levantarse de su lecho: al día siguiente el médico le encontró muy grave, y al tercero le declaró sin ambages ni rodeos que arreglase sus cuentas de la tierra, porque le había llegado la hora de saldar las del cielo. Señó Lopijo cayó desplomado con sus ilusiones, sobre las almohadas de su lecho de muerte: la loca esperanza de ver a Lopijillo ocupar una alta posición política, y procurarse él una vejez descansada y llena de honores, huyó de su mente, dejando abajo un sepulcro, arriba un Dios que había de juzgarlo... Señó Lopijo no era impío: cegado por las malvadas teorías de Lopijillo, a quien miraba como un oráculo, había aparentado despreocupación que se hallaba muy lejos de sentir: así fué que, al hallarse frente a frente de la eternidad, volvió los ojos al Dios de misericordia y pidió a su hijo un confesor.

Lopijillo miró indignado a su padre, porque en su corazón egoísta sólo produjo aquella súplica del moribundo un movimiento de cólera. ¿Qué diría la humanidad en masa, del

hombre superior, del profundo filósofo, del espíritu fuerte, que encabezaba sus discursos en el Club diciendo: *Ciudadanos... No en nombre de Dios, que no existe, sino de la naturaleza, os saludo.* ¿Qué diría, decimos, si su padre esperaba la muerte como el más vulgar de los católicos, con un sacerdote a la cabecera y un crucifijo sobre los labios?...

Por eso, mirando colérico a señó Lopijo, contestó:

—¿Ahora salimos con esa? Pues me parece que he tratado de ilustrarle a usted lo bastante para que se deje de supersticiones ridículas.

—¡Muchacho! —exclamó angustiado Lopijo—. Mira que me muero de veras, y no es esto ya cosa de broma.

—¡Vaya!... dejémonos de chocheces, y si quiere usted confesar, haga un agujero en la pared, a estilo de moros; que lo que es esa puerta no me la pasa a mí un *Cuervo*, mientras yo viva...

Y cogiendo Lopijillo su sombrero lleno de grasa, se dirigió al Club, dejando a su desgraciado padre solo con sus remordimientos del pasado, sus deseos del presente y sus temores del porvenir.

—¡Hijo! ¡hijo! — exclamó el pobre viejo, extendiendo hacia él sus manos. — ¡No me dejes morir como un perro!...

El hijo impío oyó aquel grito de indecible angustia, y estuvo a pique de volver; pero su egoísmo, ambicioso, habló más alto que la conciencia, y siguió su camino, murmurando, para acallar aquella voz que en su interior le gritaba:

—No está tan malo: tiempo habrá de darle gusto.

A las once, Lopijillo, de vuelta del Club, entraba en la alcoba de su padre, que se hallaba a oscuras: no oyendo rumor alguno, dijo con voz que el miedo hacía temblorosa:

—¡Padre!... ¡Padre!... ¿Está usted durmiendo?...

Nadie respondió: Lopijillo sintió que la lengua se le pegaba al paladar, y echó un fósforo para encender un velón que a tientas buscó sobre la mesa. Entonces pudo distinguir el rostro de su padre, que se destacaba sobre las almohadas, lívido, con los ojos hundidos y casi apagados, y bañados ya los cabellos con el sudor de la muerte: el infeliz agitaba las labios como si murmurase, dirigiéndose a alguien que él solo veía:

—¡Si no quiere!... ¡Si no quiere!...

Lopijillo tuvo miedo de aquellos ojos que le miraban sin ver, y de aquella fisonomía desencajada en que se pintaba el espantoso terror de quien se ve suspendido sobre un

abismo sin fondo. Con los cabellos erizados y temblando como un azogado, huyó a la zapatería situada en el piso bajo: en su precipitada fuga dejó sobre la mesa el velón y los fósforos, y hallóse sumergido en la oscuridad más profunda. La mitad de su vida hubiera dado el miserable Lopijillo por ahuyentar aquellas tinieblas que le aterraban; pero ¿cómo volver a aquella alcoba en que se había entronizado la muerte?... Si miraba a las paredes, allí veía aparecer el lívido rostro de su padre; si al suelo, allí se destacaba; si al techo, allí tornaba a dibujarse. Cerró los ojos, y más viva, más terrible que nunca, aquella vidriosa mirada llegaba hasta su corazón, helándolo de terror. De pie, rígido, sin atreverse a extender la mano por miedo de tocar un fantasma, y pensando en saltarse los ojos por no ver aquel rostro aterrador, haciansele siglos los minutos.

De repente llamaron a la puerta: Lopijillo dió un salto, girando sobre sí mismo, como si hubiese recibido un balazo, y se quedó inmóvil, mirando estúpidamente a la puerta, sin atreverse a abrir: parecíale que a través de aquellas tablas iban a filtrarse juntos la muerte y el demonio, para apoderarse del cuerpo y del alma del desdichado agonizante. El exceso mismo del terror le impidió pedir

socorro; mas el bronco sonido de un cencerro que en aquel instante resonó en la calle, vino a mitigar su angustia, haciéndole sospechar quién fuese la intempestiva visita. Acercóse vivamente a la puerta, y abrió el postiguillo: distinguió entonces, al pálido fulgor de las estrellas, las negras siluetas de una recua de burros cargados de sacos.

—¡Martín!... ¡Martín!... —balbuceó Lopijillo temblando como un azogado.

—Buenas noches, don José—contestó una voz bronca en la calle.

El terror de Lopijillo desapareció al oír aquella voz, para dar lugar a un azoramiento de muy diversa índole.

—¡Entra, entra corriendo! —tornó a balbucear, sin que atinase a descorrer el cerrojo—. ¿Vienen los sacos?... Echa un fósforo, hombre... pero cuidado... cuidado...

Entró entonces en la zapatería un mulato de talla colosal y atlética musculatura, que por aquel entonces se exhibía en todas las manifestaciones republicanas, como prueba del fraternal lazo que a la sombra del gorro frigio unía ya en España a todas las razas; venía envuelto en un sayal de paño burdo, y, obedeciendo a Lopijillo, encendió una lámpara de petróleo que colgaba del techo. Detrás entró el arriero, dueño de los borricos: a su

vista creció el azoramiento de Lopijillo, y se apresuró a abrir un camaranchón, que con la zapatería comunicaba. Había allí, por los rincones, cueros de vaca, hormas desechadas, suelas y plantas viejas de zapatos: el resto estaba vacío; y notábase por todas partes esa basura especial que dejan los trastos viejos amontonados mucho tiempo en un paraje.

—¿Dónde descargamos? —preguntó el arriero.

—¡Aquí!, ¡aquí! —se apresuró a responder Lopijillo—. ¿Cabrán?...

El mulato asomó su cabeza de perro dogo por la puerta del camaranchón, y recorriéndolo con la vista contestó lacónicamente: caben...

Y, ayudado por el arriero, comenzó a amontonar en el cuchitril hasta veinticinco fanegas de cebada que en otros tantos sacos traían los burros: cargábalos el arriero en hombros del mulato, y éste los metía dentro, pasando por delante de Lopijillo que, con la lámpara en la mano, alumbraba la zapatería y el camaranchón desde el umbral de la puerta intermedia: en uno de estos viajes, el patriota, indicando al arriero con un expresivo gesto, dijo rápidamente al mulato:

—¿Sabe?...

—Nada.

—¿Y el patrón?

—Dió la vuelta con el falucho, y estará ya en Cádiz.

—¿Sospecha algo?

—Ni pizca.

Pronto quedó terminada la faena, y el arriero se retiró entonces llevándose los burros. Lopijillo cerró cuidadosamente la puerta del camaranchón y también la de la zapatería, y sin dar muestras de acordarse de su moribundo padre, se dirigió, en compañía del mulato, a una casucha de la calle Ancha: allí vivía un sastre, émulo de Juan Leyden, secretario del Club republicano.

Al amanecer volvió de nuevo a la zapatería, y, envalentonado con la luz del alba, que ya despuntaba, dirigióse a la alcoba de su padre; en el dintel se detuvo aterrado... Aun ardía el velón encima de la mesa; y en el lecho, revuelta la ropa que dejaba asomar los pies agarrotados, contraída la boca como el que maldice, desencajados los ojos como el que se espanta, yacía el cadáver de Lopijo.

Lopijillo no pudo soportar la vista de aquel horrendo despojo de la muerte, y acercóse, cerrando los ojos, para tapar con la colcha el rostro de su padre; pero en las fatigas de la muerte habíanse asido a ella las manos del cadáver, y al sentir la natural resistencia que a soltarla ponían, huyó creyendo que el irrita-

do cadáver le rechazaba, y vino a caer, medio desvanecido de espanto, en brazos de la Salamanca, que en aquel momento apareció en la puerta.

Los padres de la patria acudieron a visitar a Lopijillo, y reunidos en la zapatería, como los senadores en el Senado, determinaron hacer a señó Lopijo un entierro digno de su muerte estoica. Todas las ceremonias de la religión fueron rechazadas, no ya como cosa superflua, sino indigna, y uno de ellos, que mostraba en sus puños una fuerza de convicción pasmosa, dijo :

—Al demonio vayan curas y sacristanes, que el difunto señó Lopi... que diga, José López, ha de enterrarse como republicano... Los federales no necesitan de responsos... ¿Sabéis, ciudadanos, lo que dicen esos cuervos cuando cantan en los entierros?...

Y el orador, que la daba de gracioso, dijo, parodiando el solemne tono de un responso :

Cantemos, cantemos,
Que a treinta reales cabemos;
Monacillos a dos reales,
Sacristanes a peseta,
Y el muerto ya lleva papeleta.

Esta fué la oración fúnebre del infeliz Lopijo : su cadáver permaneció abandonado,

sin que nadie rezase junto a él una oración ni derramase una lágrima. A la hora del entierro, cuatro padres de la patria lo colocaron en un ataúd ribeteado de encarnado, color de la República, y la comitiva se puso en marcha.

Caminaba al frente de ella un federal, enarbolando una bandera blanca, roja y verde, en que, bajo algunos signos francmasónicos, se leía :

¡República o muerte!

Seguía el ataúd, llevado por cuatro federales y cubierto con un pedazo de percalina colorada : de los costados de la caja salían cuatro cintas rojas, que llevaban otros tantos cabecillas del partido : éstos marchaban con una gravedad grotesca, dirigiendo miradas entre triunfantes y amenazadoras a los atónitos vecinos.

Venían detrás todos los republicanos de la población, formados de cuatro en cuatro, luciendo chillonas corbatas encarnadas, como distintivo del partido a que pertenecían. Cerraban la marcha cuatro personajes del partido, que presidían el duelo : éstos podían llamarse republicanos vergonzantes. Marchaban pegados a la acera, entre graves y risueños, como si conociesen todo lo ridículo de aquella terrible farsa : eran los *pastores* que apa-

centaban y utilizaban aquel rebaño de borregos que ante ellos caminaba.

Aquella terrible mascarada de la muerte atravesó varias calles de la población y fué a deshacerse en el cementerio.

Lopijillo presenció y presidió todas aquellas ceremonias con la calma estoica de Bruto en los funerales de César. Sólo un momento perdió su gravedad postiza: al desfilar el cortejo ante el camaranchón donde estaba la cebada, un federal arrojó al descuido, en la misma puerta, una colilla encendida. Lopijillo se abalanzó atropelladamente a ella, y dando fuertes patadas, apagó al punto la ceniza.

Nadie reparó en aquel incidente, que mucho significaba.

V

Fuera aparte de la ambición, que monopolizaba todas las facultades de Lopijillo, dos pensamientos ocupaban su mente: la codicia y la venganza.

Al morir señó Lopijo, habíase encontrado desprovisto de toda clase de recursos: aquel filón de oro que sostenía su patriótica holganza, cesó con la lezna que tanto había despreciado. Lopijillo había visto a su padre

enterrar y desenterrar, bajo la cabecera del catre, un pucherete, que, a juzgar por su peso, debía de contener dinero; pero para buscar aquel pequeño tesoro, era necesario entrar en el cuarto en que había muerto señó Lopijo; tocar el lecho en que había agonizado, maldiciendo probablemente al hijo cruel, que le negó una muerte tranquila; revolver aquel escondite que el pobre padre había ocultado a todos, reservándolo para su ingrato hijo... A este solo pensamiento erizábanse los cabellos de Lopijillo, y creía que dos manos descarnadas le agarraban por los faldones de la levita, arrebatándole el ansiado tesoro; así, pues, el supersticioso terror venció a la codicia, y Lopijillo no se determinó a buscar los ahorros de su padre.

Entonces pensó en trabajar, pero ningún trabajo le era conocido: sólo allá, en su niñez, había hecho ratoneras, que vendía luego a las vecinas del barrio. Lopijillo consultó la historia, y no encontró ningún hombre célebre que en sus ratos de ocio hubiese hecho ratoneras: desanimado con esto, desechó su propósito.

Pero la necesidad, que es el sexto de los sentidos del hombre, aguzó el ingenio de Lopijillo, inspirándole una idea salvadora, que vino a confortar su estómago. Aquella

noche pronunció en el Club un discurso sobre la asociación, que el ilustrado público aplaudió con el mayor entusiasmo: en el epílogo, poniendo en práctica su plan, dejó escapar estas ideas:

—¿Por qué padece la humanidad?—dijo con toda la retumbancia de una cabeza vacía—. Porque no oye mi voz y se asocia... Sí, ciudadanos: en la asociación está la fuerza: *Vis unita, fortior!*

El culto público aplaudió fuera de sí, y un federal exclamó, arrojando el sombrero calañés al pie de la tribuna:

—¡Si es lo grande este hombre!... ¡Lo mismo habla francés, que español, que madrileño!...

—Hijos míos—continuó Lopijillo—fundemos una asociación de socorros mutuos entre todos los federales... Un cepillito, cuya llave guardaré yo religiosamente, recibirá las dádivas de los socios: allí caerán las riquezas del rico y las *mendigueces*—licencia oratoria—del pobre... Así, cuando un federal quede reducido al estado macilento que produce la enfermedad en el individuo, no tendrá que ir *mendingando* un pedazo de pan en las puertas de esos soberbios ricos, que, todos sin excepción, tratan al pobre a patadas; sino que este fondo común

proveerá a su subsistencia. Así, cuando un federal deje este mundo para devolver su cuerpo material a los elementos que lo formaron, este fondo común asegurará la existencia de la abandonada viuda y de los tiernos huerfanitos, que quedarán solos cual gorrioncillos, a quienes un cruel cazador ha privado de las paternales caricias... ¡Sí, ciudadanos!... esta idea filantrópica, este pensamiento humanitario, no es sino una débil sombra del *falansterno*, que según las doctrinas del gran Fourrier, me propongo fundar cuando la flamígera antorcha de la civilización ilumine del todo vuestras inteligencias.

—¡Viva el ciudadano López!... ¡Viva *Falansperro!*... ¡Viva *Furriel!* — clamaron los federales con el mayor entusiasmo.

Aquella idea humanitaria fué acogida con exaltación patriótica. El cepillo rellenaba, insensiblemente, sus entrañas, y la llave funcionaba en manos del ilustre fundador de aquella sociedad filantrópica: tres días después, Lopijillo lucía un sombrero de copa alta nuevo, unas botas de charol y un amplio gabán, en que se embozaba a manera de palio romano.

Satisfecho, por entonces, con esta nueva mina, que bastaba y sobraba para cubrir

sus necesidades, Lopijillo trató de hacer caer todo el peso de su odio sobre Juan Miseria y Mariana. Los personajes de la alta política suelen estar íntimamente unidos a los políticos al pormenor: a menudo forman estos lazos las bajezas, las intrigas, tal vez los crímenes que sirvieron de escalón a aquéllos para llegar a sus altos puestos. Amigo Lopijillo de varias eminencias políticas, le fué muy fácil influir de tal modo en la causa de Juan Miseria, que viniese a recaer la sentencia de muerte sobre el inocente reo: satisfecho, por esta parte, su odio ruin, hijo de la envidia y el despecho, ocupóse en buscar a Mariana, a quien los muros del convento D** libraban de sus persecuciones.

Para conseguir su intento, Lopijillo dijo en el Club que el progreso humano necesitaba, para avanzar un paso, hollar las ruinas de aquellos templos, antros de fanatismo e hipocresía; y empleando, por otra parte, todo su influjo en la Junta revolucionaria de la población, logró arrancar la orden del derribo de tres conventos, entre los que se contaba el de las religiosas de D**.

La revolución de Setiembre ha probado, una vez más, que el orgullo de los que no

saben edificar, consiste en destruir: así fué que aquellos tres edificios, tan extensos y tan hermosos, vinieron al suelo, quedando, en su vez, tres inmensos solares llenos de escombros. Sobre uno de ellos, allí donde con letras de ruinas había quedado escrita la suprema ley de destrucción, el adelanto del cangrejo de que los revolucionarios de Setiembre blasonaban, habían puesto este letrero, o más bien, este sarcasmo: *Plaza del Progreso*. Sobre otro de los solares, allí donde se había usurpado la propiedad, atentado contra el derecho de asociación y violado el domicilio, se leía: *Plaza de la Libertad*. Sobre el tercero, allí donde la fuerza venció al derecho, el perjurio a la honradez y el desorden al orden, habían puesto con admirable exactitud: *Plaza de la Revolución*.

Las infelices religiosas de D**, arrojadas de su convento en nombre de un poder bastardo y arbitrario, fueron recogidas en otro convento de la misma orden: las legas, entre las cuales se contaba Mariana, quedaron instaladas en su nuevo asilo desde el día anterior a la traslación de las monjas. Esta se efectuó después de la media noche: Lopijillo acudió, en compañía de algunos individuos y dependientes de la Junta revo-

lucionaria, cuidando de los carruajes que habían de conducir a las monjas. Estas esperaban en el coro la señal de marcha: postradas, por última vez, ante aquel altar que, despojado de sus imágenes, sus ornamentos y sus luces, parecía un cuerpo sin alma, rezaban el oficio de la noche, cuyo acompasado tono alteraban a cada instante desgarradores sollozos.

El sordo ruido de los carruajes primero, y varios golpes dados en el torno después, les anunciaron haber llegado la hora de partir: varios hombres y mujeres del pueblo esperaban a la puerta, deseosos de contemplar aquella escena, nueva para ellos. Habíase desplegado un inútil aparato de fuerza, sobre el que los curiosos hacían mil comentarios: según unos, se guardaba en el convento un depósito de armas destinadas a los carlistas; otros temían que las monjas tuviesen gente preparada para la defensa; y un tercero aseguraba, con aire de convicción pasmosa, que cierto personaje político de la situación caída, conspiraba oculto en aquel tenebroso retiro.

Un confuso rumor de llantos y gemidos se dejó oír, y los curiosos murmuraron con un si es no es de temor:

—¡Ya vienen!... ¡Ya vienen!...

Pero al abrirse de par en par las puertas del claustro, sólo hallaron sus ávidas miradas un grupo de mujeres indefensas que, vestidas con sayales de bayeta y cubiertas de velos negros, rodeaban, sollozando, a una anciana de alta y majestuosa estatura, que extendía sobre ellas sus manos, apoyándose en un báculo de ébano con remate de plata. Aquella mujer, que por sus ademanes parecía querer infundir valor en las demás, era la Abadesa.

—Vamos, hijas, vamos; que estos señores están esperando—dijo esforzándose para que su voz pareciese tranquila.

Al oír aquellas palabras, tan sencillas como grandes en aquellas circunstancias, los llantos contenidos, los sollozos entrecortados, los gemidos que se comprimían, estallaron de nuevo: las religiosas, impulsadas por un movimiento simpático, se arrodillaron para besar aquel umbral que habían jurado no pasar ya ni vivas ni muertas.

Sólo la Abadesa permaneció de pie, apoyada en su báculo, pareciendo, como realmente era, el pastor guardián de aquellas humildes ovejas, postradas en el suelo. Ninguna quería ser la primera en dejar su santo retiro, y la Abadesa tuvo que irlas

empujando suavemente fuera del claustro; una monja, anciana de ochenta y cuatro años, paralítica en una silla, que desde la edad de tres se hallaba en el convento, fué conducida al carruaje, desmayada en un sillón.

La Abadesa fué la última que abandonó el convento, y, con el corazón roto de dolor y de pena, entregó a Lopijillo las llaves, sin que ni una queja, ni un reproche, ni siquiera un movimiento de desagrado, viniese a desmentir la mansedumbre con que dijo al que la hizo sabedora de que su convento iba a ser destruído:

—Hágase la voluntad de Dios.

Lopijillo y alguno que otro de los revolucionarios contemplaban las lágrimas de aquellas mujeres *holgazanas*, *soberbias y egoístas*, sonriendo despreciativamente, pero no sin sentir en su corazón vergüenza de sí mismos; porque para el malvado opresor la inocencia es un crimen, y suele apoderarse de él la rabia y el despecho, cuando sólo se oponen a sus crueldades lágrimas silenciosas y sumisas. Los curiosos, y los más de los individuos de la Junta, lloraban enternecidos: uno de éstos, joven de excelente corazón, pero por ciertas ideas avanzadas extraviado, huyó de allí llorando como un chiquillo.

—¡Yo no sirvo para estas cosas!—exclamaba.

Mientras las religiosas subían a los carruajes, Lopijillo asomó la cabeza por la puerta del anchuroso claustro, y sonriendo de placer a la idea tan necia, mezquina y ridícula como impía de ser el primero que profanase aquel recinto sagrado, entró en el convento, arrastrando su largo y mohoso sable de voluntario, que resonaba lúgubremente sobre el embaldosado de mármol. El claustro, completamente oscuro, se extendía a lo lejos, yendo a perderse en la iglesia, como se pierden en el cielo los pensamientos de un alma elevada. Lopijillo se adelantó hacia una puertecita que se abría en una de las paredes laterales, dejando escapar una claridad dudosa. Abríase allí una estrecha galería que iba a parar al locutorio, en cuyo fondo agonizaba una lamparilla, olvidada sin duda, prestando a las paredes, desnudas, una extraña movilidad : a su reflejo vió Lopijillo destacarse sobre la puerta una calavera, sostenida por dos canillas, bajo la cual se leía :

Lo que eres fuí :
Lo que soy serás.

La expresión satisfecha que se revelaba en el rostro de Lopijillo desapareció al entrar

en aquel austero lugar, dejando en su vez una de pavor infinito, porque la sola idea de la muerte bastó para helar de espanto a aquel hombre despreocupado. Al leer el tremendo letrero, coronado por la calavera como por lúgubre trofeo, el escéptico tuvo miedo, y, no atreviéndose a franquear aquella puerta, huyó hacia la calle... Mas el enorme sable de voluntario se enredó entre sus piernas y vino a caer a la salida del claustro, hiriéndose la frente contra aquel umbral que había profanado.

La Abadesa y la comunidad del convento hospitalario salieron a las puertas del claustro a recibir a las infelices desterradas : éstas cayeron en los brazos que la caridad les abría, y allí, sobre aquellos pechos hermanos, dejaron correr libremente las lágrimas que la dignidad y la majestad de su infortunio habían secado en sus ojos. La Superiora de las monjas D** quiso entregar su báculo, en señal de sumisión y obediencia, a la Abadesa que, en medio de su desamparo, le ofrecía a ella y a su rebaño un asilo donde guarecerse; pero ésta lo rechazó dulcemente, diciendo :

—No, hermana mía, guarda tu báculo, que yo tengo el mío : cuida de tu rebaño, que yo cuidaré del que Dios me ha confiado... Ancho es nuestro convento, y si os hemos ofrecido

en él un asilo a ti y a las tuyas, no es para someteros a nuestro poder, sino para que libremente ejerzas el tuyo.

¡Qué lección tan elocuente encerraban las sencillas palabras de aquella pobre monja para los ambiciosos mezquinos que la escuchaban, poseídos de un involuntario respeto!

Las puertas del claustro se cerraron, al fin, dejando fuera la impiedad que escandaliza, el descreimiento que desconsuela, la tiranía que ahoga, el triunfo de la fuerza bruta sobre la debilidad indefensa, que haría reir si no hiciese llorar; y como complemento de todo esto, el espantoso vacío de la falta de religión, que hace al hombre agitarse sobre la tierra buscando un reposo que no encuentra, como se revuelven en sus órbitas, buscando la luz, unos ojos ciegos que nada ven... Dentro quedaron las lágrimas que Dios cuenta; el dolor con que sin ahogar aprieta; el infortunio de que el cruel se aparta, pero que el compasivo mitiga; la virtud oprimida que sólo sabe esperar, y lo que hace al humilde mil veces más fuerte que el soberbio que le oprime : ¡la Fe católica!

VI

Algunos días después al de la traslación de las monjas, debía Lopijillo de pronunciar un discurso, sobre el derecho de igualdad, en la iglesia del mismo convento D**, convertida ya en Club republicano. En el sitio que ocupaba antes el altar mayor hallábase colocada la mesa del presidente, y en aquel púlpito, donde tantas veces había resonado la palabra divina, era donde Lopijillo había de pronunciar su discurso.

Hallábase el Club aquella noche de bote en bote, y el mulato Martín, socio y lector de la Sociedad, acababa de leer al culto e ilustrado público los periódicos del día. Lopijillo subió, al fin, a la tribuna, y un murmullo de aprobación le hizo sonreír satisfactoriamente: después de una tos preventiva comenzó su discurso, en los términos más hinchados y altisonantes:

—Sí, ciudadanos federales —dijo entre otras cosas—. La igualdad debe ser un hecho, y si la tiranía ha conseguido dividir a la sociedad en clases, la idea republicana viene a devolver a cada hombre el cubierto que en el gran banquete de la naturaleza le corresponde de derecho.

—¡Anda!... ¡que vamos a comé en un banquete! —exclamó un federal, sonriendo de placer, al oído de su vecino.

—Mos tendremos que poné en cuclillas —respondió éste (1).

—Un ejemplo palpable y visible os hará comprender la verdad refulgente de la luminosa idea que sostengo... Ved ahí a Martín—continuó Lopijillo, designando al mulato que, mortificado al sentirse blanco de todas las miradas, bajó la vista, enrojeciendo bajo su piel cobriza—; él es negro, cual la raza etiópica; y yo blanco, cual la pura raza caucasiana. Ved ahí a Martín; él nació oprimido por el pesado yugo de la esclavitud, y yo nací libre, cual el alegre pajarillo que revolotea en la verde arboleda... Ved ahí a Martín; él es ignorante, cual el rústico que camina llevando por delante el pollinito que le ayuda a ganarse el alimento; yo soy ilustrado, cual el hombre que dedica su vida al profundo estudio de la filosofía para poder ilustrar al pueblo, arrancándole la tupida venda de la ignorancia, desde aquí mismo, *do* se propagó el oscurantismo y la Inquisición... Y dime,

(1) Advertimos que este cándido federal no da a la palabra *banquete* el significado de comida o festín, sino el de banco pequeño, que suele dársele en Andalucía.

Martín, ¿en esta sociedad republicana federal, no eres tú, negro, esclavo e inculto, igual a mí, libre, blanco y culto?...

Martín, furioso, al verse objeto de la atención general, colérico, con aquel parangón que tan poco le favorecía, gritó despechado:

—¡No, señor; que usted es tonto y yo no lo soy!...

Al oír la oportuna respuesta del mulato, la palabra elocuente de Lopijillo se detuvo en sus labios, y quedó con la boca abierta y extendida la mano. Un confuso griterío se levantó en el Club al ver insultado a su orador favorito.

—¡Afuera ese negro! —exclamaron por todas partes.

—¡Fuera esa tizne!

—¡Habráse visto el guachimandinga!

—¡Digo, tras de que se le hace el favor de tener aquí al tunante!

—¡Que se vaya ese negro, que nos va a tiznar a todos!

—¡Afuera ese tío Picón!...

En vano trataba Lopijillo, repuesto ya de su sorpresa, de calmar desde el púlpito a los amotinados y detener a Martín; los vigorosos puños del mulato causaron graves desperfectos en narices y quijadas federales; pero el número le rindió al cabo, y arrojado de mano

en mano como una pelota, hasta llegar a la puerta, aplicáronle la punta del pie a la extremidad del espinazo, haciéndole salir más que de prisa del Club republicano federal.

Vióse entonces con sorpresa que Lopijillo abandonaba la tribuna, despreciando por vez primera el aura popular, y abriéndose paso entre la apiñada turba, que frenéticamente le aclamaba, corría a la calle en pos de Martín. Mas el mulato no aparecía ya por ninguna parte, y Lopijillo, lleno de inquietud, le buscó en vano por todos los parajes que solía frecuentar.

La inquietud de Lopijillo trocóse entonces en sobresalto, comprendiendo al fin, aunque tarde, la enormidad de su yerro: el mulato estaba en el secreto del complot que los republicanos federales fraguaban contra el Gobierno provisional, y su amor propio, cruelmente herido, podía inducirle a una denuncia. A este solo pensamiento, el sobresalto de Lopijillo llegó a congoja, y con esa egoísta impremeditación, propia de los caracteres mezquinos en circunstancias apuradas, acogió como única la primera idea que acudió a sus mientes, que fué la de correr al Corral de los Chícharos en busca de la Salamanca.

Estaba ya la doctora arropada en su cama, y saltó prontamente de ella para recibir al so-

brino, cubriendo, con un mantón trapajoso, el elegante *deshabillée* en que la encontraba. La Salamanca había cambiado bastante: desde el día fatal en que, deslumbrada con las ofertas de Lopijillo, pronunció su calumniadora acusación contra Juan Miseria, esa tristeza profunda, ese terror secreto, ese *medio* pueril, compañeros inseparables del crimen, embargaban de continuo su ánimo. La luz del sol, que lo mismo alumbra, calienta y alegra al bueno que al malo, al pobre que al rico, ahuyentaba, en parte, su negra melancolía; mas llegaba la noche con sus tinieblas, y un terror secreto invadía, poco a poco, el alma de la Salamanca, que no podía soportar la vista de la vivienda de Mariana, cuya puerta, cerrada como una tumba, parecía guardar el reposo, la felicidad y la honra de aquellos dos infelices, que a ella y a Lopijillo debían su desgracia. Por otra parte, el reparto de bienes tantas veces anunciado por Lopijillo no llegaba nunca, y la Salamanca iba perdiendo las esperanzas de poseer la casa de don Juan Benítez, el médico, precio de su infame acusación contra Juan Miseria.

En cuanto a Lopijillo, que como todos los malvados había cobrado horror a su cómplice, de quien ya no le era dado esperar, sino temer, evitaba su encuentro por miedo de

nuevas reclamaciones, y en más de una ocasión pasó como un relámpago por su mente la idea de quitar de en medio aquel importuno testigo de su infame venganza. Es una verdad, probada por la experiencia, que los lazos que el crimen forma y estrecha suele también el crimen encargarse de romperlos.

Grande fué, pues, la sorpresa de la Salamanca al ver entrar a su sobrino demudado y tembloroso en aquella hora inusitada.

La conferencia que tía y sobrino celebraron fué larga y quedó secreta; tan sólo una vecina que, por tener un hijo enfermo, velaba hasta el alba, pudo notar que, ya cerca de ésta, un arriero viejo, compadre de la Salamanca, llamado señó Dondito, entraba en el sótano que la vivienda de la vieja tenía, por una puertecilla independiente, veinticinco sacos de cebada.

A la mañana siguiente, la Salamanca, con el apergaminado rostro radiante de júbilo, volvía de la pescadería trayendo colgada al brazo una esportilla de palmas, en cuyo fondo reposaban media libra de boquerones, sentenciados a ser bárbaramente fritos. Cerca ya del Corral de los Chicharos, encontróse con su comadre señá Juanita Perdigón, que asimismo se encaminaba a la pescadería, también con su esportilla al brazo.

—¿Cómo anda eso hoy? —preguntó ésta cortando el paso a la vieja.

—Pescadillas a treinta cuartos, brecas a veinte, y estos boqueroncillos a doce —contestó la Salamanca mostrando las entrañas de su canasto.

—¡Ay Jesú, y qué familia más remenúa, que todo se vuelve cabeza, cola y espina! —replicó señá Juanita Perdigón—. No me harán a mí daño —continuó volviendo grupas—; a tu tierra grulla, mas que sea con una pata; que con esos doce cuartos le hago yo un ajo frito a mi ganao y guardo dos pa mercá *La Igualdá*.

—¿Y qué dicen de nuevo los papeles?...

—¡Calle usté, señá Salamanca, que está la cosa por aquellos Madriles que el que más y el que menos tiene ya ajustao el entierro!... ¡Misté que Plim!...

—¡No me hable usté de Prim, que lo tengo aquí, y ni me sube ni me baja! —exclamó la Salamanca llevándose la mano a la garganta—. Misté que haber vuelto los consumos es la picardía mayó que se hace.

—¡Calle usté, comadre, que eso no tiene perdón de Dios!... A robá se pueen dir a Sierra Morena.

—Eso digo yo, señá Juanita: a robá a un camino... Pero ese pícaro de Prim me los

tiene a toitos metíos en un zapato, y por allá sucede lo que contaba mi Pepe de un lobo, un zorro y un león, que, caminando juntos, se encontraron un corcho que podía servir de cama; que para mí es, que para ti será, que para quién ha de ser, que se vino en la cuenta de que el más viejo se lo llevaría. El zorro dijo primero:

Cuando la grama crecía,
Ya cien años yo tenía.

El lobo, que era marrullero, dijo después:

Cuando la grama crecía,
Mi nieto cien años tenía.

Y el león, que es ese pícaro Prim, dijo sacando las uñas:

Pues yo no tengo más que ocho...
¡Y a ver quién le toca al corcho!...

—Vamos, señá Salamanca, que usté bien tenía a Prim en su sala con un gran marco de caoba.

—Lo tenía, comadre, lo tenía... Pero desde que he visto la poca aprensión de ese hombre, he vuelto el cuadro del revés por no verle la cara.

—¿Y dónde me deja usté el zanguango de Serrano?...

—¿Zanguango?... Pues me gusta la zanguanga: él se come su turrón, y el que venga detrás que arree. A ése le sucede, ni más ni menos, lo que al gallego del cuento: caminaban juntos tres farrucos; uno llevaba una manta, otro un colchón, y el otro, que este es Serrano, no llevaba náa... Pues, vamos a que pasan la noche en un ventorrillo y se acuestan los tres en el colchón tapándose con la manta: en medio estaba Serrano, y como la manta era estrecha y no alcanzaba para los tres, tiraban de ella los de los lados, gruñendo uno porque el colchón era suyo, y otro porque la manta le pertenecía. Y el camastrón de Serrano, que sin tener náa estaba mu arropadito, decía el indino:

—Yo ni tiru, ni jalu, ni la manta es mía...

—Y qué verdá que es eso, señá Salamanca —replicó riendo Juanita Perdigón—; a ése era menesté cantarle aquello de

A mí me llaman el tonto
Los tontos de mi lugar...
Ellos comen trabajando,
Yo como sin trabajar.

—Pero a mí —continuó la Salamanca— con tal de que pongan la República Federá lo mismo me da que tiren, que jalen, que se den de coscorrones.

—Y dígame usté, señá Salamanca, ¿qué viene a ser eso de *federal*?...

—Pues federal es lo mismo que *federical*, y le llaman así *por mor* de don Federico Rubio, el diputado por Sevilla.

—Ea, bien —replicó señá Juanita Perdigón, admirada de aquella extraña etimología; y con un aire de seguridad pasmosa añadió—: Pues lo que es la república viene más fija que el reló, porque en el Arenalejo de Santiago han puesto un papé que dice :

¡Viva la República federá!
Y al ladrón que no la quiera,
Garrote le van a dá (1).

—Pues hágase usté cuenta, si viene la república, cómo agarro yo al rey por un bigote —dijo la Salamanca con cierto airecillo de importancia—, porque lo que es a mi sobrino me lo ponen más alto que el Inri.

—Se pone usté las botas, señá Salamanca.

—¡Si mi sobrino es de lo que nunca se ha visto! —continuó ésta animándose por grados—. Donde tiene que oír es en el Clun (Club), porque tiene un pico, que cuando habla derriba una acera de casas... Misté que la otra noche imponía cuando dijo aquello de : —¡Sudiadanos! los orinantes (horizon-

(1) Auténtico, como todos los precedentes y siguientes hechos, dichos y juicios populares, presenciados unos y recogidos otros por nosotros mismos de boca del pueblo.

tes) están muy cargados, y pronto llegará la hora de gritar: ¡¡República o muerte!!...

Y la Salamanca, levantando el brazo con el aire de una Rachel trasnochada, derramó los boquerones en mitad de la calle: mientras se agachaba a recogerlos, llegóse a ella, de puntillas, un pillete, y, dando menudas palmadas sobre su espalda, dijo, parodiando cierto juego muy común entre los muchachos:

A la cucuá,
A la cucuemos,
Cuántos hijos tendremos.
Pegar sin reír,
Pegar sin hablar...

—¡A volar, pajaritos, a volar! —concluyó el pillete, huyendo ligero como un pájaro, porque la Salamanca se enderezaba barbotando colérica:

—¡Sinvergonzón, tunante!... ¡Ven acá, granuja, y te doy qué contá, y no dinero!...

Pero ya éste, resguardado tras un guardacantón, le sacaba la lengua, cantando:

Una vieja se comió
Un esportón de sardinas;
Por la punta de la nariz
Le salieron las espinas.

—Pues yo —dijo señá Juanita Perdigón así que la Salamanca se hubo serenado— tenía todas mis esperanzas en el condenao reparto; pero tengo el ángel más sucio y la

suerte más negra que la conciencia de Judas. ¿Qué cree usté que me dijeron el otro día que le tocaba a mi marido?... Pues la Parroquia de San Miguel... ¿Y qué me hago yo con eso, que ni pa bodega pué servirme?...

—Beato el que posee, comadre, y a caballo regalao no hay que mirarle el diente. No serán pocos los dineros que sacará usté echándola abajo y vendiendo los cantos.

—¿Y con qué voy a echarla abajo, mi alma? ¿Con los dientes? —exclamó seña Juanita Perdigón, a quien la calma de la Salamanca sacaba de quicio—. ¡Ya se ve, como para usté too el monte es orégano!... ¡Menuilla será la tajaa que le sacará usté a Lopijillo!...

—Cabalito que sí, hija mía, que donde lo hay se gasta, y donde no, se pide emprestao —dijo la Salamanca, complaciéndose en hacer rabiar con su futura opulencia a la envidiosa vecina—. A mí me toca la casa de don Juan Benítez, el méico, y la viñita que está a la vera de mi cojumbrá... Aquí está el papé que lo canta...

Y la Salamanca sacó del seno un pliego doblado, en que se le prometían, en efecto, aquellas dos propiedades para el próximo día de la *Liquidación social:* aquel papel estaba firmado por Lopijillo y fechado la noche antes.

—Con que ya ve usté si ato bien los cabitos —prosiguió la Salamanca, volviendo a guardar el papel en el seno—. Y bendita sea el arma de quien me ayuda, que pa eso soy tía de Lopijillo.

—¿Y náa más que tía? —preguntó la Perdigón con risita rabiosa.

—¿Le paece a usté poco?...

—No, señora, que con llevá y traé como usted le lleva y trae, basta y sobra.

—¡Ay, Jesú, y qué mujé ésta, que me está quitando la fama!...

—No se apure usté, señá Salamanca, que no se pierde lo que ya se ha perdío; y lo que está usté oyendo es público como las losas de la calle.

—¡Vaya, vaya, señá Juanita Perdigón, que ya sé yo del pie que usté cojea —replicó la Salamanca con mucho retintín, deteniéndose en el umbral de su casa, adonde habían llegado—. Pues misté que la envidia se quedó seca, enteca y llena de flato.

Y echando una saliva en la palma de la mano, añadió, mientras la refregaba con el puño de la otra :

Rabia, rabiña,
Que tengo una piña
Que tiene piñones,
Y tú no los comes...

¡Vaya usté a que el demonio se la meriende, so vieja liona; que si hubiese Inquisición estaba usté ya emplumáa! —gritó señá Juanita Perdigón, sin poder disimular su envidiosa rabia.

Aquella misma mañana la Salamanca, después de dejar puesto en el anafe un pucherito que contenía su comida, tocóse el pañolón, y cerrando con llave su vivienda tomó, con cierto aire preocupado, el camino de la casa de don Juan Benítez, el médico.

Esta, pequeña pero bien acondicionada, constaba de tres pisos: en el bajo, y a derecha e izquierda de la puerta, se abrían dos ventanas, cubiertas hasta la mitad con persianas verdes, tan risueñas y naturales sobre la pared primorosamente blanqueada, como una alegre sonrisa en un rostro de quince años: encima de la puerta se destacaba un balcón que nacía entre flores, pues, brotando éstas de infinidad de macetas, caían a la calle ocultando el rodapié, y, agarrándose a los hierros, entrelazábanse con una palma bendita el Domingo de Ramos, que prendida allí con dos lazos celestes, presentaba el poético emblema de un pensamiento religioso, destacándose entre flores. A uno y a otro lado del balcón abríanse dos cierros de cristales, velados por cortinas azules; y en el tercer piso, tres

ventanitas de pecho, cerradas también con persianas verdes, daban luz a las habitaciones secundarias.

La Salamanca recorrió con una mirada satisfecha, la fachada de aquella preciosa casa, y entró en su zaguán, embaldosado con losas blancas y azules. Antes de llamar a la campanilla, examinó detenidamente, a través de la cancela pintada de blanco, el patio, que, embaldosado como el zaguán, adornaba sus cuatro esquinas con cuatro macetones de laureolas. En el centro saltaba en su pila de mármol una fuente alegre y bulliciosa, salpicando con brillantes líquidos las macetas de pinos y albahaca que la rodeaban formando círculo.

La Salamanca tiró al fin de la campanilla, y una criada apareció en un balconcito del patio, preguntando qué se le ofrecía :

—Quiero hablá con la señora —contestó la vieja.

La criada desapareció del balcón, y volvió a poco, diciendo a la Salamanca que subiese.

Atravesó ésta el patio, dirigiendo a todas partes miradas escrutadoras, como si estudiase la topografía de aquella casa, y subiendo la escalera, también de mármol blanco, vino a encontrarse frente a una señora, ya entrada en años, que en lo alto la aguardaba.

—Dios guarde a usted, señora —dijo la Salamanca con algún embarazo.

—Venga usted con Dios —contestó la mujer del médico.

Y ambas callaron; hasta que ésta preguntó a la curandera con cierto tono de extrañeza:

—¿Y qué se le ofrecía a usted?...

—Aunque usté perdone, señora —replicó la Salamanca, reponiéndose poco a poco—, venía a que me enseñasen la casa; porque ésta es la que me toca a mí en el reparto, y quería tirá mis cuentas.

La mujer del médico abrió los ojos, estiró las cejas, dejó caer los brazos y, paralizada por la sorpresa, no supo qué contestar.

—Pues sí, señora —continuó la Salamanca, ya repuesta del todo—, esta casa es la que me toca a mí, y pa San Juan es menesté que quede vacía...

La vieja hizo una pausa, y viendo que, atónita, la mujer del médico no contestaba, continuó:

—Yo pienso quedarme de casera en lo bajo, y tomá un vecinito en lo arto, por lo que sea razón... De manera y ello es, que si usté por no dejá la casa quiere tomá en sí este piso, me lo avisa con tiempo y no reñiremos; porque lo que es eso, sí, antes que naide, usté ha de sé la primerita...

—Le diré a usted —tartamudeó al fin la mujer del médico—; yo no entiendo de eso, y voy a llamar a mi marido...

Y sin esperar respuesta fué a buscar al médico, enterándole de la extraña pretensión de la Salamanca. Este, que después de almorzar leía de sobremesa *La Correspondencia de España*, salió al encuentro de la vieja, diciendo con terrible cara de despidehuéspedes :

—¿Qué viene usted a buscar aquí?...

—¡Ay Jesú, y qué modismos! (La Salamanca quería decir modales). Misté que no le vengo a pedí ningún favó...

—Pues, por si acaso, dé usted media vuelta a la derecha y, ran cantaplán, por la puerta se va a la calle...

—¡Várgame Dios, y qué política!... ¿Usté sabe con quién está hablando?...

—Ni lo quiero, que es más.

—Pues misté que soy la tía de mi sobrino...

—Lo creo.

—Y mi sobrino es el Presidente del Clun, y el coquito de los republicanos...

—Avíseme usted cuándo lo ahorcan, para tirarle de los pies.

—¡Calle usté esa boca, que paece la rejilla de un caño! —exclamó la Salamanca indignada ante el deseo del médico—. De mi

sobrino se habla con el sombrero en la mano.

—¡Señora!, que se me acaba la paciencia, y va usted a salir por el balcón y no por la escalera...

—¡Pues no me da la real gana de irme, que estoy en lo mío! —gritó la Salamanca tomando posesión de una banqueta—. ¡Vaya con el hombre, que cuando abre la boca paece que va a subí dos cuartos el pan!... Pos pué que donde piensa encontrá una malva se encuentre un abrojo, y si llamo yo a mi sobrino...

—¡Se irán enhoramala usted y su sobrino, bribona; que voy a llamar a un municipal!...

—¡Vaya, vaya, que me va a comé cruda ese municipá!... Pues, misté, no se vuerva la tortilla y sea usté el que duerma esta noche en la cárcel; porque ya se acabó el ipotismo de los levitas, y se van a poné las peras a cuarto...

—¡Señora, tome usted el portante, o si no!...

—Si no, me quedo lo mismisto que antes. ¿Estamos?... ¿Me va usté a meté un brazo por una manga?... ¡Vaya con el matasanos, que tiene más muertes sobre la conciencia que el guapo Francisco Esteban!

—¡Señora!...

—Cabalito que sí; que tiene usté con la mepatía matá más gente que remiendos tiene esa cara, que paece la capa de un estudiante... ¡Como que este verano va a mandá el arcarde que le den a los perros pelotillas de mepatía, pa que revienten más pronto!... Pero ya se ve; las fartas del méico las tapa la tierra...

—¡Señora, váyase usted o me pierdo!...

—Y se perdería mucho... Si tiene usté fama de poné malo al que está bueno, y hasta los chiquillos lo cantan por las calles:

Si quieres que el diablo te estripe
Llama a don Juan Benítez.

—¡Váyase usted, vieja bruja!...

—Y toito eso es tirria que usté me tiene porque le quito los marchantes y no curo con sus pelotillas. ¡Si seré yo algún escarabajo pelotero como usté, pa fabricá pelotas!... ¡Ay señó dotor; si la envidia fuera tiña, se tenía usté que rapá a navaja y ponerse un peluquín, si no quería tener la cabeza como un melón invernizo!...

El médico, fuera de sí, se lanzó sobre la Salamanca, y ésta, viendo el pleito mal parado, huyó gritando:

—¡Cabalito que sí!... Y lo digo y lo rete-

digo; y lo diré hasta que me oigan los sordos; que si la envidia fuera tiña, había usté de está pa cogerlo con un trapito por no mancharse y tirarlo al caño...

La cólera y la precipitación impidieron notar a la Salamanca que el papel de Lopijillo se le escurría del pecho y quedaba en mitad de la antesala del médico.

VII

Dos o tres días después, barriendo una criada de don Juan Benítez la antesala, encontró el papel debajo de una banqueta. La estupefacción del médico al leer aquel extraño documento no es para descrita: preferimos por eso copiarlo íntegro (1).

Bajo un membrete que decía: *Federación Gaditana. — Junta de Liquidación social*, había escrito Lopijillo: «Con la presente fecha quedan inscritas en el registro de esta Junta, a nombre de la ciudadana Micaela Gómez (a) la Salamanca, la casa número 11

(1) Este documento es auténtico, y sólo se han variado en él los nombres propios. Ignoramos, sin embargo, si éste y otros semejantes que por aquel tiempo circularon entre el pueblo fueron escritos de buena fe o fueron medios de que se valían los patriotas petardistas como Lopijillo para engañar a los infelices ilusos que explotaban.

de la calle de C**, usurpación de don Juan Benítez, médico, y la viña del Peral, en el pago de Parpalana, usurpación de don Manuel Ceballos, vinatero.

»La presente cédula servirá de resguardo a la ciudadana Micaela Gómez, para reclamar las dichas fincas ante la Junta de mi presidencia, el día de la liquidación social.

José López, Presidente».

Había debajo un sello, en cuya orla se leía: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, y en el centro: *Liquidación social.*

Don Juan Benítez vió ya a los Galos en el Capitolio, es decir, a la Salamanca instalada en su casa, recetando en su propio despacho, al pie del busto de Hanneman, que presidía aquel científico recinto... La cólera y el miedo, ese miedo egoísta propio de nuestra época, que paraliza los esfuerzos del bueno y deja libre el campo al malo, se apoderaron de él, y por no fiarse del Alcalde, también exaltado patriota, corrió a dar parte del caso al Juez del distrito. Rióse éste grandemente, no obstante la severidad de su carácter, al oír la relación que de la visita de la Salamanca le hacía el médico, y examinando atentamente el curioso documento, dijo al cabo:

—Pues ya vale esto la carrera que ha dado

usted, señor don Juan... Porque este papelito me levanta la pista de una liebre, que desde hace tiempo me tiene al acecho.

Mientras tanto, la Salamanca echaba de menos su precioso documento, y corría en busca de Lopijillo para exigirle otro que pudiera en aquel ansiado día sacarla de empeño. Supo entonces que el patriota había desaparecido la noche misma de su entrevista: volvióse, pues, mohina y recelosa al Corral de los Chícharos, y con medroso y azorado continente bajó al sótano y pasó revista a los veinticinco sacos de cebada. Salióse al cabo meneando la cabeza, y puso delante de la puertecilla que con su vivienda comunicaba un arca de pino pintada de encarnado, que podía casi ocultarla por completo. En esta operación vino a sorprenderla señó Dondito, el viejo arriero su compadre, que con las orejas coloradas como la grana y dando resoplidos de cólera, se dejó caer en una silla, exclamando:

—¡Comadre, sángreme usté o me muero!..

—Eso será algún flato...

—¡Qué flato ni qué demonio!... Lo que yo tengo es un berrenchín que si no me sangran revienta...

—Júntese usté conmigo, compadre, que si hoy me pican la vena, suelto vinagre.

—¡Desde Jesucristo acá, no se ha visto otra!

—¿Pero qué le ha pasao a usté, compadre?...

—¡Náa!... que cuando el diablo no tiene qué hacé, con el rabo espanta moscas. Hágase usté cuenta que antié de mañana, en cuanto dejé en el sótano las veinticinco fanegas que me dijo usté había mercado a Lopijillo...

La Salamança dió un grito azorada y se quedó con la boca abierta y el alma en los ojos mirando al arriero: tranquilizóse, sin embargo, al punto, viendo que el viejo continuaba sencillamente:

—Pues digo que me fuí por la calle del Consistorio arriba, con mis tres borricos por delante, porque andaba acarreando unas carguitas de ladrillos ahí a una obra del Corral de San Antón... Pues vamos a que en el almacén de la esquina estaba parao un mocito aratoso, y al pasar por su vera Serrano le pincha con una varilla en el rabo y pesca a juí...

—¿Serrano?... ¿En el rabo?... —le interrumpió admirada la Salamanca.

—Sí, señora, Serrano... Porque ha de saber usté que cuando el pronunciamiento, con tanta música y tanto alboroto y tantos

bienes como nos iban a caer der cielo, vamos, que se me fué el juicio... Y como toito el mundo se hacía lenguas de Prim, Serrano y Topete, yo me dije: «Señó Juan Dondito, el hombre desagradecío no es bien nacío; tres son ellos y tres borricos tienes; pues a uno le pones Prim, a otro Serrano y a otro Topete». Y los animalitos le han tomao ley al nombre, y contestan que ni que fueran presonas... ¿Qué más podía hacé yo en mi probeza?...

—Pues como iba diciendo —continuó señó Dondito—, conforme siente Serrano el puyazo, tira la carga y aparta a corré, y yo detrás, gritando:

—¡Sooo, Serrano: ven acá, borrico!

Y agarrándole por el ronzal ¡zas! le atizo con la vara un crujío, diciendo:

¡Arre, Serrano, y tengamos la fiesta en paz!...

¡Comadre, nunca lo hubiera dicho!... Porque se viene hacia mí un mucipal que había en la esquina, y me dice agarrándome por el brazo:

—Venga usted a la casilla.

—¿A la casilla yo?... ¿Y por qué?

—Porque le ha hecho usté un zapato a la autoridá.

—¡Misté, yo que nunca fuí zapatero!

(Señó Dondito quería decir *desacato)*.

—Vaya, amigo —le dije al mucipal—, usté ha almorzao fuerte hoy, y se le ha dío el codo pa arriba.

Y en este momento, Prim y Topete que se ven solos, toman un trotecito cochinero, y hala, hala, se van a la querencia de la cuadra; yo empujo al mucipal que me agarraba, y me voy detrás gritando :

—¡Soo, Topete!... ¡Ven acá, Prim!— y a cada uno le atizo un palo, que la vara se me hizo dos.

Pero el mucipal aquel, que me tenía ojeriza, se viene a mí con el sable desenvainao, metiendo más bulla que las campanas de la Colegiá.

—¡Cogé a ese pícaro!... ¡A la cárcel con él, que es un neo!...

—¡Comadre, me morí!... porque la gente se iba reuniendo, y como los chiquillos andan cantando :

Con el pellejo de un neo
He de hacer un baúl,
Para que guarde su ropa
El ciudadano Paúl,

me dije : «Cátate ya hecho baú, y de viaje por esos mundos de Dios, guardando los carzones blancos de un señó diputao», y a la verdad, comadre, que no quería yo tanto

honó... Así fué que la sangre se me heló en las venas, el mucipal me echó la uña, y me lleva delante del Arcarde.

—Alabao sea Dios —dije yo al entrá.

Y uno, con un fusí tamaño como una escoba, jugaba por allí al sordadito, y salta y dice, en vez de contestá, *por siempre :*

—Salú y fraternidá, ciudadano.

—Si dijera usté salú y pesetas, no le diría que no, que eso, al fin, es salú completa—dije yo para mi chaleco—. Pero vivir para ver, que no creí yo estar en tierra de moros.

Cuando vide al Arcarde, comadre, me acordé de aquel sargento de Utrera que reventó de feo; porque lo que es el Arcarde de acá le echa la pata al sargento de allá. ¡Misté que al pobre hombre se le ha dío la cara, y too se vuelve pelos y barbas!... Yo le dije:—Dios guarde a usté —y como no me contestaba, vine en la cuenta de que le estaba mirando por la nuca.

Allí vuerta a decí el mucipal que yo le había hecho un zapato al Gobierno, y yo vuerta a decí :

—Pero, señó, si yo nunca he sío zapatero, y en mi vida cogí una lezna...

—¡Tunante! —gritó el Arcarde con una voz que, entre tanto pelo, parecía salí de una tinaja—. ¿Se burla usté?...

—¡Me jago pa acá y pa allá, y me queo en medio, comadre!... ¡Decirme a mí tunante aquella zalea merina!... Crea usté 'que si no le di una guantáa fué porque no encontré cara en que pegarle... En fin, señá Salamanca, por remate del cuento, se representó allí lo de

Entre un duro y un real
Se trabó un combate rudo:
El real llevaba razón...
¡Y salió triunfante el duro!

Me condenaron a un día de cárcel, y ahora mesmo me han echao a la calle, con la condición de no decí a mis burros en toa la vida Prim, Serrano ni Topete... ¡Mal tiro le peguen a los tres, que si Judas volviera al mundo, haría que ni pintao el cuarto pie pa un banco! Araña, Concha y Cortés debí de ponerles, si quería acordarme de ese hato de...

—Vaya, compadre, no hable usté así de los hombres que han *injertado* (regenerado) la España.

—No es mal injerto el que ellos se han puesto en el bolsillo—replicó señó Dondito, a quien la negra ingratitud con que habían pagado su entusiasmo revolucionario, trocó en acérrimo oscurantista—. Tan embusteros, que no hay que creerles ni la Misa que

digan... ¿Dónde me deja usté el otro día, que me dice mi compadre Perejiles?...

—Compadre, véngase usté al Club republicano, que hoy se abre el *comite*...

Y yo, que mejó quiero ver que preguntá, me fuí allá a la campanáa de las doce... Allí fueron llegando hasta media docena de hombres que querían parecé señores, con unas levitas que parecían sotanas, con más pringue que una orza de manteca, y más lámparas que un monumento... Por turno subieron al púlpito, y cada cual dijo una cosa bonita: uno decía que el pueblo era soberano; otro, que la República iba a volvé a los viejos mozos, y a los pobres ricos, y charla que te charla dieron las dos. ¿Pero usté vió el *comite*, comadre?... Pues ni yo tampoco; y como no armorcé, por reservarme para el dichoso *comite*, tenía el estómago como cañón de órgano, y se me abría la boca de flato.

—¡Ay, Jesú, y qué cosas tiene mi compadre!—exclamó la Salamanca, riendo con repulgos de filóloga.—¿Qué *comite* ni qué *bebite* iba usté a encontrar allí? ¿Si creería usté que la gente va al Clun a tupirse y a engordar?... No se dice *comite*, sino *¡comitel, comitel!*... Y mire usté, compadre, del Provisioná, podrá usté decí lo que quiera;

pero lo que es de los republicanos, no hay quien diga una mala palabra, porque está ahí mi sobrino Lopijillo, que...

—Que no tiene el diablo por donde desecharlo... Sepa usté que hay quien dice que Lopijillo (mi palabra no le ofenda), es un tunante...

—¡Invidia, compadre, invidia!—gritó sulfurada la Salamanca.

—La verdá o la mentira, vaya allá a quien ha corrío esas voces; pero la gente ha dao en decí que Lopijillo está tomando dineros de la Habana, para armar aquí la gorda, y mientras, llamarse allá independientes.

—¡Válgame Dios, compadre, y qué modo de mentí!... ¡Si estaré yo enterada de esas cosas!...

—¡Ya lo creo!—replicó señó Dondito en tono zumbón.—Como que es usted tía de la República...

—¿Yo?...

—¿No es usté tía de Lopijillo, y Lopijillo padre de la República?... Pues claro está, que será usté tamié tía de la República...

La Salamanca calló un momento como saboreando la alta dignidad con que la honraba su compadre, y éste continuó:

—Cuando el río suena, agua o piedras lleva, y que no me vengan con lo del *amor*

al pueblo y el patriotismo, porque lo que es a mí no me la cuelan... Lopijillo, como todos los que andan mandando, es un platicante que hace su pacotilla, y al prójimo contra una esquina... Hoy es republicano, porque cree que la República me lo va a poné encima, y mañana será carlino si ve que allí pesca algunos miles de duros... No tiene usté más que ve a los federales de aquí, que escupían por el cormillo, y conforme le han visto la cara al hambre, han dío como borregos a recibí la limosna que los monarcos les daban; y así han sacao la copla:

Allá van los republicanos
Con toda su fantasía,
A recibí la telera
Que les da la monarquía.

Desengáñese usté, comadre, que *San Yo* fué ayé, *San Yo* es hoy, y *San Yo* será mañana; que lo que es aquellos tiempos en que los pueblos le tomaban ley a sus gobiernos, se acabaron.

— Misté — prosiguió señó Dondito sin tomar resuello—cuando yo era zagalillo, me acuerdo que murió el rey Fernandito, y mi agüela, que esté en gloria, se dió unas de llorá, que se puso los ojos como tomates.

—¿Pero agüela—le decía yo—a usté qué le va ni le viene?... ¿Le toca a usté algo el Rey?

—Sí, hijo, que el Rey es el Dios de la tierra.

—¡Agüela, si hubiese Inquisición, estaba usté ya tostáa!—le dije, creyendo que decía una barbariá; pero ella me contestó:

—No, hijo, que el Rey es en la tierra lo que Dios es en el cielo: padre de pobres y ricos.

—Pues misté, compadre—dijo la Salamanca indignada—que al rey Fernandito nadie le ganaba a narices, pero lo que es a indino, tampoco.

—Eso allá Su Divina Majestá que lo habrá juzgao; pero si él fué malo, el pueblo era bueno, porque como a padre lo lloraba, y como hijo le tapaba los vicios. Pero dígame usté, comadre: ¿cuál es ahora peor; el padre que tiraniza, o el hijo que se atreve a faltar al repeto a su padre?...

—Vaya, señó Dondito, que no le falta a usté sino gritá ¡Queremos caenas! y pedí la Inquisición...

—¿Sabe usté lo que decía mi agüela?... Dos veces he conocío la Inquisición, y ningún hueso tengo roto; porque el que nada debe, nada teme.

—Náa, compadre; coja usté un trabuco, y salga gritando por ahí: ¡Viva Carlos VII!

—Cuando las ranas críen pelo, comadre: tres caracoles se me importa a mí que venga

Perete, que venga Catana, porque ninguno me ha de sacá de pobre... Pero lo que me pone hecho un veneno, es ver cómo tratan esos herejes las cosas de Dios... ¡Misté que cuando fuí con mi borrico Serrano—que diga, con mi borrico Araña—a mudá las monjitas de la Concepción, que echaron abajo, erizaba aquello el pelo!... ¡En los carros de la basura iban metiendo los santos, y al *Panaerito*, de un rempujón le rompieron un deo!...

—¿Y qué *Panaerito* es ése?...

—Pues un Niño-Dios que tenían en aquel convento, más hermoso que un ramo de flores... Y le llamaban el *Panaerito*, porque cuando les quitaron sus bienes a los conventos, estaban un día aquellas pobrecitas que no habían probao ni hostia : pues vamos a que una monja se fué al Niño-Dios, que estaba en un claustro, y le colgó un canastillo en el brazo, diciendo :

—Ea, Niño mío, si tú no nos das pan, hoy nos morimos de hambre...

Y aquella tarde, al oscurecer, dejaron en el torno una limosna de pan, sin que se supiese quién la enviaba... Porque ¿cómo era posible que el *Panaerito* negase el pan a aquellas bocas que se lo pedían?...

—Pues sepa usté, que dice mi sobrino

que el rezarle a los santos es *glotonería* (idolatría).

—Basta que lo diga Lopijillo pa que sea mentira, comadre... Pues si se alegra el corazón, cuando entra uno en la iglesia, y se ve allí a la Virgen del Carmen, más hermosa que un rayo del sol de invierno; o a la Virgen de los Dolores, con aquella cara como una rosa blanca que llora; y luego al Señor, enclavao en la Cruz, con aquellos ojazos tan tristes, que no miran, sino perdonan... ¡Vaya, comadre; dígale usté a Lopijillo, que debajo de las costillas no tiene más que una teja!...

—¡Que no miran, sino perdonan!—repitió la Salamanca en voz baja, con acerba tristeza.

Pues cuando estuve en Sevilla por feria, a vendé los borricos de don Juan Gavilán—prosiguió señó Dondito—me dijeron que en la calle de las Vírgenes había una iglesia protestante, y como el ver no cuesta dinero, allá fuí yo... Era por la mañana temprano, y por más que abrí los ojos, no vi santos, ni altares, ni pila de agua bendita: sólo había un pulpitito y unos reverberillos de aceite minerá... ¡Misté que alumbrá una iglesia con aceite minerá, cuando en las de por acá sólo arde la cera, que viene de la miel,

que es dulce, y el aceite, que viene del olivo, que es la paz!... Creí que me había equivocao y que no era aquello iglesia, sino Club; pero reparé entonces en una mujé que barría a la puerta, y salto y dígole:

—¿Sabe usté si es ésta la iglesia protestante?

—Sí, señó; ésta es.

—¿Y cómo no hay santos, ni altares, ni pila de agua bendita?...

—¡Vaya!... ¡Si creerá usté que en el infierno se estilan esas cosas!

—¡Válgame Dios, criatura; y si esto es el infierno ¿cómo está usté aquí?

—Le diré a usté; ellos me dan dos reales porque les barra, y yo cojo los cuartos y allá que se den de coscorrones.

La Salamanca, deseando cortar la conversación, porque luchaba entre sus convicciones, que eran aquéllas, y el camino a que sus maldades la habían arrastrado, interrumpió a su compadre, diciendo:

—Pues náa, señó Dondito; tómese usté un vaso de marvavisco y se le pasará esa irritación que ha tomao.

—No siento yo la irritación, comadre, sino los años que llevo encima... ¡Ay! si esto me hubiera a mí sucedío hace veinte años... ¡Tan gallardo era yo, que en la sombra me

miraba!... Entoavía me río solo cuando recuerdo lo que me pasó en el arrecife del Puerto con un sargento de caballería, y por lo que dieron en llamarme *señó Dondito*... Era entonces cuando el rey Fernandito se casó con la Portuguesa, y se cantaba una copla que decía :

Dondón, dondito,
Que se casa el Rey Fernandito
Con una reina de Portugalito.
¡Ahora sí que te quiero, hermanito!

—Pues, vamos a que iba yo un día pa el Puerto, con mis borricos cargaos de cal, cuando me encuentro con un sargento de caballería que venía a galope pa el lao del pueblo.

—¡Eh, amigo!—le grité.

—¿Qué hay? —contestó el sargento parando el caballo.

—¿Va usté pa Jerez?

—Sí, señó.

—Y conoce usté allí a don... don... don...

Y hacía yo como si no me acordara del nombre.

—¡Acabe usté, hombre, que traigo priesa!... ¿Don quién?...

—¡Caramba, que no me acuerdo!... Don... don...

Y después que lo tuve parao un cuarto de hora salgo cantando y bailando :

Dondón, dondito,
Que se casa el Rey Fernandito
Con una reina de Portugalito.
¡Ahora sí que te quiero, hermanito!

¡Comadre!... Un palo me pegó con el sable que a poco más me desloma...

Y señó Dondito, arrastrado por sus recuerdos, apoyó las manos en las rodillas, bajó la cabeza, que sacudía a derecha e izquierda, y pateando estrepitosamente soltó una de esas risotadas de corazón, compañeras inseparables de la sencillez del alma y la conciencia tranquila.

No duró, sin embargo, mucho su risa. Una mujer, vecina de la casa, se precipitó en el cuarto, con un niño de pecho en brazos, gritando azorada :

—¡Señá Salamanca!... ¡La Justicia!... ¡Ahí la tiene usté!... ¡Por usté pregunta!...

VIII

Un Comisario de policía, con su bastón de borlas en la mano, desembocaba, en efecto, en el patio, precedido de todos los chiquillos del barrio, seguido de cuatro municipales, y rodeado de mujeres que acudían por todas partes, azoradas y curiosas, a informarse del caso. Al lado del Comisario venía señá Jua-

nita Perdigón, señalando con aire de triunfo la vivienda de la Salamanca.

—Allí la tiene usté, señó Arcarde—decía—. Aquélla es su sala...

La vecindad entera del Corral de los Chícharos se trasladó en un segundo al patio, formando un apiñado semicírculo en torno del Comisario, delante de la vivienda de la Salamanca. Detúvose aquél en el umbral, respetando la inviolabilidad del domicilio, que la Constitución garantizaba, y preguntó solemnemente a la vieja :

—¿Se llama usted Micaela Gómez?...

—¡Yo soy una mujé de bien!... ¡Yo soy una mujé de bien! —gritó la Salamanca, pálida y sobrecogida, sin moverse de su sitio.

—Nadie lo niega, señora —replicó el Comisario—. Lo que yo pregunto es si se llama usted Micaela Gómez...

—¡Sí, señó!; ¡sí, señó! —gritaron todas las vecinas a un tiempo, estrechando con febril ansia el círculo en que encerraban al Comisario—. Micaela Gómez se llama.

—Micaela Gómez Parrilla —añadió Juanita Perdigón—, sino que aquí en el barrio la llaman la Salamanca.

Al oír ésta la voz de su envidiosa comadre revolvió hacia ella los furiosos ojos, y gritó llena de ira :

—¡Yo soy una mujé de bien, señor Arcarde!..., sino que la grandísima cochambrosa que tiene su mercé a la vera me tiene invidia, y le habrá dio con algún cuento...

—¡La cochambrosa lo será usté, que yo no he dicho esta boca es mía! —gritó señá Juanita Perdigón—. Aquí está el señor Arcarde que no me dejará mentí... A ve si no fué su mercé quien me encontró en mi puerta y me preguntó; que yo no había abierto el pico. ¿Estamos?... Y si yo quisiera hablá...

—¿Qué había usté de decí?...

—Lo que le dejaría a usté con toíta la cara llena de frente...

—¿A mí?...

—¡A usté, y a otras cochambrosas del Corral de los Chícharos!

Las aludidas recogieron el guante y gritaron a coro, estrujando al Comisario :

—¡Embustera!

—¡Soplona!

—¡Chismosa!

—¡Cochina!

—¡Con el estropajo de esta casa no te lavas tú la cara!

—¡Cállese usté!...

Delante de la cara de Dios digo yo lo que siento...

El Comisario se tapó las orejas aturdido, y gritó dando con el bastón en el suelo :

—¿Se quieren ustedes callar?!!!

El silencio se restableció al punto, y el círculo se ensanchó un poco; el Comisario, empujando sin cesar hacia atrás, por miedo de traspasar antes de tiempo el dintel sagrado, tornó a preguntar a la Salamanca :

—Dígame usted, señora... ¿Se llama usted Micaela Gómez?...

—Servidora de usté —replicó la vieja—; y en toito el barrio le puen decí a su mercé si soy yo una mujé de bien, como no sea esa malalengua que me tiene tirria...

El coro se encargó de la respuesta, dejando ver sus parcialidades.

—¡Mucha verdá que es!

—¡Cabalito que sí!

—Veinte años lleva de casera en el Corrá de los Chícharos...

—Y cura a los probes de balde...

—¿De balde?... ¡De porra!...

—A mi marío le llevó dos riales por tres sanguizuelas, y tuve que empeñá el corchón pa pagarle.

—Porque su marío de usté es un borrachón, que si valiera usté una mota ya la tenía empeñáa...

—¡Mentira!... ¡Mentira podría!...

—¡La pura verdá, señor Arcarde!... Sino que la mujé ésta le debe a la casera dos meses y no se los quié pagá...

—¡Eso quisiera la mona, piñoncitos mondaos!... Que me pague ella a mí los cinco duros que me debe...

—¡Calurnia, señor Arcarde, calurnia!

—Verdá y muy verdá; sino que esa mujé es una lametona que le anda lavando la cara a la casera pa engatusarle una fanega de la cebáa que mercó a Lopijillo.

—¡Ay, Jesú, y qué mujé más embustera!...

—Si las cuaja en el aire.

—Usté misma me lo dijo ayé, en el lavaero... La señá Vicenta lo oyó...

—Yo no he oído náa...

—Porque usté no oye sino lo que quiere oí.

—Como que tiene metía en las orejas la rabaílla del pavo que le dió ayé la casera.

—¿Pero se quieren ustedes callar con dos mil pares de demonios? —gritó el comisario, que no bien oyó hablar de cebada, comenzó a aguzar las orejas.

El coro volvió a callar y el círculo a ensancharse, evitando al comisario allanar, contra su voluntad, el domicilio de la Salamanca.

—¿Quién ha hablado aquí de sacos de cebada? —añadió, dirigiendo una mirada inquisitorial en torno suyo.

—¡Yo he hablao!... y lo digo y lo retedigo con la boca de mi cara: que esa lametona le quié engorroná a la casera una fanega...

La Salamanca, azorada hasta lo sumo al ver el giro que tomaba la disputa, exclamó, queriendo distraer al comisario:

—¡Pero, señó, qué gana de conversación!... ¿Dónde ha de está esa fanega?... ¿La tendré yo en la fartriquera?...

—En el sótano, en el sótano la tiene...

—¿Y qué sabes tú?

—Como que habrá dío a meté la narí por el husillo...

—Pa ve si podía rebañá algo.

—¡Ladrona!...

—¡Embustera!...

—¿Embustera yo?... Con mis propios ojos vide descargar las fanegas antié por la madrugá, señor Arcarde... Y aquel viejo que está allí es el arriero que las trujo... señó Dondito...

—¡Jesú, qué guirigay!... ¡Qué lenguas de condenáas! —exclamó la Salamanca, llevándose las manos a la cabeza.

Y acercándose con disimulo al arriero, que escuchaba admirado la ruidosa algarabía, le dijo muy bajo:

—Compadre, calle usté por amor de Dios, o me pierdo.

Mas señó Dondito se adelantó dos pasos, y, con su genial franqueza, dijo muy serio:

—Hasta la puerta del infierno acompaño yo a los amigos, comadre; pero lo que es de allí adelante, ni por mi madre paso...

—¿Es verdad lo que esa mujer dice?—preguntó el comisario, encarándose con él.

—Verdá es, señor Arcarde... A esta casa acarreé yo en la madrugáa de antié veinticinco fanegas, en cinco viajes, con tres borricos.

—¿Y de qué eran esas fanegas?

—De cebáa serían... Eso me dijo esa mujé, que las había mercao a su sobrino Lopijillo pa sembrá un pegujá que tiene allá conforme tira usté por la Alcubilla.

—¿Y dónde estaban los sacos?

—En la zapatería de Lopijillo; quiero decí, del difunto señó Lopijo.

—¿Y dónde están ahora?...

Señó Dondito su encogió de hombros y miró a la Salamanca; ésta, que se vió cogida, contestó, perdiendo ya del todo los estribos:

—¡En la punta de un cuerno!... ¿A usté qué le importa?... Y ahora mismo se van toos a la calle y se acaba esta escandalera. ¿Estamo?... Y si no voy al Arcarde, y si es menesté al Padre Santo de Roma...

—Adonde va usted ahora mismo es a la

cárcel, si no me enseña en el acto los sacos de cebada.

—¡Pues no me da la real gana!... ¡Tuviera que ve que esté aquí una probe siempre al remo, pa que venga luego el ipotismo a robarle los bienes!...

El comisario creyó llegada la hora de anonadar a la Salamanca, y le presentó un papel, diciendo solemnemente:

—Aquí tiene usted la orden del Gobernador, autorizada por el Juez, para que le registren la casa.

—¡Pues se pué usté limpiá con ella lo que tenga sucio, que a mí me importa un comino! ¿Estamos?...

El comisario mandó a dos municipales que contuvieran en la puerta a la multitud que en torno de ella se apiñaba, y entró al fin en la vivienda, seguido de los dos restantes: la Salamanca chillaba y se tiraba de las greñas.

—¿Dónde está el sótano?—preguntó el comisario.

Cien manos brotaron entonces del inmenso racimo de cabezas que por la puerta asomaba, y cien voces gritaron a un tiempo:

—¡Allí! ¡allí!... ¡detrás del arca!...

Ésta fué separada al momento, y el comisario bajó los seis escalones de la covacha, seguido de los municipales que conducían a

la Salamanca : detrás bajó también señó Dondito. El comisario desató uno de los sacos, que apareció lleno de una cebada de inferior calidad, negruzca y raquítica : hundió entonces dentro ambas manos, y sacando un puñado de ella, la desparramó por el suelo.

—¿La ha visto usté bien? —exclamó la Salamanca—. Pues basta ya de molienda, y vámonos pronto...

Pero el comisario, sin hacer caso de la vieja, dijo a uno de los municipales :

—A ver si volcamos este saco, Martínez...

—¿Pero qué va usté a hacé, señó? —gritó exasperada la Salamanca—. ¿Me va usté a emporcachá too el sótano?...

El saco fué suspendido en el aire, boca abajo, y una tercera parte de su contenido cayó al suelo, desparramándose por todas partes : el resto, como si estuviese muy prensado, quedó adherido a la tela por el lado de dentro. Sacudiéronle un poco, y una gran masa negra se desprendió de repente, deshaciéndose al caer en polvo granujiento.

—¿Lo ve usted?... ¿Lo ve usted? —exclamó triunfante el comisario—. ¿Y esto es también cebada?...

—¡La humedá!... ¡La humedá que la ha podrío! —gritó la Salamanca.

—¿Qué humedad ni qué niño muerto, vieja embustera?... ¡Esto es pólvora!...

—¡Pa banderillas de fuego que te claven en el morrillo! —gritó fuera de sí la Salamanca, huyendo hacia la puerta.

Un municipal la detuvo: señó Dondito miraba atónito la pólvora, con un palmo de boca abierta; al cabo, murmuró sentenciosamente:

—¡Pues, señó!... ¡Cuando digo yo que si el diablo volviera a nacé de seguro nacía hembra!...

IX

La Salamanca fué conducida a la cárcel, y rigurosamente incomunicada. La pólvora descubierta en su casa indicaba claramente su complicidad en el complot que los republicanos fraguaban, y el Juez, que se veía forzado a luchar, a la vez que con la astucia de los conspiradores con la encubierta protección que algunas autoridades civiles prestaban a éstos, creyó encontrar en la Salamanca el cabito que le ayudase a desenredar del todo la madeja. Lopijillo, denunciado, en efecto, por Martín el mulato, había huído, y el extraño documento presentado por don Juan Benítez probaba, hasta la saciedad, las inteligen-

cias que reinaban entre el patriota fugitivo y la vieja curandera. Señá Juanita Perdigón, por su parte, semejante al envidioso que permitió le dejaran tuerto con tal de ver a su vecino ciego, se apresuró a declarar, con riesgo de perder la parroquia de San Miguel, que en el reparto le tocaba, que ella había visto el peligroso documento en manos de la Salamanca. Esta, al verse encerrada en la cárcel, sola y desamparada, comenzó a desalentarse: su ignorancia en los trámites judiciales le exageraba el peligro, y volvía los ojos a Lopijillo como a su única esperanza. Hacíale esto mismo mantenerse firme en sus declaraciones, asegurando haber comprado a Lopijillo aquella cebada, para sembrar un pegujal de su propiedad legítima; añadió también, con un aplomo digno de Lavoisier en sus análisis químicos, que, sin duda, la humedad del sótano había podrido el grano, dándole la apariencia de pólvora. Costábale trabajo al Juez contener la risa ante desatino tan absurdo, y la Salamanca traía con la mayor formalidad, en apoyo de su tesis, extraños fenómenos observados por ella misma en su larga carrera científica. Su marido perdió el pelo por dormir al sereno cerca de una charca, y ella misma había visto curianas que por influencia de la humedad se trocaban de

negras en blancas, reventando después lo mismo que triquitraques. ¿Y por qué no había de suceder a la cebada el fenómeno contrario?...

El Pae Paquito, siguiendo su costumbre de visitar a todos los presos que llegaban a la cárcel, quiso ver a la Salamanca. Pero la incomunicación de ésta era severísima, y no se lo permitió el Alcaide.

Mientras tanto, pared casi por medio de la vieja, que tan criminal influencia había tenido en su desgracia, Juan Miseria, encerrado en su calabozo, dirigía leyendo un librito preparatorio para la confesión y la Comunión que el Capuchino le había regalado, una mirada a su vida pasada. Habíale ya juzgado el fraile capaz de recibir los Santos Sacramentos, e instado a que lo hiciese, siendo el domingo de Ramos el día señalado para ello. El pobre hombre se aterró; porque el primer precepto que se le ponía delante—*amarás a Dios sobre todas las cosas*— era el primero que había quebrantado : sus dudas impías sobre la justicia de Dios, de aquel Dios, cuya misericordia infinita reconocía ahora, acudieron a su memoria, haciéndole murmurar amargamente :

—¡Yo dudé!...

Los ojos de Juan Miseria fueron a fijarse

en un modesto Crucifijo, regalo del Capuchino, que se hallaba colgado en la pared; la sagrada cabeza de la imagen, ceñida por una corona de espinas, se inclinaba sobre el infeliz preso, y sus ojos, tristes y dulces, parecían decirle, no como un reproche, sino como un consuelo :

—Porque dudaste, me ves aquí...

Juan Miseria sintió que su corazón se partía de dolor, y, dejando caer la cabeza sobre el libro, exclamó sollozando amargamente :

—¡Señor, Señor!... ¡Si yo no te conocía!...

Pero cuando desatentado arrojaba el infeliz en torno suyo una mirada que imploraba piedad, tropezó con estas palabras escritas en el libro : «¿Tu Dios y tu Padre con los brazos abiertos para abrazarte y no corres hacia Él?...» (1).

Y Juan Miseria se arrojó entonces de la silla y cayó postrado ante el Crucifijo : sus labios buscaban una oración y no la encontraban; pero sus sollozos, sus gritos inarticulados de dolor, de arrepentimiento y de ternura, expresaban los arrebatos del alma mística que llamando, buscando a su Dios, lo encuentra pendiente de una cruz.

El Capuchino nunca había hablado a Juan Miseria del crimen de que le creía culpable,

(1) Fray Luis de Granada.

por miedo de despertar en aquel corazón tan franco y tan sensible aquel vergonzoso recuerdo: esperaba, por lo tanto, oírlo de boca del mismo reo en la confesión, para cicatrizar entonces aquella llaga de su alma, con un verdadero arrepentimiento y una sana penitencia. Pero, con gran sorpresa suya, Juan Miseria, después de confesar sus dudas sobre la justicia de Dios, y alguna que otra debilidad de las más vulgares, guardó silencio.

—¿Nada más recuerdas, hijo? —le preguntó el fraile sorprendido.

—Nada, Padre.

—Haz memoria, hijo mío... Mira que la sociedad cristiana es al contrario de la sociedad civil. En ésta, a la confesión del crimen sigue la pena; en aquélla, a la confesión del delito sigue el perdón.

—Pero, si nada más recuerdo, Padre...

—¿Pues, y tu crimen, hijo mío? —dijo el Capuchino después de titubear un momento.

—¿Pero, acaso usted lo creía?—exclamó Juan Miseria enrojeciendo de vergüenza y cruzando las manos dolorosamente sorprendido.

—Lo creía, hijo mío, lo creía; pero ya no lo creo —replicó el fraile conmovido ante el candor de aquella alma honrada, y extendiendo sus manos sobre el penitente, le dió la absolución sin titubear un instante.

Juan Miseria refirió entonces a su confesor las circunstancias de la muerte de Martín Costilla, y las infames calumnias de que había sido víctima por parte de Lopijillo y la Salamanca. Al oír este nombre hizo el Capuchino un movimiento de sorpresa, y después de conversar un breve rato con el penitente se despidió más temprano de lo que solía.

Costóle harto trabajo alcanzar el permiso de visitar a la Salamanca; mas aquella misma noche pudo al fin lograrlo, y la vieja le recibió, como recibe todo preso el menor asomo de esperanza. Conocía de oídas al fraile, por ser muchos los vecinos de su barrio y aun de su propia casa que frecuentaban la cárcel, y sabía por ellos que era siempre el Pae Paquito el consuelo y el remedio de todos los presos.

—¡Hola, buena pieza! —le dijo éste con la grosera marcialidad que de ordinario afectaba con su clientela carcelaria—. ¿Qué milagros te traen por acá?...

—¡Náa, Pae Paquito, náa! —exclamó compungida la Salamanca—; ¡que Dios libre a su mercé de una mala lengua y de un testigo falso!...

—¡Verdad es! —replicó el fraile.

Y sin tomar resuello espetó a la vieja un sermón fulminante sobre lo horrible del falso

testimonio, pintando al calumniador en lo más profundo del infierno, mascando brasas encendidas y hundido en una caldera de pez hirviente, sin tener fuera más que la puntita de las narices.

—Y esto —concluyó el Pae Paquito con voz formidable—, para que no se ahogue, para que aquello dure eternamente... Porque, hija mía, *similia similibus curantur!*...

La Salamanca, más partidaria de Broussais que de Hanneman, no entendió el texto del principio homeopático: comprendió, sin embargo, la malicia que traía consigo, y lejos de hacer coro al Capuchino, como parecía natural en su papel de víctima, aguantó el chaparrón como si para ella sola lloviese, escuchando azorada, sobrecogida, y mordiéndose los labios. El fraile apuntó este dato que iba buscando, y tornó a preguntar a la vieja el motivo de su prisión.

—¡Malo! ¡malo! ¡malo!—exclamó al oír la pintoresca historia de los sacos de cebada, que le refería la Salamanca.

—¿Pero cree su mercé que me resultará algo malo?—preguntó ella, más azorada con el temor de la justicia humana que lo había estado con el de la divina.

—¿Algo malo?... ¡Pues ahí es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano!... ¿Te

crees tú que se puede perturbar, sin riesgo, el orden público?... ¡Créeme, Salamanca: lo menos, lo menos... te ahorcan!

—¡Ay Jesú; no diga su mercé eso, por María Santísima!...

—Ya lo harán sin que yo lo diga... ¡Te ahorcan, te ahorcan de fijo!... ¡Y lo mereces, cuerno!... ¡Lo mereces que te retuerzan el pescuezo como a una gallina clueca!... ¿A quién se le ocurre meterse a conspirar contra el Gobierno, y andar en trapisondas con ese hato de pillos, escondiéndoles la pólvora?...

—¡Pero, Pae Paquito, por María Santísima!... Si no era pórvora, que era cebáa: sino que la humedá la ha podrío...

—Mira, Salamanca; si como mientes corres, el demonio que te alcance... Pero te alcanzará Dios, que cuando extiende la mano, a todas partes llega... ¿Con que la ha podrido la humedad?... ¡Ya te podrirá a ti en el Campo-santo, grandísima embustera!... ¡Con esa cebada han de cargar los fusiles cuando te peguen cuatro tiros!...

La Salamanca comenzó a gemir, y el Pae Paquito a pasearse, con las manos a la espalda: de pronto se detuvo y dijo bruscamente:

—¿Y quién es el Juez de tu causa?...

—Don Mateo Vázquez—contestó la vieja gimoteando.

—Vamos... menos malo, entonces...

—¿Menos malo?—repitió la vieja, acercándose esperanzada.

—Un Juez más derecho que el dedo de San Juan tienes... Pero al fin es amigo; y quizá, quizá si yo le hablo...

—¡Ay Pae Paquito de mi alma; hágalo su mercé, por caridá de Dios, que soy una pobre vieja sin amparo!... Y si mi sobrino...

—¿Tu sobrino?... ¿Y tienes valor de hablar de ese pillo de tomo y lomo?... Mira cómo te embarca a ti y se queda él en tierra; mira cómo te deja en los cuernos del toro y toma él las de Villadiego...

—Quizá el alma mía...

—¿Alma tuya?... Mira, Salamanca, no me impacientes... Si esa es tu alma, tienes alma de mona... ¿Te enteras? ¡de mona!... Y yo levanto mi mano, y el que te puso la soga al cuello, que te la quite...

—¡Lleva razón, Pae Paquito; lleva razón su mercé, que por él me veo en este trance!...

—Y te verás en el de la muerte... Porque créeme, Salamanca, te ahorcan... te ahorcan de fijo...

—¡Ay Jesú, Pae Paquito, no me ponga

su mercé esas vísperas!... Si la horca se acabó cuando lo de Riego...

—¡Pero fusilan, cuerno!... ¡Pero dan garrote, recuerno!... y lo mismo da morir de moquillo que de garrotillo...

La Salamanca comenzó a llorar llena de congoja, aterrada por la profunda convicción con que hablaba el fraile y la fe que sus palabras le inspiraban. El Capuchino, lleno de satisfacción al ver que causaba su plan el efecto deseado, añadió más humanamente :

—Yo hablaré al Juez y quizá, quizá hagamos algo... Pero, mira, Salamanca, que de ti depende ; mira que una mano lava a la otra, y las dos lavan la cara... Y si te empeñas en negar la verdad, en seguir encubriendo a Lopijillo en este negocio o en *cualquier otro que tenga con la Justicia* —y el fraile pronunció estas palabras con voz atronadora, empinando el dedo y pasando de parte a parte a la vieja con su mirada—entonces... entonces... te veo ya haciendo zapatetas en el aire... Porque créeme, Salamanca, ¡te ahorcan, te ahorcan de fijo!...

La Salamanca bajó la cabeza confundida, porque aunque no podía sospechar que tuviese el fraile noticia de la calumniosa acu-

sación contra Juan Miseria, en que también era cómplice de Lopijillo, aplicó a este crimen las tremendas palabras del Capuchino. Comprendió éste que había dado en el blanco, y disimulando su alegría, se retiró sin añadir más que un seco y pelado:

—Hasta la vista...

X

Era ya Viernes Santo, y el Pae Paquito no había vuelto, ni entrado alma viviente que no fuera el carcelero en la pieza en que se hallaba encerrada la Salamanca. Acrecentaba esta soledad los terrores de la vieja, y dando ya por perdidas las esperanzas que tenía en Lopijillo, comenzaba a desconfiar también de las que en el Pae Paquito había puesto. Este, por su parte, se ocupaba de la Salamanca mucho más de lo que ella misma hubiera deseado: había tenido varias conferencias con el Juez, grande amigo suyo en efecto, y dejaba de intento a la vieja en el desamparo y la incertidumbre, para preparar su ánimo al golpe que meditaba.

El Viernes Santo reviste todavía en la mayor parte de las poblaciones de España ese carácter de aterradora solemnidad, que

parece proyectar sobre el mundo entero la augusta sombra del Calvario. El silencio de las campanas, la falta de carruajes, el luto ordinario de los vestidos, y, sobre todo, cierto no sé qué tétrico y solemne que parece respirarse en la atmósfera, inspiran aun al indiferente y al impío, algo que revela el duelo universal por la muerte de Cristo; algo que recuerda, en inverso sentido, la espontánea alegría con que en una noche lejana, la Noche-Buena, se goza la humanidad, aun a pesar suyo, con el nacimiento de aquel mismo Cristo; que no parece sino que quiso Dios imprimir el sello de las dos grandes emociones humanas, el dolor y la alegría, en los aniversarios de la muerte y el nacimiento de su Unigénito Hijo.

La Salamanca, asomada a la gran reja de su prisión, miraba tristemente a la plaza: a la puerta de la cárcel, a uno y otro lado de la ancha escalinata que le sirve de entrada, había dos mesas con tapetes rojos y grandes bandejas encima, donde echaban los transeúntes abundantes limosnas para los presos. Algunos de éstos daban las gracias desde las rejas de la cárcel con grandes clamores, o imploraban la caridad de los que pasaban de largo: pocos eran éstos, porque la solemnidad del día ayudaba

a romper las ásperas costras de la dureza y la avaricia, que impiden al corazón ser compasivo.

Al anochecer, una gran multitud, que a cada momento se hacía más compacta, comenzó a llenar la anchurosa plaza, esperando, a pie quieto, algo que debía llegar por una de sus bocacalles. De repente, vió la Salamanca abrirse paso por entre el gentío a un hombre, vestido con larga túnica negra, ceñida por un cordel, ancho capirote en la cabeza y un escudo en el pecho, con tres cruces, sobre una barca de plata: traía en la mano una *demanda*, y elevándola de cuando en cuando, decía en voz alta:—¡Padre y Señor de la Expiración!—Caían a este grito en el platillo limosnas sin cuento, y el hombre proseguía su marcha, repitiendo su clamor.

Al verlo la Salamanca, dió un grito de extraño júbilo, y, sacando ambos brazos por la reja, se dejó caer de rodillas llorando... Aquel hombre era un hermano de la Cofradía del Cristo de la Expiración, del Cristo de su barrio, de quien tan devota era desde su infancia, y cuyo recuerdo había permanecido siempre vivo en su corazón, como el germen de una flor en medio de un basurero.

A este primer movimiento de júbilo, siguió

en el ánimo de la Salamanca, otro de pavor inmenso, hijo de su mala conciencia: volvió maquinalmente los ojos hacia el fondo del calabozo, inundado ya por las tinieblas, y creyó ver aquellas otras *tinieblas exteriores en que será el llanto eterno y el crujir de dientes:* miró entonces a la plaza, y parecióle que por aquella bocacalle iba a desembocar el Cristo, el testigo de su infancia, de su juventud, de su vida entera, con la cárdena faz airada, pidiéndole cuenta de sus maldades... Pegóse la infeliz a la reja, dando diente con diente, como quien tiene frío de cuartana, y comenzó a rezar cuanto sabía, con las enjutas manos cruzadas, repitiendo una y mil veces aquella hermosa frase popular andaluza:

—¡Mientras hay Dios, hay misericordia!...

La Cofradía se acercaba, en efecto, y era la única que había osado salir aquella Semana Santa: miedos de trastornos y temores de irreverencias, habían retraído a los cofrades de las otras, con esa tímida prudencia que alienta la osadía del enemigo; porque es una triste verdad, que la vida cotidiana comprueba a todas horas, que no serían tantos los imprudentes que atacan si no fueran tan numerosos los prudentes que se retiran. Los cofrades del Cristo, por el contrario, gente

en su mayor parte de los barrios bajos y muy en especial del de la Salamanca, empeñáronse en sacar a la calle sus imágenes, no tanto por espíritu de devoción como de independencia, y en llevarlas, según la tradicional costumbre, a visitar a los presos de la cárcel, entre cuyos muros se albergaban, no pocas veces, algunos de sus cofrades.

Cerró la noche con grande oscuridad, y era ya ésta completa, cuando un clarín destemplado y lastimero como un lamento anunció a lo lejos que la Cofradía se acercaba: a poco desembocaron en la plaza dos largas hileras de cofrades, vestidos de nazarenos, trayendo en las manos hachas encendidas, que parecían, al moverse en la oscuridad, filas de estrellas errantes: detrás apareció, a la entrada de la plaza, y allí se detuvo, sobre su pedestal de centenares de luces, la magnífica imagen del Cristo, de tamaño natural, enclavada en su cruz de plata maciza. Traíanla a hombros doce hermanos de la Cofradía; rodeábanla grupos de niños vestidos de ángeles, con los atributos de la Pasión en las manos, y seguían en pos hombres cubiertos de luto, haciendo resonar roncos tambores destemplados... Una voz clara y vibrante rompió entonces el silencio solemne que millares de personas guardaban en la inmensa

plaza, entonando, desde la cárcel, una de esas extrañas y lúgubres melodías que con tanta propiedad llaman en Andalucía *saetas*... ¡Saetas! Verdaderas saetas que hieren el corazón, despertando en él ese latido propio de las emociones bellas, de la emoción grande y santa que eleva a Dios y a Dios muerto!... ¿Qué genio, qué Mozart desconocido supo reunir en cuatro notas esos diversos *algos* que recuerdan a la vez la amargura del último suspiro de Cristo, la celeste conformidad de María, las lágrimas de fuego de Magdalena, el dolor viril de Juan, para desvanecer luego todo esto junto, poco a poco, en un solo ¡ay! lastimero, lúgubre, constante, monótono, débil, inconsolable, contrito, como debiera de ser el dolor de la humanidad deicida, arrodillada diez y nueve siglos delante del Calvario?... La voz, quizá de un ladrón, quizá de un asesino, cantaba con esa expresión de lúgubre melancolía, que sólo en algunas provincias andaluzas saben dar a la saeta :

Con ese cuerpo llagado,
Lleno de sangre y afrenta,
Pareces clavel morado,
Lleno de perlas sangrientas.

Esta fué la señal : mil saetas diversas salieron al punto de todos los ámbitos de la plaza, pero acordes, unísonas, haciendo re-

sonar en el majestuoso silencio las mismas tristes vibraciones y los mismos ¡ay! cadenciosos. La procesión avanzaba mientras tanto, y pronto apareció en la plaza la imagen de San Juan, el discípulo predilecto; todos callaron entonces, y la voz que primero había cantado volvió a cantar:

Por allí viene San Juan
Vestido de rojo y verde,
Llorando detrás de Cristo
Las culpas que tú cometes.

Aparecieron, por último, las andas de la Virgen, resplandecientes como un rayo de la gloria: en medio de aquel brillante foco de luz y de oro, veíase la imagen de la Dolorosa, ataviada con ese lujo riquísimo, propio sólo de las cosas divinas. La pedrería de su peto valía medio millón, y la larga cola de su manto, cubierta del todo por el oro purísimo de sus bordados, colgaba fuera de las andas y era sostenida por cuatro niños vestidos de ángeles, que hacían resonar, al mismo tiempo, grandes campanillas de plata. A su vista, cantaron desde la cárcel:

Por allí viene María,
María, mi Madre del Valle.
En el corazón te tengo,
¡Madre, no me desampares!...

Las estrellitas del cielo
Van corriendo por su cara,
Lágrimas que a su Hijo lloran,
Y que consuelan mi alma.

La procesión se detuvo en medio de la plaza, vueltas las imágenes hacia la cárcel, el Cristo en medio, a la derecha la Virgen, San Juan a la izquierda. Los presos todos se agolpaban a las rejas: muchos habían subido de los calabozos, trayendo sus cadenas. La Salamanca fijó entonces en el Cristo una mirada a la vez tímida y medrosa; mas no vió en aquel rostro que se alzaba hacia ella la expresión de severidad terrible que su imaginación le pintó poco antes: vió, por el contrario, unos ojos dulces aun después de quebrados, una boca lívida que parecía exhalar sin queja alguna el postrer aliento, bendiciendo y perdonando. En la vecina reja, cantaba un preso:

Alza los ojos y mira
Ese Señor soberano,
Que si estás arrepentido,
El remedio está en tu mano.

Lo que pasó entonces en el corazón de la infeliz vieja nadie lo pinta: nadie puede pintar un grito del alma... Cayó rodando por el suelo, y, mordiendo el polvo de la tierra, se arrepintió de veras: allí prometió confesar

sus culpas a los pies de un sacerdote, y acompañar, el primer Viernes Santo que se viese libre, a la imagen del Cristo en su visita a la cárcel, descalza, con un cordel al cuello, y escondida debajo de las andas.

La procesión comenzó a desfilar, lentamente, por la calle opuesta adonde había entrado: primero desapareció por ella el Cristo, luego San Juan, y, cuando las andas de la Virgen comenzaban a ponerse en movimiento, una voz muy vibrante, pero muy conmovida, muy temblorosa, cantó desde la última reja de la cárcel:

Madre bendita del Valle
Que por mí lloraste tanto,
Condenado estoy a muerte...
¡Ampárame con tu manto!

Un sollozo inmenso respondió en la plaza a la saeta del preso, ahogando la cascada voz de la Salamanca que, al reconocer la de Juan Miseria, gritaba desde la reja:

—¡Inocente!... ¡Inocente!...

Y, como respondiendo a un oculto pensamiento, añadió, cruzando y besando sus dedos descarnados como raíces de árboles:

—¡Te lo juro, Madre mía del Valle!... ¡Por este puñao de cruces, te lo juro!...

Y cuando ya sólo quedaba en la plaza la compacta muchedumbre, que se desbandaba

en la oscuridad como un inmenso hervidero de gusanos negros, y sólo se percibía en la calle el resplandor de las luces y el lejano resonar de las campanillas de plata, todavía gritaba la Salamanca, asomando los brazos por la reja:

—¡Te lo juro, Madre!... ¡Te lo juro!...

Acurrucóse luego en el último rincón del aposento, y, con la cabeza hundida entre las puntiagudas rodillas, permaneció inmóvil más de dos horas. Entonces entró el Pae Paquito, con una luz en la mano.

—¿Qué haces, Salamanca? —preguntó sorprendido al verla.

—Rezar el rosario —respondió ésta.

—El rosario en la mano y el diablo en la faltriquera —dijo el fraile con una voz que no era la suya ordinaria.

La Salamanca no contestó palabra: el Pae Paquito colocó entonces la luz en el poyo de la ventana, única mesa que allí había, y, observando atentamente a la vieja, acurrucada a sus pies en el suelo, le dijo:

—¿Has visto la procesión, Salamanca?...

—¡Sí, señó! —respondió ella. Y un llanto amargo y desconsolado, pareció brotarle de las entrañas.

El fraile se aproximó a ella sin mostrarse sorprendido y, entre chancero y cariñoso, le dijo:

—¿Qué es eso, Salamanca?... ¿Se te revolvió el diablo en el cuerpo, cuando te viste delante de Cristo?...

La vieja siguió llorando, y el Pae Paquito la levantó por un brazo, largo y descarnado como la guadaña de la muerte.

—Ven acá, viejecilla... ¡Pero si estás tiritando, mujer!... Toma... arrópate un poquito... Siéntate aquí... ¿A que estiras la pata sin esperar que te ahorquen?...

Y mientras esto decía el fraile arropaba cuidadosamente a la vieja con una especie de balandrán que él llevaba, y hacíala sentar en el mísero lecho, único mueble que en la estancia había.

—¿Sabes que hablé al Juez? —prosiguió cariñosamente—. ¡Excelente sujeto!... Bien dispuesto lo encuentro...

La Salamanca cesó de llorar, y levantó la cabeza.

—Y me dijo... Pues me dijo... Pae Paquito, si la Salamanca quiere escapar de ésta, en su mano lo tiene... Dígale usted que yo la saco libre y sin costas con tal que ella retracte...

Y clavando su penetrante mirada en la vieja, concluyó lentamente:

—La calumnia que levantó a Juan Miseria...

—¡Aunque me ahorquen!... ¡Aunque me

ahorquen lo hago! —gritó la Salamanca, levantándose de un brinco.

El fraile retrocedió un paso asustado: creía encontrar resistencias, mentiras, tapujos, las artimañas todas de una raposa vieja, y vió, por el contrario, que la Salamanca misma le salía al encuentro, como si Dios quisiese premiar sus afanes, dándole todo el trabajo hecho. La vieja, al verle retroceder, le perseguía con las enjutas manos cruzadas, repitiendo con exaltación creciente:

—¡Lo hago, Pae Paquito!... ¡Lo hago!... Por este puñao de cruces se lo juré a la Virgen del Valle, ¡y aunque me ahorquen... aunque me ahorquen lo hago... lo hago!...

Y porque el fraile la sostuvo en sus brazos no cayó al suelo con una especie de ataque epiléptico. El Pae Paquito la abrigó cuidadosamente con la sucia manta que cubría el jergón: colocóle encima su propio balandrán, y mientras la arropaba con el esmero cuidadoso de una madre, murmuraba entre dientes:

—¡Y dicen que ningún roble se rinde al primer hachazo!... ¡Cuando Dios es el leñador, un solo soplo lo tumba!...

Sentóse luego en el poyo de la ventana, y el hijo de Grandes de España veló a la abyecta vieja durante toda aquella larga noche.

El Domingo de Resurrección confesó la Salamanca con el Pae Paquito, y recibió la Eucaristía de sus propias manos en la capilla misma de la cárcel. Hablaron luego largamente, conviniendo ambos en que, pasados los días de Pascua, la Salamanca retractaría delante del Juez la calumniosa acusación contra Juan Miseria... ¿Pero cuál no sería el asombro, el dolor del Capuchino, cuando al dirigirse en la mañana misma del día designado a la prisión de la Salamanca para confortar algún tanto su ánimo, le anunció el Alcaide que, por orden superior, había sido la vieja puesta en libertad la noche antes, y entregada a dos hombres desconocidos que a la cárcel vinieron a buscarla?...

El fraile, temiendo ver frustradas sus esperanzas con este suceso, corrió sin perder tiempo al Corral de los Chícharos; mas la vieja no había llegado allí, y ni en su antigua casa ni en ninguna otra parte se volvió a tener jamás noticia de ella.

Algunos años después, muertas ya varias de las personas que en esta historia intervienen, desatascando unos trabajadores una alcantarilla que daba salida a las inmundicias fuera de la ciudad, encontraron, envuelto en un felpudo y en estado de putrefacción todavía, gracias a la humedad del sitio, un cadá-

ver hediondo. Imposible fué identificar aquel horrendo despojo de la muerte: el reconocimiento facultativo sólo dió por resultado la seguridad completa de que aquel cadáver era el de una anciana, muerta violentamente a golpes de pico o cosa semejante, descargados en el cráneo. Llamó mucho la atención que la mano derecha del cadáver apretase violentamente, aun después de tantos años, dos pedacitos de tela unidos por cintas, en forma de escapulario. Por la forma y ciertos borradísimos trazos que se observaban todavía en aquellos trapos, creyeron algunos reconocer el escapulario del Cristo de la Expiración, que suelen llevar sus devotos.

XI

Otro golpe más rudo todavía esperaba al caritativo fraile: cuando desolado por la inesperada desaparición de la Salamanca corrió a ponerla en conocimiento del Juez, supo que este digno funcionario había recibido también repentina orden de traslado, viniendo en cambio a sustituirle uno de aquellos jueces sin filiación, sin antecedentes y sin conciencia, que por aquel tiempo deshonraron en algunas partes la magistratura española. Este hombre aceleró con actividad inusitada la causa de

Juan Miseria, y dos meses después era el inocente reo condenado a muerte por los mismos que en pomposos y sentimentales discursos pedían la abolición de esta pena.

Entonces vió claramente el capuchino en toda aquella maniobra la mano de Lopijillo, que ponía en juego desde su escondrijo sus poderosas influencias. No se desanimó, sin embargo, e impelido por el tierno afecto que al inocente reo profesaba, y por esa compasiva indignación que el castigo de la inocencia despierta en las almas nobles, recurrió entonces a su hermana la Condesa viuda de Bardira, en quien cifraba sus últimas esperanzas. Esta excelente y caritativa señora, cuyo marido desempeñó por largo tiempo altos cargos diplomáticos, contaba por todas partes poderosos amigos, que debía unos a su corazón recto y bueno, otros a su claro talento y profunda ilustración, y no pocos a su larga serie de ilustres antepasados y a sus pingües rentas, que partía con los pobres.

Era la Condesa mucho más joven que el fraile, y profesaba a éste una veneración profunda, a pesar de que sólo una vez lo había visto en la vida. En cierta ocasión quisieron reunirse en una comida de familia todos los ilustres personajes que componían aquélla:

concertaron el día y el sitio, que fué la Corte, y sólo el capuchino se negó a acudir a la cita. Ordenóle, sin embargo, el Superior de su convento que fuese a comer con sus parientes, y el religioso, sin replicar palabra, tomó el camino de la Corte y se presentó en el palacio de sus deudos con su hábito remendado y los pies descalzos. Recibiéronle todos con respetuoso cariño, y le hicieron ocupar la cabecera de la mesa; mas no bien hubo el capuchino probado la sopa que le sirvieron, levantóse de la mesa y salió del comedor sin decir palabra. Extrañáronse todos, sin saber a qué atribuir su retirada, esperando a cada momento verle entrar de nuevo y ocupar otra vez su puesto: mas el tiempo pasaba, y el fraile no volvía. Buscáronle entonces por toda la casa, y el portero dijo al cabo que le había visto salir media hora antes, regalándole al pasar una medallita de la Virgen.

Corrió entonces uno de sus sobrinos al antiguo parador de la diligencia, que justamente en aquella hora arrancaba, y en lo más alto de la imperial, entre baúles, sombrereras y envoltorios de todo género, divisó al capuchino, sentado todo lo devotamente que sufría su incómoda postura.

—Pero, tío Francisco, ¿no viene usted a comer? —le gritó el sobrino desde abajo.

Y el fraile, sin perder su tranquilidad, le contestó desde arriba :

—Si ya comí, hijo mío, si ya comí... Me mandaron que comiese, y ya he comido.

—Pero, tío Francisco, ¡si le están a usted esperando!

—Calla, tonto... En el cielo comeremos más despacio...

¡Cosa rara! Ninguno de aquellos señores se ofendió ni se rió tampoco de la extraña salida del fraile : todos comprendieron el espíritu que le guiaba, y le hicieron justicia. No salió tan bien librado con el Superior del convento : echóle éste una reprimenda, y sin poder dejar de reírse ni de admirarle tampoco, le decía :

—Pero, Fray Francisco, por amor de Dios... ¡Séame santo, en buena hora, pero no me sea raro!...

Recibió la Condesa al Capuchino con fraternal cariño, y poseída, ora de indignación, ora de lástima, escuchó atentamente el relato que de la desventura de Juan Miseria le hizo.

¡Qué iniquidad, Dios mío! —exclamó con violencia no bien hubo concluído el fraile—. ¡Es imposible dejar morir a ese inocente!... Y yo no tengo ahora amigos en Madrid, porque esas gentes que andan mandando no son de mi círculo... No importa : escribiré... pero no

harán caso de una carta; y luego nadie quiere incomodarse por nada... ¡Ejecutar a un inocente!... ¡Qué horror!... ¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?...

Y la buena Condesa, agitada por la caridad, la indignación y la incertidumbre, quedóse pensativa, mientras su rostro aparecía bañado en lágrimas. El Capuchino, sin poder disimular su ansiedad, la miraba atentamente y movía los labios como si orase: tal vez lo hacía.

De repente, la Condesa se levantó ligera, como si tuviese quince años, y exclamó con el acento de la caridad que espera, de la indignación que estalla, de la incertidumbre vencida.

—¡Mañana salgo para Madrid, y alcanzo el indulto de ese hombre!

—¡Señora! —exclamó asombrado un caballero que se hallaba presente— : en las actuales circunstancias es una temeridad ese viaje...

—¿Será acaso el primero que he hecho?

—No, señora; pero se expone usted, la viuda del Conde Bardira, a recibir un desaire de esa gente, y eso sería la coz del asno.

—Señor —contestó la Condesa, señalando un magnífico Crucifijo de marfil que se destacaba en la pared sobre un fondo de terciopelo negro—. Ese que está ahí era Dios, y por sal-

var al hombre culpable, ¡permitió que le crucificaran!...

El Capuchino irguió entonces su seca figura y—¡cosa en él inaudita!—extendió hacia la Condesa ambos brazos, diciendo solamente:

—¡Hermana!...

La Condesa marchó, en efecto, a Madrid; pero los días pasaban sin que llegasen noticias suyas, y amaneció, por fin, el de la ejecución, hermoso y despejado, pero silencioso y triste, como un gesto de infinito sufrimiento en un rostro joven y bello. Las gentes transitaban por las calles silenciosas y graves: pocos carruajes dejaban oír su ruidoso rodar, y como el estado del ánimo es un prisma que nos hace ver los objetos ya sombríos, ya de color de rosa, hubiérase dicho que hasta los pájaros negaban su dulce melodía, y los árboles el susurro de sus ramas. Sólo, de cuando en cuando, algunos hombres, vestidos de luto, que llevaban cestas negras en que se veía un corazón inflamado, escudo de los Hermanos de la Caridad, exclamaban lúgubremente:

—¡Para hacer bien por el alma del que van a ajusticiar!...

El Capuchino nada había dicho al sentenciado del indulto pedido, porque la resignación de éste no necesitaba de esperanzas que

la sostuviesen; y aquella alma, que la fe robustecía y la doctrina católica guiaba, suspiraba por el consuelo de la muerte, y no gemía por la esperanza de la vida. Tranquilo su espíritu, aunque rendido su cuerpo, Juan Miseria podía compararse al viajero que, trepando al amanecer a una altísima montaña, siente que el cansancio rinde sus miembros, pero su alma se dilata y extasía, y se postra con la tierra ante los cielos, para recibir la bendición de Dios, que diariamente le trae su heraldo: el sol que la vivifica. Allí olvida su fatiga ante ese sentimiento, a la vez dulce y melancólico, que inunda el alma sin ahogarla, y la eleva suavemente por la escala de un místico deseo hasta el cielo, que es su patria... Entonces el cuerpo débil cesa de quejarse para dejar oír al espíritu fuerte, que toma parte en ese admirable concierto, en esa asombrosa armonía que, dentro de la variedad más infinita, sólo sabe producir la unidad más simple: en esa inmensa orquesta en que la amargura del dolor y la alegría de la risa, la tristeza del gemido y la dulzura de la melancolía se hermanan para producir esta sola nota de consuelo, este solo arpegio de bienaventuranza: ¡Dios!...

Así Juan Miseria sentía sus miembros agitados por un temblor nervioso; pero su alma,

purificada de toda culpa y limpia de toda duda, brillaba tranquilamente en sus ojos, y expresaba, por medio de la lengua, las dulces esperanzas que la sostenían. Porque si el cuerpo humano se postra, el espíritu cristiano no desmaya : el uno es del cielo; el otro, ¡ay!, es de la tierra...

—Padre —decía Juan Miseria al Capuchino, que no se separaba de su lado—, a la hora de la muerte todo lo veo al revés. Miro hacia atrás y me espanto; miro hacia adelante y me consuelo... Ahora es la vida la que me horroriza, y es la muerte en la que confío.

—Hijo —replicó el fraile—, el Espíritu Santo dice que el día de la muerte vale más que el del nacimiento... En el uno se empieza a sufrir y en el otro se acaba : para el justo la muerte es un sueño y una cuna la sepultura.

Juan Miseria calló un momento, después de oír las palabras del religioso : luego dijo con profunda melancolía :

Para ir de este mundo al otro
Atravesamos un mar.
¡Tal vez por eso a la cuna
Forma de barco le dan!...

Y con las manos cruzadas y los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en el suelo, añadió, como si leyese allí lo que sus labios pronunciaban :

—Estoy esperando que me caven la sepultura... Ya no me queda aquí nada, porque allá arriba lo espero todo... Ahora recuerdo así como una música que sonase a lo lejos, cuando era yo mozuelo y estaba en casa de mi tío, señó Parra. ¡Qué de fatigas! ¡qué de porrazos! ¡qué de trabajos! ¡qué de lágrimas! ¡qué pocos gustos!... ¡Aquello era vivir!...

Y luego me acostaba para descansar: ¡qué alegría entonces!... Aquello ya no era vivir, ni dormir tampoco: ¡era morir!... Siempre soñaba con mi madre: venía la pobrecita mía llorando, y entonces lloraba yo también, ¡porque me daba tanta lástima!... ¡Lo que es la inocencia!... un día le guardé un pedacito de pan... y ella no lo quiso comer, porque estaba amargo: lo había mojado yo con mis lágrimas... Otras veces me decía: —¿Te han pegado, hijo de mi alma?—Sí, sí—. Pues no llores chitito, que se va a despertar tío Parra: ven, ven; reza, reza, que se va a despertar tío Parra. Y yo decía con ella... ¿Cómo era?...

¡Madrecita de mi alma!
A acostarme voy.
Si la muerte me llamare,
Y no pudiera responder,
Desde ahora digo, Jesús, María, José...

—Padre, ¿verdad que al salir de este mundo debo decir también Jesús, María y José?...

—Sí, hijo mío —contestó el fraile, profundamente conmovido—. Jesús te guiará, y María y José te recibirán a las puertas del cielo.

—Yo no sabré qué decirles... Pero a Jesús le daré mis culpas para que las juzgue, y a María mis lágrimas para que las cuente... ¡Si yo hubiese sabido rezar entonces!... Pero yo no rezaba más que esa oración, y eso soñando... ¡Ya se ve! ¡nada más que soñando veía yo a mi madre!... Ahora la veré siempre, siempre...

Una noche me dió mi madre un beso : desperté azorado, y como me encontré la frente mojada, creí que era de verdá... Pero era *Peneque*, el perro de señó Parra, que me lamía la cara... ¡Animalito! ¡qué será de él, ahora que no me tiene a mí!...

—Padre —añadió levantando los ojos del suelo con una expresión de cortedad y de ternura indescriptibles—. Su mercé, que de todo el mundo se acuerda, acuérdese también del pobre Peneque...

En este momento llamaron al fraile fuera de la capilla, y un hombre le entregó un telegrama, fechado en Madrid. Era de la Condesa de Bardira, y decía solamente : *El indulto prometido : procura retardar la ejecución.* El Capuchino, a quien desgarraba el alma la ingenua sencillez de Juan Miseria,

volvió a la Capilla lleno de esperanzas: después de algunos preámbulos, dijo al reo:

—La misericordia de Dios es muy grande, y al náufrago que se sumerge en el mar suele tenderle una tabla... Así puede a ti, que sientes ya el soplo de la muerte, volverte muy pronto a la vida.

—¡Vivir! ¡vivir! —exclamó Juan Miseria con espanto.

—¿Acaso te pesaría?...

—No, si Dios lo quiere, porque será por mi bien. ¿No le seré más agradable, mientras más larga sea la prueba?...

—Sí, hijo mío, y mayor será el premio.

—Estoy cansado, Padre, y se me hace tarde la hora... Dígame usted cuándo llegará... ¡dígamelo su mercé, Padre!...

—Hijo —replicó el Capuchino, así que la emoción se lo permitió—. *¡Hoy rezarás la oración en el cielo!*

Mientras tanto, la Condesa de Bardira, impulsada por la caridad, hacía antesala a los que poco antes sólo le hablaban de pie y con el sombrero en la mano. Si hubiese tenido únicamente que luchar con el orgullo democrático de los revolucionarios, hubiérale sido muy fácil lograr su objeto; porque el aparente desdén de éstos, hijo las más de las veces de la envidia o el despecho, cede pronta-

mente ante un gran capital o un título ilustre. Pero se hallaba por medio la funesta influencia de Lopijillo, y aquellos hombres, luchando entre las sugestiones del bien y las del mal, no sabían por cuál decidirse. La malicia, el cálculo y la mala fe, encuentran, sin embargo, salida para todo, y por eso determinaron al cabo, para satisfacer a Lopijillo, ratificar la sentencia de Juan Miseria, y para complacer a la Condesa enviar el perdón dos horas después de ejecutado el reo. Mas como la anciana señora era, según ordena el Evangelio, a más de cándida como la paloma, astuta como la serpiente, avisó a su hermano la necesidad de suspender el terrible acto por todo el tiempo posible. Éste, que no tenía otro antecedente sino el telegrama recibido, esperaba con ansiedad la llegada del perdón... Pero el perdón no venía, y después de las dos horas concedidas de gracia llegaba la tercera, inexorable, terrible, lenta...

—Padre—decía Juan Miseria, ya en pie para marchar al patíbulo—, me da lástima ese pobre Lopijillo. Dígale su mercé que se acuerde de que hay un Dios en el cielo, y que voy de la tierra con el consuelo de que allá arriba pediré por él.

—Bien hecho, hijo mío: toma ejemplo del Señor, que enclavado en la Cruz, pedía por los que le crucificaron.

—¡Ah, sí, señor!... Las malas partidas salen más caras al que las hace que al que las sufre. Si Lopijillo me encontrase ahora cara a cara, ¿cuál de los dos bajaría los ojos?...

—También—añadió Juan Miseria bajando ya la escalera—pediré por su mercé, por los Hermanos de la Caridad, y luego por Mariana...

—¿Y por qué no primero por Mariana y luego por nosotros?...

— Porque primero es agradecer que amar... El que agradece es como el que paga lo que debe sobre su palabra; y el que pide por lo que solamente ama, pide para sí, y eso es egoísmo.

La lúgubre comitiva se puso en movimiento en medio de dos filas de soldados que, con las bayonetas caladas, contenían a la multitud, ávida por contemplar al reo. Detrás venía Juan Miseria, con las manos atadas a la espalda, cubierto con una hopa negra, llevando en la cabeza un gorro del mismo color: rodeábanle los Hermanos de la Caridad, y mientras el Capuchino, a su derecha, le presentaba un Crucifijo, otro sacerdote, a su izquierda, le daba a besar un escapulario de la Virgen del Carmen. El reo paseaba de la una a la otra imagen sus miradas llenas de esperanza, que iban

luego a perderse en el cielo, murmurando él palabras de contrición y de arrepentimiento. Al verle fuerte y resuelto adelantarse sin más apoyo que la fe de su corazón, hubiérase dicho que, lejos de esperar a la muerte, marchaba ansioso en su busca.

Al desembocar Juan Miseria en la plaza, rodeáronle los Hermanos de la Caridad, para evitar que el terrible palo, el vergonzoso cadalso, se presentara de repente a sus ojos; mas aunque un estremecimiento nervioso recorrió todos sus miembros, dijo, fijando allí la vista sin sorpresa ni terror:

—Padre... por allí subiré al cielo.

La fúnebre comitiva atravesaba lentamente la plaza, asemejándose las bayonetas de los soldados a una larga serpiente de acero, que por entre la apiñada multitud se arrastrase. Esta se agitaba sordamente, y se oían por todas partes gemidos y exclamaciones de dolor, de cólera y lástima. De repente, fué creciendo aquel sordo rumor, hasta convertirse en espantoso griterío: las gentes se arremolinan, detiénese la escolta, párase el reo...

—¡El perdón! ¡el perdón!—gritan algunas voces lejanas.

—¡El perdón!—dice el capuchino, sosteniendo al reo, que vacila.

—¡El perdón!—repite éste con acento de involuntario júbilo... — ¡El perdón! — añade tristemente, porque el alma que espera en el cielo, vuelve a dominar al cuerpo que sólo desea en la tierra.

Y cayendo medio desvanecido en los brazos del fraile, dijo con desaliento infinito:

—¡Ay, Padre!... *¡Ya no rezaré hoy la oración en el cielo!...*

XII

Estalló, por fin, entre torrentes de sangre el alzamiento republicano federal que preparaban Lopijillo y sus secuaces, y fué el 18 de Marzo su terrible fecha, que pesará siempre, como un hierro ardiendo, sobre las conciencias de los que promovieron sus horrores o no evitaron su sangre y sus lágrimas: triste fecha, encargada de probar, una vez más, que los ambiciosos que para elevarse a sí propios exageran los derechos del pueblo, como se exageran las cualidades de un niño para cautivar su ánimo inocente, le hacen su víctima, y como ha dicho un escritor anónimo, consiguen que las banderas de los partidos sean los lienzos que sirven de mortaja a la patria...

Una mancha roja marcaba en el oriente,

como un signo sangriento, el punto por donde debía salir el sol, que, como temeroso de alumbrar aquella escena de muerte y horrores, tardaba en asomar sus rayos. La población entera se hallaba sumergida en un profundo silencio, que no era el tranquilo del sueño, padre de ilusiones que consuelan, ni el melancólico de la soledad, que da al sabio la sociedad de sus ideas, y al justo el encanto de sí mismo. Aquel silencio era el frío y desagradable de la muerte, que abate el orgullo, consuela la virtud y aterra al vicio.

Hubiérase dicho que Azrael, agitando sus alas sobre aquel pueblo, le había comunicado la espantosa inmovilidad de un cadáver. Las puertas y ventanas cerradas como el corazón del impío al arrepentimiento, daban a las calles el triste aspecto de aquellas largas y solitarias galerías de las Catacumbas, guarnecidas a derecha e izquierda de sepulcros.

Poco a poco, y a medida que el sol adelantaba, fuese abriendo alguno que otro postigo, que daba paso a un rostro en que la curiosidad vencía al terror, y que con la rapidez del rayo volvía a esconderse al oír las nuevas y cada vez más fuertes detonaciones de fusilería, que comenzaban a rom-

per aquel silencio frío y pavoroso. Oíanse también a largos intervalos esos pasos tardos y acompasados de los sepultureros que llevan un ataúd, a que la muerte tiene señalado un eco peculiar, que resuena en los oídos como un lúgubre *¡Memento!*

Eran muertos en el tiroteo de la tarde anterior que llevaban al cementerio, o heridos que conducían a los hospitales.

Una de estas tristes comitivas, saliendo del Cerro-Fuerte donde la tropa acababa de tomar una barricada, se dirigía a la cárcel. Abrían la marcha dos soldados, que, con las carabinas echadas a la cara, parecían dispuestos a dispararlas a la menor señal de alarma; detrás venían otros cuatro, llevando a hombros una escalera, sobre la que se distinguía un bulto cubierto por una manta, de donde salían, ora gemidos, ora maldiciones; escurríanse a lo largo de la escalera y venían a caer, gota a gota, varios hilos de sangre, que dejaban en el suelo una huella roja. A retaguardia caminaban otros dos soldados, que, con las carabinas montadas, cerraban la marcha.

La comitiva llegó a la cárcel, en cuya puerta se había reforzado la guardia, por temor de que, si los sublevados vencían, aunque fuese sólo un momento, intentasen

poner en libertad a los presos, que, ya por delitos vulgares, ya cogidos aquel mismo día en las barricadas, allí se encerraban. Los soldados que escoltaban al herido permanecieron a la puerta, y los que le conducían llegaron, guiados por el Alcaide, a la enfermería de la cárcel.

Un confuso clamoreo en que se mezclaban los quejidos de dolor con los gritos de desesperación y rabioso entusiasmo, anunciaba la proximidad de ésta. Icaro, que se elevó al cielo con alas de cera, gemía allí después de su caída, sin esperanza, pero no sin cierta grandeza; porque en medio de la vulgaridad de una impremeditación belicosa, que después de vencida se hace cobarde, veíase allí el magnífico espectáculo del hombre que reconoce su error y lo llora: sabio que se humilla, comprendiendo que en eso está la verdadera sabiduría; heroico vencedor que se redime, poniendo el pie sobre el pecho al anticristiano orgullo de Luzbel. Y veíase también como contraste, el ejemplo de Scévola, que dejaba quemar a sangre fría la mano que no supo o no pudo vencer; alma estoica, corazón grande, que sería un mártir en vez de un héroe, si a los mártires los hiciese la firmeza en el sufrir, y no la causa de los sufrimientos. Contras-

taban grandemente aquellas dos sublimidades, divinamente cristiana la una y humanamente heroica la otra; humillándose la una en la tierra para ensalzarse luego en el cielo, y haciendo la otra su altar de un cuerpo sangriento, para dejar un recuerdo que se desvanece como el humo, por más que vaya perfumado: la una borrando su pasado con lágrimas, y la otra escribiendo su presente con sangre: naciendo la una a la sombra de una Cruz, y muriendo la otra a la de un laurel rojo...

La enfermería, pequeña, sucia y poco ventilada, presentaba un cuadro horrible: una veintena de heridos hallábanse diseminados por el suelo, cuál sobre una estera, cuál sobre un jergón, cuál sobre los ladrillos desnudos. Un solo médico, careciendo hasta de los útiles más necesarios, se hallaba al cuidado de todos ellos: veíanse sobre una silla, como únicos preparativos de vendajes, una sábana sucia y un pelotón de hilas negras. El Pae Paquito iba y venía de un lado a otro auxiliando a los moribundos que el médico le indicaba, como si ante la muerte la ciencia inclinase impotente la cabeza, cediendo su puesto a la religión, que la endulza y la consuela.

Los soldados depositaron en el suelo la escalera que conducían, y, levantando uno de

ellos la manta, dejó ver a un hombre cubierto de sangre y lodo, en cuya fisonomía desencajada se pintaba la agonía del sufrimiento y el extravío de la rabia: una de sus manos oprimía, con la fuerza del dolor, un peldaño de la escalera, y la otra, mutilada horriblemente por un balazo, caía a lo largo del cuerpo, sin fuerzas para sostenerse. Desgarrada su camisa y pegada a la carne por la sangre, que ya no corría, dejaba ver en el costado una ancha y tremenda herida, por la que, humeantes y sanguinolentos, asomaban los intestinos.

Compadecido el Capuchino de su lastimoso estado, acercóse a él, pronunciando palabras de consuelo; pero el herido se incorporó sobre un codo, crujiendo sus huesos rotos, y volvió a caer sobre la escalera, gritando entre sus dientes que rechinaban: ¡Viva la República federal!...

Aquel energúmeno era Lopijillo.

Uno de los instigadores del pueblo que con tanto valor peleaba, sin saber, en su mayor parte, por qué causa se batía, habíase ocultado, cobardemente, no bien llegó la hora del combate; pero sus compañeros, que al verle titubear desconfiaron de él, arrastráronle a una barricada, donde, amenazado por los suyos, se vió el miserable ante la muerte

si retrocedía, y ante la muerte si adelantaba.

El combate fué doblemente terrible, como lo son todos aquellos en que el triunfo de los partidos se antepone a los intereses de la patria, y en que no pelean enemigos contra enemigos, sino hermanos contra hermanos. Al verse frente a frente el paisano y el soldado, recrudécese esa infundada antipatía que entre ambos existe, y creyendo el uno defender un derecho a que presta la conveniencia su fuerza egoísta, hunde con delicia su acero fratricida en el pecho del otro, que considera como un tirano, siendo sólo una víctima a quien se da de comer, o, como ha dicho un autor, la moneda con que los héroes de la guerra pagan su gloria.

Lopijillo, que nunca había sido hombre de valor, estaba aterrado, y se escondió entre la barricada y un gran montón de tierra, esperando pasar por muerto; pero la barricada, falta de dirección y mal construída, se derrumbó sobre él, magullándole espantosamente, y cuando aturdido trataba de incorporarse, un soldado le clavó una bayoneta en el costado, y otro le disparó un tiro a quemarropa, que fué a destrozar su mano derecha.

En un rincón había un catre de tijera

empapado en la sangre de otro herido que acababa de expirar, y cuyo cuerpo sacaron fuera para poner en él a Lopijillo. La cura fué espantosa: la terrible herida de arma blanca por donde asomaban los intestinos, causando un horror repugnante, se había contraído, y se hizo preciso dilatarla para volver dentro aquellas vísceras sanguinolentas.

—Venga usted a éste, Padre, que se va por la posta —dijo el médico, no bien hubo concluído la espantosa operación, señalando al Capuchino la cabecera de Lopijillo, que, extenuado por el dolor y la pérdida de sangre, no daba señales de vida.

Estas palabras llegaron confusamente a oídos del herido: dos veces quiso levantar la lívida cabeza, que volvió a caer pesadamente, mientras murmuraba como sorprendido:

—¿Que me voy?...

Mas al abrir los ojos y encontrarse frente a frente del fraile, que en aquella hora se le aparecía como un heraldo de la muerte, añadió, con el acento de la duda que teme saber y del terror que inspira lo desconocido:

—¿Y adónde voy?...

—A la presencia de Dios, hijo mío, que te llama a sí —replicó el Capuchino.

El terror imprimió sobre el rostro de Lopijillo su característico sello: hundió la cabeza

en el pecho, guardando un sombrío silencio, y, semejante al pecador de que habla la Escritura, rechinó los dientes y tembló de rabia. Exhortábale el Capuchino a pensar en la salvación de su alma, y le invitaba a confesarse, ponderándole la misericordia divina; pero el herido no contestaba palabra, hasta que un sollozo se escapó al cabo de su pecho, y un llanto raquítico y entrecortado de sus ojos.

Imposible era leer en aquellas facciones que la muerte iba tornando de pálidas en lívidas, de lívidas en cenicientas, si aquellas lágrimas brotaban al recuerdo del pasado o al pensamiento de lo venidero; si eran desesperación o arrepentimiento, temor o esperanza, amor u odio. No se revolvía en el lecho, porque sus huesos rotos no tenían movimiento; y su lengua no funcionaba, porque una espuma sanguinolenta brotaba de su boca, atajándole la palabra. Sólo sus ojos, abiertos con el espanto del que ve derrumbarse sobre sí la eternidad, giraban atropelladamente en las órbitas, como huyendo de visiones que les atormentasen.

Lo terrible de la realidad y lo espantoso de lo sobrenatural uníanse en aquella hora para anonadarle: sentía un olor nauseabundo de sangre que le cortaba la respiración; oía como ayes de moribundos que expiraban

a su alrededor acusándole de su muerte, y por encima de su cabeza veía una luz divina en que se reflejaban, como en un espejo, él y todas sus deformidades. ¡Era la conciencia!...

De repente, una sombra negra se interpone entre sus ojos y estas visiones: aparece una mano dispuesta a bendecir, que sostiene un Crucifijo, y una voz suave y consoladora murmura a su lado palabras de perdón... Pero estas palabras, lejos de anunciarle el fin de un destierro, resuenan en sus oídos como el lúgubre anuncio de una espantosa eternidad: el alma cristiana, que renegó de este nombre, queda anonadada casi tanto bajo el peso de la misericordia como bajo el de la justicia, y al huír de la muerte, que quiere asirle, se agarra al cuerpo, que ya se desmorona, y ambos se revuelcan unidos, presintiendo el uno su próxima disolución, y la otra su próximo juicio.

Poco a poco los dolores se aumentan, las fuerzas se acaban, crecen las congojas, auméntase el terror, huye la esperanza: sólo queda la muerte que enarbola su guadaña... Un ronquido se abrió entonces paso entre los apretados dientes de Lopijillo: alzóse al cielo su mano mutilada, ignorándose si para amenazar o para pedir, y salpicó de sangre el rostro del Cristo, que lleno de misericordia

hacia él se inclinaba. El capuchino retrocedió aterrado, y al inclinarse de nuevo sobre aquel espantoso rostro, ya la estampilla de la muerte había grabado en él, con letras de espanto, una misteriosa sentencia, indescifrable para el hombre...

XIII

Algunos años después habíase restablecido en parte el orden en España y vuelto las cosas a un estado de tranquilidad, a lo menos aparente. Cierto domingo de Mayo oía el regimiento del Rey la Misa de doce en la iglesia de las Religiosas de D**. La tropa ocupaba la nave principal, dejando al frente y a los costados un espacio vacío, que ocupaban los fieles: en el presbiterio, veinte gastadores, diez a la derecha y diez a la izquierda, hacían la guardia de honor, y dos cadetes, niños aún, ayudaban la Misa.

A los pies de la iglesia hallábanse, en el coro bajo, las Religiosas: una espesa cortina las ocultaba a las miradas profanas, siendo aquel débil muro como un abismo que entre la virtud allí encerrada y el vicio que ruge por de fuera se abriese: cuerda de lana que ata a un león; imagen de la razón católica que basta para contener las más desenfrenadas pasiones.

En el coro alto se hallaban las legas: allí estaba Mariana, sombra de sí misma, cuya alma, purificada por la desgracia, flotaba, como el corcho sobre el agua, sobre el negro piélago de sus penas, que no lograban hundirla. Allí, en aquel apacible retiro, sólo fijaba sus ojos en el cielo, con el ansioso deseo del desterrado al mirar a la patria, y si alguna vez los volvía a la tierra, era para perdonar y pedir por aquellos que tanto daño la habían hecho.

Arrodillada en el coro alto, oraba fervorosamente, mientras la música del regimiento tocaba una suave melodía, que al perderse en la bóveda parecía acompañar al cielo la oración de la pobre lega. De repente, la música cesa como por encanto, y sucede un silencio que parece anunciar algo grande y majestuoso: los fieles se postran, la tropa dobla la rodilla, humíllanse las armas, la bandera que cobijó dos mundos besa la tierra.

Sólo permanece de pie un anciano que viste un alba, símbolo de locura; una casulla, señal de irrisoria majestad; una estola, imagen de una cuerda infamante.

Aquel silencio, solemne, como el que precede al trueno, es roto al fin por los ecos de la Marcha Real española, y de millares de bocas sale una misma exclamación, que ex-

presa un mismo pensamiento, que dicta un mismo corazón católico y que la misma impiedad confirma, postrándose en silencio, arrastrada por aquella sublime corriente de grandeza divina que se alza y de pequeñez humana que se postra :

—¡Adorámoste, Señor, que en el ara de la Cruz lavaste nuestros pecados!...

Era Dios, que se alzaba en el altar, como hace diecinueve siglos se alzó en el Calvario.

Los fieles, que como anonadados de tanta grandeza yacían postrados en el suelo, fuéronse enderezando poco a poco, como las plantas después de pasado el huracán que las dobló. Sólo Mariana permanecía con la frente en tierra, después de concluída la misa : sus compañeras la tocaron en el hombro, y no contestó; la levantaron entonces, y vieron una laguna de sangre que había arrojado por la boca.

Dios había tenido piedad de ella, y al alzarse en la Cruz, abrió a la cristiana que supo sufrir las puertas del cielo. . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Rodeadas de jardines que nacen sobre peñascos y coronadas por su iglesia, como ellas humilde, y como ellas santa, se elevan

sobre una alta sierra las ermitas de Córdoba. A sus pies se postra esta vieja sultana, que encierra como una tumba los recuerdos de sus hijos Séneca y Lucano, Averroes y Aviara, Juan de Mena y Góngora, Dionisio Solís y Angel Saavedra, Duque de Rivas. Como si imitase a los solitarios que, huyendo de la vida alegre y bulliciosa, buscan allí la soledad melancólica y tranquila. Córdoba, la ciudad de los califas orientales, parece desprenderse de los jardines que la rodean, para ir a besar el pardo risco sobre el que la Religión ha colocado su enseña, alta para que todos la vean, humilde para que todos la alcancen.

Alto, tan alto como si quisiese llegar al cielo alejándose de la tierra, se encuentra ese pueblo de anacoretas a quien

...la Majestad suprema
Que abarca los horizontes,
Le dió por trono los montes
Y los cielos por diadema.

Allí el corazón se conmueve sintiendo una dulce envidia, y el pensamiento se sublima al encontrar realizados aquellos tres consejos de Cristo, que forman el *elixir* del cristianismo; *Pobreza*, *Obediencia*, *Castidad*.

¡Pobreza voluntaria que sabe remediar desgracias; obediencia santa que se somete

amando; castidad pura, que se sublima coronándose de espinas!... Cristo pudo decir más, pero nada más dijo.

No se conoce allí más nombre que el de hermano, ni más lengua que la oración, ni más descanso que el trabajo.

El progreso humano, al dar uno de sus gigantescos pasos, arrojó en 1836 de las ermitas a los anacoretas: ya no hubo hermanos que socorrían, ni labios que orasen, y al trabajo, que de un risco hace un jardín, sucedió el abandono, que de un oasis hace un desierto. Las ermitas, vacías, vinieron al suelo como cuerpos a quienes falta el alma, y la planta humana, como asustada, no volvió a posarse sobre aquellos cerros. ¡Sólo las flores se atrevieron a tejerle una mortaja, los árboles a darle sombra, y los pájaros a entonar su triste canto de muerte!

Decían que la *civilización* se había entronizado en aquel retiro.

Mas de allí a poco, las ermitas rompieron sus mortajas y se irguieron de nuevo, no orgullosas, sino modestas, en su triunfo: los anacoretas volvieron a sus nidos, y la campana de la iglesia volvió a sonar llamando al hambriento para darle pan, al desgraciado para darle paz, al descreído para darle fe. El progreso humano había dado un paso atrás:

hubo quien dijo que la caridad lo dió adelante (1).

Aquella campana consoladora suena también diariamente para convocar a los ermitaños bajo las bóvedas del templo: la esquila de cada ermita contesta a su llamada como contesta la voz de un hijo a la santa y dulce voz de su madre, y entonces los ermitaños salen unos en pos de otros, y juntos en la ermita mayor, se postran ante la Divina Pastora, que sobre los mismos riscos de la sierra allí se venera, y piden paz para la tierra, perdón para el pecador, descanso para los muertos.

Una mañana quedó vacío un puesto en el templo, y la esquila de una ermita no contestó a la voz de la campana de la iglesia. Un hermano fué a visitar, por orden del Superior, al ermitaño ausente.

Sobre la tarima que le servía de lecho, hallábase tendido éste: cubríale un hábito de paño pardo, señal de penitencia; en sus labios se posaba una cruz de palo, símbolo de la fe;

(1) Cuando los ermitaños fueron expulsados de sus ermitas, éstas, con las huertas que las circundaban, salieron a pública subasta, siendo adquiridas por el señor don Rafael Barbero, que no bien pasó aquella tormenta, las devolvió generosamente a sus antiguos poseedores. ¡Cuán cierto fué que la caridad dió un paso adelante!

su mano descansaba sobre una calavera, imagen de la muerte.

Parecía dormido y estaba muerto. A la cabecera, una mano torpe había escrito con carbón en la pared:

JUAN MISERIA

Esta misma inscripción se grabó en su tumba.

CAÍN

CAÍN

L' intérêt personnel, sous de noms spécieux,
Conduit secrétement leurs coups ambitieux.
Le peuple n'a jamais profité de leur crime;
Il en fut le prétexte, il en est la victime.

Le Franc de Pompignam.

El interés personal, bajo especiosos nombres,
Dirige secretamente sus ambiciosos planes.
El pueblo no se ha aprovechado jamás de su crimen;
Él es el pretexto, y él es la víctima.

I

A la caída de una hermosa tarde de Mayo de 1869, caminaba por el arrecife que va de Jerez al Puerto de Santa María un hombre, ya entrado en años, que llevaba delante de sí una burra. Iba ésta aparejada con una sola albarda, sobre la que, sin jamugas ni asiento de ningún género, se sentaba una mujer de edad madura, que lloraba amargamente, limpiando de cuando en cuando sus lágrimas con los picos de un pañuelo catalán que cubría su cabeza. El mismo dolor, más comprimido, y quizá por eso más terrible, se leía en las facciones del hombre: caminaba con la cabeza baja, retorciendo entre sus manos la vara con que arreaba la burra, y a

veces una lágrima, corrosiva como un ácido, iba a perderse entre sus patillas blanqueadas por los años o las penas. Solía entonces, como si quisiese disimular su pesadumbre, dar un fuerte varazo a la burra, diciendo bruscamente :

—¡Arre, Molinera, que tienes paso de procesión!

Intimidada ésta, empinaba las orejas y aligeraba el paso; pero bien pronto volvía a su lento andar, caídas las orejas, que sacudía de cuando en cuando, y gacha la cabeza, como si participase del abatimiento de sus amos. Largo rato caminaron éstos en silencio, hasta que, señalando el hombre un pedazo de tierra sembrado de melones y tomates que había a orillas del camino, dijo con ese tono fatigado del que, poseído de una gran pena, la disimula hablando de cosas indiferentes :

—¡Qué bueno va este año el *cojumbral* de Juan Pita!

La mujer ni levantó la cabeza ni respondió palabra, como si fuese extraño a ella todo lo que no hiciera referencia a su dolor. En aquel momento salió de un sombrajo, que colocado en un alto dominaba el cohombral, un hombre cargado con dos canastas de tomates, que, saltando la gavia que guarnece el camino,

fué a emparejar con nuestros caminantes. Era Juan Pita en persona.

—Dios guarde a usté, señó Miguel y la compaña —dijo incorporándose a ellos.

—¡Hola, Juan! —contestó Miguel—. ¿Vas para el Puerto?

—No, señor, que voy a los *Jereles* a vender estas canastas de tomates, que son las primeras que se presentan hogaño en la plaza.

—No diré yo otro tanto: los de mi huerta no van hasta que los soldados los comen.

—Pues, los míos son tempranos y es fruta de médico

—¿De médico?...

—Sí; porque son los que pagan más caro. ¡Ya se ve; como que la noria de donde sacan el agua siempre está dando vueltas la muerte!

—¿Y a cómo los vendes?

—Pues, estos que *otoavía* verdean a veintiún cuartos; y estos más maduritos a peseta, y ni un ochavo menos.

—¿A peseta esos tomates, que más bien que para un gazpacho sirven para engordar marranos?... Quiéreme parecer, Juan, que tienes la manga más ancha que la puerta del cementerio, por donde caben todos los que van, y sobra sitio para los que vienen.

—¿Y qué quiere usté, señó Miguel?... Con

los tomates de este año tengo que mercar un borrico.

—Pues, mira que un borrico pesa mucho sobre la *concencia*.

—Esos son escrúpulos de beata, señó Miguel. Yo, antes de ser hortelano, fuí abogado, y aprendí a *calcular*...

Y Juan Pita, sonriendo cínicamente, levantó a la altura de su pescuezo la mano izquierda, cerrando uno a uno los dedos: significativo ademán que en todos los países conocidos se ha traducido siempre por lo que Dios prohibe en el séptimo de sus mandamientos.

—¿No es verdad, señá Joaquina —añadió Juan—, que va usté ahí más callada que un poste, y más pomposa en su burra que si fuera en un retablo?

Volvió Joaquina la cabeza, y pudo Juan notar toda la aflicción que retrataba su semblante, y que hasta entonces no había percibido.

—¡Caramba! —exclamó, soltando un voto y parándose en el camino—. ¿Qué tiene usté que lleva todos los tomates de mi canasto en los ojos?

Joaquina prorrumpió en nuevas lágrimas, y Miguel guardó silencio.

—Pero... ¿qué ha pasado, señó Miguel?

—volvió a preguntar Juan Pita—. ¿Qué es lo que hay?

—¿Qué ha de haber? —exclamó al fin Joaquina entre sollozos—. ¡Que Perico, mi vida, mi alma, el hijo de mis entrañas, ha salido soldado y se lo llevan hoy a Cádiz!...

—¡Válgate Dios, señora!... ¡Y yo que nada sabía! —exclamó Juan apesadumbrado.

—¡Hijo mío! —prosiguió Joaquina llorando—. ¡Yo no lo parí ni lo crié para que pasase trabajos por esos mundos de Dios!... ¡Tan delicadito como está, hijo de mi alma! ¡Esto va a ser su muerte, y ya no le veré más!

—¡No tientes a Dios, mujer, que tiene el muchacho más rejos que un mulo manchego! —exclamó Miguel bruscamente.

Y dirigiéndose a Juan, añadió :

—Sino que a la mujer ésta se le ha puesto entre ceja y ceja que al chiquillo le va a suceder algo, y lo está llorando con tiempo y metiéndole aprensión.

—¡Calla, Miguel, calla —replicó Joaquina—, que de sobra conoces lo bien que digo, sino que en ti la procesión va por dentro... ¡Ay, Dios, y qué tragos más amargos nos traen los años! —seguía lamentándose la infeliz mujer—. ¿Qué será de estos pobres viejos sin su Perico, que tanta falta les hace?

—¡Vaya, señá Joaquina, que no es tan

negra como usted la pinta! —dijo Juan Pita—. Desde que Adán pecó van los mozos a servir al Rey, y vuelven como si tal cosa; y mientras tanto, ahí le queda a usted Roque, que es un mozo como un trinquete.

Una amarga sonrisa apareció en los labios de Miguel, que vino a dar a su rostro contraído una expresión aun más dolorosa.

—¡Roque! —murmuró amargamente— ¡no lo matará a ése ninguna pena ajena!

—¡Ese es otro clavo que tengo en el corazón! —exclamó Joaquina, al par afligida y colérica—: la tirria que le tienes a tu hijo Roque, y la cara de vaqueta, y los malos modos que siempre traes con él.

—No es tirria, Joaquina —replicó Miguel gravemente—; es que la venda de padre no me ciega la luz del entendimiento, y veo que ese muchacho tiene malas entrañas.

—¡Pobrecito mío! —gimió Joaquina—. ¿Qué sería de él sin su madre, que le quiere tanto y no tiene preferencias con ninguno?

—Tampoco yo tengo preferencias; pero conozco lo que cada cual vale... ¿Querrás creer, Juan, que ese mal alma de Roque oyó que su hermano era soldado como quien oye llover, lo vió salir de su casa sin derramar una lágrima, y en vez de acompañarnos a su madre y a mí a despedir a ese bendito de

Dios, se queda en la huerta tendido a la bartola, más fresco que una lechuga?

—Pero, hombre, ¿iba a dejar la huerta sola? —replicó Joaquina, que, como todas las madres, siempre encontraba disculpa a las faltas de su hijo.

—Bien sabe hacerlo cuando se va de *juelga* al pueblo y a aprender por ahí picardías... Te digo que tiene mala sangre, Joaquina, y que nos ha de hacer derramar muchas lágrimas.

Calló la madre, como si comprendiese la verdad de las observaciones de Miguel; éste sacó de la faja un pañuelo colorado, se quitó su sombrero calañés, y fingiendo enjugar el sudor de la frente, limpió dos anchos lagrimones que acudieron a sus ojos.

—¡Anda, Molinera, anda, que la noche se viene encima! —dijo, arreando a la burra.

Mientras tanto, Juan Pita, ya fuera que le mortificase el desairado papel que hace una persona indiferente entre los que sufren una gran pena, ya que esa delicadeza, innata en el pueblo, le indicase que después del giro que había tomado la conversación estaba de más un testigo, aprovechó el silencio que siguió a las últimas palabras de Miguel para despedirse, y tomando por un atajo que llaman la *Trocha*, retrocedió hacia Jerez, donde pensaba vender sus canastas de tomates.

El afligido matrimonio siguió en silencio su camino, sin que se oyesen más que los pasos de Miguel y Molinera, los comprimidos sollozos de Joaquina, las esquilas del ganado que por diversos puntos se iba retirando a sus establos, y a lo lejos la voz de Juan Pita, que, con esa tan general indiferencia del que tiene el pecho lleno de contentos hacia el que lo tiene de desdichas, se alejaba cantando:

En el hospital del Rey
Hay un ratón con tercianas,
Y una gatita morisca
Le está encomendando el alma.

Abismados Miguel y Joaquina en sus tristes pensamientos, pasaron en silencio los dos pilares que llaman las *Cruces*, colocados a orillas del camino como dos centinelas que marcan la primera legua andada de Jerez al Puerto. Sale de allí una vereda que, obedeciendo a su propio instinto, tomó Molinera, y que trepa por un cerro árido, sin vegetación, cubierto de yerbas secas, que dejan asomar alguno que otro murallón negro, escueto y pelado, como asomarían por una sepultura excavada los huesos de un enorme esqueleto. Aquélla es la tumba que el tiempo ha labrado al castillo de Sidueñas.

En aquel sitio se levantó esta importante fortaleza, armada de ocho torres que la forti-

ficaban. Es opinión fundadísima que la reina de Castilla, doña Blanca de Borbón, vino a llorar entre aquellos muros los desdenes del Rey don Pedro, y allí, por orden de éste, el ballestero Juan Pérez de Rebolledo le dió un tósigo, por haberse negado a este crimen, con gran valor y nobleza, Iñigo Ortiz de Zúñiga, primitivo guardador de la regia prisionera. Hoy, gracias a una mano cuidadosa que supo incrustar como en un relicario lo que el tiempo y el abandono habían dejado de aquellos muros, que tanto han visto y tanto saben, queda del castillo de Sidueñas una de sus ocho torres, la de doña Blanca, que se alza sobre el cerro que cubre sus ruinas como una cruz sobre una sepultura, como una corona sobre la tumba de un héroe. Encaramada sobre su alto pedestal, no tiene una flor que la adorne, ni siquiera una guirnalda de yedra que la abrace y la sostenga. Severa como cuadra a la guardiana de una tumba, altiva como corresponde a la última morada de una reina, se ciñe su corona de almenas y muestra a su frente un escudo, en que, bajo una corona de marqués, campea el león de Castilla y se destacan las tres barras de Aragón.

Allí radica el título de los marqueses del Castillo del Valle de Sidueñas.

Rodean aquel cerro triste y pelado, a la manera que para disimular el horror de la muerte circundan un sepulcro de jardines, cuatro frondosas huertas: la Martela, la de los Nogales, la del Algarrobo y la del Alcaide.

Nace en esta última, al abrigo de una porción de álamos blancos, un manantial que lleva el dulce nombre de *La Piedad*, y que, pródigo y compasivo como su nombre, manda uno de sus caños a fertilizar las huertas, mientras el otro sigue el camino del Puerto de Santa María, se detiene ante una ermita arruinada, para acatar la majestad caída, para llorar las ruinas que el hombre hace, indignado ante el abandono del cristiano, y sigue luego pesaroso su marcha, mientras la ermita, sola, triste, con sus muros destruídos, su iglesia sin puertas ni techo, su campanario sin cruz que lo corone ni campanas que le den lengua, no protesta como el arrogante, ni se queja como el débil, ni se lamenta como el triste, sino que inútil cual un altar sin santuario, destruída cual un cuerpo sin alma, pero imponente cual un rey sin corona, en la doble majestad de su grandeza pasada y su desgracia presente, se desmorona en silencio...

II

Siete años iban a cumplirse desde que Miguel y Joaquina tenían arrendada la huerta del Alcaide, a la que sirve de casa, y como tal se le tiene señalada la torre de doña Blanca. Miguel labraba la huerta ayudado de sus hijos Perico y Roque, y éstos iban a vender la fruta y la hortaliza en la plaza de abastos de Jerez de la Frontera.

Perico, el mayor, tenía esa buena fe, esa expansión que se hermana tan bien con la juventud —hermosa edad en que el corazón, de par en par abierto, ni abriga temores ni encierra desconfianzas— como con la alegría se hermana la risa. Amante de sus padres hasta la exageración, si la exageración cupiese en el santo y obligatorio amor de hijo, que la naturaleza manda y el agradecimiento sanciona, su dicha era proporcionarles un gusto, y su felicidad verlos tranquilos, descansados y contentos. Roque, por el contrario, tenía ese egoísmo que en la edad madura repugna como un vicio, y en la juventud horroriza como una aberración: la envidia, que siempre supone perversidad de corazón y alcances limitados, porque las almas elevadas sólo conocen rivalidades, daba a su carácter un

tinte amargo e incisivo, como da la bilis su color verdusco a las facciones de ciertos enfermos. Era ambicioso en el mezquino círculo de ideas en que se agitaba; porque los modernos revolucionarios, al servirse del pobre como de un instrumento, le han quitado aquella bendita conformidad que la religión y la caridad del rico mantenían en él, y que le daba en su pobreza fuerzas, y en sus dolores esperanzas. ¡Pobre pueblo que vierte locamente el bálsamo que curaba sus heridas! ¡Pobres ricos que no saben conjurar la tormenta, cuyos primeros truenos ya resuenan, y cuyos primeros rayos han comenzado ya a incendiar y destruir!...

Como todos los ambiciosos, ya sean de levita, ya de chaqueta, Roque no tenía en sus solapados planes más confidente que su egoísmo; porque la desconfianza, como los escuchas en un ejército, precede siempre con los ojos abiertos y aguzadas las orejas a su madre la ambición.

La vida de Miguel se deslizaba tranquila en su holgada pobreza, compartiendo su cariño entre su mujer y sus hijos. Pero, al cumplir Perico los veinte años, fué interrumpida aquella dulce monotonía por esa pesadilla que quita el sueño a tantas madres, esa negra nube que todos los años se cierne, lo mismo

sobre la casa del rico que sobre la del pobre, pero que el dinero de aquél evita, y la pobreza de éste sufre : ¡las quintas!

¡Perico, en quien se cifraban tantas esperanzas; aquel modelo cumplido de amor de hijos, *tuvo que meter mano en cántaro*, y le tocó la suerte!...

En vano el infeliz muchacho intentaba, aparentando serenidad, consolar a sus padres. Mal puede consolar quien necesita de consuelo; y el dolor, brotando de aquellos tres corazones que tanto se amaban, fundíase en un solo raudal de lágrimas, para recibir una nueva herida, estrellándose contra la fría indiferencia de Roque, a quien jamás inmutaron penas de otros. La violencia del pesar hacía aún más expansivo y cariñoso al infeliz Perico. Su hermano, por el contrario, recibió el abrazo de despedida del pobre quinto sin tener para él una palabra de consuelo ni de ternura; sólo al verle desaparecer, en compañía de sus padres, se encogió de hombros y dijo brutalmente :

—¡Hasta que traigas nietos, Perico!...

La estación del ferrocarril presentaba en aquella hora una de esas escenas que, en la imposibilidad de remediar, hacen al alma compasiva deshacerse en lágrimas; lágrimas que son el último baluarte de la caridad, que,

cuando no remedia ni alivia, consuela llorando con el que llora.

Cada quinto tenía allí su padre o su madre, su hermana o su novia; resonaban por todas partes los lamentos de los que se quedaban y los consuelos de los que se iban: en unos, promesas de amor eterno; en otros, promesas de eterna memoria... ¡Como si tras el amor no viniese la indiferencia, y tras la memoria el olvido!

Oíase, sobre todo, esa palabra que siempre trae tras sí lágrimas, lluvia del corazón; como el viento trae tras sí agua, lluvia del cielo; palabra que entre personas queridas jamás pronunció la alegria, porque representa siempre la triste idea de la ausencia que separa; palabra reservada al dolor, que es la pena viva; a la tristeza, hija del dolor que se resigna y vive dormido; o a la melancolía, hermana de la tristeza, que ya no llora, sino suspira: —*¡Adiós!*

¡Cuántos de aquellos pobres quintos la decían por última vez!

Sentado en un rincón de la sala de descanso de tercera clase, Perico apretaba las manos de su madre, mientras ella enjugaba las lágrimas que, como gotas de acíbar, destilaba su corazón, y surcaban sus mejillas, arrugadas antes de tiempo. En pie, delante

de ellos, Miguel tenía en la mano un morralillo que encerraba el miserable equipo de su hijo, y, de cuando en cuando, el dolor, venciendo la fortaleza del hombre, brotaba en un sollozo o corría en una lágrima. ¡Joaquina había colgado al cuello de Perico un escapulario de la Virgen de los Milagros, que se destacaba sobre su chaqueta de bayeta amarilla, brillando como un consuelo entre penas, como una esperanza entre dolores, como una promesa en la angustia, como un refugio en el desamparo!...

—¡Ea, madre, no se apure usted, que tres años se pasan en un vuelo! —decía Perico, esforzándose por sonreír, mientras los ojos se le arrasaban en lágrimas.

—¿Tres años sin verte, y quieres que no me apure? ¿Y quién me consuela mientras, quién me ayuda a llevar esta pena, quién me dice que te veré volver como te veo ir?... Madre mía de los Milagros, ¿qué será de mi hijo?...

—Ella cuidará de él, mujer; no te aflijas, que con llorar no has de remediarlo —replicaba Miguel.

—¡En ella confío, en ella confío —gimió devotamente la madre—. ¡Rézale mucho, hijo de mi alma, que ella sola es el amparo de los pobres y el refugio de los desgraciados!

La campana que anuncia la salida del tren

suena al fin, haciendo latir tantos corazones y de tan diverso modo: ábrense las puertas, y aquel tropel de padres y de hijos, aquella avalancha de dolor y de lágrimas que, como las primeras al rodar por la montaña arrastran tras sí nuevas nieves, recogía por dondequiera que pasaba nuevas lágrimas, se precipita en el andén, poblando el aire de lamentos y de compasión los corazones. Llega el tren lanzando resoplidos, como un monstruo fatigado, y se detiene para recibir nueva carga, y luego continuar su afanosa carrera. Vele llegar Joaquina, y quisiera tener fuerzas para hacerle retroceder; convulsamente agarra a su hijo por el brazo, pero ya es preciso que marche; ya van cerrando las portezuelas de los coches, y el fatal grito de *¡Viajeros al tren!* se deja oír. Joaquina se avalanza al cuello de su hijo, y cree que va a expirar al estrecharle contra su corazón.

—¡Hijo mío, hijo mío, hijo de mi vida! —exclamaba en tono desesperado, y derramando un raudal de lágrimas. Mientras tanto, Miguel, llorando como un niño, le abraza por el otro lado, y, sin ser sentido de nadie, introduce en el bolsillo de su chaqueta treinta reales, resultado de sus ahorros, sudor de su frente, fruto de su trabajo, que tantas privaciones representaba. ¡Santo amor de pa-

dre, que desgarra el alma en su tierna sencillez!

Ya suena la campana que anuncia la salida del tren, y Perico, con el corazón desgarrado, corre a subirse antes que se ponga en movimiento. Joaquina quiere aun volverle a abrazar, pero ya el tren se ha puesto en marcha: lánzase hacia él, sin reflexionar lo que hace, y logra agarrarse al estribo y rozar con sus labios la frente de su hijo; mas las fuerzas le faltan, y despedida como una pelota viene a chocar su cabeza entre la vía.

¿Pero qué le importa a ella, si consiguió dar un último beso a su hijo querido?...

III

Sentado Roque en una piedra de molino enseñaba varias habilidades a un podenco, a quien, en su afán de hacer daño, había cortado el rabo y las orejas.

—Ahí viene un *monarco*—decía, alzando una vara.

Y el perro ladraba, corría de un lado a otro, y agitándose furioso parecía embestir.

—Ahí viene un republicano—decía bajando el palo.

Y el animal llegaba saltando, gruñía mansamente y se acostaba humilde a sus pies

Leíase en el rostro del muchacho el brutal *qué se me da a mí*, hijo de esa falta de delicadeza, que muestra en su frente la insolencia, como una diadema, lo mismo que, como un blasón, suele el vicio llevar ante sí el asqueroso cinismo. Al verle recostado en la pared, caída la faja, que dejaba asomar la camisa, atrás el sombrero y martirizando sin cesar a su pobre perro, hubiérasele notado cierto aire de familia con cuatro marranos, que, importándoseles un bledo las gloriosas ruinas en que dormían, disertaban no lejos de allí sobre las delicias de la vida *confortable* y la nada de las pompas humanas, que, como el castillo de Sidueñas, al fin y al cabo vienen al suelo: dignos seides de la época en que la actualidad borra el recuerdo del ejemplo que enseña, en que la materia ensalzada se atreve a luchar con el espíritu negado, y en que el estómago llega a vencer a la inteligencia, y, lo que es peor, a la conciencia misma.

Joaquina, sentada en el umbral de la puerta, desgranaba unas mazorcas de maíz, y sonreíase de cuando en cuando al ver la estúpida atención que ponía Roque a las habilidades del perro.

—¡Qué arrimado a la cola eres, muchacho!—le dijo al fin.—Si te caes a cuatro pies y te sale un rabo, de seguro que no te levantas.

—Pues así me parió usted; conque suya es la culpa—replicó Roque.

—Verdad que te parí, hijo; y cuando veo que hecho un *jaron* se te pasan las horas muertas sin que hagas nada de provecho...

—¡Me da la gana!—la interrumpió el indómito muchacho.

—Con tu pan te lo comas, hijo, que para ti haces—prosiguió la paciente madre—pero lo digo al tanto de que, mientras tú bigardoneas, está tu padre allá, en el naranjal, trabajando como un negro.

—¿Y quién le manda trabajar?... El que por su gusto se muere, hasta la muerte le sabe.

—En casa del pobre, el día que no se trabaja no se come, y aquí hay muchos a gastarlo, pero a ganar está él solo.

—Pues si quiere que lo mantengan, que se meta en el Asilo, y allí lo mantendrán.

—¡Calla, calla esa boca, que merece picarse para los perros la lengua que tal dice de su padre!... ¿Te enseña eso el mala sombra que te lleva a los *cluns* (clubs), que han de ser tu perdición y la mía?...

—Yo hago lo que me da la real gana, y a usted nada le importa que de mi capa arregle un sayo.

—Me importa, y mucho; que ni la camisa que llevas puesta te pertenece, cuánto menos la voluntad.

—¡Vamos, déjeme usted ya el alma quieta y métase la lengua en un zapato!—contestó Roque, con esa superioridad despreciativa, propia del hijo emancipado, que de las ciudades ha llegado a los campos.

—¡Anda, alma de Caín, que en el infierno te lo dirán de misas!... Los malos hijos viven mal y acaban peor.

—¿Sermón tenemos?... Pues, predícame, padre, que por un oído me entra y por otro me sale—contestó Roque, volviendo la espalda.

Y por mortificar a su madre, alejóse cantando:

Republicana es la luna,
Republicano es el sol,
Republicana mi *jembra*,
Republicano soy yo.

La pobre madre siguió en silencio su tarea, mientras lentas y calladas surcaban sus mejillas las lágrimas que el brusco egoísmo y el mal natural de Roque traían de continuo a sus ojos; y como la memoria es un manantial inagotable de penas, cuando

nos recuerda el amor de una persona que ya no existe o vive lejos de nosotros, aumentaba su pesar, comparando la conducta de Roque con la de su otro hijo Perico, tan amante y tan amado.

—Él volverá, se decía.

Y la esperanza, que es el consuelo de un bien futuro, dulcificaba en su corazón el recuerdo, que es la tristeza de un bien pasado.

Embebida Joaquina en estos tristes pensamientos, no vió a un hombre largo y huesudo, que, subiendo apresuradamente el cerro, llegó a colocarse frente de ella:

—Salud y fraternidad—dijo campanudamente.

—¡Caramba!—exclamó Joaquina sobresaltada—. ¡Qué susto me ha dado usted!...

—¿Tan feo soy que causo miedo?—preguntó el recién venido.

—Como que, si es verdad que el hipo se cura de un susto, con sólo asomar las narices pone usted remedio.

No exageraba Joaquina: cuatro brochazos de Goya hubieran copiado de aquel hombre el tipo del patán, disfrazado con la levita, que odia porque la envidia, como con la piel del león se disfrazaba el asno; del cacique engreído, que, como el tuerto,

es rey en tierra de ciegos; del *propagador de luces*, que, como los fósforos, vende al por menor; y así como éstos ahuman, ennegrecen y no alumbran, este *cerillero intelectual* va manchando las inteligencias y las conciencias del pobre pueblo, que ciego le escucha por cuatro miserables ochavos.

Aquella fisonomía vulgar e insulsa, aquellos ojos bizcos que, practicando el *nosce te ipsum* de los antiguos, de cuando en cuando se escondían para verse por dentro; aquel largo y mugriento gabán con honores de toga romana; aquella corbata verde, roja y blanca, colores de la república, pero de una república tan desteñida, que el verde había pasado de la esperanza al desengaño, el rojo de la púrpura de Tiro al morado de penitencia, y el blanco de la inocente pureza a la inocencia perdida; por último, y sobre todo esto, aquella tremenda cachiporra en que se apoyaba, con el mismo aire seguro con que un ciudadano pacífico se apoyaría en sus *derechos individuales*, diseñaban exactamente al orador federal, no exponiendo, sino empuñando sus argumentos; al amigo de Roque, temido de su madre; al Mefistófeles que le imbuía peligrosas ideas, aconsejándole, en nombre de la patria, hurtar a su padre dineros que, como en el

pozo Airón, donde se entra y no se sale, caían en sus profundos bolsillos.

No es de extrañar, por lo tanto, que con una cara muy semejante a la que pondría San Antonio al diablo, cuando le tentaba en el desierto, le dijese Joaquina:

—¿Qué mal viento le trae a usted por aquí, con esa corbata *apretáa* de hambre?

—El bien de la patria—replicó el federal, con la retumbancia del viento.

—Pues aquí no vive su mercé, con que déjenos de tantos bienes, que no convienen.

—¡Señora! —exclamó el federal, que parecía azorado— basta de cuchufletas necias, y dígame usted dónde anda Roque, que tras él vengo.

—Roque ha *dío* al pueblo a vender la hortaliza, y hasta la noche no vuelve—contestó Joaquina, mintiendo con el aplomo de un diplomático.

—Pues le esperaré, aunque sea hasta mañana.

—Hágalo usted sentado, para no cansarse—replicó Joaquina, levantándose impaciente; y con una caña en la mano fué a recoger una porción de gallinas que vagaban errantes, para ponerlas durante la noche al abrigo de rateros.

Mientras tanto, paseábase el federal por

delante de la torre, volviendo la cara en todas direcciones, parándose a cada instante para escuchar a lo lejos, y mirando con ansiedad hacia el sitio por donde debía de volver Roque. Quiso la fortuna que sus inquietos ojos tropezaran con una lápida de mármol blanco que corona la puerta de la torre, donde se lee: «que el amor a las glorias de su familia hizo al actual Marqués del Castillo (1) emprender la restauración de este monumento histórico».

—¡Oh vanidad de los ricos, que desprecio!... ¡No he de dejar de ti piedra sobre piedra!...—exclamó el federal, parodiando el odio y la espantosa jactancia con que Séneca hace decir a la vengativa Medea: *Medea superest!*—¡Medea, basta!

Pero cortó sus bríos la voz de Joaquina que, con esa malicia y esa profunda intención que usa el pueblo andaluz cuando se burla, cantaba:

La vista recogida
Mucho penetra:
Eso dijo una niña
Porque era tuerta.

—¡No venga usted tirándome pullitas!—gritó el federal colérico, al comprender el sentido de la copla.

—Pues claro está que sé yo de qué pie cojea

(1) El Excmo. Sr. D. Francisco Ponce de León y Villavicencio.

el banco: aquí viene de perilla aquello de *¿por qué no come el neguito pan? Porque non dan.*

—O porque no quiere: que tapando los husillos de mi casa, tengo yo los escudos de armas —replicó el cacique—. ¡Pero más que esos títulos pomposos —añadió sacudiendo su mugriento gabán— valen estos nobles harapos que me cubren!

—¿Con *guindajito y tóo?* —preguntó la chusca Joaquina, señalando con la punta de la caña una redondela de cartón que, a guisa de cruz, traía el federal en el pecho.

Aquella redondela, que metafóricamente era medalla, estaba forrada de papel azul: en su anverso se leía *18 de Setiembre*, y en su reverso *¡Viva el pueblo soberano!* Una cinta de las que llaman *tripilla de pollo* la sostenía; y personificando el quiero y no puedo, imitaba sobre el mugriento gabán una gloriosa cruz en el pecho de un veterano.

—¡Sí, señora, con *guindajito y todo!* — exclamó el cacique furioso—. Esta medalla es un monumento que recordará siempre el triunfo de la Revolución y el heroísmo del pueblo.

—Ea, bien —replicó cachazudamente Joaquina—. Pues lleve usted siempre el paraguas debajo del brazo, porque al primer chaparrón que caiga sobre ese *menumento* me lo desmorona.

—Nada importa que se desmorone; que aquí estoy yo para sostener sus doctrinas.

—Pues vaya usted a *preicar* en un cortijo sin gente, que allí le entenderán.

—Señora: yo, cuando hablo, hago del pueblo lo que quiero.

—¿Y por qué no se hace usted una levita y manda la que trae al hospital, para que la echen en el puchero y suelte la grasa?...

De nuevo iba a contestar el indignado cacique, pero la llegada de Roque le atajó la palabra: traía en la mano una espuerta de habas, y seguíanle hasta media docena de pavos, que ansiosos picaban la espuerta.

—¡Roque, hijo mío! —gritó el cacique, corriendo a él—. Llegó la hora de gritar: ¡Viva la república!

—¡Glu, glu, glu, glu! —clamaron los pavos, asustados por aquellos gritos.

—Compadre, hasta los pavos dicen ¡viva! —replicó Roque, admirándose de encontrar aquellos cofrades que, haciendo abstracción de las plumas, eran, como él, bípedos.

Alarmada Joaquina al ver que el federal y Roque se alejaban por detrás de la torre hablando con misterio, siguiólos lentamente, oculta primero tras un pajar y luego tras un carro, que por tener una rueda rota ya no servía. A las primeras palabras del cacique,

Roque se llevó las manos a la cabeza, como espantado: pareció luego por sus ademanes que aquél trataba de persuadir al muchacho de algo a que mostraba repugnancia, y el viento trajo distintamente a oídos de Joaquina estas palabras: *Causa del pueblo.—Patria. Despotismo de los ricos —Reparto de bienes.*

—¿Y si me pegan un balazo? —contestaba Roque a sus razones.

La pobre madre sintió frío en el corazón, como si aquella bala hubiese ya partido el pecho de su hijo. Pareció al fin Roque ceder a las razones del cacique, y apretándole éste ambas manos con entusiasmo, le dijo:

—¿Conque llevarás tu escopeta y la de tu padre?...

—Sí —contestó Roque—; y con la cabeza baja y el aire taciturno, como si alguna grave idea le preocupara, tomó el camino de la huerta, donde en un sombrajo, hecho a propósito, tenía su cama.

Joaquina no se atrevió a detenerle; entró de nuevo en la torre, e instintivamente fué al sitio en que Miguel acostumbraba a colgar su escopeta. La escopeta no estaba allí, y al salir Miguel no la llevaba; luego Roque la tenía. Una inquieta curiosidad hacía a la pobre madre dar vueltas de un lado a otro, sin dirección fija; sentóse al fin en el umbral

de la puerta y, con la cabeza entre las manos y la vista fija en el suelo, quedó inmóvil. Su imaginación, aguijoneada por la incertidumbre, corría, arrastrando tras sí aquel pobre corazón de madre, estremecido ante las azarosas ideas que lo atormentaban.

Poco a poco se fué el sol, y tras él la luz, y unas después de otras vinieron luego las estrellas; y a medida que las sombras avanzaban, avanzaba también la angustia en el corazón de Joaquina. Llegó Miguel del trabajo, y se metió en la cama después de cenar, serio y taciturno, como tenía de costumbre.

Entonces salió Joaquina a la huerta, y atravesando lo sembrado, dirigióse rápida y calladamente al sombrajo de Roque. Un candil lo alumbraba: Molinera dormía en su cama de estiércol, junto a la hortaliza revuelta y el serón vacío; Roque, sentado en un pitaco, daba aceite, que sacaba de un cuerno, a las llaves de dos escopetas, cuyos limpios cañones brillaban a la luz.

IV

¿Qué haces levantado a estas horas, muchacho? —dijo Joaquina, entrando de repente en el sombrajo.

Roque se levantó de un salto, dejando caer

al suelo las armas, y contestó entre airado y sorprendido:

—¿Y a usted qué le importa?

—¡Por María Santísima, dime qué es esto! —preguntó ansiosa Joaquina, dando con el pie a las escopetas.

—¡Señora!, váyase usted de aquí, o hago un disparate.

—¡No me iré!, ¡no me iré! —gritó la infeliz madre, cayendo en el pitaco que antes ocupaba su hijo.

Roque, sin decir palabra, la cogió por un brazo, y de un fuerte empellón la arrojó fuera.

—¡Pícaro!... ¡pícaro! —gimió Joaquina—; ¡que voy a llamar a tu padre!...

—¡Llámele usted, que para los dos hay! —contestó Roque, amenazándola de nuevo con el puño.

—¡Jesús!, ¡Jesús! —murmuraba Joaquina, huyendo de aquel lugar como de un sitio maldito.

Miguel, dormido hacía largo rato, no sintió a Joaquina que, sin desnudarse, se metió maquinalmente en la cama; pero el dolor y la zozobra ahuyentaban el sueño de sus párpados, y una detrás de otra vió pasar las primeras horas de la noche, con la lentitud de la desgracia, dejando cada cual una arruga en su frente y una herida en su corazón, y

espantosas y terribles, como un peligro que se presagia, se adivina, se ve llegar, y no es posible conjurarlo...

De pronto, se incorporó en el lecho tan bruscamente, que Miguel despertó sobresaltado: su oído alerta oyó aullar el podenco de Roque, y luego unos pasos que, ligeros, se perdían a lo lejos.

—¿Qué tienes que no estás quieta un momento? —preguntó Miguel.

La pobre Joaquina se encogió de nuevo en la cama, y hubiéranse podido oír los latidos de su corazón de madre, que le reventaba en el pecho de dolor, de angustia y de zozobra, por la suerte de su infame hijo. Poco tardó Miguel en dormirse; y Joaquina, deslizándose entonces de la cama, se arrastró hasta la puerta, pero rechinó la llave en la cerradura; Miguel se agitó de nuevo entre sueños, y la infeliz permaneció pegada a la puerta, sufriendo en vida las angustias de la muerte.

Salió al fin al campo: la noche estaba oscura y negra como una mala conciencia y, tropezando en su veloz carrera con árboles y plantas, voló Joaquina al sombrajo de su hijo. Aun ardía el candil pendiente de una estaca; pero su triste reflejo sólo alumbraba aquel recinto vacío.

—¡Roque!, ¡Roque! —llamó Joaquina, en

queda y contenida voz, tendiendo hacia todas partes sus extraviados ojos.

Nadie le contestaba, y sólo se oía, en el silencio de la noche, el ruido de una hoja que caía para morir, y el leve sonido del viento al hacerla su juguete.

—¡Madre mía de mi alma!... ¿dónde está mi hijo? —exclamó, corriendo ciega a los naranjales—. ¡Virgen de los Milagros, vé con él y no le abandones! Y de nuevo volvía a gritar: ¡Roque!, ¡Roque!

—*¡Roque!, ¡Roque!* —repetía el eco en las copas de los naranjos, en tan triste son, que parecía un lamento.

Joaquina corrió al arrecife, y llegó hasta las Cruces, llamando a su hijo; volvió de nuevo al sombrajo, después a la ermita, luego otra vez al camino, y siempre el mismo silencio cruel y la incertidumbre misma. Hasta el amanecer duró aquella espantosa carrera, en que la angustia le daba alas, fuerzas el dolor y la zozobra alientos. Rendida, al fin, volvió a la torre, y se echó en la cama junto a Miguel, que aun no había despertado. Por su extraviado cerebro pasó la idea de despertar a éste y pedirle auxilio en su aflicción; pero ya fuese piedad hacia el pobre viejo, o quizá que sus labios de madre se negasen a acusar a su hijo, encontró fuerzas para sufrir sola, y

esperar a que al rayar el alba Miguel marchase al trabajo.

Entonces tomó precipitadamente el camino de Jerez; varias mujeres y chiquillos que, azorados, huían de allí, se cruzaron con ella en el camino: unas traían colchones, mantas otras, y algunos utensilios de los más necesarios.

Por éstas supo la infeliz madre que desde la víspera se batía la tropa con el pueblo, y que, suspendido el tiroteo por la noche, al amanecer había estallado de nuevo; dijéronle, también, que el regimiento de Málaga había llegado de Cádiz, y en aquel momento entraba en la lucha.

—¡Allí está mi Perico! —gritó la infeliz madre, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Mis hijos!, ¡los hijos de mi alma frente a frente! —decía al correr a Jerez como loca, comprendiendo, al fin, que Roque se hallaba en las barricadas.

Veloz como el rayo subió Joaquina la empinada cuesta que llaman de las *Playas de San Telmo*, dirigiéndose, sin descansar, a la Cruz Vieja, teatro de la lucha: al salir por la calle Galván, una barricada le cortó el paso; varios paisanos la ocupaban, trayendo unos municiones, acarreando otros piedras y losas de las aceras que acababan de arran-

car, y algunos, con las carabinas echadas a la cara, prontos a hacer fuego.

—Señora, ¿qué trae usted aquí? —dijo uno empujando rudamente a la infeliz mujer, que no sabía sino exclamar:

—¡Mis hijos! ¡Mis hijos!

Joaquina volvió atrás sus pasos, procurando, al pasar por otras calles, dar la vuelta a la barricada. Los vecinos, que por las puertas y ventanas entreabiertas seguían curiosamente los pormenores de la lucha, miraban con extrañeza aquella mujer que, desatentada, con el pañolón echado atrás, y llorando desconsoladamente, cruzaba las calles sin miedo a las balas, ni a los atropellos de la tropa, ni al fuego de los paisanos. ¡No sabían que era madre!

—¡Joaquina! —gritó de repente una voz de mujer al entrar ésta en la calle del Molino del Viento.

Paróse la desgraciada en mitad de la calle, volviendo a todas partes sus extraviados ojos, y, no viendo a nadie, siguió su fatigosa carrera; pero una mujer que salió de una casa de vecindad la detuvo por el vestido, exclamando:

—¡Alma de Dios!, ¿dónde vas por ahí, a que te peguen un balazo?...

—¡Mis hijos! —barbotó Joaquina.

Y sin que pudiese articular otra palabra

extendió la mano hacia el sitio en que, ronco y amenazador, retumbaba el tiroteo.

—¡Para eso sirven, para eso sirven los hijos! —gritó aquella mujer, con esa vehemencia de la gente del pueblo—. ¡Ojalá que se ahogaran al nacer, o se muriese una al parirlos!

Varias vecinas salieron de la misma casa y rodearon a Joaquina, que, dejada caer en un montón de piedras, lloraba sin consuelo.

—¡Entrese usted aquí, señora —le decían—, y no tiente a Dios por esas calles!

—¡Yo no tengo sosiego hasta que los encuentre! —gemía Joaquina—. ¡La bala que les alcance a ellos ha de pasarme a mí primero!...

Y como la vehemencia del dolor rechaza las razones, para correr tras la pasión que la excita, arrancóse bruscamente de los brazos que la sostenían. Una de aquellas mujeres tenía en el Cerro-Fuerte un puestecillo de fruta, abandonado desde la noche antes, al empezar el tiroteo; dióle a Joaquina la llave, aconsejándole que, puesta allí al abrigo de las balas, viese si descubría a sus hijos: la pobre mujer se encaminó hacia allá, mientras las vecinas lloraban al verla ir, con ese contagioso desconsuelo que sienten las madres ante la desgracia de otra madre.

Aquella miserable tiendecilla sólo distaba veinte pasos de una barricada que, apoyándo-

se en la magnífica ruina de la casa de Villapanés, cerraba la calle del Cerro Fuerte; del lado de allá estaba la tropa, y del de dentro los paisanos.

Las puertas de la tienda habían sido abiertas de par en par, revuelto su pobre menaje, destrozado el mostrador, y rotos algunos cuadros de santos que colgaban de las paredes; sólo quedó intacta una estampa de la Virgen clavada en la pared, en la cual fijó Joaquina esa mirada desolada del dolor, cuando, agotadas las lágrimas y los sollozos y los gritos, se reconcentra en el pecho, y allí corroe y despedaza en silencio, si la cristiana resignación lo enfrena; pero, cual un torrente de lava, se desborda y tala y destruye cuanto a su paso se opone, si la desesperación impía rompe sus diques.

Joaquina entornó la puerta al sonar los primeros tiros, y, mirando por el hueco, oyó a lo lejos el estruendo de la lucha, que furiosamente se empeñaba, y cual sombras fantásticas veía cruzarse a los combatientes, envueltos en una capa de negro y espeso humo que, al hacerse más compacta, cayó como una cortina por delante de aquel terrible escenario. La tropa tomó, al fin, la barricada, y unos paisanos la esperaron a pie quieto, luchando cuerpo a cuerpo, mientras otros, más cobar-

des, huían abandonando las armas que les acusaban de rebeldes. Aterrada Joaquina al oír que poco a poco se acercaba aquel espantoso estruendo, corrió el cerrojo de la puerta y, sin fuerzas, se dejó caer en el suelo. Resonaron, entonces, a dos pasos de ella las detonaciones de la fusilería, las imprecaciones de los combatientes, los ayes de los heridos, y hasta el ruido de sus cuerpos al caer a tierra; dos balas, una después de otra, pasaron la débil puerta y fueron a clavarse en la pared.

—¡Roque! —gritó de repente una voz con la angustia del que pide a dos pasos de la muerte.

Joaquina se levantó de un salto, tan pálida y tan rígida como lo haría, si pudiese, un cadáver de su tumba.

—¡Roque!... ¡Roque, no tires!, —volvió a gritar la misma voz, aun más angustiada.

Sonó al mismo tiempo un tiro y un ¡ay!, el ruido de un cuerpo al caer, y el crujido del acero al dar una puñalada.

Joaquina se abalanzó a la puerta y la abrió de par en par.

¡Dios del cielo!... Perico, aquel hijo tan querido y tan llorado, yacía sin vida en el suelo, con un puñal clavado en el pecho y en el corazón una bala. En pie, delante de él, estaba Roque: humeaba aún en su mano iz-

quierda una escopeta, y chorreaba la derecha sangre caliente de su hermano... Al ver aparecer a su madre, dió un paso atrás, y su mano crispada dejó en la frente una mancha roja.

—¡Caín! ¡Caín!... ¡En la frente escrito lo llevas! —le gritó Joaquina con la horrible energía de la madre que maldice, y el espantoso dolor de la que ve un hijo muerto y fratricida al otro.

LA RESIGNACIÓN PERFECTA

LA RESIGNACION PERFECTA

I

Lo que vamos a referir no es invención nuestra : es una de esas verdaderas *fábulas ascéticas* que brotan del corazón de ese eminente poeta que se llama *pueblo*, cuando el sentimiento religioso le inspira; exacto regulador que marca al hombre de observación los grados de arraigo y de pureza de las creencias religiosas de quien así sabe sentirlas y expresarlas. En todas las naciones cultas de Europa se estudian y se coleccionan hoy las tradiciones y cantos populares, como medio de conocer la índole de cada pueblo : este mismo estudio, apenas cultivado en España, ha probado, sin embargo, que era el nuestro un gran poeta religioso, a quien inspiraba su robusta fe bellísimas al par que profundas creaciones, que adornan sus creencias sin deslustrar en nada su pureza dogmática.

He aquí cómo nos fué referida esta fábula, por uno de esos poetas campesinos que no se llaman Títiros ni Melibeos, ni apacientan rebaños de blanquísimos corderos. Llamábase

el tío Pellejo, y era de oficio *Mochilero*, es decir, contrabandista al por menor, en toda aquella parte que se extiende desde Gibraltar hasta la serranía de Ronda.

II

Hace muchos años que atravesamos esa parte de la pintoresca Andalucía baja, que no es la Andalucía que recorre el viajero arrastrado vertiginosamente por una locomotora, sin divisar otra cosa que peñascos primero, olivares después, viñedos más tarde, salinas al fin, y el mar por último, que va a besar mansamente la roca en que, cual una blanca gaviota, se posa Cádiz. Esta parte de Andalucía, que arranca de la sierra de Ronda y se extiende hasta las peñas de Gibraltar, es la Andalucía de las quebradas sierras cubiertas de verdes lentiscos; de las ricas tierras de labor; de los sombríos bosques de encinas festoneadas de yedra; de las dehesas sin término, en que se crían las toradas salvajes; de los castillos morunos, que se arruinan cual obras perecederas del hombre, sobre peñascos inaccesibles que, como inmutables obras de Dios, a todo resisten. Accidentado conjunto en que alternan las bellezas de la naturale-

za cultivada, con la bravía majestad de las rocas, los bosques y los torrentes, y de cuya hermosura sólo puede formar idea el que la haya contemplado, como nosotros, repetidas veces, al paso de un caballo, que sólo nuestra voluntad apresuraba o detenía.

En una de estas excursiones, a que nuestras aficiones de joven nos llevaban, nos sirvió de guía el tío Pellejo. Caminábamos una noche de Noviembre con dirección a Algar, pueblo de la sierra, abrigándome yo cuanto podía entre los pliegues de una manta murciana, dispuesta a la usanza de los campesinos andaluces, y sin otro abrigo el tío Pellejo que su *marsellés* remendado, y el peso de sus setenta años.

—¿Qué hora es, tío Pellejo?—pregunté yo de repente, en la imposibilidad de consultar el reloj que llevaba.

El tío Pellejo miró detenidamente a las estrellas, y contestó sin vacilar:

—La una y cuarto.

—Me parece que el reloj de usted se ha parado —dije yo chanceándome.

—Pues no se duerme el Señor que le da cuerda —replicó gravemente el tío Pellejo.

—¿Pero no ve usted que a las doce salimos de la venta del Mimbral, y que por lo menos llevamos ya tres horas de camino?

—Cuarenta y ocho horas tiene el día en que no se come —replicó el tío Pellejo—. A las doce salimos, y ahora es la una y cuarto, sin que haya más dares ni tomares... ¿Ve usted allí las tres hermanas?, prosiguió, señalando las tres estrellas del cinto de Orión; pues cuando se ponen en este tiempo encima de la peña de Tempul, apunta el reloj la una, ni minuto más ni minuto menos. Media hora después, caen la mitad de las lágrimas de la Virgen hacia la sierra de San Cristóbal... Véalas su mercé cómo ya van cayendo.

Y al decir esto me mostraba con el dedo la vía láctea, que empezaba, efectivamente, a ocultarse tras de la sierra indicada.

—¿Y por qué llama usted a esas estrellas lágrimas de la Virgen?—pregunté yo, deseando saber el significado de esto.

—Pues por lo que al pan se le llama pan, y al vino, vino —contestó sencillamente el tío Pellejo—. Ese montón de estrellas está hecho de las lágrimas que derramó María Santísima cuando andaba por el mundo: los ángeles las recogían y Dios las iba colocando en el cielo. ¡Por eso son tantas y son tan hermosas!

Al oír explicar al tío Pellejo con más aplomo que Laplace la formación de la famosa nebulosa, vínosenos a la memoria la fábula de la mitología griega, que inmortalizó el pin-

cel de Rúbens y ensalzan críticos y poetas. ¡Cuánto más hermosa y más poética nos pareció la versión del tío Pellejo, que, si bien no ha encontrado ningún Rúbens que la pinte, ni ningún crítico que la ensalce, habrá conmovido, sin duda, más de un corazón, que se complace en ver en María la madre de los pecadores y el consuelo de los afligidos!

Porque así nos sucedió a nosotros, preguntamos al viejo mochilero:

—¿Quién le ha contado a usted eso, tío Pellejo?

—Pues si eso lo saben hasta los no nacidos... Es como llorar, que todos lo saben y nadie lo aprende... A mí no me lo ha contado *naide;* pero mire usted, señorito, una vez me lo recordó mi mujer, que esté en gloria, casi en este mismo sitio, un poco más hacia la izquierda, allá, camino de Algeciras... ¡Jesucristo!... ¡Doce años han pasado ya, y todavía tengo aquella voz en los oídos!... Yo tenía tres hijos: a los tres les tocó la suerte, y los tres fueron a la guerra del moro... Chana (1) no tenía ya lágrimas que llorar, y ni le iba quedando cara en que *presinarse*... Yo disimulaba; pero tenía un *illo illo* en el cuerpo, que no me dejaba sosegar, y me quedé con más sombra que

(1) Diminutivo de Sebastiana, popular en Andalucía.

una *jiguera negra... ¡Misté* yo, que cuando entraba en mi casa hasta el candil se alegraba!

Una tarde vi llegar al aperador del Cortijo de la Horca: me vió desde lejos con Chana, y por eso me dió un silbido... ¡Más triste me sonó que las trompetas de Semana Santa!... Fuí allá volando, y el corazón no me había engañado: su hijo había vuelto licenciado de Africa, y por él se supo que de los tres míos, había muerto el mayor en la toma de Sierra-Bullones; al segundo lo mató a traición un moro en una trinchera; y el tercero, Sebastián, un mozo tan gallardo que en la sombra se miraba, estaba en el hospital de Algeciras con el cólera morbo... Volví en busca de Chana, y le di la noticia... La mujer se encogió, como si se viera venir encima el torreón de Tempul; los ojos se le desencajaron, y se puso más blanca que un papel.

—Vamos a Algeciras, Cristóbal—me dijo.

Aparejé la burra, y tomamos el camino de San Roque, para coger luego el atajo de Algeciras. La noche se nos vino encima poco más allá de Martelilla: Chana caminaba en la burra, *arrebujáa* en un pañolón, rezando credos y salves. Yo iba detrás echando sapos y culebras, y renegando de cuanto bicho viviente se menea... Yo no era malo: creía en Dios y en la Virgen Santísima, y en cuanto hay que

creer en el mundo; pero aquella pena me había derramado toda la *jié* (hiel) por el cuerpo, y hasta la saliva de la boca me sabía amarga!... De repente tropezó la burra y tiró las alforjas... ¡Me cegué!... me cegué como el toro cuando le pica la cuca, y sucedió lo que sucede cuando el río se sale de madre; que va creciendo, creciendo, y una lloviznilla es la que al fin le hace rebosar... Me cegué y eché una blasfemia.

Chana saltó de la burra como si hubiese oído la trompeta del juicio: se me puso delante más tiesa que un muerto en la sepultura, y me dijo:

—¡Calla esa lengua, Cristóbal!... ¡Calla esa lengua, que bien merece que Dios mate a tu último hijo!

—¿Y por qué hace Dios con nosotros esas tropelías? —grité yo más furioso.

—¡Porque somos pecadores!—contestó con una voz que parecía un juez sentenciando a muerte—. ¡Mira—añadió levantando la mano —a esos puñados de estrellas; mira las lágrimas que costamos a María Santísima!... ¡Cuéntalas si puedes!... ¡Ella las derramó, y nosotros pecamos!...

Yo no sé lo que me pasó entonces; pero el corazón se me salía por la boca, y me fuí quedando atrás, atrás por verme solo. Miraba

yo esas benditas estrellas del cielo, y se me salían por los ojos lágrimas como garbanzos.

—¡Virgen Santísima, que por mí lloraste— decía yo a voces—; ¡si no supe lo que dije!... ¡Madre de pecadores, ampara a esta oveja perdida!... ¡Madre de misericordia, cúbreme con tu manto!... ¡Madre que perdiste un hijo, ten piedad de quien pierde tres de un golpe!...

Llegamos a Algeciras por la mañana, y nos fuimos derechos al hospital: preguntamos a un cabo por Sebastián Pérez, y nos hizo entrar en la oficina del registro. Había allí un sargento, que buscó el nombre en un libro.

—Sebastián Pérez —dijo—; entró el 25 de Mayo... Salió el 1.° de Junio...

—¿Y para dónde ha salido?— preguntó Chana.

—Para el camposanto, con los pies por delante— respondió el sargento.

Sentí que Chana me clavaba las uñas en el brazo, y que temblaba como si tuviese frío de cuartanas.

—Vamos al camposanto— dijo.

Y fuimos al camposanto; pero lo habían ya cerrado, y el conserje no nos quiso abrir. Chana se sentó en el umbral, y por una rendijilla de la puerta miraba allá dentro, dentro, por ver desde lejos la tierra que se comía a su hijo.

Teníamos diez reales, y Chana mandó decir una Misa a la Virgen de los Dolores. Yo me escurrí a la sacristía en busca de un padre cura, y me confesé mientras tanto, llorando hilo a hilo. A la vuelta caminamos siete horas sin hablar.

Al oscurecer me faltó ya hasta el aliento, y me dejé caer junto a un pozo de abrevar ganado. Chana se apeó de la burra y se sentó a mi vera.

—¿Qué haremos ahora, Chana?—pregunté yo, hablando el primero.

Chana levantó la cabeza.

—¿Qué haremos? —dijo—. Lo que dice el Padrenuestro, Cristóbal... *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...*

Yo me eché a llorar como una criatura; porque, aunque era hombre que con una mano paraba una yunta de bueyes, no tenía en el corazón el aguante de aquella santa mujer, que no era mujer de carne y hueso, sino ángel del cielo.

—Cristóbal—me dijo con una voz que parecía cosa del otro mundo—, había un hombre, pobre como nosotros, que se llamaba Juan. Tenía mujer e hija, y labraba un hacecillo de tierra para mantenerlas. La langosta devastaba entonces la campiña, y el infeliz Juan vió con terror que aquella plaga amena-

zaba su sembrado. Fuese derecho al Cristo del Mimbral, y, postrado ante la imagen, pidió auxilio al Señor, que hace madurar los trigos del campo.

—¡Señor! —decía alzando sus cruzadas manos—. ¡Conserva mi cosecha, y la miseria huirá de mi hogar! ¡Preserva mis mieses, y el pan no faltará en la casa de tu siervo!

El Señor no escuchó, sin embargo, las súplicas de Juan, y, tras de la cosecha perdida, llamó a su puerta la miseria.

—¡Cómo ha de ser!— dijo entonces a su esposa—. El Señor nos ha conservado salud y brazos... Él bendecirá nuestro trabajo.

Pero de allí a poco cayó su mujer enferma, y vióse, en breve, a las puertas de la muerte. Juan corrió de nuevo a pedir al Señor, que da y quita la vida, salud para su esposa.

—¡Señor —decía, postrado ante la imagen — salva su vida!... ¡No dejes a mi hija sin madre!... ¡Devuélvele la salud, rayo de sol que ilumina los escasos goces del pobre!

Pero tampoco esta vez escuchó el Señor sus plegarias, y la mujer de Juan murio a los tres días, dejando solo a su marido y huérfana a su hija.

De allí a poco se declaró en la niña la misma enfermedad de la madre, y Juan corrió más angustiado que nunca ante el devoto Cristo.

—¡Señor! —decía, apoyando su frente en la reja—; ¡salva a mi hija!... Anciano soy y desvalido. ¿Qué haré yo solo, como árbol sin ramas y sin fruto?...

Juan volvió a su casa esperanzado: acercóse a la cama de su hija y la vió inmóvil; palpó su frente y la encontró yerta; tocó su corazón y ya no latía... Pidió, entonces, de limosna, una mortaja blanca: hizo un ataúd con las tablas de su propio lecho, y le dió él mismo sepultura a los pies de su madre.

—¡Perdí mi cosecha!... ¡Perdí mi mujer!... ¡Perdí mi hija!... pensaba Juan, volviendo a su hogar solitario. El Señor no quiere que le pida nada... ¡Nada le pediré!...

Y diariamente seguía yendo a la capilla, se arrodillaba humilde ante el Cristo, cruzaba paciente las manos, bajaba sumiso la cabeza, y ya no pidió jamás, ya no suplicó nunca. Sólo decía aquel modelo de cristianos:

—¡Señor, aquí está Juan!...

Murió Juan al cabo, y su buena alma llegó a las puertas del cielo: allí se arrodilló para rezar por vez postrera su oración cotidiana.

—¡Señor, aquí está Juan! —dijo.

Y las puertas del cielo se abrieron ante él de par en par...

El tío Pellejo, al acabar su relación, guar-

do silencio. La oscuridad nos impedía ver si lloraba.

—¿Y qué ha sido de Chana? —le pregunté al fin, por apartarle de aquellos tristes recuerdos.

—A Chana le pasó lo que al caballo viejo; que no resiste tres días de verde —me contestó—. Desde entonces hincó la cabeza en tierra, y no la volvió a levantar nunca. Corazón le sobraba; pero el cuerpo se le iba solo a la sepultura, y tres meses después estaba en la eternidad con sus tres hijos. ¡Yo me quedé solo, señorito; solo!... Solo y sin más hato que el de la botella, el tapón y la guita... Dejé el contrabando, porque dicen que de contrabandista a ladrón no hay más que un paso, y no deja de ser verdad. Trabajo cuando hay en qué, y cuando no hay, nunca me niegan un pedazo de pan por estos cortijos. Acompaño a los señores cuando vienen a tirar jabalíes, y siempre que paso por el Cristo del Mimbral me asomo a la capilla y le digo:

—¡Señor, aquí está el tío Pellejo!... ¡Setenta años tengo ya!... ¡Señor! no se os olvide...

III

Este era el antiguo pobre de España. La historia de Juan es, como antes dijimos, una bellísima *fábula ascética* que prueba el grado tan perfecto en que concebía su autor, que es ese mismo pobre de España, la difícil virtud de la resignación. El ejemplo de Chana y el tío Pellejo, que es un hecho verdadero, prueba por su parte con cuánta fidelidad practicaba lo que con tan subida perfección sentía.

Hoy ha desaparecido todo esto : el mismo tío Pellejo era, en el tiempo en que le conocimos, un resto casi fósil de aquel antiguo pueblo español, que ha dejado de existir, para dar lugar al pueblo del socialismo y de la *mano negra*...

¿Qué ha pasado por España, Dios mío?...

¿Qué viento asolador ha arrancado a este pobre pueblo su robusta fe y sus sencillas creencias, como arranca el huracán la poderosa vid que vivifica, y las suaves enredaderas que embellecen?... Es cierto que ha pasado una revolución impía. Es cierto que han pasado los seides del socialismo arrancando del corazón del pobre, para sembrar el ger-

men de la terrible rebelión, aquella alegre conformidad que dice sonriendo: *hágase tu voluntad;* aquella bendita falta de ambición que sólo pide el *pan nuestro de cada día;* aquel honrado amor al trabajo, que es el constante centinela de la virtud; aquella santa fe religiosa que todo lo abarca, que todo lo compendia, que todo lo consagra... que todo lo asegura!...

Pero también es cierto que a veces se combinan varias causas para producir un mismo efecto, y a ninguna de estas causas puede dejar de combatir el que trata no sólo de lamentar el mal, sino también de remediarlo. Por eso es necesario analizar si esa revolución impía y esas doctrinas disolventes encontraron al pobre *resignado*, amparado en brazos de su hermano, el rico *caritativo*. Porque la *resignación* del uno ha de apoyarse en la *caridad* del otro, por ser ambas virtudes sagrados deberes impuestos por Dios, para mantener y dulcificar el orden admirable de su Providencia.

Y nótense bien estas palabras de un famoso autor contemporáneo: «Al perder el pobre la paciencia que le infundía la caridad, ha perdido la esperanza; y al perder la esperanza, es cuando ha sentido, en toda su brutal plenitud, el derecho de la fuerza».

Por eso preguntamos nosotros : ¿qué faltó primero en España?... ¿la caridad del poderoso o la resignación del desvalido? . . .

. . . . . .

Lector : si eres rico, haz esta pregunta a tu conciencia, y medita luego la respuesta y el remedio al pie de aquella imagen de Cristo, que oía repetir en otros tiempos al humilde pobre de España :

—¡Señor, aquí está Juan!

MEDIO JUAN
Y JUAN Y MEDIO

MEDIO JUAN Y JUAN Y MEDIO

(EPISODIO DE 1812)

¿Y qué nos hacemos ahora con este pueblo descatolizado?... Volverlo a catolizar con la enseñanza, con la caridad, con el ejemplo.

I

UNA de las primeras víctimas de la fiebre amarilla del año 20 fué, en Sanlúcar, un pobre carbonero, llamado Juan Barragán. Vivía en una miserable tiendecilla del barrio alto, ejerciendo su industria en compañía de su compadre y asociado Juan Chanca.

Arrojaron su cuerpo en la fosa común, y unas cuantas espuertas de tierra hicieron desaparecer su persona al par que su memoria. La oscuridad tiene sus ventajas, y el olvido, después de la muerte, no es la más pequeña de ellas en un país como el nuestro, en que no siempre se observa aquella sabia ley de Solón que prohibía tachar la fama de los muertos.

A pesar de su insignificancia, Juan Barragán mereció los honores de la celebridad; pero cada talento especial requiere su época,

y Juan Barragán se adelantó a la suya. Hércules, en el siglo XIX, hubiese sido, a lo más, un maestro de gimnasia, y los siglos mitológicos llorarían la falta de su Amadís de Gaula. Juan Barragán, nacido en nuestros días, hubiera llegado a ser ministro de Hacienda; pero nació en los pasados, y no pudo salir de su oficio primitivo: carbonero y prestamista. Su ingrata época no añadió a su nombre ningún retumbante título; sólo tuvo para aquel genio desperdiciado, para aquel brillante sin reflejos, porque ningún rayo de la actual civilización vino a herirle, el apodo de *Medio Juan*, que por su endeblez física le daban.

Medio Juan tenía conciencia de su debilidad, y como en su nombre, creíase en su persona incompleto. Pero Dios, que nunca deja mancas sus obras, le sugerió la idea de buscar un complemento en su compadre Juan Chanca, que por su colosal talla era llamado en el pueblo *Juan y Medio*.

Así, pues, el Juan falto buscó y halló en el Juan sobrante el apoyo que el alma encuentra en el cuerpo; era lo bastante matemático para comprender que

$$\frac{1}{2} \text{ Juan} + 1 \text{ Juan } \frac{1}{2} = 2 \text{ Juanes.}$$

Era Medio Juan, en la sociedad creada, la inteligencia que medita y plantea; Juan y Medio la fuerza bruta que vence obstáculos y

pone en práctica. El uno, sin salir de la tienda, procuraba engañar a todo bicho viviente, incluso a su asociado; el otro era siempre el editor responsable, la última razón que alegaba Medio Juan en las continuas pendencias que sostenía con sus marchantes y deudores.

Pero, a pesar de que el primero tenía sobre el segundo la ventajosa diferencia que el espíritu tiene sobre la materia, nunca pudo hacerle víctima de sus enredos. A la superioridad ladina de Medio Juan la enfrenaba su endeblez física; y la inferioridad intelectual de Juan y Medio se apoyaba en la exagerada desconfianza del estúpido, que siempre se cree engañado, y en la salvaguardia de sus puños, que de un solo golpe atontaban una res.

En la noche del 25 de Agosto de 1812, la sociedad liquidaba cuentas. La puerta se hallaba asegurada por dentro con una enorme tranca, y sobre el mostrador había un velón de metal, con una sola de sus cuatro piqueras encendida. Medio Juan, sucio por el abandono, y por el carbón tiznado, cotejaba una porción de papeles cubiertos de colosales números, y, murmurando cifras y guarismos, iba apilando las monedas de un gran montón de dinero que ante sí tenía. Juan y Medio, con los codos apoyados en el mostrador, y en ambas manos la cabeza, miraba con marcada descon-

fianza, ora las cuentas en los papeles escritas, ora la fisonomía astuta de su compañero, ya las monedas que poco a poco se iban apilando unas sobre otras.

Había aquella noche descargado en Sanlúcar una tormenta espantosa, que amenazaba arrancarlo de cimientos: torrentes de lluvia caían del barrio alto al bajo, amenazando inundarlo, y el mar subía también hacia allí, bramando, como una fiera hambrienta que pide su presa. La lluvia había apagado alguno que otro farol que ardía en las calles ante una imagen; las nubes ocultaban las estrellas del cielo, y sólo de cuando en cuando un relámpago hacía ver las primeras, desiertas, y el segundo, encapotado.

Mas no era la tormenta la sola causa que producía en Sanlúcar aquella soledad en las calles y aquel silencio en las casas. El mariscal Soult había levantado el sitio de Cádiz, y los franceses se retiraban. Un destacamento de éstos, que se hallaba en el pueblo, debía de partir aquella noche, y temerosos los vecinos de que los franceses celebrasen su marcha con escenas de robos y pillaje, había cada cual cerrado su puerta, escondido los dineros y alhajas, y preparádose a la defensa. En el barrio alto, no por estar avecindado en lo general por gente pobre, dejaba de observarse la mis-

ma silenciosa alarma : ni una luz, ni una puerta abierta, ni la menor señal de persona viviente se notaba que pudiese demostrar no ser aquélla una población de muertos. Sólo la carbonería de los dos Juanes dejaba escapar, por la cerradura y rendijas de su desquiciada puerta, algunos reflejos de tenue luz.

—A treinta y dos duros, trece reales y un piquillo de seis cuartos partimos, compadre —dijo al fin Medio Juan, colocando detrás de su oreja la colosal pluma de ave de que se servía—. Y alargando a su asociado las enmarañadas cuentas, añadió :

—Aquí están los papeles que lo cantan.

Tomó éstos Juan y Medio, y después de mirarlos por todos lados los arrojó sobre el mostrador, meneando la cabeza.

—Y no entiendo estas cuentas ni estas pláticas—dijo.

—¿Y qué le hago yo, compadre?... ¿Acaso sabe usted algo más que arrear borricos?

—Pues cate usted, porque sé también que al burro tonto lo mete en vereda el arriero loco —replicó Juan y Medio, mirando fijamente a su compadre.

—¿Pero qué cuenta es la que usted entiende, señor? —dijo Medio Juan, bajando los ojos ante los de su temible asociado.

—Una entiendo, y es la del cabrero.

—¡Ya!... cabra fuera, peso duro en la montera... Pues ajústela usted pronto; que agua ha de ser esa cuenta si es más clara que la mía.

Juan y Medio colocó su ancha y musculosa mano sobre el montón de pesos duros, y preguntó a su compadre:

—¿Qué son éstos?...

Miróle Medio Juan admirado, y, creyendo que se burlaba de él, contestó mohino:

—Berenjenas.

—¿Todas?...

—*Toitas*.

—*Mu* bien hablado, compadre... ¿Y usted quién es?

—¿Yo?...

—¡Usted!

—¡Un pícaro! —dijo Medio Juan, dándose por ofendido de la desconfianza de su compadre.

—Y yo un pícaro y medio —contestó éste sin inmutarse—. Conque cate usted aquí mi cuenta.

Y acompañando con la acción la palabra, fué diciendo:

—Una berenjena para el pícaro, y otra para el pícaro y medio... Una para el pícaro, otra para el pícaro y medio...

Medio Juan le miraba hacer, royéndose las uñas en silencio, y apilaba las monedas que,

con el nombre de berenjenas, le iba entregando su compadre. De repente sonó un fuerte golpe en la puerta, que hizo crujir sus mal unidas tablas. Medio Juan dió un salto en la silla, extendiendo ambas manos sobre el montón de dinero, y Juan y Medio levantó vivamente la cabeza, empuñando, sin decir palabra, un trabuco naranjero que en un rincón se hallaba. Reinó un corto silencio, interrumpido sólo por el recio golpear de la lluvia que caía a torrentes. Un nuevo golpe, seguido de otro aun más fuerte que el primero, hizo a Medio Juan saltar, azorado, de su asiento, y a Juan y Medio dar un paso hacia la puerta, montando antes el trabuco.

—¿Quién va? —preguntó en recia voz, mientras Medio Juan le cogía por un brazo, murmurando angustiado :

—¡Pare usted, compadre!... ¡pare usted, que nos perdemos!...

Y, tan rápida como calladamente, sepultó el dinero en el fondo de una espuerta, que llenó luego de carbón; después apagó la luz de un soplo.

Quedó la miserable tiendecilla alumbrada solamente por una candileja que ardía en la pared ante una estampa de la Virgen, cuya moribunda luz prestaba a los objetos una movilidad fantástica. Medio Juan aprovechó esta

oscuridad para remover en el fondo de la espuerta, ya fuese guiado por sus instintos rapaces, ya con objeto de ocultar mejor el dinero; pero Juan y Medio, que no le perdía de vista, le atrajo hacia sí bruscamente, diciendo:

—¡Deje usted quieta la espuerta, compadre!

—¡Señor, por María Santísima! —murmuró éste— si iba a ponerla mejor...

Oyóse entonces en la calle un murmullo de voces que el ruido de la lluvia hacía ininteligible, seguido de nuevos y cada vez más fuertes porrazos en la puerta. De repente gritó una voz ronca y malhumorada:

¡Eh quoi donc!... ¡Enfoncez la porte! (1).

—¡Los franchutes! —exclamó Medio Juan, despavorido, llevándose las manos a la cabeza.

—¡Los franchutes! —repitió Juan y Medio, abriendo de par en par la puerta, sin soltar por eso a su compadre.

II

Una fuerte bocanada de viento y de lluvia penetró en la tienda al abrir Juan y Medio la puerta: la ya moribunda luz de la candileja se

(1) ¡Y bien!... ¡Echad abajo la puerta!

apagó instantáneamente, y las cuentas de Medio Juan volaron de un lado a otro. Al mismo tiempo vieron ambos compadres precipitarse en la tienda cuatro soldados franceses, envueltos en largos capotes que chorreaban agua por todas partes.

—¡Eh!... ¡cristiano!... ¡abra usted los ojos! —gritó Juan y Medio, rechazando bruscamente a uno de ellos que con él había tropezado.

El francés perdió el equilibrio y cayó sentado en el suelo, jurando y blasfemando en su idioma, y amenazando a Juan y Medio con ambos puños. Apaciguáronle sus compañeros, mientras Medio Juan temblaba como un azogado y Juan y Medio se replegaba contra la pared dispuesto a hacer uso de su trabuco.

Pero los franceses, que parecían venir de paz, se limitaron a examinar las paredes de la tiendecilla, como si buscasen alguna salida, a la luz de una linterna que uno de ellos traía; cambiaron luego entre sí algunas palabras en su idioma, y acercándose a Medio Juan el sargento que los capitaneaba, le preguntó :

—¿Los *boricos?*...

—¿Los borricos? —repitió éste.

—Allí asoman las orejas —dijo Juan y Medio, señalando la sombra de los morriones franceses, que se proyectaba en la pared.

Volvió el sargento la cabeza hacia el sitio indicado, y ya fuera que no entendiese la maliciosa salida de Juan y Medio, o que la prudencia le aconsejara quizá huir de réplicas peligrosas, tornó a preguntar al primero :

—¿Dónde están tus *boricos?*

—¿Mis borricos, señor? —contestó Medio Juan—. ¡Si yo no tengo ninguno!...

—El francés hizo una señal de duda, y Medio Juan continuó humildemente :

—¡Créame su mercé, por la gloria de mi madre!... ¡Yo soy un pobre infeliz, que no tiene más que estos cuatro ciscos para ganarse la vida!

—Dame a mi tus *boricos* —replicaba el francés, impaciente; *le* capitán lo *comanda*.

—¡Señor, por María Santísima! —gritaba Medio Juan—. ¡Que me parta ahora mismo un rayo si tengo yo un *ruchillo* siquiera!...

—¡Lo que era menester que lo partiera a usted por gallina!— exclamó de repente Juan y Medio, dando un empujón a su compadre. Y, adelantándose hacia el francés, le dijo colérico :

—¡Los borricos están en la cuadra, y al amo lo tiene usted delante!... Conque ¿qué se ofrece?

—¡No lo crea usted, señor! —gimió Medio Juan, cada vez más angustiado—. ¡Aquí no

hay más borrico que ese hombre, que va a ser mi perdición!

—¡Calle usted la boca, compadre, y sáquese la vergüenza, si es que la tiene escondida! —replicó Juan y Medio—. Y volviéndose hacia el francés, que ya empezaba a incomodarse, añadió :

—¿Se sabrá lo que usted quiere?

—*Yo* quiero que tú me *donnes* los *boricos*.

—Pues a mi no me da la real gana de dárselos.

—¿*Et* por qué? —exclamó el francés, colérico al par que sorprendido de semejante arrogancia.

—¡Porque a mis bestias no les calienta el lomo ningún franchute, más que fuese el mismo Pepe Botella!

Al oír esto los franceses echaron mano a sus armas, y Juan y Medio levantó el trabuco dispuesto a disparar un tiro al primero que diese un paso adelante. Medio Juan se refugió en un rincón, mesándose los pelos y gritando angustiado :

—¡Compadre, no sea usted bruto!...

En este momento apareció en la puerta un oficial francés, seguido de otros cuantos soldados, y los que se hallaban en la tienda bajaron al punto las armas. El sargento habló en su idioma con el recién venido, señalando

a los dos Juanes, de los cuales el uno se mantenía en guardia con su trabuco montado, y el otro salía de debajo del mostrador al ver ya la paz restablecida.

Acercóse entonces el oficial francés a Juan y Medio, y, con los mejores modos y en español correcto, le dijo :

—Oiga usted, amigo; yo no vengo a robarle sus borricos... Quiero tan sólo que me los alquile para llevar a Jerez, esta misma noche, unos barriles de pólvora.

—¿Lo ve usted, compadre, cómo sus mercedes no venían a ninguna *tropilía?* —dijo Medio Juan, acercándose.

—Se pagará bien y adelantado —añadió el francés, metiendo la mano en el bolsillo.

—¡Ni que me dieran mi peso en oro sirvo yo a franceses! —contestó Juan y Medio fieramente.

—No le haga caso su mercé, que este hombre no sabe lo que se dice —dijo Medio Juan—. Entiéndase usted conmigo, que yo le llevaré hasta el fin del mundo.

—¿Cuántos burros hay? —preguntó el francés.

—Tres, y la liviana (1) cuatro.

---

(1) La burra más ligera, que sirve de guía en la recua.

—Bastan los tres... Usted vendrá con nosotros.

—Como su mercé mande.

El oficial, que parecía intranquilo, dió a Medio Juan tres monedas de oro, diciendo:

Tome usted por ahora, y no perdamos tiempo.

Al ver brillar el dinero, Juan y Medio bajó el trabuco, y dió un paso hacia su socio.

—Compadre, usted cerrará la puerta —le dijo éste, indicándole con un expresivo guiño el sitio en que había escondido el dinero.

—Yo voy con usted —contestó Juan y Medio.

—¿Pues no decía usted que no quería venir?

—Y ahora digo que voy.

—Compadre, tiene usted más pareceres que un abogado —dijo Medio Juan, encogiéndose de hombros, porque sabía que toda discusión era inútil.

Frente por frente de la casa había un establo, donde se hallaban los borricos; en un momento estuvieron éstos aparejados con cabezón y albarda, y cubiertos ambos carboneros con sus sayales de paño burdo, que los preservaban en parte de la lluvia. Juan y Medio no había soltado su trabuco, ni ayuda-

do en lo más mínimo a su compadre, que con una actividad maravillosa todo lo disponía.

—Deje usted esa escopeta —dijo al Hércules el oficial.

—No, señor —replicó Juan y Medio—. Ésta es mi mujer, y dondequiera que yo voy viene conmigo.

Entonces preguntó Medio Juan tímidamente :

—¿Y adónde vamos?

—Al castillo —le contestaron.

La caravana se puso en marcha, bajando del barrio alto al bajo, y tomando entonces el camino del castillo, situado en la playa, a un cuarto de hora del pueblo. Causaba ese terror que inspira siempre lo misterioso y desconocido ver atravesar aquellos hombres encapotados las desiertas calles, marchando lentamente, porque el tardo paso de los burros no les permitía caminar más a prisa, y sin que la tempestad los aterrase, ni los truenos les impusiesen, ni la lluvia que caía a torrentes les hiciera apresurar el paso.

A veces, cuando el viento cesaba de mugir y los truenos no retumbaban, dominaba el ruido de la lluvia el tardo y acompasado andar de los franceses, que producía un extraño y pavoroso efecto. Solía entonces abrirse lentamente alguna que otra ventana, y el recio

golpear de la lluvia impedía llegasen a oídos de los extranjeros las maldiciones e injurias con que los vecinos celebraban su partida. De una casa situada a la salida del barrio bajo dispararon un tiro, cuya bala pasó rozando el alto morrión del sargento.

La playa presentaba un aspecto de terrible grandeza, a la que la noche prestaba el sentimiento de terror que inspira: distinguíase hacia el lado del mar enormes masas negras, que ora se alzaban, ora caían mugiendo horriblemente; y entre el ronco estruendo de los truenos y el espantoso bramar de las olas, oíase a intervalos, como un grito de angustia entre el fragor de una batalla, el lúgubre son del caracol que sirve de seña a los pescadores, a quienes la necesidad empuja y el miedo no arredra, y que navegan confiados en el faro, que al presentar sus distintas fases aparece ya amarillo como la palidez del espanto, ya rojo como los tintes de la sangre fresca, ya verde cual una esperanza viva que anima y consuela y hace cerrar los ojos para salir sin temor al encuentro del porvenir.

A veces, cuando un relámpago iluminaba aquella escena de la naturaleza, espantosamente sublime, se veía dibujarse sobre su luz rojiza la negra silueta del castillo que, desafiando al cielo y arrollando al mar, se ade-

lanta por entre sus olas como un valiente para gritar:—¿Quién vive?— al atrevido que osa acercarse.

En el primer patio del castillo se hallaba el resto del destacamento francés, custodiando seis barriles cuidadosamente envueltos en cubiertas de empleita. Los soldados ayudaron a Medio Juan a cargar cada uno de los borricos con dos de aquellos misteriosos barriles, que ataron sobre las albardas con fuertes cordeles. Juan y Medio, apoyado en su trabuco, los miraba hacer sin prestarles auxilio de ningún género.

De pronto, al levantar trabajosamente del suelo uno de aquellos barriles, dijo Medio Juan, cruzando con su compañero una mirada rápida cual un relámpago :

—Más pesan que si estuvieran llenos de oro...

—¡Ya está acá! —murmuró Juan y Medio, sin moverse de su sitio.

—*¡Allons!... ¡la nuit s'en va!...* —dijo un oficial anciano, a quien todos prestaban obediencia.

Los franceses abandonaron por fin el castillo, dirigiéndose hacia un espesísimo pinar que nacía en la misma playa. Cerraban la marcha ambos oficiales montados a caballo, y volviendo a cada instante los rostros hacia

atrás, como si esperasen algo. De repente sonó una detonación espantosa, que los ecos de las olas prolongaron: los fugitivos se detuvieron aterrados, volviendo los ojos hacia el castillo, y al reflejo de una inmensa hoguera que la copiosa lluvia no era bastante a apagar, vieron volar aquellas erguidas torres que amenazaban al cielo y caer aquellos robustos muros que resistían al mar. La tempestad enmudeció por un momento, como asombrada de que el hombre destruyese lo que respetaba ella misma: sonó entonces una risa de demonio, y el francés viejo gritó:—*¡¡Allons!! Ç'est la France qui vous dit ¡Adieu!...* (1).

III

Era el intento de los franceses reunirse con la columna del mariscal Soult antes del amanecer, hora en que debía de llegar aquélla a Jerez de la Frontera: tomaron para esto un

(1) ¡¡Vamos!!... Es Francia que os dice ¡Adiós!...
No es nuestro ánimo imputar los hechos vandálicos cometidos en España por los invasores de aquella época a los hijos de la noble y desgraciada Francia, a quien tan de corazón amamos y admiramos. Sólo es responsable de ellos aquel ejército de advenedizos de todas las naciones que trajo a nuestra patria el gran bandolero de tronos y coronas, Napoleón Bonaparte.

atajo que, según Medio Juan, que conocía palmo a palmo todo aquel terreno, ahorraba gran trecho de camino. No era ésta, sin embargo, la razón que había movido a Medio Juan a guiarlos por aquella senda: harto había comprendido el ladino carbonero que no era pólvora, sino oro, lo que en aquellos barriles se custodiaba; y atraída su codicia hacia aquel tesoro, con la fuerza irresistible con que el imán atrae al acero, formó al punto el temerario proyecto de apropiárselo en todo, o en parte al menos. Determinó por el pronto llevarlos por aquel camino, no más corto, sino más difícil y escabroso, para que la misma dificultad de la marcha le dejase obrar más libremente; después comenzó a coordinar su plan, dando vueltas a su idea con la misma ansia con que las da el gato en torno del pernil que contempla desde el suelo colgado en alto.

Juan y Medio participaba también de la sospecha y de los deseos de su compadre; incapaz, sin embargo, de llevar a cabo ninguna empresa de otro modo que a estacazos, ponía todas sus esperanzas en el ingenio de su compañero, esperándolo todo de su inventiva y temiéndolo todo de su bellaquería.

Dos horas caminó el destacamento aguantando la copiosa lluvia que caía, y hundién-

dose hasta las rodillas en el barro del camino. Marchaban en medio ambos compadres llevando del diestro los borricos, y rodeados de soldados que, no obstante la oscuridad, incesantemente los vigilaban. Descomponía a veces el orden de marcha la misma dificultad del camino, y éstas eran las ocasiones que acechaba Medio Juan para cruzar rápidamente con su compañero algunas palabras.

—Compadre, ¿tiene usted ahí una navajilla? —le dijo, de repente, en voz baja.

—¿Para qué la quiere usted? —contestó Juan y Medio, desconfiando siempre.

—¡Si será *pa* afeitarme, caramba! —replicó Medio Juan, comprimiendo la ira—. ¡Deme usted una navajilla, y dos de esos barriles son nuestros!...

Juan y Medio sacó de su faja una pequeña navaja y se la entregó a tientas a su compadre. Éste detuvo un poco el paso hasta colocarse junto al último de los borricos, y siguió caminando en silencio; la lluvia había cesado, y un fuerte viento desunía las nubes, dejando aparecer alguna que otra estrella. A poco comenzó Medio Juan a cantar, primero entre dientes y luego en voz alta, algunas coplas andaluzas. Mientras tanto, iba desatando con el mayor disimulo el ronzal del borrico : ató luego uno de sus extremos a

una pata delantera del animal, y tomando el otro cabo se acercó a Juan y Medio.

—Tome usted esta cuerda, compadre —le dijo—. Antes de diez minutos llegamos al Salado... En cuanto cante yo la copla *La buena de mi suegra*, *jale* de la cuerda con fuerza para que caiga el borrico... y adelante sin pestañear... ¡Mucho ojo, compadre, por María Santísima!... *jale* usted en cuanto remate la copla... y si no la remato, quieto hasta que la remate... ¿Está usted impuesto?

—Sí, señor —respondió Juan y Medio.

—¡Pues mucho ojo, compadre!... *Misté* que la cabeza nos *fie* (hiede) ya a pólvora francesa!...

Luego se subió de un brinco en el borrico, como si estuviese cansado de caminar, y se puso a cortar con la navaja las fuertes cuerdas que mantenían pendientes ambos barriles a uno y otro lado de la albarda.

Oíase ya, en efecto, el ruido de un arroyo que, acrecentado por las lluvias, se deslizaba más turbulento que de costumbre por su lecho de arenas y guijarros. Podíase, sin embargo, vadear fácilmente por aquella parte, adonde tan sólo llegaba el agua muy por debajo de la rodilla de un hombre. Aquel arroyo era el Salado.

Medio Juan seguía montado en el burro,

entonando de cuando en cuando sus coplas, sin que extrañase esto a los franceses, conocedores ya de esta costumbre tan general y constante entre el pueblo de Andalucía. Había calculado Medio Juan tan exactamente el tiempo necesario para cortar los cordeles, que al entrar los borricos en el vado estaba ya la obra terminada. Entonces comenzó a cantar:

La buena de mi suegra
Me dió unas medias...
Cada vez que reñimos
Me quedo en piernas.

Al terminar el último verso, Juan y Medio tiró de la cuerda, y el burro cayó en mitad del vado, ahogando con su ruido al caer en el agua el que produjeron ambos barriles al caer a la vez en el fondo, en donde quedaron clavados por su propio peso, sin que la corriente tuviese fuerza para arrastrarlos. Al mismo tiempo hundió Medio Juan la navaja en las ancas del burro, y libre ya éste de la carga y hostigado por aquel terrible aguijón, se levantó instantáneamente, arrastrando a su dueño a la otra orilla del arroyo.

Fué toda esta maniobra tan rápida y hábilmente ejecutada, que los franceses pasaron el vado y siguieron su camino, sin notar que uno de los burros caminaba ya sin carga. Medio Juan juraba y renegaba del baño a que

le había obligado la caída del borrico, y los franceses se reían de sus juramentos, no extrañándose de que el mal humor le hubiese hecho cesar en sus cantos. Caminaron todavía cerca de media hora, hasta llegar a un estrecho callejón, guarnecido a derecha e izquierda de espesos vallados de tunas y pitas, que, según Medio Juan aseguraba, iba a desembocar en la carretera, a una legua larga de Jerez; allí pensaban los franceses esperar hasta el alba la llegada de la columna que el mariscal Soult mandaba.

Al entrar en el callejón cambiaron rápidamente los dos compadres algunas palabras. Era el callejón largo, y de tal manera estrecho, que los dos espesos vallados llegaban a unirse en lo alto, formando una especie de bóveda que presentaba por todas partes las punzantes espinas de las tunas. Veíanse forzados los franceses para evitarlas a caminar casi en hilera, buscando siempre a tientas el centro del callejón, y guiados por el sonido de los cencerros que los burros llevaban. Medio Juan caminaba arrimado al vallado de la izquierda, procurando evitar las espinas, al mismo tiempo que parecía buscar en él algo con una varilla que llevaba en la mano. Detrás venía su compadre.

De repente desaparecieron ambos Juanes

en el vallado, cual si se los hubiese tragado la tierra : habíanse entrado por un portillo conocido de ellos, y se hallaban en el interior del viñedo, que el vallado defendía. Aquel era el instante del peligro; diez minutos permanecieron ambos compadres inmóviles, conteniendo hasta la respiración, empuñando Juan y Medio su trabuco, que no había abandonado, y escondiéndose Medio Juan tras las fornidas espaldas de su socio. Pasó al fin todo el destacamento sin notar la falta de los carboneros, y fuese perdiendo a lo lejos el rumor de los pasos y el eco de los cencerros, que resonaban pausadamente.

Entonces dijo Medio Juan, resollando con fuerza :

—¡Compadre!... ¡dese usted con los talones en el cogote, si no quiere que los franchutes le *afusilen!*...

Y, corriendo desoladamente, atravesaron el viñedo por la parte opuesta, volviendo en menos de media hora al vado del arroyo. A tientas buscaron y hallaron los dos barriles, cuyo peso les hacia resistir a la corriente, como Medio Juan había previsto. Rodáronlos, con gran trabajo, hasta una alcantarilla arruinada, distante un tiro de piedra, y los escondieron en una cavidad en que los trajinantes y contrabandistas solían hacer fuego,

y ellos mismos lo habían hecho repetidas veces.

Entonces se separaron ambos compadres: Juan y Medio había de permanecer por las cercanías hasta la noche siguiente, guardando el escondite; Medio Juan había de ir a Sanlúcar a informarse de si los franceses se habían definitivamente retirado, y volver a la noche con la burra que les quedaba para trasladar al pueblo el misterioso tesoro.

Al partir Medio Juan le detuvo Juan y Medio por un brazo.

—¡Compadre! —le dijo— como toque usted a la espuerta que quedó allí con el dinero le pego un palo en la nuez que no lo cuenta...

—¡Que no reventara usted de desconfiado! —exclamó Medio Juan ofendido—. Pierda usted cuidado, que no muerde la burra el pesebre cuando le echan cebada.

Juan y Medio se sentó encima del escondite, y Medio Juan tomó el camino del pueblo con una agilidad que maravillaba en su raquítica naturaleza. A poco le oía su compadre cantar a lo lejos, con una tonada de la época:

Franceses vienen por tierra,
Franceses vienen por mar.
¡Ja, ja, qué risa me da!
¡Ja, ja, qué risa me da!

IV

Cuando Medio Juan llegó a Sanlúcar estaba ya muy entrado el día, y la gente se agitaba por todas partes celebrando la retirada de los franceses. Habíanse despachado emisarios en varias direcciones para averiguar si la retirada era definitiva, y con el fin de defender al pueblo, en el caso de que los invasores volviesen, acudían al Ayuntamiento numerosos pelotones de hombres armados. Medio Juan se guardó muy bien de decir a nadie una palabra de lo que sabía, y se encaminó sin vacilar a su tienda. Consistía ésta en una sola pieza, ocupada en su mayor parte por el carbón, que servía para el consumo diario de los marchantes; en el lado opuesto había un mostrador mugriento y desvencijado, en que se veían clavadas algunas monedas falsas, y un peso de latón cuyo fiel no era seguramente el de la balanza de la Justicia. Había en la pared del fondo, ennegrecida por el polvo del carbón, una estampa de la Virgen del Carmen, pegada con pan mascado, ante la cual pendía una candileja día y noche encendida. Encima del mostrador se hallaba colgado un sucio

cartel, con este letrero, cuya inmutabilidad transformaba en presentes *hoy* todos los futuros *mañana*, y en capital efectivo todos los créditos inciertos :

Oy no se fía aquí: mañana sí.

La primera diligencia de Medio Juan al entrar en la tienda fué buscar la espuerta en que había escondido la noche antes el dinero, y la encontró intacta en el mismo sitio en que la había dejado. Metióla debajo del mostrador sin registrar su contenido, ya fuese por temor a la amenaza de su compadre, ya porque el gran caudal de que se creía dueño satisfaciese su rapaz codicia; restregóse entonces las manos de gusto y encendió la candileja que colgaba ante la Virgen. Entró luego a visitar la burra, que, solitaria en el establo, le saludó levantando una oreja y después otra, al compas de un lastimero rebuzno. Medio Juan le echó un buen pienso para prepararla al viaje que le esperaba y, volviendo a la tiendecilla, se tendió sobre una manta a descansar un rato.

No pudo, sin embargo, estar mucho tiempo tranquilo : una agitación febril le hacía moverse de un lado a otro, no obstante la fatiga de la noche pasada; y de tal manera le preocupaban el miedo de que los franceses

volviesen, y el ansia por registrar las entrañas de aquellos misteriosos barriles que, por primera vez en su vida, se distrajo hasta el punto de pesar, sin sisa de ningún género, una libra de carbón que entró a comprar una vieja.

A eso de las cuatro de la tarde llegó la noticia de que los franceses se habían incorporado a la columna de Soult, en Jerez de la Frontera, y que, sin tomar descanso alguno, seguían para Sevilla. Nadie hablaba, sin embargo, de la aventura de los carboneros, ni jamás se supo tampoco, cómo y cuándo habían notado los franceses su huída, y el robo que les habían hecho.

Medio Juan respiró, al fin, libremente, y, no pudiendo esperar más su impaciencia, aparejó la burra, sin perder tiempo, y tomó el camino de la alcantarilla del Salado. Cargaron sin dificultad ambos compadres el pesado robo, y antes de la media noche estaban de vuelta en la tienda.

Viéronse, al fin, a solas y en seguro, teniendo delante aquellos misteriosos barriles, que ya podían llamar sin temor suyos, y en cuyos senos esperaban encontrar las minas de California. Medio Juan temblaba como un azogado y derramaba el aceite del caldil con que alumbraba a su compadre. Este rompió de un hachazo la tapa de uno de los barriles.

Medio Juan abrió desmesuradamente los ojos para ver mejor los montones de *peluconas* que esperaba: sólo apareció una capa de arena.

Juan y Medio soltó un juramento.

—¡*Ajonde* usted, compadre!... ¡*Ajonde* usted! —exclamó Medio Juan con angustia— que para llevarse arenas de la mar, lo mismo las hay en Francia...

Juan y Medio metió ambas manos en la arena, y tropezó con un objeto duro: extrajo una parte de ella, y apareció entonces, por un lado, la cruz de plata de un copón, y por otro la dorada copa de un cáliz...

—¡Jesucristo! —exclamó Juan y Medio, retrocediendo aterrado.

Medio Juan se puso pálido como un cadáver, y se llevó las manos a la cabeza.

—¡La *jicimos*, compadre, la *jicimos!*— murmuraba.

Juan y Medio levantó a pulso el barril y, con una vigorosa sacudida, lo vació en el suelo de un golpe. Cayeron entonces, mezclados entre las arena, cálices de oro y plata, copones riquísimos y viriles guarnecidos de brillantes y perlas. Medio Juan se inclinó para levantar un copón de oro.

—¡No toque usted a eso, compadre!... ¡No toque usted a eso, que se le van a secar esas

manos tan sucias! —exclamó con terror Juan y Medio.

—Abrieron entonces el otro barril, y apareció también lleno de ricas alhajas de Iglesia, robadas por los franceses en templos y catedrales.

Juan y Medio se sentó en el mostrador sin decir palabra, y Medio Juan se dejó caer sobre el carbón dando gemidos.

—¡La *jicimos*, compadre, la *jicimos!*—repetía con voz lastimera—. ¡Tres borricos tirados a la calle!... ¡Dos noches de fatiga!... y un dolor en el espinazo, que no me puedo doblar, de los malditos chapuzones en el Salado!...

Ni por un momento pasó por las mientes de los carboneros la idea de apropiarse aquel rico tesoro que pertenecía a la Iglesia. ¡Tan grande era en aquel tiempo el respeto que imponían las cosas santas aun a los más desalmados! ¡Hasta tal punto sabía enfrenar la palabra *sacrilegio* la codicia de aquellos dos bribones, a quienes irritaba su defraudada esperanza, y que no osaban, sin embargo, compensarse con una pequeña parte de aquellas inmensas riquezas, las fatigas pasadas y los daños recibidos!...

Juan y Medio golpeaba furiosamente con sus enormes pies las tablas del mostrador.

—¿Y qué nos hacemos ahora, compadre? —preguntó al fin, de repente.

—Buscar una *jiguera* alta, y ahorcarse— contestó Medio Juan con desaliento.

—¿Pero, adónde llevamos todo eso?...

—¿Y yo qué sé, compadre?... Haga usted una leva de monaguillos, y que lo vengan a recoger.

—¿Pero, no ve usted —exclamó Juan y Medio saltando exasperado del mostrador, que si nos metemos en líos con la Justicia, salimos con un grillete?...

—¡No sea usted bruto, compadre!... que a nadie han ahorcado todavía por devolver lo que no es suyo... Mañana se le avisa al cura, y se hace lo que su mercé mande.

Así lo hicieron, en efecto, ambos compadres, no bien hubo amanecido, sin que hubieran osado ni aun levantar del suelo aquel tesoro de la Iglesia. El párroco determinó dar parte al Obispo, y dos días después quedaban en poder de éste las alhajas restituídas, y recibían los dos Juanes, por mano del mismo párroco, una cantidad suficiente para compensar la pérdida de los borricos, y para indemnizarlos de las fatigas pasadas.

—¿Y qué clase de hombres son esos?— había preguntado al párroco el Obispo.

—Son dos hombres de mala nota, que a la

sombra de una carbonería prestan dinero a subidísimo premio.

El Obispo cruzó las manos admirado.

—¡Loado sea Dios —dijo— y bendita la tierra en que hasta los hombres de ese jaez respetan de este modo las cosas santas!... Mientras sea este el sentir de nuestro pueblo, no hay miedo de que triunfe, entre nosotros, la revolución que ha destrozado a Francia...

Medio siglo después, la revolución había triunfado del todo en España, y los hijos de aquellos hombres amenazaban la propiedad de los ricos, enarbolando la bandera del socialismo.

Habíanlos precedido otros hombres más elevados, que violando la propiedad sagrada de la Iglesia que el pobre respetaba, le habían enseñado a violar, sin escrúpulo, la propiedad menos sagrada de sus palacios, que ellos querían hacer respetar. Ellos desataron los vientos, y las tempestades no se han hecho esperar: habían removido el ara del altar en que toda sociedad descansa, y ésta se conmovía hasta en sus cimientos, amenazando sepultar a inocentes y culpados...

Modérense, pues, las quejas, y procúrese más el remedio; que todo daño lo aminora la

compensación; todo pecado lo borra el arrepentimiento, y a un pueblo descatolizado le vuelven a catolizar la enseñanza, la caridad y el ejemplo. (1)

---

(1) En el prontuario del autor se hallan anotados quince casos de restitución de alhajas de Iglesia, análogos al que referimos, acaecidos en aquella época tan sólo en Andalucía, lo cual prueba no ser éste un hecho aislado, sino un efecto del sentimiento general que entonces dominaba.

MAL-ALMA

MAL-ALMA

Digitus Dei est hic.
Dedo de Dios es éste.
(Exodo, *cap.* VIII, *v.* 19.)

I

REINABA en el pueblecillo cierta zozobra angustiosa: los hombres volvían apresurados del trabajo antes de tiempo, dejaban las herramientas en sus casas y acudían en tropel a la taberna del tío Mal-alma. Las mujeres salían también azoradas, reuníanse en corrillos, tornaban a separarse, y con las cabezas en alto, como perro que rastrea, iban y venían en busca de noticias, de la puerta de la taberna a la del desmantelado caserón de don Juan Sin-cara. Hallábase atado a una argolla de hierro, fija en la pared de éste, un magnífico potro cerrero, negro, con bocado y serreta en las dobles bridas, silla vaquera, alforjas de camino detrás, pistolas en el arzón delantero y escopeta de dos cañones al costado derecho. Un grupo de chiquillos rodeaba al hermoso animal, que sacudía briosamente las crines y piafaba im-

paciente, como protestando de aquella violencia que le arrebataba su libertad. A su lado, otro caballo fuerte, aunque poco airoso, huesudo, de esos que en Andalucía suelen usar los vaqueros y aperadores de cortijo, llevaba con paciencia aquellos mismos arreos, mitad rústicos, mitad guerreros, y daba con su inmovilidad lecciones de sumisión a su indómito vecino.

Preguntas ansiosas, respuestas entrecortadas y exclamaciones de sorpresa, de temor, de odio y de esperanza, circulaban por todas las bocas, unidas siempre a un nombre extraño : el nombre de Lopijillo.

—¡Lopijillo ha venido! —decían los hombres, con cierta mezcla de misterio, de temor y de esperanza.

Y al repetir este nombre las mujeres, llenas de miedo, añadían con rabiosa saña :

—¡El demonio se lo lleve!... ¡Maldito sea!... ¿Y no habrá un rayo que lo parta?...

En la última casa del pueblo, separada de las restantes por un cohombral de melones, un hombre rechoncho y carilleno apoyaba la robusta espalda en una añosa higuera plantada a la puerta, por cuyo tronco subía y se enredaba una verde parra, con aquella juguetona confianza con que rodea un niño los brazos al cuello del abuelo. Golpeábase ma-

quinalmente con una varilla sus zahones de paño burdo, como sacudiéndoles el polvo, pero disimulando en realidad el mal humor que se retrataba en su fisonomía bondadosa y hasta simple. De pie en el dintel de la puerta se hallaba una mujer de rostro enjuto y ojos vivísimos: tenía debajo del brazo un sombrero de hombre, y hacía calceta con cierta actividad febril que revelaba bien a las claras la irritación de su ánimo.

—¡Te digo que no irás, Juan Antonio! —decía con voz alterada—. Ese don Juan, que así le pega el *don* como a ti una mitra, y tu compadre Mal-alma, te van a perder... ¿Qué te va a ti ni te viene con que mande Rey o mande Roque?... ¡Pues, alma de Dios, lo que no has de comer déjalo cocer!

—¿Que no me va ni me viene? —replicó Juan Antonio—. Pos mira que, cuando vengan los míos, ya te regodearás entonces... Como que me ha prometido don Juan too el cortijo que linda con mi pegujar... ¡Y qué hermosos que están los trigos!... Cada espiga paece un roble, y cada grano como mi puño... Verás cómo salimos de apuros, y de éste lo comío por lo trabajao, que nos tiene siempre con el agua al cuello.

—¡Nuestro Padre Jesús me valga! —exclamó la mujer—. Pues si ese don Juan o don

Mengue te lo ha prometido, anda y haz una raya en el agua del pozo pa que te acuerdes de recogerle la palabra... Lo que él hará en cuanto se encarame al árbol, será darle un puntapié a la escalera... y cuidado no te saque del cuero las correas con que te azote... ¡Si irás tú a dejar por embustero a Su Divina Majestá, que nos condenó a ganar el pan de cada día con el sudor de la frente!... ¡Vaya un sinfundio!

—¿Pues y tanto rico que, como dice don Juan, les luce el pelo sin hacer en too el santo día más que su real gana?

—Anda, Juan, que si los pobres sudamos pa fuera, los ricos sudan pa dentro... ¿Pues no ves cómo a los más les sabe la miel a rejalgar y andan siempre la barba sobre el hombro temiendo por sus dineros?... ¿Y pa qué hay pobres y ricos, sino pa que se ayuden a entrar en el cielo?... Los ricos pagan la entrada con la limosna que dan, y los pobres con la paciencia que tienen; y si algún señorón tiene entrañas de piedra, su alma, su palma; que Dios hay, y muerte, juicio, infierno y gloria... Conque, Juan, por los clavos de Cristo, que te dejes de ir a casa de ese don Juan de mis pecados, donde te llenan la cabeza de muñecos y el corazón de hiel...

¡Tú, que eras una paloma cuando no oías más sermones que los del señor cura!...

—Ya te dije que he prometido ir, Catalina; y al buey por el asta, y al hombre por la palabra.

—¡Pero si esa palabra es para que tú mismo te pongas la soga al cuello!... Si esa palabra...

La suya se heló en los labios de Catalina al ver aparecer por la esquina de la casa un rostro ancho y aplanado como el de un perro de presa, sombreado por mechones de pelo entrecano que cubrían su estrecha frente. Fijó el recién venido sus ojos bizcos en el grupo que marido y mujer formaban, y dijo con voz chillona y cascada, como la trompetería de un órgano destemplado:

—Compadre... Andandito, que ya es la hora...

Catalina se plantó de un salto delante de su marido, y dijo resueltamente:

—Éste no sale hoy, tío Mal-alma; conque ya se puede usted volver por donde ha venido.

Mal-alma dió dos pasos adelante, se cruzó las manos a la espalda, y dijo con mucha paz:

—¡Caramba, y qué súbita es usted, comadre!

Y acercándose a Juan Antonio, que daba

vueltas irresoluto a la vara que tenía en la mano, añadió, con la seguridad del que sabe la cuerda que pulsa :

—¿Se va usted a dejar tomar el pelo por una hembra, compadre?... ¡Vaya que es usted blando de boca!

—¿Yo? —exclamó fieramente Juan Antonio, que, como todos los caracteres débiles, no podía sufrir que se trasluciese su debilidad; y arrancando de manos de Catalina su sombrero calañés, que en vano procuraba retener ésta, se dirigió hacia el pueblo sin añadir palabra.

El astuto Mal-alma le siguió de cerca, diciendo con sorna a la buena mujer :

—Si teme usted que se pierda su hombre, le daré recibo, comadre...

—¡Lo que yo quiero es que no asome usted más por aquí esa cara de judío de Viernes Santo, so desvergonzado! —contestó Catalina furiosa.

Mal-alma sonrió socarronamente, y se alejó canturreando :

Cuatrocientas mujeres,
Seiscientos loros,
Arman una algazara
De mil demonios.

La relación de la suma total con los sumandos de la seguidilla acabó de exasperar a

Catalina, y se metió para dentro, dando tan tremendo portazo, que asustado el gato se encaramó en el tejado, las gallinas prorrumpieron en enérgicas interjecciones, el gallo las arengó en latín con su prolongado *propterea quooood!*, y dando dos pasos al frente, se detuvo con una pata en alto, el pescuezo estirado, torcida la cabeza, brillante la mirada...

—*Caveant Consules!* —dijo.

II

Llegó la noche, y una porción de sombras fantásticas comenzaron a cruzarse por el pacífico pueblo : uno a uno salían de la taberna del tío Mal-alma sus parroquianos, como los murciélagos de su asqueroso nido, y después de varias curvas estudiadas, desaparecían rápidamente, como si temiesen algún espionaje, por el negro boquerón de la casa de don Juan Sin-cara. Hasta unos cincuenta hombres fuéronse reuniendo en un estrecho aposento bajo, que hacía más capaz un tabique derribado que lo separaba antes de la cuadra, y allí, entre las pestes que consigo traían y las pestes que allí encontraban de reserva; entre los vahos vinosos de alientos y chicotes y los

mefíticos del estiércol corrompido que aún quedaba por los rincones; entre los temores de grandes peligros y las esperanzas de grandes venturas, se aprestaron a recibir a Lopijillo, el ilustre demagogo de la ciudad, que iba a presentarles don Juan Sin-cara, el demagogo sucursal de la aldea.

Susurrábanse grandes noticias: decíase que había llegado la hora de dar el golpe definitivo, que Lopijillo traía en las alforjas la orden de liquidación social, y que aquella noche sería la última en que los ricos durmieran tranquilos en sus palacios. El tío Mal-alma, Ganímides de aquellos Padres Conscriptos, hacía circular mientras tanto un jarro de vino, que mantenía el entusiasmo, alejaba los temores, fortalecía la esperanza y despertaba la elocuencia.

Fecundi calices quem non fecere disertum?

Entró al fin por el hueco de un pesebre que con la casa comunicaba un hombre que no parecía hombre. Un sombrero hongo, de anchísimas alas, caído hasta las cejas, le ocultaba la frente: seguían debajo unas enormes gafas de cristales verdes, y arrancaba de éstas una barba negra y espesísima, bardal inculto, en cuyo centro se levantaba una nariz roma, diciendo, a modo de epitafio:—Aquí

yace una cara—. Aquél era el famoso demagogo conocido en la ciudad con el apodo de *El hombre ignoto*, y más a la pata la llana, en la aldea, con el de *don Juan Sin-cara*, por no tener ninguna a la vista. Vestía siempre, y en todo tiempo, un cumplido gabán, en cuyos profundos bolsillos sepultaba maquinalmente las manos, cuando en el calor de la improvisación le faltaba la frase, como si tuviese allí el depósito de sus conceptos: solíalas entonces sacar y meter con actividad febril, sin encontrar la fugitiva idea, hasta que, topándose en cambio con algún asqueroso terno, lo soltaba mondo y lirondo, para redondear el período y dar energía a la frase. Entró detrás Lopijillo, el demagogo ciudadano, ilustre personaje que en otro lugar daremos a conocer al público en todo el esplendor de su gloria revolucionaria: en pos de ambos caminaba un tercer personaje, de polainas y marsellés, secretario rural de Lopijillo, que enarbolaba una bandera de flamante percalina roja.

Escalaron los tres una desvencijada tarima que en el testero del Club-cuadra se levantaba, y en medio del más profundo silencio tomó la palabra Lopijillo, *improvisando* un trozo de elocuencia que había aprendido de memoria en *La Guillotina —Diario para los*

ricos—. Era llegado el momento : la hora de la justicia había sonado para proletarios y poderosos, y los papeles iban a trocarse. Con la flamígera antorcha de la civilización en la mano había recorrido él (Lopijillo) ciudades y aldeas, sacrificándose por el bien del proletario : hambres, fríos, desnudeces, malos tratos y cuantos tormentos pueden inventar la tiranía y la Inquisición para aherrojar al noble campeón del pueblo, las había él sufrido... Pero aun quería sufrir más : aun no estaba saciada su sed de sacrificio. Había llegado el momento de que España entera proclamase a un solo grito la República Federal, y él estaba dispuesto a sacrificarse de nuevo, aceptando la candidatura de diputado, si ellos querían elegirle... Allí estaba la bandera roja, que él había venido a entregarles con riesgo de muerte : una vez enarbolada en España, se procedería al reparto general de bienes entre los pobres. Los ricos usurpadores habían ya disfrutado bastante... En cuanto a él, nada quería : le bastaba un cielo puro, un manso arroyuelo, una mata verde y el espectáculo de la humanidad abrazándose a la sombra de un gorro frigio...

Una tempestad de gritos, aplausos, berridos y patadas estalló en el Club-cuadra, evocando las sombras de aquellos sesudos ma-

chos, sus primitivos inquilinos, que tantas veces habían estremecido aquellas paredes con los ecos de sus rebuznos y sus coces. Aquellos acentos guerreros, que tenían ya algo de las Termópilas, embargaron la voz a Lopijillo. Quiso continuar y no pudo : el vértigo sublime del entusiasmo le envolvió en su torbellino, y los mudos arranques de la oratoria griega y romana pasaron ante sus ojos. Marco Antonio, rasgando la toga de su amigo, para hacer ver al Senado las heridas recibidas en defensa de la Patria; Pericles abrazando a Aspasia en el Areópago de Atenas, también callaron. Abrazóse, pues, en silencio al rojo pendón de percalina, y, como los héroes de Klopstock, quedó inmóvil, mudo, abismado en el pensamiento de su inmortalidad, envuelto entre aquellos pliegues rojos, como un pollo desplumado en abundante salsa de tomate.

Entonces se adelantó don Juan Sin-cara : quiso hablar, y dió sobre la menguada mesa un fuerte puñetazo. La sacra inspiración brillaba en sus ojos, hasta el punto de semejar sus gafas verdes dos farolillos a la veneciana, y con voz que lo mismo parecía salir de las gafas, que de las narices, que del matorral de cerdas que cubría su boca, como cubren las telarañas la entrada de una cueva, dijo :

—¡Ciudadanos!... ¡Llegó la hora!... ¡La hora ha llegado ya!... ¡Ya ha llegado la hora!... ¡Yo nada digo!... ¡Nada digo yo!... ¡Yo no digo nada!... Porque habló este flamígero civilizador... este civilizador flamígero ha hablado... y a su lado soy yo... yo soy a su lado... un... un...

Y aquí don Juan hundió ambas manos en los bolsillos, en busca del concepto que se le escapaba, las volvió a sacar, las volvió a meter, y encontrando al cabo una de las enérgicas interjecciones con que redondeaba las apódosis de sus períodos, con candidez federal, la soltó redonda.

El público quedó convencido: su entusiasmo traspasó entonces todas las barreras, y Lopijillo, vuelto en sí de su deliquio, vióse precisado a imponer silencio, agitando una sonora esquila, que de la collera de Primoroso, gallardo macho cuyos lomos oprimía en sus expediciones don Juan Sin-cara, había venido a servir en Club-cuadra de campanilla al presidente. Restablecida la calma, trazó Lopijillo el plan: la mañana siguiente era la designada para el levantamiento general de todos los buenos patriotas, y tocábales por el pronto a los presentes apoderarse de la Casa Ayuntamiento, destituir alcaldes y concejales y nombrar por sufragio otros nuevos. Fijóse

la hora en que habían de acudir todos a la plaza del pueblo con cuantas escopetas podrían proporcionarse, y Lopijillo levantó la sesión para volver a la capital, según dijo, antes de que amaneciese aquel día de gloriosa y federal ventura. ¡Harto comprendía el demagogo que una vez desatado el viento en el mar la tempestad se produce por sí sola!

Al despedirse Lopijillo, el entusiasmo venció a la prudencia, y todos en tropel acompañaron al ilustre jefe hasta la salida del pueblo. Frente por frente de la casa de Juan Antonio montó al fin Lopijillo, con mil precauciones, en su magnífico potro cerrero, robado tres días antes en cierto famoso cortijo. Forcejeaba el indómito animal, y a duras penas contenía con las dobles bridas su fogosidad de improvisado jinete, cuando por última señal de despedida dió un entusiasta viva a la libertad...

Una voz de mujer, aguda como una saeta, contestó a este grito desde la casa de Juan Antonio, haciendo vibrar, en el silencio de la noche, todas las cadencias de la ironía y de la rabia :

—¡Trapalón!... ¿Viva la libertad?... ¡Pues aflójele las riendas al potrito!...

III

Amaneció por fin el suspirado día, y desde muy temprano se agrupaban en torno de la Casa Ayuntamiento los tertulianos de don Juan Sin-cara, dejando traslucir en sus rostros preocupados, en sus miradas intranquilas, en sus diálogos sigilosos, esa inquietud que desasosiega el corazón del hombre cuando se arriesga a una empresa en que juega el todo por el todo. El tío Mal-alma, Mefistófeles de aquellos desdichados, discurría atizando el fuego de corrillo en corrillo, dejando caer aquí una brillante promesa, allá una hinchada bravata, más lejos una sacrílega chocarrería.

Sonaron por fin las doce en el reloj de la iglesia y, con pasmo de todos los que no estaban en el secreto, oyóse, en vez del pausado toque del *Angelus*, un repentino y alborotado repique, que llevó a todos los rincones del pueblo la confusión y la alarma. Vióse al mismo tiempo aparecer repentinamente en lo alto de la torre, como en la caja de sorpresa el muñeco a impulso de un resorte, la estrafalaria figura de don Juan Sin-cara, que, empuñando una bandera roja, la enarbolaba junto

a la veleta, gritando con toda la fuerza de sus pulmones :

—¡Viva la República Federal!...

Este grito repitieron en la plaza todos cuantos en ella se hallaban... Mas no ya con aquellos grotescos acentos que habían resonado la noche antes en el Club-cuadra de don Juan Sin-cara : a lo cómico había sucedido lo trágico, y las mil horrendas pasiones que agitan al hombre antes de jugar la vida se reflejaban ya en aquellos rudos semblantes, alejando todo lo ridículo para dar lugar a todo lo terrible. La ira, el furor, el espanto, la ansiedad, la ansiedad sobre todo, la pálida, la temblorosa, la terrible ansiedad que precede a todos los combates y a todos los crímenes, parecían hallarse suspendidas en aquellas fisonomías, esperando el primer grito, la primera humareda de pólvora para desbordar en todo su horror esa saña que precipita al hombre en un charco de sangre y le hace experimentar, al teñirse las manos en ella, todos los sombríos deleites de la crueldad y la venganza... Porque la *negra mano de la reacción*, como decía Lopijillo, había tomado también sus medidas, y no bien resonó en lo alto de la torre el grito subversivo de don Juan Sin-cara, cerráronse como por encanto las puertas de la Casa Ayuntamiento, y apa-

recieron en sus ventanas los formidables tricornios de varios guardias civiles que allí mismo tenían su puesto, y las amenazadoras bocas de sus carabinas de dos cañones.

—¡Afuera todo el mundo!... —gritó el cabo.

Y una descarga cerrada ahogó este grito de intimación entre el estruendo de la fusilería y los alaridos de rabia. La guardia civil rompió entonces el fuego, y comenzó esa eterna tragedia que se representa en el mundo desde que Caín tiñó sus manos en la sangre de Abel... ¡Allí estaban hermanos luchando contra hermanos, ansiosos de derramar una sangre estéril en frutos y fecunda en remordimientos, disputándose, como los beduínos del desierto, el hilito de agua turbia que brota entre las arenas, sin acordarse del manantial de aguas vivas que brota en el vergel de los cielos, único que puede apagar la sed del corazón humano! Un solo espectador tenía aquel drama sangriento: el mismo que había puesto las armas en manos de aquellos infelices, y desaparecía en el momento del peligro, para aparecer de nuevo en la hora del triunfo, como el vil merodeador que no se presenta en el campo de batalla hasta que sólo quedan en él cadáveres que despojar... Allí estaba don Juan Sin-cara,

refugiado en lo alto de la torre, esperando el éxito de la lucha, y sintiendo, aun al abrigo de los gruesos muros, todos los terrores de la cobardía: pálido, acurrucado en los rincones de la escalerilla de caracol, tentábase maquinalmente todo el cuerpo a cada explosión que resonaba en la plaza, para cerciorarse de que estaba ileso, y a retazos acudían a sus labios algunas plegarias, que allá en el fondo de su corazón quedaban, como queda en el bote de esencias que ha rodado por mil basureros algún rastro de su primer perfume.

Entretanto, continuaba en la plaza el tiroteo, y ya la vista de la sangre derramada avivaba la rabia de las fieras humanas: ya el impío furor lanzaba ferocidades y blasfemias, con que parecían pelear las lenguas, al mismo tiempo que con las armas peleaban las manos... Mas de repente oyéronse en una de las calles laterales cánticos religiosos mezclados con alaridos confusos; y entre el estruendo de la lucha y el humo de la pólvora y el asombro de los combatientes, desembocó en la plaza un numeroso grupo de mujeres, desgreñadas y llorosas, que con velas encendidas en las manos rodeaban la imagen de Jesús Nazareno, Patrón del pueblo, llevada en hombros por seis de aquellas desventuradas... Allí estaba el Salvador, coronada de

espinas la majestuosa frente, descolorido el hermoso semblante, fijando los severos ojos en la lucha de fratricidas, como si de sus cárdenos labios fuese a brotar aquella terrible pregunta :

—¡Caín, Caín!... ¿Qué has hecho de tu hermano?...

Como de hielo quedáronse a tan inesperada vista cuantos en la plaza peleaban, y mientras con la una mano apretaban todavía las escopetas, descubríanse con la otra maquinalmente las cabezas, al mismo tiempo que asomaban lágrimas de ternura a sus ojos, poco ha chispeantes de rabia, al reconocer en el lloroso grupo que rodeaba al Señor, como en otro tiempo las mujeres de Jerusalén, cuál a su madre, cuál a su esposa, cuál a las hijas de su corazón... Una chispa faltaba tan sólo para que el fuego del entusiasmo y del arrepentimiento prendiese en los corazones de aquellos hombres irresolutos, que se sentían temblar como reos ante la imagen de Jesús, que como juez se les presentaba. La maldad sacrílega del tío Mal-alma encendió esta chispa : vióse a este energúmeno echarse a la cara la escopeta, con sonrisa de demonio, apuntar a la imagen, descerrajar un tiro y desaparecer como un rayo por una cercana callejuela... ¡En el corazón del Señor fué a

clavarse aquella bala sacrílega!... En aquel mismo corazón que había dictado, entre las agonías de una muerte afrentosa, aquellas dulcísimas palabras :

—¡Perdónalos, Padre, que no saben lo que se hacen!

Entonces sucedió allí una cosa sin nombre : mil alaridos de horror, de entusiasmo, de amor, de espanto, gritos del alma que parecían desgarrar los aires por todas partes, resonaron en todas direcciones, al mismo tiempo que los hombres arrojaban las escopetas y las mujeres las velas, y se precipitaban todos en tropel a la bendita imagen, la rodeaban atropellándose, tendían hacia ella las manos y querían abrazarla todos juntos, uno a uno, como si realmente tuviese vida aquel divino retrato, como si realmente temiesen ver expirar de nuevo allí, a su vista, a impulsos de aquella bala, al Salvador de los hombres... Abriéronse entonces las puertas de la Casa Ayuntamiento, y sus defensores, desarmados también, mezcláronse con sus poco antes enemigos encarnizados, y entre gritos de entusiasmo y lágrimas de ternura acompañaron todos hasta su ermita, situada a la salida del pueblo, la imagen de Jesús Nazareno, que, rodeado de aquella conmovida muchedumbre, parecía más que nunca el

Buen Pastor volviendo al redil las descarriadas ovejas.

Llegaron entonces dos pastorcillos, despavoridos, jadeantes, gritando con todas sus fuerzas que allá abajo, en la carretera, habían visto el cadáver de un hombre. Y toda aquella multitud, que, como impulsada por un mismo presentimiento se trasladó allí al punto, pudo contemplar, en efecto, tendido en el ribazo de una colina, el cadáver del tío Mal-alma. Tenía un balazo en el pecho, que le atravesaba el corazón, en igual sitio y de idéntico modo que había taladrado la bala de su escopeta la imagen de Jesús Nazareno.

Nadie preguntó ¿quién? ¿cómo? ¿cuándo?... En el pavoroso silencio que ata la lengua cuando la criatura humana ve patente el dedo de Dios, y por una especie de intuición interior se da cuenta de su terrible presencia, sólo una exclamación brotó de todos los corazones :

—¡Justicia de Dios!... ¡Justicia de Dios!

IV

Una sombra pálida se deslizaba mientras tanto de la torre de la iglesia : no era el genio de las batallas que viniese a aspirar el humo de la quemada pólvora, ni tampoco un vam-

piro que buscase moribundos para chupar su sangre tibia... Era don Juan Sin-cara, que huía desalado hacia la zahurda, donde, en vez de volver a la capital, esperaban ocultos el éxito de la intentona Lopijillo y su secretario. Allí llegó jadeante, sin aliento: como el griego de Maratón parece próximo a ahogarse, pero no es anunciando una victoria.

—¿Todo se ha perdido? —le preguntaron.

—¡Menos la pelleja! —contestó don Juan.

Y se hundió las manos en los bolsillos.

EL VIERNES DE DOLORES

EL VIERNES DE DOLORES

Consolatrix afflictorum,
Ora pro nobis.

I

La Cuaresma tocaba a su fin, al mismo tiempo que la primavera comenzaba a anunciarse en Sevilla con sus dos heraldos obligados: el azahar de sus naranjos y los innumerables extranjeros que a ella acuden en este tiempo delicioso. Los primeros la ciñen como la corona de una desposada; los segundos la invaden como una bandada de gorriones desocupados. Los primeros la perfuman; los segundos la calumnian con monstruosas relaciones de viajes por una España fantástica, que sólo existe en la necedad o en la malicia de alguno de estos *touristes* de ambos sexos.

La Cuaresma tocaba a su fin, decíamos, y las numerosas cofradías existentes en Sevilla celebraban, en honor de sus respectivas imágenes, esos septenarios y novenas cuyo esplendor y magnificencia han conquistado el

nombre de católica por excelencia a la vieja sultana, a quien puso el santo Rey Fernando una cruz por encima de su turbante.

El día 1.º de Abril había comenzado el quinario del Santo Cristo de la Expiración, y debía de terminar el Viernes mismo de Dolores. La pequeña capilla, situada en la Plaza del Museo, abría sus puertas de par en par a la multitud de fieles que acudían a postrarse ante la famosa imagen, que tan admirablemente representa la agonía del Salvador. Destacábase ésta en el retablo del fondo, sobre un rico cortinaje de terciopelo negro tachonado de estrellas. Sus manos extendidas ofrecían a todos amparo; sus ojos, quebrados ya por la muerte, miraban todavía con misericordia; sus labios cárdenos habían ya pronunciado el *Consummatum est*, que abrió a los hombres las puertas del cielo, y parecían exhalar entonces aquel último suspiro, mezcla sublime de amor y de dolor, como lo fué la vida entera del Dios-Hombre. Al pie de la cruz estaba la imagen de María, la madre de los afligidos, ofreciendo como modelo a estos hijos predilectos suyos, aquel dolor tan sosegado que a todo dolor enfrena, tan sin consuelo que a todo dolor sobrepuja, tan inmenso como el mar, *velut mare*, en lo profundo, en lo amargo!...

Hallábanse enfilados por debajo del presbiterio doce gruesos cirios, colocados en pedestales de plata; al pie de cada uno velaba de rodillas un devoto del Santísimo Sacramento. Era uno de éstos un anciano más que sexagenario : notábase en toda su persona esa especie de inercia física y moral que se apodera del hombre en los grandes dolores. Su frente se apoyaba en el cirio, como si la doblegase el peso de un pensamiento; sus brazos caían a lo largo del cuerpo; sus ojos no se abrían; de sus labios se escapaban a largos intervalos palabras entrecortadas, que parecían pedir algo, con esa convulsa energía que inspira al dolor la fe acrisolada; con esa agonía terrible del alma cuyo único paliativo en la tierra es el llanto. Y, sin embargo, ¡sus ojos permanecían secos, como un manantial agotado: su cuerpo inmóvil, como una pena clavada en el alma sin esperanza y sin remedio!

El quinario tocaba a su fin, y el coro entonó la letanía de la Virgen. El anciano pareció entonces salir de su letargo; fijó los ojos en la imagen de María y cruzó las manos sobre el pecho : *Ora pro nobis!* repetía con el pueblo. Poco a poco comenzaron a deslizarse por sus mejillas lágrimas que le consolaban, y de su pecho se escaparon algunos sollozos que daban salida a su angustia. El coro ento-

nó al fin el *Consolatrix afflictorum*, y un llanto abundante brotó entonces de los ojos del anciano, mientras extendía los brazos hacia el altar, exclamando en voz tan alta que todos la oyeron : *Ora pro nobis!... Ora pro nobis!...*

Algunas personas volvieron el rostro sorprendidas; nadie se movió, sin embargo. Sólo una señora anciana, que se hallaba sentada tras él, se levantó, como obedeciendo a un movimiento instintivo, y luego volvió a sentarse en su pequeño banquito de tijera. Al terminar el quinario ya había anochecido; la señora se dirigió a la puerta, y a poco salió también el anciano. La señora dió dos pasos hacia él, como titubeando, y se detuvo al fin, contenida por ese sentimiento de delicadeza propio de las almas elevadas que, al compadecer y consolar el dolor, empiezan por respetarlo. Por otra parte, nada revelaba en aquel anciano ninguna de esas necesidades apremiantes que puede remediar un pronto socorro. Era su traje de luto, y, aunque raído, aseado y decente; su porte y sus modales los de una persona de la clase media.

La señora, no obstante su agilidad, parecía de edad muy avanzada. Era delgada y de pequeña estatura; una de esas graves, modestas y al mismo tiempo airosas mantillas españolas, que el capricho de nuestras damas

va sustituyendo con el descarado sombrero extranjero, cubría sus cabellos blancos; alisábanse éstos sencillamente, formándole en ambas sienes dos de esos pequeños ricitos que, con el nombre de *nenes*, introdujo la moda en los tiempos de las peinetas de teja y los trajes de medio paso. Nada brillaba en su vestido, negro y sumamente modesto; sólo se veía en su mano izquierda un rico anillo, en que bajo una corona real se hallaba esculpido el famoso: *No me ha dejado*, que en premio de su lealtad añadió don Alonso el Sabio al blasón de su fiel ciudad de Sevilla (1). Pendiente del brazo izquierdo llevaba uno de esos banquitos de tijera que para sentarse en las iglesias usan las señoras; colgábale del derecho un bolsito de tafetán negro, semejante a los que veinte años atrás usaban las elegantes, con el bien aplicado nombre de *ridículos*.

El anciano se dirigió lentamente hacia la calle de las Armas, agobiado por el peso de su dolor; la señora permaneció inmóvil viéndole ir, como si luchase entre la caridad, que la impulsaba a interrogarle, y la discreción,

(1) El Rey don Alonso el Sabio, en recuerdo de la fidelidad que le guardó Sevilla cuando el levantamiento de don Sancho el Bravo, añadió a las armas de esta insigne ciudad la empresa de una madeja anudada con el lema NODO, en esta forma: NO s DO. Esto es, *no madejado;* o sea, *no me ha dejado*.

que la detenía, temerosa de ofender con alguna pregunta indiscreta aquella inmensa pena desconocida.

A la tarde siguiente, ambos ancianos se encontraron también en el quinario del Santo Cristo: mudo él e inmóvil como la víspera, pero aun más abatido: ¡su dolor tenía veinticuatro horas más de peso!...

Escapábansele a veces aquellas palabras entrecortadas que, cual las rachas de una borrasca, llegaban a oídos de la anciana, sin que pudiese discifrarlas, pero haciéndole sentir toda su amargura, porque eran sin duda, aquellos brotes de dolor, alguna angustiosa súplica, una y otra vez repetida; súplica, que ella, sin conocerla, hacía propia en el fondo del alma, fortalecía con su oración y ayudaba con sus lágrimas. Porque la caridad jamás es impotente; siempre puede orar con el que ora; siempre puede llorar con el que derrama lágrimas.

Al terminar el quinario, la señora salió decididamente y se detuvo a la puerta. A poco apareció el anciano; una niña, de doce años, modestamente vestida de luto, se le acercó entonces:

—¿Vamos a casa de don Tomás, abuelito? —preguntó al anciano.

—No, hija mía —respondió éste con pro-

fundo abatimiento—. Vamos a casa... No puedo más... Vamos a casa...

Y, apoyándose en el hombro de la niña, se dirigió, como la víspera, hacia la calle de las Armas. La señora los siguió de lejos.

Era ya la hora en que los templos se cierran, se abren los teatros y se iluminan los cafés: el mal extiende entonces del todo sus pérfidas redes; el bien parece replegarse gimiendo. Poblaban los alrededores de la Campana y la salida de la calle de las Sierpes, esos innumerables grupos de gente ociosa que, mirando desvanecerse el humo de un cigarro, o entretenidos en conversación inútil y acaso pecaminosa, dejan correr ese tiempo precioso que llaman los ingleses *dinero perdido*, y que es a los ojos del cristiano, que mira más lejos, gracia de Dios desperdiciada. Notábase en aquel paraje ese bullicio, ese movimiento propio de esta hora en los centros de las grandes capitales: cruzábanse por todas partes hombres y mujeres: unos en busca de negocios inciertos, otros de placeres lejanos, muchos de vicios refinados, pocos —¡quizá ninguno!— en busca de Dios, que se llama a sí mismo Padre común de todos. Nadie reparaba, sin embargo, en aquel triste grupo, que caminaba solitario en medio de la multitud, guiando el anciano a la niña, como guía la

experiencia a la inocencia; sosteniendo la niña al anciano, como sostiene la juventud a la vejez cansada. Nadie reparaba, tampoco, en aquella otra anciana, que los seguía fatigosamente, sin más móvil que la caridad, sin más esperanza que la de enjugar una lágrima. ¡Sólo el Ángel de la Guarda iba contando sus pasos!

Poco a poco fueron dejando atrás aquel bullicio, y, atravesando calles casi desiertas, llegaron, al fin, al lejano barrio de la Feria. Detuviéronse ante una modesta casa, situada al final de la calle Z**, y entrando ambos en ella, cerró el anciano por dentro la puerta del zaguán, que daba a la calle. La señora examinó detenidamente la fachada de la casa, y apuntó, casi a tientas, en una carterita, el número de ella : era el 69. Luego volvió a desandar lo andado, y, caminando penosamente, llegó, al fin, a la Plaza del Triunfo. Destacábanse en el fondo los almenados muros del Alcázar, joya morisca sin más rival en el mundo que la Alhambra de Granada. La señora se dirigió a la puerta llamada de Banderas, y entró, como en casa propia, en la histórica morada de los Reyes de Castilla.

El reloj de la Catedral daba entonces las once, y en todo aquel trayecto había recorrido cerca de una legua aquella débil anciana, que contaba a la sazón más de ochenta años.

II

La antecámara del señor Gobernador se hallaba poblada de un sinnúmero de esos pretendientes de ambos sexos cuyo lado ridículo han descrito tantas veces plumas satíricas, que dejan caer sobre un dolor un chiste, como podrían colocar una careta de carnaval sobre el rostro de un cadáver. La ligereza volteriana de nuestra época pasa riéndose ante esos tipos de viudas de coroneles, no siempre problemáticos; de hijas de intendentes desconocidos, que acaso fueron más honrados que los que todo el mundo conoce; de capitanes retirados, que quizá no llegaron a generales por no volver contra su rey y contra su patria la espada mohosa que ciñen... ¡Ah!, levantad esas caretas de carnaval, ciertamente ridículas, y encontraréis dolores ocultos, miserias calladas, virtudes sin premio, quizá crímenes impunes... Entonces comprenderéis el horror repugnante de esa sátira que cuelga de un corazón llagado los cascabeles de un arlequín; entonces se helará la risa en vuestros labios, y aprenderéis a ser observadores más profundos, críticos menos burlones, y cristianos más caritativos.

Las oficinas del Gobierno habían de ce-

rrarse de allí a dos días, hasta después de pasada la Semana Santa, y todos aquellos infelices se afanaban por ser los primeros en despachar sus pretensiones, temerosos de tener que suspenderlas hasta pasado este tiempo. El Capitán general había llegado dos horas antes a conferenciar con el Gobernador, y aumentado con esto la impaciencia y el disgusto de todos los que esperaban. Un portero muy gordo y pequeño, vestido con una levita azul, galoneada de oro en las bocamangas, los disponía en turno, contestando a sus reclamaciones con esa grosería que pinta tan al vivo cuán cierto es que la más insoportable de todas las tiranías es la de los subalternos.

Paseábase aquel Júpiter tonante con una gravedad cómica, disparando rayos a todas partes, cual cohetes, los castillos de fuego, y leyendo un periódico, cuya lectura sólo interrumpía para dar una respuesta agria al que llegaba o hacer una observación agresiva a cualquiera que, cansado de esperar, le dirigía la palabra.

Dos horas habían pasado desde la llegada del Capitán general, cuando apareció en la antecámara la anciana señora que dimos a conocer a nuestros lectores en el quinario del Santo Cristo :

—¿El señor Gobernador? —preguntó al portero.

—Ocupado —contestó éste, sin levantar los ojos del periódico.

—Pásele usted esta tarjeta —dijo la señora, sacando una de su inseparable bolsito.

—Ocupado con el excelentísimooo señorrr Capitánnn generalll! —tornó a decir el portero, recalcando las palabras.

—No importa —persistió la anciana—. Pásele usted esta tarjeta.

—¿Que no importa? —gritó el portero, girando sobre los talones, sorprendido de tanta audacia. Y mirando de arriba abajo a la modesta mortal que tal pretensión abrigaba, continuó colérico—:¿Se ha pensado usted que va a salir el señor Gobernador a llevarla en brazos a su despacho?... Que no importa... ¡Pues me gusta la salida!... ¡Siéntese en aquel rincón y ya puede esperar un buen rato!

La señora, lejos de incomodarse, dejó ver en su rostro una ligera expresión de risueña curiosidad. Indudablemente debía de gustarle estudiar tipos, y el de aquel grotesco tiranuelo le había hecho gracia.

—Pase usted esta tarjeta —repitió, sin embargo, con imperio.

—¿Pero está usted sorda o hablo en griego?

—Pase usted esta tarjeta al instante, o...

Aquí bajó la señora de tal modo la voz, que sólo el portero pudo oír lo que dijo. Una mujer aseguraba luego que le había amenazado con la cárcel; otra que le había dado un bolsito. Es lo cierto que el Júpiter de librea se apeó del Olimpo y, tomando la tarjeta, entró sin replicar palabra en el despacho del Gobernador.

La sorpresa de todos subió de punto al ver que éste se presentaba en persona en la antecámara, seguido del Capitán general.

—Pero, señora —exclamó, dirigiéndose a la anciana—. ¿Por qué no me ha avisado usted y hubiera ido yo mismo a ponerme a sus órdenes?...

La señora tendió, sonriendo, una mano al Gobernador y otra al Capitán general, y los tres desaparecieron tras el pesado cortinaje que cubría la puerta.

Los circunstantes se miraron con la boca abierta, echándose en seguida a discurrir por el campo de las conjeturas. ¿Quién será esa mujer? se preguntaban todos: unos decían que era un duende; otros aseguraban que era la *vieja del candilejo;* los más dijeron que era la Reina Cristina, que había venido a Sevilla para ver las cofradías de Semana Santa. Esta versión fué la más aceptada, por

la esperanza que abrigaron todos los pechos de que la ofendida Reina haría ahorcar sin dilación alguna al insolente portero, en mitad de la plaza de San Francisco.

—Había de parecer un melón de cuelga —dijo una vieja rencorosa—. Otra, en alto grado previsora, añadió :

—Pues como no le ahorquen con una maroma del muelle, de fijo rompe la soga.

Mientras tanto, el desdichado portero, condenado a la horca por crimen de lesa majestad contra la viuda de Fernando VII, se asomaba a una de las ventanas de las caballerizas gritando :

—¡El coche del señor Gobernador!

Y sin duda los negocios de la Reina Cristina debían ser de fácil expedición, porque, diez minutos después de haber entrado, salía de nuevo a la antecámara, acompañada por ambas autoridades.

—Mañana a primera hora —le decía el Gobernador— tendrá usted cuantas noticias sea posible averiguar... Yo mismo iré a llevárselas.

—Gracias —contestó la señora con sumo interés—. Le espero a usted sin falta.

Advirtióle entonces el Gobernador que su coche se hallaba dispuesto a la puerta. La señora se negó obstinadamente a aceptarlo.

—Al menos —dijo el Capitán general— permita usted que yo la acompañe.

—Eso es para mí tanta honra, que no la desecho —replicó la anciana. Y apoyándose en el brazo que el General le ofrecía, bajó lentamente aquella magnífica escalera del antiguo convento de San Pablo, que es el local ocupado hoy por las oficinas del Gobierno.

III

—¿Qué noticias me trae usted? —decía la señora al Gobernador, incorporándose vivamente en su poltrona forrada de *reps* verde.

—Muchas en cantidad; malas en calidad —contestó éste sentándose.

La anciana separó un atrilito que sostenía un libro alemán y, dejando en una cestita de labor una calceta a medio hacer, en que trabajaba al mismo tiempo que leía, se quitó las gafas; luego cruzó las manos, como para escuchar mejor.

—Veamos, veamos —dijo con gran interés.

—Desde ayer —dijo el Gobernador— ha tenido usted en movimiento a toda la policía, y el resultado de sus investigaciones es éste.

Sacó entonces del bolsillo un papel lleno de apuntes, y comenzó a leer de esta manera:

«El inquilino de la casa número 69, de la

calle Z** se llama don Esteban Rodríguez, cuenta sesenta y dos años de edad, y se halla en la mayor miseria. Su familia se compone de la mujer, paralítica hace siete años, una hija idiota y seis nietos, hijos de otra hija, difunta hace tres meses, de los cuales tiene la mayor doce años, y el menor cuatro. Se ignora el paradero del padre de estos niños. Don Esteban Rodríguez ha estado empleado veintitrés años en las oficinas del Ayuntamiento, y quedó cesante hace tres, cuando la caída del Ministerio. Desde entonces ha venido poco a poco a la miseria: debe al casero 3.625 reales, y éste le ha amenazado con embargarle los muebles y echarle de la casa si el día 5 del corriente, a las tres de la tarde, no le ha satisfecho la deuda»...

—¡Mañana es día 5! —le interrumpió con terror la señora—. Mañana, ¡Dios mío!... Mañana, Viernes de Dolores...

—«Don Esteban no tiene con qué pagar —continuó leyendo el Gobernador— y se sabe que el casero ha avisado ya para el embargo. El don Esteban es persona honrada y de toda confianza».

El Gobernador dejó el papel sobre la mesa, y la señora exclamó abatida:

—¡Ahora lo comprendo todo!... ¡Razón tenía para afligirse!...

No bien quedó sola la anciana, volvió a leer detenidamente la nota de la policía; luego quedóse largo tiempo pensativa.

—¡Imposible! —murmuró al fin, como respondiendo a sus propios pensamientos—. ¡Imposible que Dios no oiga tantas súplicas!... ¡Imposible que, en el día de sus dolores, no remedie la Virgen Santísima uno tan grande!... ¡Si yo fuera rica!... ¡Si yo pudiera hacerlo en su nombre!...

De nuevo volvió a quedarse pensativa: algunas lágrimas brotaron de sus ojos azules, y surcaron lentamente sus mejillas.

—A las tres de la tarde, ¡Dios mío! —murmuró, levantando los ojos a un crucifijo que coronaba el remate de un pupitre—. A las tres de la tarde, hora en que expiraste, se encontrarán esos infelices en la calle, sin amparo, sin abrigo... ¡Seis niños, Virgen Santísima, seis niños, ángeles de Dios, ángeles tuyos!... Sin padre, sin madre, sin más sombra que la de ese anciano, que es la sombra de un sepulcro... ¡Pobres niños de mi alma!... ¡Virgen de los Dolores, Madre de los afligidos!, por esa hora en que expiró tu Hijo, por ese quinario en que un pobre anciano invoca su agonía, remédialos tú, o deja que en tu nombre yo los remedie!

La señora escondió el rostro entre las

manos, y comenzó a sollozar. Acercóse al fin al pupitre, y se puso a escribir una carta, cuyo sobre iba dirigido al Excmo. Sr. Marqués de X**, Alcalde primero de Sevilla; al pie del sobrescrito añadió esta palabra: *Urgentísima*.

Tres horas después recibió un oficio de la Alcaldía: la anciana rompió el sobre apresuradamente, y una alegre exclamación se escapó de sus labios. Había encontrado la credencial, ya firmada, de un destino en las oficinas del Ayuntamiento, y una cariñosa carta del Alcalde que se la remitía. El nombre del agraciado estaba en blanco; la anciana escribió en el hueco: *En favor de don Esteban Rodríguez*.

Abrió luego un cajoncito del pupitre, cerrado con llave: en el fondo había varias monedas de oro y algunos billetes de Banco. La anciana se puso a contarlos: eran seis, de a mil reales cada uno.

—Hasta Junio no puedo cobrar más—murmuró entre dientes—. ¿Qué importa?... A mí no han de embargarme...

Y envolviendo los seis billetes en la credencial del destino, lo encerró todo en un sobre, sin firma ni carta alguna, y puso el sobrescrito de este modo: *La Virgen de los*

Dolores a su devoto; y por debajo añadió el nombre del anciano cesante.

Luego se marchó al quinario, y aunque vió desde lejos al anciano, inmóvil y lloroso como todos los días, la señora ya no lloraba: movía los labios como si orase, y de cuando en cuando se sonreía...

IV

El Viernes de Dolores era, como ya dijimos, el último día del quinario, y llegó la señora más temprano que de costumbre a la capilla del Cristo: el sitio del anciano estaba vacío.

—Vendrá de seguro —pensó la anciana—. Es temprano todavía.

Pero el tiempo transcurría insensiblemente: ya el quinario había comenzado, y el desgraciado cesante no venía.

—¿Qué habrá sucedido? —pensaba la anciana—. Su desgracia está ya remediada; su porvenir asegurado... ¿Será una de tantas almas que invocan a Dios en los dolores y no le dan gracias en las alegrías?

Un rumor de pasos y ese cuchicheo que se nota en las iglesias cuando ocurre algo inusitado, distrajeron su atención. La curiosidad

la impulsó a volver el rostro: la reverencia la contuvo. Vió al fin dos hombres que pasaban delante de ella conduciendo en una silla de brazos a una mujer tullida; detrás venían seis niños pequeñitos, vestidos de luto. Colocaron ambos hombres la silla de la tullida casi al pie del presbiterio: uno de ellos, que parecía un mozo de cordel, salió de la iglesia; el otro, que era el anciano, fué a arrodillarse en su sitio acostumbrado, al pie del cirio. Parecía rejuvenecido, y aunque de sus ojos se desprendían lágrimas, eran de gratitud y de alegría. ¡También ésta tiene las suyas!

Los niños se habían arrodillado en torno de la paralítica; por una feliz coincidencia vino a caer la mayor de las niñas al lado mismo de la anciana, que atentamente la observaba.

—¿Es esa señora tu mamá? —preguntó a la niña.

—Es mi abuelita.

—¿Está enferma?

—Está tullida; pero hoy ha hecho la Virgen un milagro con nosotros, y ha querido que vengamos todos a darle las gracias.

La señora no preguntó más; bajó cuanto pudo el velo de su mantilla, y gustó a solas y en silencio ese dulce placer que los ángeles encuentran santo; ese incentivo divino

que, para impulsarlos a la caridad, señaló Dios a los poderosos, y que tantos, tantos, jamás han gustado en su vida. ¡El placer de hacer felices!

Y, sin embargo, aquella anciana no era rica; aquella anciana, que hacía limosnas de príncipe, debía sólo al favor de sus poderosos amigos una morada en el Alcázar. Aquella anciana, opulenta en otros tiempos, vivía entonces del producto de su privilegiado talento; aquella anciana era, en fin, la que, sin saberlo, se había retratado a sí misma al dejar consignado en un libro precioso: «El saber es algo; el genio es más. Pero hacer el bien es más que ambos, y la única superioridad que no crea envidiosos».

Aquella anciana era la ilustre marquesa de Arco Hermoso, Cecilia Böhl de Faber, conocida en todo el mundo literario con el seudónimo de *Fernán Caballero* (1).

(1) El autor de esta verídica narración, que se honró con la amistad íntima de esta tan ilustre como piadosa señora, obtuvo la mayor parte de sus pormenores de las mismas personas que intervinieron en este hermoso hecho, logrando también arrancar algunos de ellos a la misma protagonista. Excusado nos parece advertir que el nombre y destino del llamado don Esteban Rodríguez son completamente supuestos.

LA PASCUA FLORIDA
Y EL CUARTO AYUNAR

La observación y el trato con los desgraciados descubre a menudo humildes héroes, a quienes el mundo desconoce y aun desprecia. Fórmalos el espíritu religioso, y constituyen el heroísmo según Dios, tan distinto del heroísmo según los hombres.

(Anónimo).

LA PASCUA FLORIDA

Y EL CUARTO AYUNAR

Oh la belle statue! Oh le beau piédestal!
Les vertus sont à pied: le vice st à cheval.
¡Oh que bella estatua! ¡Oh que hermoso pedestal!
Las virtudes están a pie: el vicio está a caballo (1).

I

En una de las calles más solitarias de Z**, hermosa y rica ciudad de Andalucía, hallábase situada una casita, cuyo humilde portal coronaba un escudo guarnecido de castillos y leones, rematado por una corona real; debajo de esta noble enseña, que imponía respeto, leíase este caritativo letrero, que conmovía el corazón:

ESCUELA GRATUITA DE MARÍA INMACULADA

Porque si el que practica la grande obra de misericordia de enseñar al que no sabe recoge en el cielo copiosos frutos, no los proporciona escasos al pobre, a quien da una educación que es en él manantial y raíz de la vida laboriosa y honrada.

(1) Epigrama a la estatua ecuestre de Luis XV, cuyo pedestal está formado por un grupo que representa a las virtudes.

Después de atravesar un pequeño patio y subir una no muy ancha escalera, llegábase a una puerta, coronada, a su vez, por cuadro con marco de caoba, en que se leían estos versos, escritos con unos floreos, que colocaban a su autor en parangón con Iturzaeta :

Oh qué malo que sería,
Si el que en esta clase entrare,
Por desdicha se olvidare
De decir : *¡Ave María!*

Como si, después de oída
Palabra tan celestial,
No se responde puntual :
¡Sin pecado concebida!

Aquella puerta daba entrada a la clase, salón largo y proporcionadamente ancho : a la izquierda, a la derecha y a los pies, veíanse bancos con sus carpetas para escribir; en el testero, una tarima; sobre ella, una mesa, una silla que ocupaba el maestro y, colgado de la pared, un cuadro de la Purísima Virgen, bajo un dosel de percalina celeste. Sobre los bancos de la izquierda había un cartelón en que se hallaba escrito con colosales letras *Roma;* sobre los de la derecha se leía *Cartago*, y sobre los del fondo veíase otro tercer cartel con este letrero : *Insula Asnaria*. Colgaba de un clavo, sobre el bando romano, una corona de laurel, digna de ceñir las

sienes del mismo Augusto; y frente por frente de ella, una cabeza de asno, hecha de cartón, extendía sus descomunales orejas, como si cobijase al bando cartaginés sobre que se hallaba.

Los alumnos que tenían su asiento en el lado de Roma, luchaban de continuo con los del pabellón cartaginés, y, al fin de la semana, el bando vencedor conquistaba la corona de laurel y los elogios del maestro, quedando para el vencido las censuras de aquél y la cabeza de asno. Los desaplicados, tanto del uno como del otro bando, eran desterrados a la Insula Asnaria, especie de lazareto donde guardaban cuarentena aquellos apestados intelectuales.

Este sencillo y curioso método de enseñanza, que despertaba de una manera pasmosa la emulación de los muchachos, era el que empleaba en su humilde templo de Minerva don Justo Cucaña, maestro hacía treinta y cinco años de la escuela gratuita de María Inmaculada.

Veíanse representados en aquel modesto recinto los dos crepúsculos de la vida: por un lado la niñez, crepúsculo de la mañana, ligera como los pájaros, bulliciosa como una fuente, alegre y risueña como todo lo que empieza; por otro el de la tarde, don Justo,

pesado como el que lleva sobre sí la carga de la experiencia, silencioso como el que conoce el valor de las palabras, serio y triste como todo lo que se acerca a su fin. Pero dentro de aquellas humildes paredes formaban un solo cuerpo el viejo y los niños, la alegría y la tristeza, el silencio y el bullicio, el eco de la cuna y el preludio de la tumba: así era que al rezar la Salve a la Virgen, que como prólogo de las explicaciones abría diariamente la clase, mezclábase la cascada voz de don Justo con las argentinas de sus discípulos, y ambas oraciones subían al cielo apoyándose la una en la otra, como si la inocencia sostuviese a la virtud cansada, y ésta guiase a aquélla, que es ciega y nada ve.

Así pasaban los días de don Justo, uniformes y tranquilos como un estanque de aguas claras; pero al estallar la revolución de Setiembre de 1868, el inofensivo maestro de escuela fué señalado como un peligroso reaccionario por no haber colgado su balcón, en señal de regocijo, con la colcha colorada que solía poner en las fiestas del Corpus y de la Purísima, titular de la escuela, y por fomentar en sus discípulos las rancias ideas tradicionalistas, narrándoles de continuo el diálogo que había sostenido el año veinte con Su Majestad el Rey don Fernando VII.

Hallábase don Justo en Madrid y, deseoso de conocer al monarca, fué un sábado a la Salve de Atocha, adonde, según la tradicional costumbre, asistía la corte. Colocado don Justo junto al mismo coche regio, hacíase todo ojos para contemplar a la salida al Rey de las Españas. Al poner Fernando VII el pie en el estribo, miró al cielo encapotado y dijo a un gentilhombre :

—Me parece que nos va a llover...

Don Justo alargó entonces al monarca su colosal paraguas de algodón encarnado y dijo respetuosamente :

—Si Su Real Majestad quiere aceptar el paraguas del más fiel de sus súbditos...

El Rey se echó a reír y le contestó entrándose en el coche :

—Gracias, amigo; sentiría que usted se mojase.

—Ved aquí, hijos míos —añadía don Justo enternecido, cada vez que por amanecer nublado encontraba ocasión de referir esta historia a sus discípulos—; ved aquí el amor que nos tienen nuestros monarcas... El Rey de España y de sus Indias me llamó su amigo, y no permitió que yo me mojase...

II

Era don Justo bastante feo: su rostro formaba una continuación de ángulos agudos, y por dondequiera que se le miraba parecía vérsele de perfil. Su cabeza, calva en la parte superior, había pedido auxilio a los pelos de la nuca, que, encaramados sobre la frente y las sienes, formaban tres vistosos pompones, semejantes a las potencias de un Niño Dios.

Su traje diario nada notable ofrecía; pero en las grandes solemnidades sacaba don Justo un frac híbrido, que mostraba las calvas, debidas a los años y al cepillo, con el mismo noble orgullo con que muestra un hidalgo sus amarillentos pergaminos; venerable antigüedad que había sufrido, al filo de tijeras y al hervor del palo de campeche, todas las metamorfosis de Ovidio, y acerca de la cual corrían en el barrio tradiciones de cuya autenticidad no respondemos, por ser tan difícil poner en claro la verdad de estos hechos en la hiperbólica tierra de Andalucía. Decíase que un inglés excéntrico había ofrecido por aquel frac fósil más de quinientas libras esterlinas; pero don Justo, que consideraba la ingratitud, como hija del interés y de la vanidad, propia sólo de almas bajas y ruines, rechazó indignado las proposiciones

del hijo de Albión, y bautizó a su querida prenda, teniendo en cuenta todos los oficios que había desempeñado, con el honorífico nombre de *capi-levi frac.*

Un gran triunfo estaba reservado para don Justo: al dar su mano de esposo a doña Tomasa Cordero, poco después de su amistoso diálogo con el señor Rey don Fernando VII, el Himeneo y el Amor cerraron el templo de Jano, y, en unión de la Concordia, fueron a reinar pacíficamente bajo el humilde techo de la escuela de María Inmaculada. Después de treinta y cinco años de matrimonio habíanse identificado ambos esposos en ideas, en sentimientos y hasta en instintos; pero a medida que sus almas se fundían en una sola, sus cuerpos alejábanse progresivamente, hasta ofrecer un notable ejemplo de la poderosa ley de los contrastes.

Don Justo, alto, seco, delgado, era llamado en el barrio *El Cuarto Ayunar.* Doña Tomasa, pequeña, encarnada, rolliza, tan sólo era designada con el nombre de *La Pascua Florida.*

Pero, tanto bajo el sumido pecho de don Justo, como bajo el abultado de doña Tomasa, latía uno de esos corazones a que la humildad oculta su propio mérito; que son buenos por instinto, porque la bondad es su atmósfera;

que son heroicos sin esfuerzo, sin violencia, sin darse cuenta de ello, sin pasiones que vencer, porque allí no corren vendavales, sino la brisa que en la primavera hace nacer las flores, y en ellos produce los sentimientos de piedad más dulces, las obras de caridad más grandes, los sacrificios en pro de otros, que entre los hombres no tienen premio ni recompensa, porque los sublima el silencio, pero que de Dios merecen, no coronas de soberbios laureles que se secan, sino de suaves siemprevivas que no se marchitan nunca!...

Y aquella pobre mujer, cuyo corazón hubiera latido a sus anchas en el pecho de una Teresa, era reputada, hasta por las comadres del barrio, tan sólo por una *bendita*. Y aquel pobre viejo, cuyos sentimientos de honor e hidalguía hubieran realzado al más leal tipo de caballeros de la Edad Media, era a los ojos de todos un ridículo *Quijote*.

¡Triste mundo, que pasa distraído junto a lo que *vale* y se queda deslumbrado ante lo que *reluce!* ¡Triste egoísmo de nuestra época, que por llevar el corazón en la cabeza se ríe de los que lo dejan latir dentro del pecho! ¡Triste positivismo de este siglo, que sólo tiene para don Quijote la risa de la burla, porque no acaba de comprender que ni lo

grande ni lo heroico ni lo santo están en el *resultado* obtenido, sino en la *idea* sustentada!...

¡Bendito don Quijote! Para nosotros, que sabemos prescindir de tan risibles hechos para admirar tus buenos propósitos, cada porrazo que llevaste es una hoja de laurel de tu corona; cada palo que te dieron una página sublime de tu historia; y más queremos ennoblecer lo pequeño, haciendo, como tú, de una bacía de afeitar un yelmo de Mambrino, que rebajar lo grande haciendo una bandera, como los hombres de nuestro siglo, de una vara de medir y un lienzo de cañamazo!...

III

En cierta ocasión, el Gobierno, cosa en él muy frecuente, no tenía dinero, y cosa más frecuente todavía, a nadie pagaba. La Pascua Florida iba perdiendo sus carnes, y el Cuarto Ayunar se vió precisado a observar como regla ordinaria el precepto que le daban por apodo. Un día volvió don Justo de la calle pálido y desencajado, y se dejó caer en una silla con muestras del más profundo abatimiento.

—¿Qué hay? —exclamó asustada doña Tomasa.

—Que el Gobierno no paga a los hospitales ni a la Casa Cuna... ¡y van a cerrarse! —contestó don Justo con voz cavernosa.

—¡Ay, Jesús, qué herejía! —exclamó doña Tomasa entre compadecida e indignada; y fijándose su tierno corazón en los más desamparados, los niños expósitos, que ni aun quejarse podían, añadió :

—¿Y qué les espera entonces a esos angelitos de Dios, que no tienen amparo en la tierra?...

—¡Morir de hambre!

Doña Tomasa rompió a llorar a trapo tendido, y de los ribeteados ojitos de don Justo brotó una lágrima, que entrando y saliendo en las cavernas que su anguloso rostro formaba, vino a confiar a su venerable corbatín de seda negra no sé qué cosas de esa sublime caridad impotente que guarda el pobre hacia el pobre, a quien sólo puede dar sus lágrimas de compasión; lágrimas que Dios recoge y bendice, y que en su infinita justicia ha puesto en los ojos del indigente, como compensación a la limosna santa que en manos del rico pone, para que con ella abra las puertas del cielo!

—¿Y no hay remedio? —preguntó doña Tomasa.

—¡Ninguno! —contestó don Justo, limpián-

dose los ojos con un pañuelo colorado, de los llamados de fraile.

Y La Pascua Florida y El Cuarto Ayunar, sentados frente a frente, silenciosos, anonadados, sintiendo arder en sus corazones la llama de la caridad que estérilmente los consumía, ofrecían, no ya el espectáculo tierno y conmovedor de la bondad que sufre, sino el admirable y heroico de la bondad que olvida sus sufrimientos para compadecer los ajenos. De repente rompió aquel silencio, interrumpido sólo por los ruidosos sollozos de doña Tomasa, la voz de un ciego, que pregonaba billetes de la lotería. Doña Tomasa se levantó como impulsada por una idea repentina; saca de su profunda faltriquera dos pesetas —¡las únicas que tenía! ¡con las que contaba para comer hasta que la Providencia le deparase otras!— y compra un décimo de billete, que fué a sujetar en un cuadrito de la Virgen del Carmen, mientras murmuraba con el acento de la fe más sincera, del dolor más amargo, de la esperanza más caritativa:

—¡Prémialo, Madre mía, prémialo, que esos inocentitos no tienen qué comer!...

A los dos días vendían los ciegos *La Correspondencia de España*, con la lista de la lotería: doña Tomasa compró un número, y sin la menor sorpresa, porque su acrisola-

da fe así lo esperaba, encontró premiado con veinte mil reales el billete que la Virgen del Carmen custodiaba. Don Justo cobró aquella suma en hermosas y sonoras monedas de cinco duros, y con su capi-levi-frac majestuosamente abrochado, sus potencias atusadas como nunca y cubiertas por un sombrero de copa alta, de colosal altura y forma cilíndrica, fué a poner los mil duros en manos de la Superiora de la Casa de Expósitos, sin que le ocurriese siquiera la idea de aliviar sus apuros pecuniarios con una sola de aquellas monedas, que, en la rectitud de su alma, consideraba sagradas como un depósito. El billete había sido comprado para los niños de la Cuna, y suyo era el premio.

Agradecida la Superiora, le preguntó, sin poder disimular la sorpresa que aquella cuantiosa limosna le causaba en una persona, al parecer, tan pobre:

—¿Y quiere usted decirme a quién hemos de agradecer esta caridad tan grande y tan oportuna?

Don Justo no había contado con esto: enrojeció hasta el blanco de los ojos; sus potencias cayeron lacias sobre el cráneo, y luchando entre su modestia, que le mandaba callar, y su horror a la mentira, que jamás manchó sus labios, guardó silencio, anona-

dado como el reo que ve descubierto su crimen. Mas, de repente, vínosele a la memoria el cuadrito de la Virgen del Carmen, guardiana del billete, y, con aquel aire de satisfacción y desembarazo del que sale triunfante de un grande apuro, contestó a la atónita Superiora :

—¡A la Virgen del Carmen, señora, a la Virgen del Carmen!...

Y aquella noche dormían la *bendita* doña Tomasa y el *Quijote* don Justo con la sonrisa en los labios y la paz en el alma, después de haber tomado por alimento, en todo el día, un plato de pimientos asados.

IV

El día 22 de Setiembre de 1868 notábase una extraña animación en la escuela gratuita de María Inmaculada. Los romanos zumbaban como abejas, como abejarrones los cartagineses, y los de la Insula Asnaria parecían imitar a sus titulares. Don Justo había bajado de su empinado solio y paseábase, con la palmeta en la mano, dirigiendo amenazadoras miradas de Roma a Cartago, y de Cartago a la Insula Asnaria.

La revolución de Setiembre había estalla-

do: cerrados toda clase de establecimientos, los músicos transitaban por las calles tocando el himno de Riego y la Marsellesa, y un *entusiasmo oficial* reinaba por todas partes. Algunos, que claramente habían manifestado su desagrado, se llenaron de una espontánea, voluntaria y sencilla alegría ante los persuasivos argumentos con que amenazaban algunos oradores liberales que, colocados por las esquinas, abrían sus negras bocas sobre cureñas férreamente claveteadas.

Sólo la escuela gratuita de María Inmaculada conservaba abiertas sus puertas; y allí, firme como una roca, don Justo, ayudado de su elocuente palmeta, esforzábase por mantener el orden entre sus subordinados, que, poseídos de un patriótico entusiasmo, parecían dispuestos a tomarse por fuerza las vacaciones, que de grado no se les daban. Pero ¿cómo había él de tomar parte en el regocijo público?... ¡El, que había oído gritar a aquellas turbas: ¡Muera Pío IX!... ¡El, que había visto arrastrada por el suelo la corona de Fernando VII, el monarca de España y de sus Indias que le llamó un día su amigo, y no quiso permitir que el más fiel de sus súbditos se mojase por su culpa!...

Romanos, cartagineses y asnarios habíanse aliado para llevar a cabo una conspiración

en contra del antirrevolucionario don Justo. El plan era bien sencillo: un nudo de la madera, desprendido de la mesa del maestro, formaba un hoyito, en que éste, sumamente apegado a sus hábitos, solía introducir el dedo índice de la mano con que accionaba; clavaron en él los conspiradores una aguja con la punta para arriba y, rellenando el hueco de acíbar, esperaron a que el inocente don Justo encontrase allí el castigo de su tiranía. Distraído éste, hacía leer a uno de los cartagineses las máximas de Martínez de la Rosa.

—Lea usted con sentido, que eso no es un romance de ciego, decía; ha de leerse así...

Quien maltrata a un animal,
No muestra buen natu...

—¡Canastos! —se interrumpió el buen maestro, al sentir un terrible pinchazo en la punta de su dedo, que, impulsado por la costumbre, había ido a introducirse en el hoyito conspirador; y llevando naturalmente a los labios la parte lastimada, murmuró atónito al sentir en la boca el amargor del acíbar:

—¿Qué es esto, Dios mío?

Una explosión general de malignas risas acogió la sorpresa de don Justo, que en vano preguntó, indagó y quiso averiguar. Viendo

la inutilidad de sus pesquisas, el ofendido maestro, haciendo hasta la magnanimidad honor a su nombre, perdonó antes que exponerse a castigar a un inocente. No obstante este noble comportamiento, aquellas hordas liliputienses siguieron agitadas, como si presagiasen alguna nueva borrasca.

—Vea usted, se decía don Justo, paseando de arriba abajo, lo que puede el mal ejemplo. Hasta en estas criaturas se refleja el espíritu revolucionario de esta pícara época.

De repente interrumpió sus reflexiones una atiplada vocecita, que, saliendo del bando cartaginés, gritaba:

—¡Viva la libertad!

Don Justo se volvió, ligero como una veleta, dirigiéndose, con la palmeta levantada, al punto de donde había salido aquel grito subversivo; pero sólo encontró ojitos bajos, caritas contritas, que con una mansedumbre evangélica no osaban levantar la vista del suelo. En aquel momento otro grito salió de las huestes romanas, y don Justo, obligado por las circunstancias a adoptar la política de concesión y represión, resolvió levantar la clase media hora antes de la de costumbre: cantóse la Salve a la Virgen algo más desentonada que de ordinario, y desfiló la amotinada plebe.

Al día siguiente, don Justo, revestido de toda su gravedad, y envuelto en su capi-levi-frac, como en las grandes solemnidades, se presentó en la clase armado con su palmeta acostumbrada y unas atroces disciplinas de extraordinario. Roma, Cartago y la Insula Asnaria temblaron ante aquel aparato de fuerza; se cantó la Salve con el mayor recogimiento, y, concluída ésta, subió don Justo a la tribuna, desde donde, con levantado acento y severo continente, dijo así:

—He llegado a sospechar, señores, que algunos de los individuos que concurren a este digno establecimiento tratan de introducir entre los demás el desorden que reina en el resto de la Península... Mas yo tengo medios—añadió, mostrando al horripilado auditorio la palmeta y las disciplinas—, para mantener el orden..., y si hay entre vosotros alguna lengua que se atreva a proferir un solo grito subversivo... ¡capaz soy!...

Y don Justo alzó el cerrado puño, miró a Roma, luego a Cartago, a la Insula Asnaria después, y dejando caer la mano sobre la mesa con la misma fuerza con que Juno debió golpear la tierra al nacer la serpiente Pyton, concluyó con el acento de Neptuno al pronunciar el famoso *Quos ego!*...

—¡De echársela a mi gato!...

El más hondo silencio se apoderó de los revolucionarios. Don Justo disertó entonces sobre el amor al altar y la fidelidad al trono; y, encontrando ocasión oportuna como nunca, refirió, una vez más, su familiar diálogo con el Señor Rey Don Fernando VII, cuando en el día 16 de Abril de 1820, al salir Su Majestad de la Salve de Atocha, y estando el cielo encapotado, dijo que iba a llover, y llamó amigo al fiel súbdito que le ofrecía su paraguas de algodón encarnado.

—Y en aquellas palabras —prosiguió don Justo— *Gracias, amigo, sentiría que usted se mojase*, que me dirigió el monarca de España y de sus Indias, en cuyos dominios jamás se pone el sol...

El sol se puso en aquel momento en el rostro del maestro, al ver que la puerta se abría con estrépito y un hombre entraba en la clase: de su cintura pendía un largo y corvo sable, que arrastraba por el suelo; en la manga de su levita, cuyo color indefinible recordaba el de ciertos hombres políticos, brillaban dos galones de oro problemático; colorada era su corbata, colorada era la pluma que tremolaba en lo alto de su grasiento sombrero, y colorada era también la punta de su nariz, que no era indudablemente el pudor quien la había enrojecido.

Aquel hombre era delegado de una de las muchas *Juntas Gubernativas* que, constituídas en aquel entonces por su propia virtud, ejercían sobre los pueblos, a quienes la sorpresa de tanta osadía no dejaba sacudir su yugo, una tiranía semejante a la del lacayo que por un momento se viera señor de su dueño.

Sin contestar al cortés saludo que, no obstante su estupor, le hizo don Justo, puso aquel hombre en manos del atónito maestro de escuela un cartapacio, en que éste leyó en voz alta :

«De orden del señor Presidente de la Junta Gubernativa de Z**, se advierte a todos los directores y maestros de escuelas gratuitas, que para solemnizar y conmemorar el glorioso alzamiento de Setiembre de 1868, sustituyan la Salve, que a la apertura de las clases acostumbraba antes cantarse, con el popular himno de Riego. Lo que cumpliendo la orden del señor Presidente se le notifica a usted para su gobierno.

Salud y fraternidad.—Z**, 22 de Setiembre de 1868» (1).

Don Justo dejó escapar el papel, y cayó en su sillón, elevando las manos al cielo.

(1) Histórico.

Roma, Cartago y la Insula Asnaria prorrumpieron en un grito unánime de entusiasmo, y dando estrepitosos y atiplados vivas a la libertad y mueras a don Justo, precipitáronse por la escalera, cual ruidosa avalancha. Una vez en la calle, formáronse de cuatro en cuatro, con su capitán al frente, sus tenientes a los lados y sus cabos a la cola, y en esta forma recorrieron las calles de la población cantando el himno de Riego.

Mientras tanto, don Justo, vuelto en sí de su sorpresa, coge el primer papel que a mano encuentra, y empuñando la pluma escribe, cual aquel moro Tarfe,

Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga:

«Señor Presidente de la Junta Gubernativa de Z**. He recibido el oficio que me dirige, y no permitiéndome mis sentimientos de *católico*, *apostólico*, *romano* —y don Justo puso estas palabras en letra bastardilla y muy gorda—, ni mi honor de caballero, ni siquiera de hombre honrado, cumplir su anticristiana orden, le suplico acepte la dimisión que hago del cargo directivo de esta escuela gratuita de María Inmaculada que durante treinta y cinco años he venido desempeñando.

Dios guarde a usted muchos años.—Z**, 22 de Setiembre de 1868».

—Pero, hombre —decía apurada la Pascua Florida—; transige un poco, y que canten la Salve con la tonada del himno de Riego.

—¡Transigir!... No transige la conciencia.

—Dios quiera que no nos cueste la torta un pan, Justo: ni siquiera le das *usía* a ese señor *arcarde*.

Don Justo miró, por primera vez en su vida, a su mujer indignado.

—¡Yo! —exclamó—. ¡Yo dar tratamiento a un poder revolucionario!... ¡Yo, a quien Su Majestad el Rey Don Fernando VII llamó su amigo, y le dijo familiarmente que iba a llover aquel día!... es decir, se lo dijo al gentilhombre, y entonces fué cuando yo...

—¡Ay, Justo! —le interrumpió doña Tomasa, que no estaba en aquel momento para recordar las relaciones amistosas de su marido con el monarca de España y de sus Indias—. ¡Con ese papel te llevas la llave de la despensa!

—¡Tomasa!—replicó severamente don Justo, poniendo la mano sobre su corazón—. De éste es el hombre responsable... Y de éste —añadió, bajándola a su estómago— Dios cuida...

Algunos días después publicaba un periódico de la Corte el siguiente suelto :

«Nos escriben de Z** que ha sido inmenso el entusiasmo que allí ha producido el glorioso alzamiento del 18 de este mes. El jueves de la semana pasada recorrieron las calles de la población un grupo de jóvenes de lo más ilustrado y principal entonando el patriótico himno de Riego. Celebramos infinito este entusiasmo de la juventud, que es hoy la esperanza de la regenerada patria».

V

La dimisión de don Justo fué aceptada, y sobre los hombros de ambos ancianos se unió entonces al peso de los años el peso de la miseria. Doña Tomasa perdió la vista, y don Justo murió a poco en el hospital. Al despedirse de su esposa, después de recibir con fervor extraordinario los Santos Sacramentos, le repitió varias veces aquella máxima de *El libro de los niños*, en que enseñaba a leer a sus discípulos :

¿Veis la virtud abatida?
¡Mas también hay otra vida!

¡Es cierto!... En ella es donde los héroes, según Dios, obtienen sus apoteosis; en ella es donde las virtudes humilladas se elevan

sobre el pedestal que les usurparon en el mundo los héroes del vicio; en ella es donde, al contemplar éstos, a la inextinguible luz de la eternidad, lo que los hombres llamaron su gloria, claman rechinando los dientes: *Nos insensati, vitam illorum aestimabamus insaniam!*

¡Nosotros, insensatos, teníamos su vida por una locura!

LA PRIMERA MISA

LA PRIMERA MISA

I

En Andalucía son muy frecuentes por el verano esas repentinas tormentas que duran en aquel alegre cielo lo que un gesto de cólera en el rostro de un niño; y lo mismo que pasado su arrebato deja ver éste entre sus lágrimas una sonrisa, sucede allí que, llorando aún las nubes por un lado, aparece por el otro un alegre rayo de sol y un brillante arco iris.

Entonces dice el pueblo andaluz, que sabe todas estas cosas de muy buena tinta, que el diablo riñe con su suegra.

Una de estas tormentas, que no por ser cortas dejan de ser terribles, como lo es en la vida todo lo que, saliendo de los límites de lo natural, entra en el dominio de lo apasionado, descargó en Z** en la noche del 15 de Julio, víspera de la Virgen del Carmen, patrona del hospital del pueblo.

La lluvia había apagado las luminarias que ardían en la torre de la iglesia, y puesto

lacias las banderas y gallardetes que la adornaban; pero no eran bastantes los esfuerzos de la tempestad para imponer silencio a las campanas de la torre, que, al mismo tiempo que la fiesta de la Patrona, anunciaban para el siguiente día una primera misa. A intervalos dejaba de bramar el huracán como cansado, y cesaban los truenos al separarse las nubes cual gladiadores que se apartan, recobran nuevas fuerzas y de nuevo se acometen, se asen, se estrechan y se despedazan : oíanse entonces las campanadas de la iglesia, que, dominando al uno y despreciando a los otros, seguían perennes, como el que la verdad inspira y la razón le asiste, diciendo alegres a los vecinos:—¡Aleluya! ¡Aleluya!

En medio de los barrancos que las calles del barrio alto forman, es donde se encuentra el hospital del Carmen. Como si desdeñase grandezas, vuelve la espalda a un castillo que fué morada de Grandes de España, y abre en una plaza, que forman humildes casas de pobres, su gran puerta, coronada por este profundo letrero : *Abierto para la salud temporal de los pobres y para la salud eterna de los ricos*. Pegada a sus muros, como el nido de una golondrina, se encuentra una pequeña casa, que la cal blanquea, perfuma una mata de reseda pendiente del tejado y

santifica una rama de laurel bendito, prendida en el balcón con dos lazos azules.

Allí vivía don Blas, el capellán, con su hermana Mariquita y Pepito su sobrino.

En la noche a que nos referimos brillaba la humilde casa de limpia, y notábase en ella ese orden, ese primor con que una persona amante prepara todo cuanto ha de servir y agradar a otra persona amada a quien espera. Esperábase, en efecto, a Pepito, el sobrino querido que había crecido a la sombra de aquellos dos ancianos, como crece un alegre rosal a la sombra de dos graves cipreses; el huérfano abandonado a quien la caridad de sus tíos había recogido niño inocente, formado joven intachable, y hecho al fin sacerdote modelo. Pepito, como le llamaban ambos ancianos, acababa de recibir en Cádiz las sagradas órdenes, y venía a celebrar su primera misa en la iglesia del Carmen, de que era capellán su tío.

Era éste un pobre exclaustrado de la Orden de San Francisco, hombre sencillo, de esos a quienes el mundo llama *almas de Dios* con cierta mezcla de compasión y desprecio, y que son, en efecto, almas purísimas que Dios acepta por suyas. Treinta años hacía que desempeñaba su modesto y difícil cargo, con ese celo hijo de la caridad, con esa cons-

tancia complemento de toda virtud, con esa callada abnegación que tan pocos comprenden, y que es el rasgo más característico del sabio, del santo, del mártir y calumniado clero español.

No era, sin embargo, don Blas hombre de muchas letras: jamás había entendido más latín que el de su misal, ni más rezos que los de su Orden; pero ¡qué paz la de su alma! ¡qué tranquilidad la de su conciencia! ¡qué igualdad la de su carácter, que nada alteraba! ¡qué bienestar el de su corazón, que, como el de su Padre San Francisco, a quien invocaba a todas horas, ardía en esas llamas de caridad inmensa que no encuentra pena sin consuelo ni desgracia sin remedio, y que, cual el pelícano, es capaz de abrirse el pecho y dar su propia sangre cuando ya nada tiene que dar!

¡Qué sublime y qué al alcance de todos era la filosofía de aquel pobre anciano, que sólo supo amar a Dios y al prójimo y sintetizar la religión, cuyo ministro era, invocando a Dios con estas dos solas palabras: *¡Padre nuestro!*

Y si bien había muchos que se reían del pobre exclaustrado, nadie había que no le amase y le respetase; porque poseía esa *humilde superioridad* de la virtud, que se persuade y suavemente se filtra en la opinión,

sin ajar a ninguno, y no la altiva superioridad del talento que se impone con orgullo, y al humillar a los otros hace nacer la envidia.

Don Blas había vivido varios años solo; pero un día vió entrar por sus puertas a una pobre mujer que traía en brazos un niño de pocos años, cuya preciosa carita sonreía engarzada en su gorrito de luto, como sonríe la inocencia a la desgracia que desconoce. Aquella mujer era doña Mariquita, la hermana del capellán, y aquel niño era hijo de otra hermana menor de ambos que acababa de morir, y cuyo marido había desaparecido. Don Blas abrió sus brazos, su corazón y su exigua bolsa a la hermana y al huérfano, que le pedían amparo, y a la sombra de su pobre sotana comenzaron a deslizarse aquellas dos existencias, con la suave tranquilidad de la tarde que declina, la de la hermana; con la bulliciosa alegría de la aurora que amanece, la del niño.

Había, sin embargo, en aquella pobre morada, un extraño misterio que paralizaba a veces la risa continua de don Blas y hacía enmudecer a intervalos los regaños continuos de doña Mariquita. Una mañana había recibido ésta una carta de Ceuta, dirigida a su antiguo domicilio, cuyo sobre atestiguaba con diversos sellos los muchos parajes que había

recorrido hasta llegar a su destino: encerráronse ambos hermanos para leerla en el despacho del capellán, y permanecieron allí tres horas cumplidas. Don Blas salió pálido y no rió por más de ocho días; doña Mariquita tenía los ojos rojos e hinchados, y cesó de regañar durante toda aquella semana.

Desde entonces preparaba doña Mariquita todos los años, cuando se acercaba la Pascua Florida, algunas ropas de hombre, de tela grosera: rompía una alcancía en que había ido reuniendo, a costa de mil privaciones, algunos ahorros; compraba varios atados de cigarrillos del estanco, y lo colocaba todo en un paquete, que entregaba a su hermano: éste subía entonces en una calesa, y tomaba la carretera de Cádiz, durando siempre su ausencia de seis a ocho días. Nadie supo, sin embargo, nunca, adónde iba, ni cuál era el objeto de su viaje.

—¿Pero adónde va el tío? —preguntaba Pepito a doña Mariquita, con su curiosidad natural de niño.

Ésta le miraba entonces con una expresión indecible de amor y de ternura, y respondía con su natural acritud:

—¡A contar los frailes, que dicen que falta uno!...

Una vez hizo Pepito la misma pregunta a

su tío: fijó éste en el niño una mirada, en que se hermanaban el horror, la angustia y la ternura, y le respondió al fin con una severidad en él inusitada:

—El niño curioso y necio
Causa fastidio y desprecio.

Pepito se agarró asustado a las enaguas de su tía, y jamás volvió a preguntar nada acerca de aquel viaje misterioso.

Doña Mariquita esperaba siempre ansiosa la vuelta de su hermano; salía a recibirle a la puerta misma de la calle, y le interrogaba con la vista.

—¡Nada! ¡nada! —respondía don Blas desalentado— ¡más duro que una roca!... ¡más entero que los muros de Ceuta!

Doña Mariquita se echaba a llorar, y ambos hermanos permanecían por algunos días sin reír el uno y sin regañar la otra.

Poco a poco el pobre huérfano fué haciéndose hombre, sin dejar de ser ángel, y obtuvo en el Seminario de Cádiz una beca de gracia, por intercesión de su tío. Allí dió muestras de un talento poco común, de una aplicación extraordinaria y de una ejemplar conducta.

Celebróse en cierta ocasión en el Seminario un acto público por mandato del señor Obispo, y Pepito fué el seminarista designado

para defender una tesis *de Trinitate*. El júbilo de don Blas no reconocía límites, y comenzó sin pérdida de tiempo a hacer sus preparativos de viaje.

—¿Pero cómo va usted a ir? —decía apurada doña Mariquita, que no obstante su avanzada edad hablaba siempre de usted a su hermano, por respeto al sacerdocio—. Ni un real hay en casa para pagar la calesa...

Don Blas soltó una de sus alegres risotadas, y exclamó :

—¿Pues cómo ha de ir un pobre mendicante, sino en el caballo de su Padre San Francisco, que no necesita ni pienso ni albarda?...

—¡A pie! —exclamó doña Mariquita—. ¡A pie cuatro leguas y con setenta años a cuestas!...

—¡Cuatro leguas!... Cuatro millones de ellas andaría yo de rodillas por oír a ese hijo de mi alma, que ha de ser otro Tomás de Aquino... ¡Mariquita! —añadió solemnemente, agitando en una mano su descomunal sombrero de teja y en la otra un cepillo con que en vano había intentado alisar los pelos que no tenía— ¡acuérdate de lo que te digo!... Yo no lo conoceré, porque el camposanto me está llamando para abonar la cosecha de malvas; pero tú eres joven (Mariquita conta-

ba a la sazón sesenta y cinco años), y podrás verlo... ¡Ese niño se ha de calar una mitra!...

—En la alcancía debe de haber lo menos veinte reales —observó tímidamente doña Mariquita.

El rostro del Capellán se nubló repentinamente, y volvió la espalda murmurando:

—¡Calla, hija, calla, por Dios!... ese dinero es sagrado.

Ni por la cátedra de San Pedro hubiera cambiado don Blas la silla con que le brindó el Rector del Seminario, en el mismo estrado que ocupaba el señor Obispo. Lloraba unas veces, reía otras, y sobre el fondo de sencillez que retrataba siempre su bondadosa cara, pasaban cuantas emociones pueden agitar un corazón amante, mientras se volvía para todas partes lleno de satisfacción, como si dijese a la concurrencia entera:

—¿Pero no han caído ustedes en la cuenta de que yo soy el tío de ese sobrino?...

Al terminar el acto rodearon todos al seminarista, para darle la enhorabuena: el mismo señor Obispo le dirigió halagüeñas palabras, y le entregó, por su propia mano, un hermoso ejemplar de la *Summa* de Santo Tomás de Aquino. Don Blas se abrió calle entre la multitud a fuerza de codazos.

—¡Paso, señores, paso, que es mi sobrino! —decía.

—¡Hijo, hijo mío! —exclamó al fin, abalanzándose al cuello del seminarista—. ¡Y la pobre Mariquita que no te ha oído!... ¡pero deja, deja que yo le cuente!...

Y al decir esto, el buen anciano lloraba como un chico; pero poniéndose de repente serio, porque cruzó por su mente la idea de que aquel triunfo podría, quizá, engreír al humilde joven, añadió, poniendo una mano en la cabeza de éste y otra en la suya propia:

—¡Muy bien, Pepito..., has hablado como un libro!... Pero ten presente, hijo mío, que lo mismo a esa cabeza que a esta calabaza se las ha de comer la tierra.

Y luego se echó a llorar, y después se echó a reír, y de nuevo volvió a abrazar a su sobrino.

Don Blas regresó al pueblo en una calesa, que le forzó a aceptar el Rector del Seminario, llevando dos ejemplares impresos de las tesis latinas que su sobrino había defendido. Por el camino se las leyó al calesero, que, como era natural, se quedó en ayunas.

No bien llegó a su casa, entregó a doña Mariquita un ejemplar de las tesis, y guardó el otro para ponerlo en un marco en el testero de su despacho.

—¡Si aquello no es para contado, Mariquita, sino para visto! —decía, mientras despachaba una cazuela de ajo molinero, en que consistía toda su cena—. ¡Válgame mi Padre San Francisco, y qué chavalito ese, que apenas tiene veinte años y se mete ya debajo del brazo a Escoto, y a Suárez, y a Santo Tomás de Aquino!... ¡Vamos, si a ese niño era menester engarzarlo en plata y guardarlo en un relicario!... ¡Qué desparpajo, qué respuestas, y qué latín, Mariquita, qué latín!... ¡Si yo mismo no lo entendía!...

—¡Si no hay otro! —decía doña Mariquita, llorando a lágrima viva—. ¡Si cuando lo crió Su Divina Majestad rompió el molde porque no lo hubiera igual en toda la tierra!

—¡Allí estaba todo el señorío de Cádiz, quitándoselo de las manos, lo mismo que una reliquia, y el pobrecito mío, humilde como mi Padre San Francisco, sin levantar los ojos del suelo!... ¡Es un ángel, Mariquita!

—¡Un santo, Blas!

—¡Pues no; que cuando le ponían dificultades ya sabía el mocito espantarse las moscas!... Había allí un vejete cojo, listo como una pimienta, que todo se lo negaba...

—¿Que se lo negaba? —exclamó asombrada la vieja—. ¡Sería algún pícaro judío!...

—No, mujer, que era un canónigo...

—¡Pues sería envidia!

—No, mujer... Si negaba, como quien dice, en broma, para ver si Pepito se tenía firme en los estribos.

—Pero siempre saldría ganando mi niño...

—¡Pues claro está! ¿Quién había de tumbarlo en tierra, con un sentido tan fino como el que tiene, y unas verdades tan de a puño como las que defendía?... Mariquita, acuérdate de lo que te digo : en cuanto cante misa el niño, me lo hacen cura párroco.

—¡Lo menos canónigo! —dijo doña Mariquita.

Don Blas soltó una de sus estrepitosas risotadas.

—Pues ya puedes empezar a coserle los capisayos —dijo—, porque si a ese paso lo empujas, para Navidad es Obispo, para Semana Santa, Papa, y para Pascua le tienes hecho Padre Eterno.

Y asombrado el buen viejo de su chiste, comenzó a reír de nuevo.

—¡Ay!, ¡si su pobre madre levantara la cabeza! —dijo tristemente Mariquita.

La alegría desapareció del rostro de don Blas como un relámpago; alzó los ojos al techo, suspirando ruidosamente, inclinó la cabeza y cruzó las manos.

—¡Pobre Ana de mi corazón! —dijo, y rezó un *Pater noster*.

Requiescat in pace—añadió al terminarlo.

—Amén —respondió doña Mariquita enjugándose las lágrimas con el pico de su delantal.

No bien se vió ésta en el cuchitril en que dormía, leyó de cabo a rabo, a la luz de un velón de Lucena, las seis tesis defendidas por su sobrino.

—Ni palabra entiendo —decía—; pero ello bueno tiene que ser, porque es cosa de la Santísima Trinidad, y del señor Obispo, y lo ha compuesto Pepito...

Y la buena vieja se aprendió de memoria las seis tesis; y al terminar todas las noches el largo catálogo de sus oraciones, las recitaba devotamente, diciendo con esa bendita fe de los pobres de espíritu, a quienes promete Cristo el reino de los cielos:

—¡Por mi niño Pepito!... ¡Para que el Señor le dé salud y suerte, y me lo libre de pecado!...

II

Pepito iba a llegar de un momento a otro, y esta alegría inmensa se reflejaba en los dos ancianos según su distinto carácter. Don

Blas lloraba y reía según su costumbre, y se paseaba por la humilde pieza que le servía de despacho, repasando el sermón que había de predicar en la misa de su sobrino, e importunando a cada momento a doña Mariquita con preguntas, hijas a veces de su alegría, a veces de su impaciencia, siempre de su constante buen humor y de su paz inalterable.

Doña Mariquita se agitaba en la cocina en medio de un arsenal de pucheros, sartenes y ollas de Medina, que contenían el festín de Baltasar que para el día siguiente preparaba, y gruñía más que había gruñido nunca, porque iban siempre sus regaños en razón directa de su actividad y alegría; eran como una coraza de púas con que ocultaba los hermosísimos sentimientos de su corazón delicado, sufrido y triste, como lo es una pasionaria.

—¡Mariquita! —gritó por centésima vez el Capellán desde su despacho.

—Mande usted —contestó ésta desde la cocina.

—¡A que con tanto pollo para mañana no has preparado cena para Pepito esta noche!

—¡A que le va a suceder a usted lo que al corregidor de Almagro! —respondió doña Mariquita en el mismo tono.

—¿Pues qué le sucedió?...

—Que de puro meterse donde no le llama-

ban se murió un día de pena, porque a su vecino se le quemó la olla.

Don Blas soltó una de sus risotadas.

—No fué por eso, hija —observó cachazudamente—. Fué porque le salió el chaleco corto.

—Llámelo usted hache, y no se meta en camisón de once varas, que se le van a liar los pies.

—Bien, hija, bien; ya me callo... ¡No te incomodes, por Dios!... Yo lo decía al tanto de que el niño traerá hambre...

—¡Pues, que se roa un codo!

—¡Ave María Purísima, mujer!... que parece que te han despechado con leche de avispas.

—Y a usted con jarabe de métome en todo.

Don Blas calló, derrotado, como siempre, y doña Mariquita prosiguió chamuscando los plumones de un pollo, que había muerto consolado con la idea de encontrar sepultura eclesiástica en el estómago del misacantano.

—¡Mariquita! —volvió a llamar don Blas más tímidamente.

—¡Dale tijereta! —refunfuñó ésta, que luchaba a brazo partido por sujetar las patas del pollo, que con una gracia digna de Terpsícore se empeñaba en bailar un bolero.

—A Pepito le gustan mucho las patatas aconejadas...

—Y a mí más los conejos apatatados.

—Lo digo, porque como mañana tendrá que estar en ayunas hasta tan tarde... y eso se prepara pronto...

—¡Dale tijereta!, ¡y qué cansera le ha entrado con la cena del niño!... Descuide usted, que no ha de soñar esta noche con las ánimas benditas.

—Bien, hija, bien; haz cuenta que no he dicho nada...

A poco apareció don Blas en la cocina, con los papeles del sermón en la mano.

—¿Sabes qué estoy pensando? —dijo—. Que como el niño vendrá cansado, podías ponerle en la cama mi colchón de lana, que yo con el jergón tengo bastante.

—¿Sabe usted lo que a mí se me ocurre? —contestó doña Mariquita impaciente—. Que de tanto charlar se le va a caer a usted la campanilla esta noche, y nos quedaremos sin sermón mañana... ¡Conque déjeme el alma quieta, que nadie le da vela en este entierro!...

Doña Mariquita se guardó muy bien de añadir que el único colchón de su cama estaba ya puesto en la de Pepito, y que ella había de dormir, por lo tanto, sobre las tablas pela-

das. El Capellán se volvió, con la cabeza gacha, al despacho, murmurando:

—¡Y que le pusieran a esta niña Mariquita de la Paz, en vez de ponerle Mariquita de la Guerra!

—¡Y que le pusieran a este hombre don Blas y no don Posma! —replicó la aludida, comenzando la difícil, intrincada y trascendental tarea de introducir el relleno en el caparazón del pollo. No habían pasado diez minutos cuando don Blas apareció de nuevo en la cocina.

—¡Mariquita! —dijo con voz temblorosa.

—¿A que me gasta el nombre esta noche? —exclamó ésta más impaciente que nunca.

—¡Mariquita!, ¡óyeme, por Dios! —continuó el Capellán angustiado—, que me acaba de dar una corazonada, que sin duda viene del cielo... Dios y mi Padre San Francisco son los que me la mandan.

Doña Mariquita alzó la cabeza asustada, y al notar la agitación de su hermano, se acercó con las manos llenas de relleno, las cejas enarcadas y la boca abierta.

—Ahora mismo —prosiguió don Blas— estaba allí, delante del cuadro de mi Santo Padre, y se me ocurrió de repente, sin saber cómo, que si Pepito pidiese mañana en la Misa lo que tú y yo pedimos en vano hace

diez y ocho años, de seguro que el Señor lo concede... Sí, de seguro; porque jamás niega Su Divina Majestad la gracia que el nuevo sacerdote le pide en su primera Misa... Y esto es cierto, cierto, cierto... El Padre Guardián de mi convento fué quien me lo dijo...

—¿Y quién tiene valor para dar al niño esa puñalada? —exclamó con espanto doña Mariquita.

—Le diré que ofrezca la misa por mi intención, que será esa misma, y con esto basta.

—¿Y si sospecha algo?... ¡Por María Santísima, Blas!... Eso sería asesinarle...

—¡Dios me ayudará, mujer!... Mi Padre San Francisco me tendrá de su mano...

Doña Mariquita iba a replicar, pero el alegre sonido de los cascabeles de una calesa sonó en aquel momento, y los dos hermanos se precipitaron a la escalera, exclamando:

—¡Ahí está!... ¡Hijo de mi alma!

Un sacerdote joven subía ya apresuradamente, y recibió en sus brazos a los dos ancianos, estrechando contra su pecho aquellas cabezas blancas, sin que se oyese otra cosa que sollozos de júbilo. Don Blas se dejó caer al fin a los pies del recién venido.

—De rodillas, Mariquita, de rodillas —gritó—. ¡Hijo, hijo mío, la bendición...

tu primera bendición para estos dos pobres viejos!...

Y las manos ungidas del nuevo sacerdote se levantaron por primera vez a los cielos, para atraer sobre aquellos dos ancianos venerables la bendición del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Sacó entonces Pepito una cinta de seda blanca partida en dos pedazos y cuidadosamente envuelta en un papel.

—Aquí tiene usted la cinta con que me ataron las manos en mi ordenación —dijo, entregándosela a don Blas—; la mitad para usted y la mitad para mi tía.

—¡Dios te lo pague, hijo mío!... ¡Dios te lo pague! La guardaré mientras viva, como una reliquia, y con ella me atarán las manos después de muerto...

Doña Mariquita había tomado su parte, y la besaba llorando a lágrima viva, sin decir palabra.

Dos horas después salía don Blas de la alcoba de su sobrino y se dirigía de puntillas a la suya.

Doña Mariquita le esperaba en la puerta.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó ansiosa.

—Que así lo hará.

—¿Y nada sospecha?...

—¡Nada!... El inocente está seguro de

que sus padres han muerto... ¡Hijo de mi alma, paloma sin hiel, nacida de un lobo carnicero!... ¡El corazón se me partía al oírle, Mariquita!... ¡Me dijo que era su idea aplicar la misa por el descanso eterno de sus padres!... ¡Sus padres!... ¡aquella santa recibiría ya en el cielo la palma del martirio!... ¡pero él... el verdugo... si resiste a la misa de su hijo, cierta, cierta es su muerte impenitente!...

III

Amaneció por fin el día de la fiesta, tan despejado y magnífico como si, al huir la noche embozada en su manto negro, que tantos misterios, tantos temores y tantos crímenes oculta, arrebatase también bajo sus sombríos pliegues la tormenta de la víspera. Entonces atracó al muelle del pueblo un falucho destrozado, procedente de Ceuta, que había corrido el temporal y perdido el rumbo de Lisboa, que era su derrotero. La tripulación saltó a tierra para visitar el primer santuario de la Virgen que encontrase: que éste era el voto que había hecho a la Santa Patrona de los navegantes en aquellos momentos de terrible peligro, en que se reanima la fe al calor de la esperanza. Un viejo caminaba

entre los tripulantes, que no parecía, como ellos, hombre de mar: traía la cabeza vendada con un pañuelo encarnado, y puesta encima una montera de pellejo de conejo, que prestaba a su fisonomía torva un aspecto aun más repugnante. Vestía un chaquetón destrozado y unos calzones de paño burdo con vivos amarillos, y notábasele al andar esa especie de cojera que marca, cual una terrible contraseña, a los desgraciados que por mucho tiempo han arrastrado un grillete. Parecía sumamente fatigado, y veíansele entre los cabellos desgreñados y la barba cana algunos cuajarones de sangre fresca.

La tripulación, conducida por una turba de chiquillos que habían acudido a la novedad del espectáculo, llegó a la iglesia del Carmen, que era la más cercana al muelle. Don Blas descendía en aquel momento del púlpito, después de haber predicado su sermón, interrumpido a cada instante por lágrimas y sollozos, que encontraron más de una vez eco en el numeroso auditorio que le escuchaba. Allí estaba doña Mariquita, arrodillada en primera fila, con aquel traje de paño de seda negra que sólo salía el Jueves Santo y aquella mantilla de blondas con fondo de raso ribeteado de terciopelo que únicamente en aquel mismo día abandonaba el fondo del arca.

El celebrante había vuelto al altar después de entonado el Credo; asistíale su tío por un lado, y por el otro el señor Vicario. Todo había desaparecido, sin embargo, ante la vista del nuevo sacerdote: veía aproximarse el momento en que Jesucristo iba a venir por primera vez a sus manos, y sentía una especie de santo pavor, semejante al que hace a los querubines velarse el rostro con sus alas. Inclinó su frente sobre aquella ara de piedra, que encerraba reliquias de mártires que le enseñaban a dar la vida por la fe, y pidió luego por la Iglesia, que es su depositaria; por el Papa que es su Jefe, y por el Rey, que debe ser su defensa. Juntó luego las manos, inclinó levemente la cabeza, y quedó inmóvil, con los ojos cerrados: el nuevo sacerdote iba a pedir la gracia de su primera misa... Había llegado el momento de presentar ante el acatamiento divino aquella misteriosa petición, objeto de las plegarias de los dos ancianos durante dieciocho años. Don Blas bajó la cabeza y cruzó las manos, y doña Mariquita ocultó el rostro entre las suyas, reteniendo ambos hasta el aliento, como si temiesen detener el vuelo de aquella oración de que tanto esperaban. El celebrante separó al fin sus manos y prosiguió aquellas hermosas oraciones en que la Iglesia parece extender con sus

ruegos un manto de amor y de piedad sobre todos sus hijos, vivos y muertos. Un confuso rumor sonó entonces por un momento a los pies de la iglesia : hallábanse arrodillados en aquel sitio los tripulantes del falucho náufrago, y el viejo del chaquetón pardo había en aquel instante lanzado un gemido, llevándose las manos a la cabeza, y caído al suelo sin conocimiento. Cuatro de sus compañeros le levantaron instantáneamente, y guiados por algunos hombres del pueblo le llevaron al hospital, sin que la mayor parte de los circunstantes parasen la atención en aquel incidente.

Siguióse a la misa el besamanos, y después de la acción de gracias las enhorabuenas, y dos horas más tarde se sentaba don Blas a su modesta mesa, teniendo a la derecha al señor Vicario, a la izquierda a su sobrino y en torno al administrador del hospital y a otros tres eclesiásticos. Doña Mariquita, ayudada por una pobre viuda a quien socorría, preparaba en la cocina y presentaba ella misma en la mesa aquella larga serie de platos en que había agotado todo su saber culinario y todos sus escasos ahorros. Don Blas, alegre, chancero y hablador como nunca, mantenía el buen humor entre sus convidados y no creía hacer bien los honores de su mesa si no propinaba a cada uno de ellos una indi-

gestión segura con sus importunas instancias a que de todos los platos repitiesen. Había llegado la hora de los postres, y doña Mariquita colocó en el centro de la mesa, con un aire de satisfacción indescriptible, el regalo que la Superiora del hospital había hecho al misacantano. Era un blanquísimo cordero, casi de tamaño natural, hecho de pastas de almendras, tendido en una bandeja y recostando la cabeza en un peñasquito de piñonates; tenía las pezuñas, los ojos, el hocico y la punta del rabo teñidos de chocolate, y encerraba en sus dulces intestinos multitud de frutas de almíbar; con las patitas delanteras sostenía un cáliz de caramelo, en cuya copa se levantaba, entre nubes de merengue, una hostia de azúcar, sobresaliendo por encima una banderita de raso encarnado, en que se leían estas palabras bordadas con lentejuelas: *Ecce Agnus Dei: ecce qui tollit peccata mundi.*

Todos celebraron con alegres risas la alegoría de la Superiora; el señor Vicario desclavó la banderita para entregarla al misacantano, y propuso un brindis en honor de la buena religiosa.

De repente, entró apresuradamente un hombre en busca del capellán: era un mozo del hospital que venía a avisarle que un pobre

moribundo pedía confesarse. Don Blas se levantó, dejando su copa a medio beber, con esa prisa, con ese santo anhelo con que el buen sacerdote deja cuanto a él pertenece para correr tras de un alma que pertenece a Cristo. Detúvole, sin embargo, su sobrino.

—Deje usted que yo vaya, tío —le dijo—. El señor Obispo me dió ya las licencias, y puedo confesarle... Deje usted que le empiece a pagar hoy mismo tanto como le debo...

Don Blas pareció titubear un momento; instóle a su vez el señor Vicario, y el buen anciano volvió a sentarse, exclamando con un acento que trajo lágrimas a los ojos de todos los circunstantes :

—¡Ve, hijo mío!... Ve y aprende desde luego a ser esclavo de las almas que redimió Jesucristo...

El joven sacerdote llegó al hospital por un pasillo que ponía a éste en comunicación con la casa del capellán. Tendido en un jergón estaba, en un aposento bajo, el viejo que se había desmayado en la iglesia : tenía una tremenda herida en la cabeza, causada por el golpe de una verga rota que le había caído durante el temporal, dejándole clavada una astilla; el nuevo golpe que recibió al caer en el templo, desmayado de fatiga, se la había introducido hasta los sesos, y al extraérsela

el médico en el hospital declaró que, recobrase o no el conocimiento, le quedaban pocas horas de vida. Había al fin vuelto en sí el herido, y sus primeras palabras fueron para pedir un confesor.

El joven sacerdote se detuvo un poco, sobrecogido ante aquel horrible espectáculo, y un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo. Jamás había visto el tímido joven correr la sangre; jamás había sondeado tampoco los repliegues de una conciencia, y por primera vez en su vida veía una herida de muerte que brotaba sangre fresca, y veía al mismo tiempo asomar por aquellos ojos sombríos esas otras heridas del alma que encancera el remordimiento. El herido fijaba angustiosas miradas en la puerta, y no bien apareció en ella el sacerdote, murmuró con una voz bronca y entrecortada, que el estertor de la muerte comenzaba a hacer fatigosa y que la angustia del pecado hacía aterradora:

—¡Padre cura!... ¡Mis pecados son inmensos!

—¡Infinita es la misericordia de Dios, hermano mío! —exclamó el joven, con un acento que le salió del alma.

De los ojos del moribundo comenzaron a brotar lágrimas sin cuento, y sus manos desfallecidas intentaron en vano levantarse para

golpear su pecho. El sacerdote se inclinó hacia él, diciendo palabras de consuelo; y pasándole el brazo por la espalda, le incorporó con cuidado: cayó entonces pesadamente aquella cabeza desgreñada y sangrienta, que parecía escapada de un patíbulo, sobre el inocente pecho del sacerdote, templo vivo de Cristo. Una hora duró aquella confesión, que entrecortaban de continuo los sollozos, que hacía a veces ininteligible el estertor de la agonía, y cuyo valor aseguraban siempre las lágrimas ardientes del arrepentimiento. El sacerdote levantó al fin su mano derecha, sin dejar de sostener al herido con la izquierda, y pronunció por primera vez la santa fórmula de la absolución que borra los pecados del alma. El moribundo dió entonces un gemido de bienestar, y permaneció inmóvil por algunos minutos; agitóse al fin bruscamente, murmuró algunas palabras ininteligibles, abrió de un modo horrible los ojos y también la boca, y dando una violenta sacudida inclinó la cabeza hacia adelante, dejando en la sotana y en el blanco alzacuello del sacerdote una roja mancha de sangre.

El joven conoció que había expirado, y le dejó caer suavemente en su triste lecho: cerró luego aquellos ojos, que ya no veían, y

arrodillándose a la cabecera oró largo rato. Levantóse al fin y se dirigió a la puerta; pero volviendo atrás por un movimiento instintivo de su corazón que no supo explicarse, cruzó sobre el pecho del cadáver sus manos sucias y callosas, besándolas antes.

Cuando salió era ya de noche, y una Hermana de la Caridad le esperaba a la puerta.

—¿Y el herido? —le preguntó.

—Ha muerto... como un santo —contestó el sacerdote.

—¡Bendito sea Dios! —dijo la Hermana; y entregándole un papel doblado, añadió:—Haga usted el favor de dar ese papel a don Blas... Es el pasaporte de ese infeliz, único documento que traía, y en él encontrará su nombre para apuntarlo en el Registro... Entró hoy a las once, y lo enterrarán esta noche misma.

El joven guardó el papel sin mirarlo, y volvió a su casa profundamente conmovido, dirigiéndose al punto al despacho de su tío. Estaba éste sentado a la mesa, rezando los maitines del siguiente día, y por no incomodarle el sobrino, pues sabía cuánto le desagradaba que le interrumpiesen en el rezo, le dió brevemente el recado de la Hermana, le añadió que el herido había muerto perfectamente contrito, y se marchó a su aposento, dejando el papel sobre la mesa.

—Bien, hijo mío, bien—le dijo el anciano—. Buenas primicias te ha concedido el Señor.

Don Blas prosiguió pausadamente su rezo, y cerró al concluirlo su enorme breviario, forrado de cuero; tomó entonces de sobre la mesa un cuaderno en que, por ser el hospital pequeño y no muy frecuentado, llevaba él mismo el Registro, y lo abrió para apuntar el nombre del difunto. Entonces desplegó aquel papel mugriento, en que había de encontrarlo, y lo arrimó a la luz del velón para leerlo.

—¡Virgen Santísima! —exclamó, dejándolo caer aterrado y llevándose ambas manos a la cabeza.

Largo rato permaneció inmóvil, con los ojos casi fuera de las órbitas, blancos los labios, y murmurando con voz tan queda que apenas se oía :

—¡Madre de misericordia!... ¡Padre mío San Francisco!...

Volvió al fin a tomar aquel papel mugriento y casi roto ya por los dobleces, y leyó una y otra vez las cortas líneas que encerraba. Era un pasaporte común, expedido a favor de *José Luis López y García, licenciado, por indulto extraordinario, del presidio de Ceuta.*

Don Blas se levantó tambaleándose, y echó el cerrojo de la puerta; volvió de nuevo a sentarse, y permaneció más de una hora

sin movimiento, con la vista clavada en aquel nombre, que había sacudido en un momento cuantas fibras podían vibrar en el corazón del anciano... Porque aquel José Luis López era el padre de Pepito; era el malvado que había asesinado a su esposa y huído con una mujer perdida, abandonando a su hijo; el criminal que, preso al fin por la Justicia, había sido condenado a cadena perpetua en el presidio de Ceuta; el enemigo a quien el heroico sacerdote visitaba todos los años para llevarle socorros materiales, que el desvergonzado tahur aceptaba, y socorros espirituales que el criminal envejecido jamás quiso aceptar... Aquél era el pecador cuya conversión pedían incesantemente, hacía dieciocho años, ambos ancianos; allí estaba el secreto, que, por salvar la honra de aquel niño inocente, habían ocultado en sus pechos cual una ascua ardiendo que les abrasaba, pero que nunca habían dejado escapar...

Y de repente veía el buen anciano que la mano de la Providencia desataba todos los cabos y concedía todos los ruegos. Un indulto extraordinario abría al criminal las puertas de aquella prisión que debía de ser su tumba; una borrasca le arrojaba en aquellas playas; una herida providencial le ponía a las puertas de la muerte, y un supremo golpe de la gracia

le hacía depositar sus culpas en el seno de su propio hijo, y recibir la absolución de sus mismas manos inmaculadas.

Don Blas se estremeció de pies a cabeza... Pero el hijo inocente no había sospechado que aquel asesino, a quien abría las puertas del cielo, era su propio padre, y allí tenía él, ángel custodio de su honra, la única prueba del fatal secreto; allí estaba, en sus manos, y podía hacerla desaparecer para siempre y en un instante.

El anciano no vaciló : cerró violentamente el Registro del hospital, sin apuntar el nombre del difunto, y lo colocó en su sitio.

—¡La gracia de su primera misa! ¡La intercesión de mi Padre San Francisco! —murmuraba.

Tomó luego el pasaporte y lo quemó a la luz del velón, y de un soplo esparció después las cenizas. Entonces abandonaron al débil anciano las fuerzas febriles que le habían sostenido : cayó al suelo de rodillas, y exclamó con voz apagada :

—*Nunc dimitis servum tuum, Domine!*

El alma del padre criminal se había salvado, y la honra del hijo inocente estaba asegurada.

La gracia de la primera misa había sido concedida.

LAS DOS MADRES

A UN ANTIGUO DISCÍPULO EN EL DÍA DE LA SUYA

(EJEMPLO)

LAS DOS MADRES

.....
Míra*le* con compasión.....
¡No *le* dejes, Madre mía!

Hoy hace un año, mi querido X, que para celebrar el día de tu madre te impusieron el escapulario de la Virgen Santísima. Quise que celebraras estas dos fiestas en un solo día, para que también reunieras en tu corazón estos dos santos amores que han de salvar tu alma. Esta misma idea me hace recordarte hoy su aniversario, narrándote uno de esos ejemplos que llama la incredulidad *vulgaridades*, porque su vista miope no sabe descubrir la profunda enseñanza y la religiosa poesía que en ellos se encierra. Ni lo santo, ni lo grande, ni lo bello entran por el entendimiento; entran por el corazón, y por eso puse tanto empeño en enseñarte a *sentir*, para que supieses gustar estos placeres del alma.

Las cosas santas han de leerse con el mismo espíritu con que fueron escritas, y tu corazón, todavía de niño, sabrá comprender

hoy estos renglones tal como para ti los concibe el mío. ¿Pero será lo mismo mañana?... Cuida, hijo mío, de que, al arrancarte el mundo las ilusiones, no se lleve detrás la fe de tu alma: cuida de que al leer este ejemplo que para ti escribo, con aquella dulce y triste previsión con que el desengaño prepara a la inocencia el camino del arrepentimiento, puedas repetir siempre lo que dijo un hombre célebre a quien la fe hizo, en su juventud, gran poeta, y el orgullo, en su vejez, gran impío:

Si quelque enseignement se cache en cette histoire,
¿Qu'importe?... Il ne faut pas la *juger*, mais la *croire**.

Escucha ahora el ejemplo:

Había un condesito bueno como un ángel y noble como un rey, que era el orgullo y la esperanza de sus padres. Una educación brillante había perfeccionado los sentimientos de su corazón y las ideas de su mente, como perfecciona un barniz precioso los ricos tallados de una moldura. Habíale inculcado su piadosa madre una profunda devoción a la Virgen Santísima, cuyo escapulario traía siempre consigo. Llevábale, cuando niño, ante un altar de la Purísima, y le enseñaba a invocarla con el dulce nombre de Madre.

---

* Si alguna enseñanza encierra esta historia,
¿Qué importa?... No es necesario *juzgarla*, sino *creerla*.

Así fué que el amor de esta Madre del cielo y el de su madre de la tierra crecieron juntos en el corazón del niño, unidos y enlazados como dos áncoras de salvación que hubieran de salvar al mismo navío. Profesaba a la Virgen aquel amor tierno y confiado que le inspiraba su madre: amaba a ésta con aquel respeto y veneración santa que infundía en su corazón de niño la imagen de María.

Pasó la niñez con su inocencia y llegó la juventud con sus devaneos. El joven conde se separó de su madre para ir agregado a una embajada a una corte extranjera. Su corazón, abierto como una rosa a todos los impulsos de la brisa, de nada desconfiaba: poco a poco trastornó su cabeza la lisonja, y corrompieron su corazón el ocio y la opulencia.

Una a una se ajaron entonces sus creencias, y uno a uno se marchitaron sus sentimientos, como una a una caen también las hojas del azahar, perdidas ya su fragancia y su blancura. Sólo quedó en su corazón el recuerdo de su madre y el recuerdo de María, como queda en el fondo de la cala el lastre que salva a la nave del naufragio. Arrodillábase todas las noches junto a su lecho al tiempo de acostarse, y rezaba tres Ave Marías a la Virgen Santísima, acabando con esta

popular oración que, entre besos y caricias, le había enseñado su madre :

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea,
En tu graciosa belleza.
A ti, celestial Princesa,
Virgen sagrada María,
Yo te ofrezco en este día,
Alma, vida y corazón,
Mírame con compasión,
¡No me dejes, Madre mía!

—¡No me dejes, Madre mía! —repetía siempre al dormirse el infeliz conde; y una pena amarga y una angustia tristísima nacía entonces en su corazón y crecía y subía en él, como en las mareas del mar las olas amargas. ¡Era el remordimiento!

Mas al día siguiente volvía a sus devaneos, deslizándose sin sentir por esa resbaladiza pendiente que del vicio conduce a la degradación, y de la degradación al crimen. Un día marchó a una gran partida de caza, acompañado por un amigo infame que le había perdido : sorprendióles en el campo una tempestad horrible, y hubieron de guarecerse en una venta. Acostóse el compañero rendido por el cansancio, y el conde le imitó, después de rezar con más vergüenza y amar-

gura que nunca su cotidiana oración a la Virgen.

Parecióle, a poco, que veía entre sueños el tribunal terrible en que juzga Jesucristo las almas de los muertos. Una acababa de ser condenada, y era la de su amigo. Vió entonces cómo era la suya conducida por la conciencia al pie del tribunal supremo: vió también a su madre que, postrada ante el Juez divino, pedía misericordia para el hijo de sus entrañas.

Arrojó Luzbel sonriendo en la balanza eterna los innumerables pecados del conde, y el platillo bajó rápidamente hacia el abismo. Los ángeles se cubrieron el rostro con las alas; la madre lanzó un gemido de angustia; Luzbel un grito de triunfo. El alma estaba perdida.

Apareció entonces María con doce estrellas por corona y la plateada luna a sus plantas. Postróse al lado de la condesa en ademán de súplica, y colocó en el lado opuesto de la balanza las tres Ave Marías rezadas por el conde. Mas no por esto cedió el platillo fatal de las maldades, y siguió, con persistencia horrible, inclinado hacia el abismo.

Tomó entonces María las lágrimas que derramaba la condesa y las puso en el platillo de las buenas obras; mas éste permaneció

inmutable. Los ángeles gimieron de nuevo: la infeliz madre se cubrió el rostro con las manos, perdida ya toda esperanza. Volvió entonces María hacia el Juez divino sus ojos purísimos, y dos lágrimas que de ellos se desprendieron fueron a unirse en el platillo salvador con el llanto de la madre y con la oración del hijo.

La balanza cedió al punto. Las lágrimas de sus *dos madres* salvaron el alma del hijo extraviado.

. . . . . .

Un trueno horrible despertó entonces al conde. A dos pasos de su lecho vió inerte en el suyo y carbonizado por un rayo el cadáver de su amigo.

PERIQUILLO SIN MIEDO

(CUENTO POPULAR)

A CARLITOS X, ILUSTRE GENERAL Y REVOLTOSO CHICUELO

PERIQUILLO SIN MIEDO

I

Una noche en que habías enredado más que de ordinario, te cogí por la manita, sin decir palabra, y te llevé al famoso torreón moruno, terror de los revolucionarios del Colegio. Por el camino me dijiste que habías pensado ser un general muy valiente, y que, por lo tanto, a nada temías.

La noche estaba más negra que suelen estarlo tus dedos al levantarte de escribir la plana, y no pudiste notar por eso la risa que tus futuros proyectos me causaron. Vínoseme al punto a la memoria cierto enanito que allá en los tiempos de mi niñez enseñaban por calles y plazas con el marcial apodo de *El general mil hombres*, y encontré gran semejanza entre tu diminuta persona y la de aquel émulo de Tom Pouce, que se exhibía por dos cuartos.

No se intimidó, sin embargo, mi sotana negra ante tus futuros entorchados, y vióse aquella noche el espectáculo extraño y único

en la historia de un pobre jesuíta arrestando a un general ilustre en la lúgubre torre del Moro negro, que hace de los niños malos chuletas a la Papillote.

No sé si en la media hora que allí estuviste encerrado te obsequiaría el Moro con algún plato de Alcuzcúz, o alguna pipa de legítimo hachisch. Yo, por mi parte, me volví al salón de estudio, diciendo para mis adentros:

—¿Y por qué este niño no ha de ser, con el tiempo, un general valiente?... Corazón tiene que le dé alientos: sangre ilustre que le preste brillo... ¿Por qué no ha de empuñar algún día una espada que realce la gloria de sus abuelos con nueva gloria por él adquirida?... ¿Acaso Alejandro el Macedonio no era, a la edad de este niño, como él lo es ahora, un pobre chicuelo? ¿Acaso Nelson no enredó en la escuela antes de pronunciar el heroico *Victory or Westminster abbey**, que se ha grabado después en mármoles y bronces? ¿Por ventura Méndez Núñez no hizo alguna vez novillos antes de dar en el Callao la noble respuesta que conserva en sus anales la marina española: *Más quiero honra sin barcos que barcos sin honra?...*

Convencido quedé de que serás, si quie-

* «Venzamos o vayamos a reposar en Westminster». Palabras del almirante Nelson en la batalla de Trafalgar.

res, un general valiente, y espero ver algún día ceñida a tu lado izquierdo, sobre una faja roja, una de aquellas hojas toledanas que llevan por lema: *No la saques sin razón, ni la envaines sin honor*... Empúñala entonces para gloria de Dios y de aquella Virgen bendita a quien yo te he enseñado a llamar *Madre*. Empúñala en defensa del rey con la misma buena fe con que tus labios de niño le encomiendan hoy a la clemencia divina. Pero jamás la vuelvas en contra de Dios, aunque la impiedad te tiente y la ambición te empuje: jamás la vuelvas en contra del rey, aunque la injusticia te persiga y te venza... Arrójala más bien a sus pies rota, pero limpia, y recuerda entonces lo que dijo, siglos hace, el mejor tipo del buen caballero:

> ...venganza de vasallo
> Contra el rey, traición semeja.
> Y el sufrir los tuertos suyos,
> Es señal de sangre buena.

Sé, pues, si lo quieres, un general famoso; pero no saques de la faja y los entorchados la ilógica consecuencia de que nunca has de ver la cara al miedo. Hay un miedo muy saludable que todo hombre ha de buscar para gran provecho suyo, y quiero yo ponértelo de

relieve, contándote un cuento que hoy te hará reír... ¡Quiera Dios que mañana te haga *pensar!*

II

Las campanas de la parroquia repicaban la fiesta del Carmen, a impulsos del más travieso monaguillo que han registrado los fastos de sacristías y campanarios.

—¡Periquillo! —gritó de repente el señor cura al pie de la escalera de la torre.

—¿Mande usted? —contestó Periquillo sin dejar tranquilas las campanas.

—Baja corriendo.

A poco apareció Periquillo embutido en su sotana colorada.

—Llégate en casa del alcalde y dile que mañana empieza la novena —le dijo el señor cura.

Periquillo dió media vuelta a la derecha, sin decir palabra, y salió canturreando entre dientes su tonada favorita :

A vivir, a vivir...
¿Quién en el mundo
Me hará a mí huír?

Y como si quisiese probar su aserto con la provocación, descargó al mismo tiempo un soberbio puñetazo en la montera de un

gallego que, apoyado en su cuba de aguador, dormía a la puerta de la iglesia.

—¡Filho do demo! —gritó el gallego despertando despavorido.

Pero Periquillo se había colocado ya al abrigo de una esquina y, con la sotana remangada y puesta por la cabeza, le sacaba la lengua cantando a grito pelado:

Los jallegos en Jalicia
Cuando van a confesare,
Llevan la barriga llena
De mendruguiños de pane.

El cura dió una vuelta por la iglesia, que preparaban para la novena, y una hora después entraba en la sacristía a recoger el sombrero de teja y el manteo, para ir a la tertulia del boticario.

—¡Ah tunante! —exclamó al ver que ya de vuelta Periquillo metía sus indiscretas narices en el tarro de conservas que, encerrado en una alacena, guardaba el señor cura para obsequiar a sus tertulianos. Y, acercándose de puntillas, añadió, dando al goloso un tremendo pescozón:

—*Dominus tecum!*

—*Et cum spiritu tuo!* —replicó con desparpajo el delincuente.

—¿Has comido, desgraciado? —le dijo el cura, fingiendo el mayor sobresalto.

—No, señor, que no me dió usted tiempo —replicó Periquillo, cuyas narices chorreaban almíbar, gracias al pescozón recibido, que se las hizo meter dentro del tarro.

—¡Algún santo rogaba por ti en el cielo, criatura! —añadió el párroco.

Periquillo sacó la lengua para recoger la gota de almíbar que amenazaba caer de sus narices, y al ver al cura tan azorado se echó a reír descaradamente.

—¿Te ríes? —dijo el cura, que en vano quería asustarle—. ¿No sabes que eso es veneno para los ratones?...

—Pero no para los monaguillos.

—Es que se te caerán las narices —replicó el cura—. Ese veneno es un atroz corrosivo.

—¿*Corrovivo?* —dijo Periquillo guiñando un ojo—. Pues si es cosa que mata, será más bien *corromuerto*...

—¡Calla con dos mil de a caballo, chilindrinero!... que ya se me va acabando la paciencia, y el día menos pensado te planto en la calle y te ajusto la cuenta.

—Mejor será que me la ajuste usted primero y me plante en la calle después.

—¿Callarás al fin? —replicó el cura impaciente—. Lávate ahí pronto.

Periquillo zambulló su picaresca cara en una jofaina, escamondándose la nariz con

tanta fuerza que la sacó a poco colorada como un pimiento.

—No estaría yo feo chato —dijo secándose con la manga de la sobrepelliz.

—¿Pero tú no tienes miedo a la muerte, muchacho?—exclamó el cura, a quien sacaba de quicio la calma de Periquillo.

—¿Miedo yo?... ¡Ojalá y lo encontrara!

—Ya lo encontrarás sin que lo busques.

—No esperaré a que venga, sino que iré yo a buscarlo.

—¿Qué dices?...

—Que en cuanto le coja las vueltas a mi madre me marcho por esos mundos de Dios en busca del miedo.

—Tú estás loco, Periquillo —dijo el cura volviéndole la espalda.

—El que tenga ojos verá si estoy cuerdo —replicó el muchacho—. Y echando a correr a pie cojito se sentó a la puerta de la Iglesia, cantando al mismo tiempo que con una piedra partía piñones :

Ayer tarde
Fuí a la huerta
De mi tío Antón.
Cogí un pepinillo,
Me dió un pescozón.
Por más que corría,
Mi tío volaba.
¡Ay, ay, con mi tío!
¡Qué palos me daba!

Y el travieso Periquillo se rascaba, con una risita rabiosa, el sitio saludado por el señor cura.

Nada pudo, en efecto, apartar a Periquillo de su extraña determinación de marcharse por esos mundos de Dios en busca del miedo: ni las lágrimas de su madre, ni los consejos y pescozones del señor cura, que por ser su padrino le tenía especial cariño, pudieron disuadirle de su propósito.

Ciñóse un día un sable de caña sobre su sotana colorada, púsose en la cabeza un bonete del señor cura, a que había recortado los picos para imitar mejor un birrete, y con este gentil atavío se presentó a su madre, pidiéndole la bendición antes de ponerse en camino. Lloraba ésta y le suplicaba en vano que no la abandonase, sola y desvalida, para poner en práctica un proyecto que en todas partes le acreditaría de loco o de necio.

—Sí —replicaba el muchacho a sus razones—, tontillo es el hijo de mi padre. Métanme el dedo en la boca y tiéntenme las cordales, y verán si me ha despabilado Dios las luces del entendimiento.

Llorosa, entonces, la madre, fuese a un arcón viejo que bajo la cama había, y sacó de él unas alforjas.

—Toma, hijo, estas alforjas —dijo entre-

gándolas al chico—. Aquí están encerrados todos los vicios: los ajenos van en esta bolsa; los tuyos los he puesto en esta otra, para que puedas fácilmente examinarlos y corregirte de ellos.

Periquillo se echó las alforjas al hombro, dejando para detrás los vicios propios y poniendo por delante los ajenos, y salió de la casa paterna cantando como una calandria:

En una alforja al hombro
Llevo los vicios;
Los ajenos delante,
Detrás los míos;
Esto hacen todos;
Así ven los ajenos,
Mas no los propios.

Pues, sin cuidarse para nada de éstos, pensó, desde luego, entretener la fatiga del camino, examinando cuáles y de quién eran los que en la bolsa de delante se encontraban.

Acercábase entonces el tiempo de Pascua, y a la caída de la tarde encontró Periquillo en el camino a un pavero, que con su caña en la mano llevaba por delante una piara de pavos que pensaba vender el día de Nochebuena en un lugarejo vecino.

—¿Si vendrá el miedo entre estos animalitos? —pensó Periquillo.

Y por hacer, sin duda, la experiencia, des

envainó su sable de caña y se entró por la piara, acuchillándola con más denuedo que alanceaba don Quijote el célebre rebaño de ovejas. Pero aunque sacó en la lucha un cañazo del pavero, que le hizo entrar el bonete hasta las orejas, y un valiente pavo le asestó tal picotazo en la nariz que a poco más le salta un ojo, su ánimo quedó impávido, y vió con la sonrisa del triunfo cómo los enemigos huían a lo lejos, seguidos del pavero, que corría tras ellos, intentando en vano ponerlos en formación. Periquillo adornó su bonete con las plumas que en la lucha quedaron diseminadas en el suelo, y se dirigió hacia una venta vecina donde pensaba pasar la noche.

Al otro día, muy de mañana, emprendió de nuevo su camino, preguntando antes a la ventera si sabía dónde se encontraba el miedo. Esta miró sorprendida al diminuto personaje que tan extraña pregunta le hacía, y le respondió con sorna:

—Corre hacia adelante, que ya lo encontrarás.

—¿Y en qué he de conocerlo? —replicó Periquillo.

—En que entonces correrás hacia atrás.

Periquillo siguió su camino, repitiendo, para no olvidarlas, las señas que le dió la

ventera. De repente tropezó, al volver un vallado, con un hombre que azorado corría.

—¿Qué sucede, buen amigo? —preguntó marcialmente el monaguillo.

—¡Huye, muchacho! —contestó el hombre sin cesar de correr—. ¡Mira que anda en el camino un toro desbandado con más cuernos que los cuernos de la luna!...

—¡Esta es la mía! —exclamó Periquillo alborozado, y recordando el aviso de la ventera corrió hacia adelante en busca del miedo.

Presentóse a poco a su vista un toro negro, de feroz aspecto, que ligero como un rayo y dando atroces resoplidos, hacia él se dirigía.

Periquillo se plantó en mitad del camino, con la sotana en una mano y la espada de caña en la otra, dispuesto a derribar a la fiera de un diestro *mete y saca*. Pero el toro, que corría ciego de rabia por haberle picado la cuca, pasó junto a él sin mirarle, y el valiente monaguillo giró sobre los talones para verle ir, como el matador que, después del primer pase, queda a pie parado, sin que el susto le haga temblar ni el miedo le perturbe.

—No está aquí el miedo —se dijo Periquillo, prosiguiendo su marcha.

Caminó todo aquel día y parte del siguiente sin que nada notable le acaeciera, y vino a

sentarse al caer de la tarde al pie de una copuda higuera que a la puerta de un cercado tendía sus ramas. Vió entonces a lo lejos levantarse una espesa polvareda, que rápidamente se acercaba. Periquillo se puso de pie, desenvainando, por si el caso lo exigía, su sable de caña. Poco a poco fuese aclarando aquella nube de polvo, y pudo al fin distinguir a una partida de ladrones que, según noticias que la noche antes le dieron unos cabreros, asolaban la comarca.

Plantóse Periquillo en mitad del camino, y no bien llegaron al alcance de la voz, gritóles con toda la fuerza de sus pulmones :

—¡Alto los ganapanes!

Pero los ladrones, que montaban magníficos caballos y huían a galope porque la guardia civil los perseguía, pasaron junto a él sin mirarle siquiera, y sin que el buscado miedo se posesionase, por lo tanto, de su ánimo esforzado.

No por esto se desanimaba el valiente monaguillo, sino que, siempre perenne, seguía atravesando ciudades, trasponiendo montañas y vadeando ríos en busca del miedo, que jamás sintió ni su corazón de bronce alcanzaba a comprender.

Sucedió, pues, que andando, andando y caminando sin cesar, llegó a una tierra extra-

ña, cuyos habitantes mantenían encarnizada guerra con unos moros vecinos. Supo allí por algunos aldeanos los apuros en que se encontraba el ejército a causa del número nunca disminuído del enemigo, pues no parecía sino que de cada moro muerto nacían dos vivos, para tomar armas y lugar en aquel inagotable ejército.

Y tan era así, que el Rey había mandado a las tropas dirigir siempre sus golpes al cogote, por ver si, descabezada la morisma, quedaba al fin agotada. Inútil fué, sin embargo, el remedio: presentábase diariamente el mismo número de enemigos, con la extraña particularidad de que los nuevos combatientes tenían la misma fisonomía de los que quedaban muertos en el campo de batalla.

Hallábase acampado el ejército en la falda de un cerro, a cuyo frente se extendía un espesísimo pinar, donde se ocultaba la morisma. Periquillo, que no se andaba por las ramas, se presentó a su Real Majestad, ofreciéndole los servicios de su sable de caña. Rióse el monarca al ver aquel diminuto personaje, y diciéndole como el camello a la pulga de la fábula, *Gracias, señor elefante*, le nombró ranchero mayor de todos sus ejércitos.

Alborozado Periquillo, tomó al punto posesión de su cargo, y empuñando una desco-

munal cuchara, cantaba, vigilando los inmensos calderos en que cocía el rancho de los soldados :

El ranchero que muere en campaña
Muere lleno de gloria y honor,
Defendiendo las ollas de España,
Las patatas, garbanzos y arroz.

Bien pronto se le presentó al valiente monaguillo el placer de entrar en batalla, en busca del apetecido miedo. Mandó el Rey darle un equipo entero de cazador; pero Periquillo dijo, como David al Rey Saúl, que aquellas armas le venían grandes, y se aprestó para la lid llevando por todo armamento una pequeña cachiporra y un cuchillo de cocina, que se ceñía en vez de sable de caña sobre las alforjas de los vicios, que por ser cosa tan maravillosa al mismo tiempo que recuerdo de su madre, jamás abandonaba.

Sonaron los primeros disparos, y Periquillo, ebrio de coraje, se entró por la morisma, sin que fuesen bastante a detenerle las balas de las espingardas morunas, ni el tronar de los cañones, ni el espantoso fragor del combate : distribuía a diestro y siniestro terribles porrazos en los tobillos de los moros, y hacíales caer en tierra : dábales luego con la porra en la mollera y les cortaba después

el pescuezo con el cuchillo de cocina, por cumplir en todo la consigna del monarca.

Quedaron derrotados los moros y sembrado el campo de cadáveres sin cabeza. Las tropas volvieron, sin embargo, silenciosas al real, como quien sabe haber trabajado en balde: constábales ya por experiencia que en la primera escaramuza habían de encontrar tantos enemigos cuantos quedaban descabezados en el campo.

Periquillo, por el contrario, saltaba de gozo, y estuvo por dar un papirotazo al Rey, para darle la enhorabuena; pero se detuvo prudentemente, al ver que su Real Majestad se dirigía serio y cabizbajo a su tienda. Abrióse, no obstante, paso entre el Estado Mayor que le seguía, y le gritó con desenfado:

—¡No se desanime su Real Majestad, que aquí estoy yo para sacarle la púa a ese trompo!... ¡Malas viruelas me maten si no hay aquí cosa de encantamiento!...

El Rey no respondió palabra a Periquillo, y saliendo éste del real calladamente, volvió de nuevo al teatro de la lucha. Subióse a un árbol, desde donde distinguía todo el campo cubierto de cadáveres, y se dispuso a observar desde su altura aquel lúgubre misterio, en cuya solución esperaba encontrar el tan buscado miedo.

Hallábase tendido boca arriba al pie del árbol un morazo muerto, que por ciertas insignias que llevaba parecía ser pájaro de cuenta. Periquillo se entretuvo, para distraer el ocio, en echar escupitinas en la punta de la nariz del moro, calculando desde el árbol la puntería.

Llegó al fin la noche, y Periquillo, siempre alerta, preparó cuchillo y cachiporra, por si llegaba también entre sus sombras el miedo que buscaba. De repente vió venir a lo lejos una lucecita, brillante como una estrella caída del cielo, que ora se alzaba, ora se bajaba, y en todas direcciones se movía.

Poco a poco fuese acercando aquella luz misteriosa, y pudo al fin Periquillo distinguir el bulto de una persona que a cada paso se inclinaba para buscar algo en el suelo, a la luz de una linterna que en la mano traía. Vió también al mismo tiempo que, al pasar aquella fantástica sombra, dejaba tras de sí una larga hilera de muertos resucitados, que se volvían a su campamento tan sanos y enteros como si nunca hubiesen sido descabezados.

—¡Jesús, María, José... Joaquín y Ana! —murmuró Periquillo desde su escondite—. ¡Tortas y pan pintado es junto a esto el milagro de San Dionisio!

Mientras tanto, seguíase moviendo el noc-

turno caminante hacia el árbol en que Periquillo se hallaba, y pudo al fin éste distinguir la diabólica fisonomía de una mora vieja, envuelta en un jaique oscuro con rayas de vivísimos colores, que caminaba llevando en una mano un farol y en la otra un puchero.

Deteníase de cuando en cuando ante cada moro muerto que encontraba; mojaba entonces una brocha en cierto líquido que el puchero contenía, y untando con él la cabeza y cuello del difunto, los pegaba y proseguía su marcha, mientras el moro se ponía de pie tan entero y verdadero como si nunca hubiese estado sin cabeza.

Periquillo, al ver a la hechicera, se frotó las manos de gusto : preparó el cuchillo y enderezó la porra.

Inclinóse la vieja sobre el cadáver del moro con que Periquillo se entretenía, y mojando la brocha en el puchero dióle la unción consabida. Pero cuando ya se preparaba para unir al tronco la cabeza, descargó Periquillo en la suya un tremendo porrazo, que vino al suelo boca abajo, estiró una pierna, luego otra, y sin encomendarse siquiera a Mahoma quedó muerta en el acto. Periquillo se puso en el suelo de un salto, y arrancando el puchero de manos del cadáver corrió al campamento atronando el aire con sus gritos.

Alarmáronse todos creyendo que el enemigo les atacaba por sorpresa, y corrieron los generales a la tienda del monarca, cuál descalzo, cuál sin morrión, cuál en mangas de camisa.

Conducido al fin Periquillo a la presencia de Su Majestad, contó todo lo acaecido, presentando el puchero como testimonio de su hazaña. Pero ni el Rey, ni los generales, ni siquiera los trompetas, tambores y rancheros, quisieron creer tamaño portento. Furioso entonces Periquillo, dijo al Rey que se dejaría cortar la cabeza, con tal que luego se la pegasen con el maravilloso bálsamo.

Consintió el Rey, más por castigar la arrogancia del muchacho que por creer en el milagro del puchero, y uno de los generales le descargó tan recia cuchillada en el cuello, que saltó la cabeza sobre una mesa, y el cuerpo vino a tierra arrojando sangre a borbotones.

Azorados todos, se avanzan al cuerpo unos, a la cabeza otros, al puchero los menos: untan con el bálsamo la tremenda herida, y uniendo ambas partes apresuradamente, recobra al punto el muchacho la vida. Pero en aquella precipitación habían pegado la cabeza al contrario, y el pobre monaguillo quedó con las narices para la espalda y la nuca para el pecho.

La risa que asomaba a los labios de todos quedó de repente paralizada al ver la extraña mutación que se operó en el muchacho. Fijóse su vista en las alforjas en que llevaba los vicios, y al ver ante sí el morral que contenía los suyos y que nunca hasta entonces había tenido ocasión de considerar, el terror imprimió en su rostro su característico sello: desencajáronse sus ojos, enronquecióse su voz, y huyendo de un lado a otro, gritaba a grandes voces:

—¡El miedo!... ¡El miedo!... ¡Ya encontré el miedo!...

Y así era en efecto: la contemplación de sus propios vicios, que hasta entonces había evitado, bastó para inspirarle aquel miedo que buscaba, y que ninguna cosa del mundo, ni aun el horror de un combate sangriento, había podido despertar en su alma de hierro.

. . . . . .

. . . . . .

—Aprenda, pues, mi futuro general, a combatir a los enemigos de dentro antes que a los de fuera. Mira, Carlitos, que si registras bien las alforjas de tu corazón encontrarás ese miedo saludable que lleva a la humildad por el camino del propio conocimiento: *¡El miedo de sí mismo!*

¡PORRITA, COMPONTE!...

¡PORRITA, COMPONTE!...

La noticia de que señá Juana iba a contar un cuento corrió con la rapidez de una chispa eléctrica, y cuanto chiquillo pelón rompía calzones y lucía churretes en cuatro calles a la redonda acudió presuroso al Corral de los Chícharos, domicilio de la vieja. Esta, sentada en el poyo de la puerta, vió venir la granizada con vanidosa sonrisa; paseó una mirada satisfactoria por el inquieto auditorio; rascóse dos veces con la aguja de hacer calceta, y, poniendo de nuevo sus dedos en movimiento, comenzó así:

—Pues señor, que era vez y vez, y el bien que viniere para mí se quede, y el mal para quien lo fuere a buscar, de un hortelano más pobre que las ratas, y con peor estrella que un sietemesino; si sembraba melones cogía pepinos; si plantaba lechugas le nacían pitas; si llega a sembrar monedillas de cinco duros le salen ochavos roñosos, y si deja el oficio y se mete a sombrerero a buen seguro está que nacen los chiquillos sin cabeza. Porque hay un santo en el cielo, que se llama San

Guilindón, que sólo tiene por oficio bailar delante del trono de Su Divina Majestad, diciendo a gritos: «¡Dénle más!, ¡dénle más!» Y cate usted ahí por qué una desgracia no viene nunca sola, ni una fortuna tampoco, sino que vienen muchas en hilera, como mulos de reata.

Pues, vamos a que cuando llegaron las aguas de Mayo parecía la huerta un camposanto, lleno de malvas y ortigas: sólo había metida en medio una col, que regaba la hortelana con agua bendita. Los pimientos se secaron, los tomates se perdieron, a las lechugas les entró el pulgón, y sólo la col metía, metía sin vergüenza, hasta que pasó la tapia, llegó al tejado, subió más alta que el campanario, se perdió, por último, en las nubes, y el viernes antes de San Juan tocaba ya con la puntita en la puerta del cielo.

Pues, señor, que de tanta dieta le llegaron a salir al hortelano telarañas en el gañote de no usarlo, y la hortelana tenía ya las muelas *mojosas*, y hasta se le había olvidado el modo de mascar; a él se le paseaban los ratones por los bolsillos, y cuando ella cogía en una mano la escoba y en la otra la alcuza, le preguntaban las vecinas:

—Pero, Andrea, ¿estamos de muanza?

Llegó, al fin, un día en que se cumplieron

veinticuatro horas sin que aquellos infelices cataran la gracia de Dios, y el hortelano mandó a su mujer que arrancara la col, y le hiciera un guiso con los tronchitos de la punta. Señá Andrea puso el grito en el cielo, y se agarró a la col, que no le arrancaba de allí ni las tenazas de Nicodemo; porque pensar en tocarle a su col era tocarle a ella en las mismas niñas de sus ojos. Pero, hijo de mi alma, para fiestas estaba la zorra, y llevaba el jopo ardiendo...

El marido cogió una vara, y le dijo que cabeza abajo la colgaría de una penca si a las doce en punto no estaba hecho el guiso, y ellos comiendo, para alcanzar la bendición del Padre Santo de Roma, que todos los días la da a la campanada de las doce, ni minuto más ni minuto menos. Señá Andrea no tuvo más remedio que meterse la lengua en un zapato y coger un hacha para echar abajo la col; vió entonces que llegaba ya al cielo, y se le ocurrió, de pronto, subirse por ella, y pedirle a San Pedro una limosnita.

Aquello fué lo de melón quiero, tajada en mano tengo; porque pensándolo estaba todavía y ya iba trepa que trepa por la col arriba, de penca en penca, hasta que llegó al cielo. No se usan por allí campanillas y, así, llamó ¡trás! ¡trás! con los dedos de la mano. Abrió-

se el postiguillo de la puerta, y asomó San Pedro las narices.

—¿Qué se ofrece? —preguntó.

La señá Andrea comenzó a temblar al verse delante de aquel señor tan respetuoso, y dijo con mucha política:

—Aunque usted perdone, señó San Pedro, soy una pobre infeliz que no tiene qué comer, y venía a que su mercé me hiciera la caridad de una limosna, por el amor de Dios.

San Pedro cerró de golpe el postiguillo sin decir palabra, y como no hay buen alma que deje fea la palabra de Dios que el pobre empeña, volvió a poco cargado con una mesita, que entregó a señá Andrea, diciendo:

—Toma, hija, esta mesita, y cuando tengas hambre di: *¡Mesita, componte!*

—¡Dios se lo pague a usted y se lo aumente de gloria! —contestó señá Andrea echando a correr, de penca en penca, hasta que llegó al suelo.

Como las mujeres somos tan curiosas, no tuvo paciencia para esperar la vuelta de su marido, y conforme soltó la mesa en el corral, dijo:

—*¡Mesita, componte!...*

¡Hijo de mi alma, aquello era menester verlo pa creerlo!... Porque no bien lo hubo dicho, apareció en la mesa una comida como

ni en los manteles del rey se pone igual: allí había pollos con tomate, y arroz con conejo, y sardinas fritas, y bacalao en blanco, y de postres arrope, y arroz con leche, y garbanzos tostaos. Cuando llegó el hortelano se dieron ambos a dos una atraquina que con el dedo se lo tocaban, y todos los días diarios se ponían hasta reventar, que era menester silbarles pa que pararan, sin más trabajo ni más guiso que soltar la palabrilla:

—*¡Mesita, componte!...*

Pues, vamos a que pasaron así dos meses, poniéndose marido y mujer como chivos de dos madres, y, al cabo de éstos, dícele un día el hortelano a señá Andrea:

—Mira, Andrea: no es rigular que quien come tan bien como nosotros comemos esté, como el que dice, con un trapito atrás y otro alante, sin poder asomar los bigotes a la calle... De manera y ello es, que ahora mismo te subes por la col arriba y le pides a San Pedro siete onzas, para mercar un traje de paño fino y una saya de alepín negro.

La mujer se resistió algún tiempo, hasta que de penca en penca, de penca en penca, se encampó otra vez en el cielo. Estaba San Pedro sentado a la puerta tomando el sol y leyendo los papeles.

—¡Otra te pego! —exclamó al ver aparecer a la hortelana.

—No se incomode su mercé —replicó muy humildita señá Andrea— : que venía a ver si me emprestaba siete onzas, aunque fuese *a dita*, para mercar un traje de paño fino y una saya de alepín negro; porque el invierno se viene encima, y no es rigular que nos coja en cuerecitos.

San Pedro la miró por encima de las gafas y se metió para adentro : a poco salió con una bolsa vacía.

—¡Toma, Mari-pidona! —le dijo—, y cuando tengas apuros di : *¡Bolsita, componte!*

—Dios se lo pague a usted y se lo...

—Anda, anda con viento fresco... que por su mal le salieron alas a la hormiga —le contestó San Pedro con mucha soflama.

Señá Andrea echó a correr por la col abajo como alma que lleva el demonio, que no era otra cosa su avaricia, y, en unión de su marido, que al pie de la col la esperaba, dijeron a la bolsa :

—*¡Bolsita, componte!...* Acto continuo comienzan a caer por la boca afuera pesos duros y más pesos duros, ni más ni menos que cuando llueve a chaparrones.

Marido y mujer creyeron perder el juicio, y lo perdieron, en efecto, porque al otro día

ya tenía hecho señá Andrea un vestido de tisú de oro, como el manto de la Virgen del Carmen, y señó Juan una levita con flecos de oro y plata, un bastón con borlas, como el que saca el alcalde por Corpus Christi, y un sombrero de copalta con siete plumas blancas. Compraron la casa del Ayuntamiento para vivir ellos solos, la forraron toda de papel dorado, y hasta las aljofifas eran de terciopelo, y los estropajos de hilillo de plata. Conforme llegó el domingo, se fueron los dos mu pomposos a misa en una calesa que mandaron venir de Chiclana: cuando iba llegando a la iglesia dícele el marido a la mujer:

—Andrea... ¿No repican las campanas?

—Creo que no, Juan.

Juan se puso color de pajuela de pura envidia, que lo roía, y dijo:

—Pues bien repican cuando viene el Obispo.

Al salir de la iglesia empezaron marido y mujer a tirar ochavos a los chiquillos, como cuando hay *padrino pelón* en los bautizos; pero como salta al ojo que los pinículos han comido con cuchara de palo, bien pronto los calaron los chiquillos, y conforme recogían los ochavos echaban a correr gritando:

Doña Andrea Estropajo,
Hoy está boca arriba
Ayer iba boca abajo.

A señá Andrea se le freía la sangre en el cuerpo, y, no bien llegó a su casa, se puso a escribir una carta a la reina para que mandase ahorcar a todos los chiquillos del pueblo; pero su marido la llamó aparte y le dijo :

—Mira, Andrea, no es rigular que cuando va el Obispo a la iglesia le repiquen las campanas, y cuando vamos nosotros, que somos gente de tantos miles, no toquen ni una mala campanilla... De manera y ello es, que ahora mismo te subes por la col, y le cuentas a San Pedro lo que pasa, para que ponga remedio; porque lo que es a mí ni el señor Obispo me echa delante la pata.

Señá Andrea no se hizo repetir la cartilla, y comienza a trepar, col arriba, hecha un toro de fuego, que sólo con el aliento levantaba chichones. Se pone delante de San Pedro con más fachenda que un rey de palo, y le pide que mande ahorcar al cura, al sacristán y al monaguillo, si no le repican las campanas como al señor Obispo.

San Pedro se metió la mano en la faltriquera, sin decir palabra, y sacó una porrita como de un palmo de larga, ni más ni menos que el badajo de una campana.

—Toma esta porrita —le dijo—, y si no repican el domingo cuando vayáis a misa, di : *¡Porrita, componte!*

Llegó el domingo después del sábado, sin prisa ninguna, y marido y mujer se meten en su calesa y se van para la iglesia con más planta que la reina de Egipto; pero las campanas no repicaban... A señá Andrea le da un brinco en el cuerpo la soberbia, saca la porrita, la levanta en alto, y dice, hecha un torillo josco :

—¡¡Porrita, componte!!...

¡Nunca lo hubiera dicho, cristianos!... Porque empieza la porrita a brincar en el aire, dando coscorrones de la cabeza del marido a la de la mujer, y de la de la mujer a la del marido, sin parar de repicarles en la mollera, hasta dejarlos espachurrados en la misma puerta de la iglesia. Lo cual fué castigo de su ambición, su codicia y su soberbia; porque aquella porrita no era otra cosa que la *Justicia de Dios*, y ella es la que manda Su Divina Majestad de cuando en cuando a la tierra para zurrarle la pavana a los hombres. Porque, como decía mi abuela, que esté en gloria, cuando era yo zagalilla : Dios ni come ni bebe, pero juzga lo que ve.

Y aquí se acabó mi cuento con pan y pimiento; y el que quiera saber más, que compre un viejo.

ÍNDICE

	Páginas
Prólogo	5
Ranoque	17
Juan Miseria	63
Caín	289
La resignación perfecta	329
Medio Juan y Juan y Medio	347
Mal-alma	381
El Viernes de Dolores	405
La Pascua Florida y el Cuarto Ayunar	427
La primera Misa	453
Las dos madres	487
Periquillo sin miedo	495
¡Porrita, componte!	517